La Identificación con Cristo

Horacio Alonso

La Identificación con Cristo

La Identificación con Cristo

Horacio Alonso

La Identificación con Cristo

EDICIONES HEBRON
Fundación Evangélica de Literatura
Casilla 79, 3315, L. N. Alem, Misiones, Argentina

Las citas bíblicas corresponden a la Versión Reina-Valera, revisión 1960, salvo donde se indica otra fuente.

Ediciones Hebrón
Fundación Evangélica de Literatura
Impreso en Argentina
I.S.B.N. 950-676-001-2

PROLOGO

Una fe fuerte y un fundamento seguro son dos elementos esenciales para el éxito en la vida cristiana contra el error y la mundanalidad y estos pensamientos surgen en mi mente al escribir un prólogo al libro de mi amigo y hermano Horacio Alonso. Como él mismo lo ha dicho, comenzó a estudiar este tema para su propio provecho. El beneficio recibido le lleva ahora a presentarlo en forma de libro. Es un placer para mí recomendar una obra tan doctrinal y a la vez tan práctica y espiritual, lo cual anima en estos días cuando la doctrina es relegada a un segundo lugar y aun en círculos evangélicos abunda el sincretismo.

El libro contiene once capítulos. En el primero seguimos los siete pasos descendientes del Señor y luego su exaltación por el Padre, culminando con las verdades cardinales de la deidad y humanidad de Jesús como el gran ejemplo de su condescendencia.

El segundo capítulo trata de la bendita experiencia de una vida nueva de resurrección en Cristo y el capítulo 3 acerca de la liberación del dominio del pecado. En el capítulo 4 se considera la actitud de rechazo que debe asumir el creyente, destacando que la doctrina debe ser seguida por la práctica.

La actitud de entrega se expone detalladamente en el capítulo 5, que debe ser leído y releído cuidadosamente para extraer el máximo provecho, pues el verdadero cristianismo no es una mera filosofía sino una calidad de vida. Un sacrificio fue hecho a nuestro favor pero también se requiere un sacrificio de nosotros. Un cuerpo presentado implica no solamente dejar los pecados cometidos, sino también utilizarlo en el servicio del Señor.

Los capítulos siguientes desarrollan la identificación con Cristo, la vida de comunión, la producción de fruto, la oración y la necesidad de llevar el vituperio de Cristo. Tenemos principios esenciales para una vida fructífera pero la fertilidad cesará cuando dejemos de permanecer en Cristo. Si no hemos aprendido todavía el secreto de permanecer en El, no tendremos victoria ni santidad ni fruto en la vida.

Es posible que una de las fallas más grandes del creyente radique en su falta de identificación con Cristo en su vituperio. Probablemente esto prueba la fe más que cualquier otra cosa y quizá se deba a que no vemos "al Invisible" o porque no hemos subido a los niveles más elevados de la vida en Cristo. Cuando la vida de Cristo nos llene con su poder experimentaremos la misma relación con el mundo que Cristo mismo experimentó.

El autor nos dice que el libro es un intento de cubrir lo que significa estar y permanecer "en Cristo"; un loable intento que sin duda alguna ha conseguido. Mi ferviente deseo es que el libro sea una bendición para el pueblo de Dios, exponiendo delante de sus almas la verdad preciosa de nuestra identificación con Cristo.

Walter T. Bevan

INTRODUCCION

Cuando comencé, hace más de 10 años, a estudiar estos temas no tenía la menor intención de escribir un libro, sino únicamente tratar de entender cuáles eran las condiciones que debía cumplir para que Dios contestara mis oraciones. Mi petición fue esta: "Señor, yo quiero orar aquellas oraciones que tú estés dispuesto a contestar".

Esa petición estuvo inspirada en Jn. 15.7 "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho". Para tratar de entender su significado me dediqué a la oración, a la meditación y a la lectura de libros que explican el sentido del texto revelado por Dios. Junto con ello, el tema fue materia de conversación con hermanos en la fe, en diálogos que fueron altamente inspiradores.

Pronto mi oración inicial fue seguida por otra, para comprender qué significa "orar permaneciendo en Cristo".

Vinieron entonces paso a paso, lentamente, algunos descubrimientos. El primero fue que la comprensión de ese "permanecer en Cristo" no podía hacerse apelando a la imaginación ni a la "teología del diccionario común", sino escudriñando los pasajes de la Escritura que presentan la unión del creyente con su Salvador y Señor. Fue quedando claro que el permanecer en Cristo está asociado estrechamente con la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de la influencia de la cruz en la experiencia cristiana. Así, pues, para entender el pasaje de Juan 15 fue necesario considerar Romanos 6 y 8, Juan 13, Gálatas 2, Filipenses 3.

Surgieron así nuevos interrogantes, principalmente acerca de qué es orar, cómo se restaura la comunión con Dios, cuál es el significado de haber sido crucificado con Cristo, qué es el poder de la resurrección, qué es la muerte al pecado, qué es el bautismo en Cristo. El Señor me permitió apreciar, a través del estudio de su Palabra, la riqueza y la gran unidad de la enseñanza bíblica con respecto al fundamento de la vida cristiana.

Otro descubrimiento consistió en ir advirtiendo la importancia de la doctrina para inspirar y para orientar la acción práctica. Esto fue en realidad un reconocimiento de la ignorancia en que me encontraba con respecto a puntos fundamentales de doctrina, como la encarnación del Señor, la gracia, la expiación, la propiciación, la redención, el sacerdocio de Cristo, puntos estos que no se tratan en este libro. Un descubrimiento siguió a otro, a medida que el estudio de un pasaje iba arrojando luz sobre otro, dentro de la armonía doctrinal que brilla en la Escritura. Aquí fue donde me quedó clara la necesidad de fundarlo todo en el estudio detallado del texto original, es decir, en la exégesis.

En toda esta búsqueda del conocimiento experimental de "permanecer en Cristo" (búsqueda que, ciertamente, no ha cesado) una de las conclusiones más demoledoras fue la de entender que la vida cristiana es la más rica posible sobre la tierra, pero que es una vida que Dios ha provisto para hombres débiles e incapaces. Es para esta clase de creyentes, es decir, para hombres sin capacidad propia, indefensos, con tendencias pecaminosas que los abruman, que Dios ha provisto este maravilloso concepto de permanecer, o de vivir en identificación con Cristo. Lo que está envuelto en este concepto es la materia de este trabajo.

A medida que fui estudiando estos asuntos algunos hermanos solicitaron que los expusiera en congregaciones, en campamentos o en retiros espirituales; posteriormente, algunos sugirieron que los publicara, y este es el origen de este libro.

Debo expresar mi reconocimiento hacia la inestimable ayuda brindada por varios hermanos, principalmente Guillermo Robertson, Angel García, Haydée Antola (ahora con el Señor), Ronaldo Hussey y Randal Wittig, que leyeron el trabajo e hicieron valiosas sugerencias. Una palabra especial de agradecimiento para el reconocido expositor bíblico don Walter Bevan, misionero en la Argentina desde 1930, que accedió a escribir el prólogo.

Al entregar este trabajo al pueblo de Dios lo hago convencido de que lo más importante es inspirar a los lectores a un estudio por su cuenta de los grandes temas que hacen a la vida espiritual y a nuestro destino como hijos de Dios. Es fundamental que cada creyente aprenda a penetrar en la Biblia, y que aprenda que el ministerio de la Palabra tiene como finalidad que cada uno vea cuál es el lugar de privilegio y de responsabilidad que ocupa en los planes y en la mente de Dios.

Se terminó de imprimir en
ARTES GRAFICAS PLANETA
Castro 928/30 - Buenos Aires
en Abril de 1986

I N D I C E

I El Señor de todos se ha transformado en el Siervo de todos..... 1

II La unión del creyente con Cristo..... 17

III Una actitud de fe..... 37

IV Una actitud de rechazo..... 68

V Una actitud de entrega..... 87

VI La vida de comunión con Dios..... 115

VII La identificacion con Cristo en el fruto..... 132

VIII La identificación con Cristo en la oración.....152

IX La identificación con el Espíritu Santo en la oración.....167

X La identificación con Cristo en su vituperio.....182

XI La identificación de Pablo con Cristo.....199

XII Referencias..... 224

INDICE

I El Señor de todos se ha transformado en el Siervo de todos..... 1

II La unión del creyente con Cristo..... 17

III Una actitud de fe..... 37

IV Una actitud de rechazo..... 68

V Una actitud de entrega..... 87

VI La vida de comunión con Dios..... 115

VII La identificación con Cristo en el fruto..... 132

VIII La identificación con Cristo en la oración..... 152

IX La identificación con el Espíritu Santo en la oración..... 167

X La identificación con Cristo en su vituperio..... 182

XI La identificación de Pablo con Cristo.....199

XII Referencias..... 224

I

EL SEÑOR DE TODOS SE HA TRANSFORMADO EN EL SIERVO DE TODOS

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo...

(Fil. 2.5-9)

I - LA IDENTIFICACION DEL CREYENTE CON CRISTO ES POSIBLE PORQUE PRIMERO EL SE HA IDENTIFICADO CON NOSOTROS.

El tema que vamos a tratar es la identificación del creyente con su Salvador y Señor, pero es fundamental discernir desde el comienzo que esto no hubiera sido posible si primeramente el propio Señor no se hubiera acercado al hombre, para hacerse responsable del pecado del hombre. Podemos hablar de identificación con Cristo porque partimos de la base de que el primer paso, y el más importante, ha sido dado por El.

Cuando hablamos del primer paso dado por Jesucristo para identificarse con el hombre estamos en realidad pensando en varios pasos, todos ellos gigantescos, que Dios ha querido dar para alcanzar a la criatura caída. Dios ha dado un paso gigantesco cuando creó al hombre para dialogar con El. El propósito de la creación no fue el de dejar al hombre como un habitante más sobre la tierra. La Biblia revela que Dios todopoderoso dio forma a un ser enteramente distinto a todos los demás seres creados,

porque en este caso se trató de una criatura que había traído al mundo con el propósito de que mantuviera una relación única con Dios el Creador.

Fue un paso no menos grande el que dio Dios Santo cuando se avino a descender para hablar con el hombre, después de que éste se había degradado y había rechazado vivir en plena dependencia de la palabra del Creador.

Constituyó un paso no pequeño el que el Señor daría después, al constituir a un pueblo para que fuera el medio de la revelación de la luz del conocimiento de Dios a todas las naciones. Aquel pueblo, el hebreo, recibió innumerables bendiciones, pero su primer privilegio fue que "la palabra de Dios le fue confiada" (Ro. 3.2). ¿Quién puede medir la magnitud del paso dado por Dios al aceptar dirigir al hombre su voz eterna y su voluntad santa? ¿Quién puede valorar a la Palabra escrita, el elemento tangible más precioso que este mundo tiene?

El hecho de la existencia y de la preservación de la Sagrada Escritura y del pueblo hebreo, con toda su excepcional historia, son testimonios enormes, que expresan la magnitud de la actitud de Dios para acercarse a la criatura humana. Sí, fueron muchos, y todos grandes, los pasos que el Señor misericordioso ha dado a través de los siglos para hablar al hombre, para atraerlo, para conducirlo otra vez hacia El.

La distancia que ha debido cubrir Dios para acercarse a nosotros no se mide ciertamente por kilómetros, ni siquiera por millones de años luz. La distancia que hubo de cubrir era otra; ha sido la distancia espiritual y moral que separaba irremediablemente al Dios santo, santo, santo, del hombre arruinado y caído.

La distancia que ha venido a cubrir Dios sólo puede expresarse en términos de la obra de Jesucristo, y entonces podemos formularnos preguntas que, aunque no tienen respuesta más que en Dios

mismo, nos permiten ubicar la magnitud espiritual en que tenemos que medir el descenso de Dios para mostrar su actitud hacia el hombre. Así, podemos preguntarnos ¿qué distancia hay entre el cielo y Belén? ¿cuál es la distancia que separa al Trono de Dios de la cruz? ¿qué distancia hay entre las gloriosas aclamaciones de los ángeles y la contradicción de un mundo de pecadores?

La lengua humana es totalmente incapaz de contestar a estos interrogantes, y por esta razón tenemos que acudir a la escritura de Fil. 2.5-9, que pasamos a considerar. Ella nos revela que la identificación del creyente con Cristo es sólo posible porque primero el mismo Señor se ha identificado con el hombre en la responsabilidad del hombre por el pecado. Esta es la finalidad de este primer capítulo. A esta actitud de despojamiento voluntario del Hijo de Dios lo debemos todo.

II - EL SER ETERNO, GLORIOSO EN SU PREEXISTENCIA, ESTUVO DISPUESTO A ADOPTAR LA NATURALEZA HUMANA.

1. En el sentir de Cristo la Escritura expresa la humildad infinita. Vamos a ver en este pasaje los pasos que Cristo ha dado, descendiendo, condescendiendo, hasta llegar a la cruz. Dice el v.6 '...el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse". Esta frase que la Escritura asigna al Señor "siendo en la forma de Dios", expresa lo que era y lo que es inalterablemente suyo, la "forma de Dios". ¿Qué significa? Significa que en su estado preexistente Cristo participó, compartió de manera única el esplendor de la divinidad. El fue siempre, desde siempre, la expresión, la manifestación de Dios mismo. La "forma de Dios" no expresa una copia o un reflejo del original sino la manifestación de la esencia original (1); indica lo permanente, expresa la naturaleza de un ser.

Para la lengua griega del Nuevo Testamento la forma de una cosa era siempre igual y la misma; los griegos tenían otros vocablos que utilizaban para

los conceptos de "apariencia" y de "estilo", que sí admitían la idea de variedad y de cambio, pero la "forma" que menciona Pablo aquí era inalterable, incambiable; era la expresión visible y la naturaleza del ser interior(2). El vocablo original se refiere a la expresión eterna del ser interior. No da idea de forma física o de tamaño, como sí da idea nuestra palabra castellana "forma". La "forma de Dios" significa entonces que, en su estado eterno, en la presencia del Padre, el Señor existía como la imagen y la gloria de Dios. Desde siempre, eternamente, Cristo fue la gloria del mismo Dios, la irradiación del ser divino, que se encuentra unido estrecha y esencialmente con Dios.

La Biblia de 1977, refiriéndose a He. 1, dice que Cristo es "la fiel representación del ser real de Dios". Cristo Jesús existía y existe eternamente en la forma de Dios. La forma de Dios de la que se habla en Fil. 2 está vinculada a los atributos de Dios; se refiere a los atributos esenciales, que manifiestan hacia el exterior la naturaleza de la persona. Se refiere a aquella expresión de la gloria y de la majestad de su deidad que el Señor daba a los ángeles antes de su encarnación. Esta expresión la realizaba el Hijo preencarnado a través de un medio espiritual, discernible solamente por la naturaleza y las facultades espirituales de los ángeles(3).

2. En Mt. 17, cuando se habla de la transfiguración del Señor, se quiere decir que **su modo de expresión** fue cambiado delante de ellos; delante de los tres que estaban con El en el monte, el Señor dio expresión a la esencia de la deidad, de la cual El es coparticipante con Dios el Padre y con Dios el Espíritu Santo.

3. Que el Señor tuviera la forma de Dios fue verdad antes de que se hiciera hombre, pero también fue verdad al tiempo en que la carta a los Filipenses fue escrita; "siendo" no quiere decir que dejaba en algún momento de serlo. **La encarnación no cambió la naturaleza esencial de la segunda persona de la la Santa Trinidad.** En Belén, y en toda su vida, continuó reteniendo la forma divina, de modo que

la enseñanza apostólica es que, al tomar sobre sí mismo la humanidad, El no dejó nada de su deidad intrínseca, ni de sus atributos, ni de sus prerrogativas. La "forma" de Dios que nunca dejó se refiere a la plenitud de la esencia de Dios, a los atributos de Dios, a la santidad, a la verdad, a la omnipotencia, al amor, a la justicia.

Habiendo analizado el texto, podemos ahora leer el v. 6 de estas maneras alternativas(4). "...quien, subsistiendo"; "...quien, siendo por naturaleza"; "...quien, subsistiendo en aquel modo de existencia en el cual El daba expresión a la esencia de la deidad, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse".

III - LA SAGRADA ESCRITURA TRAZA, PARA NUESTRA CONTEMPLACION REVERENTE, LOS PASOS DEL SEÑOR EN SU CAMINO HACIA LA CRUZ.

1. Una vez que ha sentado el hecho fundamental de la identidad divina de Cristo, el apóstol dice "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse". No es fácil explicar el significado de este concepto. Lo que quiere significar es que El mostró una voluntad de resignar la expresión de sus derechos divinos. Esta es la **esencia** de la **humildad; este es el primer paso en el descenso del Hijo;** el que tenía la forma de Dios no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse. Cristo no se desprendió de su deidad, pero rechazó considerar su igualdad con Dios como un privilegio que pudiera retener, como una excusa para eludir su obra. El hecho de que El "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse", implica que rechazó aferrarse a su soberanía y que eligió ser tratado como siervo, como siervo sufriente, humanado, humillado. Lo que dejó de lado fueron sus propios, legítimos deseos. Puso a un lado su deseo legítimo como Dios, de ser glorificado, es decir, de dar expresión a su gloria, como El hacía ante los ángeles.

Para ir a la cruz tenía que dejar ese deseo legí-

timo a un costado; "no consideró que su condición le permitiera una demostración deslumbrante de su igualdad con Dios"(5).

Estas son diferentes maneras en que se puede expresar el texto original; no consideró El que pudiera utilizar su privilegio para negarse a seguir su camino hacia Belén y hacia la cruz.

El Señor no consideró aquella expresión de su deidad como un tesoro que debiera retener a cualquier precio; mostró en cambio una voluntad de no exhibir sus legítimos derechos divinos.

2. En el v. 7 leemos que "...se despojó a sí mismo". De esa manera el apóstol nos introduce **al segundo paso en el descenso del Hijo de Dios.** También en este caso los cristianos de todas las épocas han tratado de explicar esta expresión, la más difícil de todas, "se despojó a sí mismo".

Algunos han postulado que El se despojó totalmente de atributos divinos. Llaman a esto la "teoría de la *Kenosis* ", que proviene del verbo *Kenon* que se utiliza aquí, que significa "vaciar". La idea errónea consiste en decir que Jesucristo deliberadamente se habría vaciado de su gloria para hacerse hombre.

En la encarnación tenemos que ver la coexistencia sin mezcla de dos naturalezas en una sola persona y el problema radica no tanto en comprender cómo pudo ser hombre, sino en comprender **cómo pudo, al mismo tiempo, vivir como Dios**(6). La encarnación significó para la segunda persona de la deidad un vaciamiento; pasó de un estado de gloria a lo que la Escritura llama un estado de humillación.

Se vació, pero esto no constituyó un despojamiento absoluto de los atributos divinos. Pablo **no dice** que Cristo se despojó por sí mismo de la forma de Dios; tampoco dice que cambió la forma de Dios por la de un siervo. La encarnación no constituyó una disminución de la deidad, sino una adquisición de la humanidad. Pablo no dice que el Señor se pri-

vara de su "forma" de Dios, que implica igualdad con Dios, para tomar otra, porque ninguna forma mutable, ninguna forma cambiante, podía haber reemplazado a la forma de Dios. Entonces tenemos que preguntarnos ¿Cuál es el sentido de este concepto? ¿De qué se vació el Señor? No se vació ni de deidad ni de eternidad, pero **se vació de consideración para consigo mismo , nos antepuso; nos puso a nosotros antes que a El. Este es el gran hecho de ese despojamiento.**

¿Qué es lo que entonces Cristo estimó? No se estimó a sí mismo; estimó su misión, estimó la obra para la cual asumió la naturaleza humana. No se consideró a sí mismo y nos consideró a nosotros, pero al hacerse hombre no dejó de ser Dios. La forma de siervo no sustituyó a la forma de Dios.

3. En Jn. 13.4 leemos que El dejó a un lado su túnica y tomó una toalla para cumplir una tarea de siervo, mientras se inclinaba para lavar los pies de sus discípulos. El era, aún entonces, el Señor de la gloria. La Escritura enseña que hizo esto sabiendo que el Padre le había dado todas las cosas en sus manos, y que había salido de Dios y que a Dios iba.

4. Notemos que El no se despojó de su deidad esencial. No es esto lo que ocurrió; lo que aconteció fue que se despojó de una forma de revelación para tomar otra forma de revelación. El apóstol parece invitarnos aquí a contemplar a Cristo. Muestra que la revelación de Dios se expresó en una vida que eligió el camino del sufrimiento y del despojo.

Cuando contemplamos a Jesucristo en las Escrituras vemos que la suya es una vida que expresa el pensamiento eterno de Dios y que expresa el sentido del universo. Si la vida de Cristo fuera borrada de la tierra nuestro mundo quedaría más empobrecido, porque aquella vida expresa el pensamiento eterno de Dios, expresa el sentido del universo. Pero su propósito se ha concretado en un camino de despojamiento.

5. Volvemos a preguntarnos ¿de qué se despojó el Señor?:

a) **Cristo se despojó de su autoridad independiente.** El aceptó voluntariamente una limitación de su poder soberano. El mismo Señor enseña que "no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre"; y que "lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho"(7). Notemos que el que dice esto es el Verbo Encarnado, la palabra hecha carne. ¡Qué diferencia con nosotros, que somos tan ligeros para hablar, tan ligeros para expresar opiniones! Que el Verbo Encarnado aceptara voluntariamente una limitación de su poder soberano, y que se despojara del ejercicio de su autoridad independiente, constituye un tema para la meditación de todo hijo de Dios.

b) **Cristo se despojó en cuanto aceptó que su carne fuera un velo sobre su gloria.** Aquel Ser ante el cual los ángeles se cubren fue despreciado y escarnecido, como había dicho el profeta "verlo hemos, pero sin atractivo para que le deseemos". El trajo parte de su gloria consigo, pero la gloria que tuvo en la tierra no era toda la que había tenido con el Padre, antes que el mundo fuese. Hubo en su actitud, al menos en parte, un renunciamiento a su ambiente de gloria.

c) **Cristo se despojó de sus riquezas.** Este es un tema insondable; esas riquezas son inescrutables. Lo que aquí está implícito es que se despojó de sus riquezas **para asumir una deuda**; se hizo pobre porque cargó con la deuda de todos. Su deuda llegó a ser la más grande que jamás se haya contraído; se despojó y se hizo pobre, pero con esa pobreza nos enriquece.

6. Notemos que estamos apenas en los umbrales de este gran misterio, en parte revelado, pero ya estamos contemplando una maravilla. El hecho de Belén, la encarnación del Hijo eterno es una maravilla, pero no es solamente una maravilla de la natu-

raleza; **la encarnación es una maravilla de la gracia.**

Dice el v. 7 que "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo". Aquí encontramos **el tercer paso en el descenso del Hijo.** En lugar de insistir en sus prerrogativas, en lugar de dar expresión a su deidad, El se anonadó, se despojó, se hizo a sí mismo como nada, se dejó a sí mismo de lado y tomó la forma de un siervo. Dejó a un lado su modo de expresión, aquel de la gloria divina, por aquel otro de la humillación de un siervo y recibió, en lugar de la adoración de los ángeles, la maldición, la contradicción de un mundo de pecadores.

Notemos que el primer hombre, Adán, quiso apropiarse ilegítimamente del ser como Dios, porque esa fue la sugerencia satánica: "seréis como dioses". En el caso del Señor, su igualdad con Dios le daba ocasión para encerrarse en su gloria, pero Cristo no consideró esa igualdad, que era suya por derecho propio, como un privilegio que pudiera utilizar para eludir su camino. Este rasgo de su carácter residía ya en El cuando fue designado como el cordero para el sacrificio, en las edades eternas, antes de que el universo fuera creado. Sí, El no estimó en ese tiempo que su igualdad con Dios le pudiera apartar de aquella tarea, de aquel sacrificio y, en lugar de expresar aquella gloria de la deidad, prefirió expresarse en el estado de humillación del Verbo encarnado. Era y es Dios bendito por los siglos, el Rey de la Gloria, pero estuvo dispuesto a descender para tomar el lugar de un siervo.

La Escritura presenta al Señor de todos transformándose en siervo de todos, y así revela que, para cumplir su ministerio, el Hijo de Dios eligió el camino del despojamiento infinito.

La vida de Jesucristo sobre la tierra continuó siendo la vida de Dios; al tomar la forma de siervo continuó conservando su deidad esencial, pero la forma de Dios quedaba oculta detrás de la forma de siervo que vino a tomar. Hay una cierta oscuridad en las implicancias de la encarnación; en cierto modo

Dios estaba velado en Cristo; no todos vieron su gloria, aunque a los suyos les fue concedido contemplar sus destellos. Lo que tiene que ser subrayado es que, a pesar de que no todos vieron su gloria, cuando se hizo carne no dejó de ser lo que era. La gloria del verbo **no se extinguió a causa de la encarcion,** y la carne de nuestro Señor se convirtió, cuando la tomó el verbo, en el templo de Dios sobre la tierra. Por eso El pudo decir "destruid este templo, y en tres días lo levantaré". El cuerpo humano de Jesucristo fue un santuario y porque era un santuario manifestó la presencia de Dios. Cuando se encarnó trajo a la humanidad nada menos que la plenitud de su deidad. En Cristo habita toda la plenitud de la deidad, corporalmente, pero hubo en su actitud un renunciamiento a aquel ambiente de gloria.

El vocablo "forma" de Dios que hemos visto en el v. 6, es el mismo que se utiliza en el verso siguiente para hablar de la "forma" de siervo, pero el despojamiento se refiere a su posición y no a su naturaleza. "Tomó la forma de siervo, mientras retenía la forma de Dios"(8). **La forma de siervo que tomó fue tan real y tan plena como la forma de Dios, que nunca dejó.**

7. Sigue diciendo el apóstol en el v. 7 "hecho semejante a los hombres". Así el apóstol nos introduce **en el cuarto punto del descenso del Hijo de Dios.** Esta expresión describe y revela. Cuando dice "hecho semejante a los hombres", describe la humanidad genuina que el Señor asumió. Pero además, al señalar que era semejante a los hombres, revela que no fue solamente hombre; de modo que la expresión describe su humanidad y revela la deidad.

La humanidad la asumió en plenitud, pero su condición humana no expresaba la totalidad de la naturaleza de su ser. El era al mismo tiempo, y con la misma plenitud, Dios encarnado, el Hijo manifestado en carne, manifestado en la naturaleza humana.

Todo su ministerio tuvo que ver con pecadores. Se trata de la encarnación del Dios de gracia, que

entró en la historia humana, que se identificó con la raza pecadora para redimirla. La encarnación de Cristo fue el método elegido por Dios para entrar en relaciones salvadoras con la humanidad, pero el suyo fue un estado sin pecado y de impecabilidad. Fue un estado sin pecado porque la encarnación no cambió el carácter santo del Hijo; y fue un estado de impecabilidad porque tampoco cambió la naturaleza incorruptible del Hijo encarnado.

Lo que debe ser subrayado es que el Ser eterno, glorioso en su preexistencia, estuvo dispuesto a adoptar la naturaleza humana. Esto constituyó ciertamente una manifestación de condescendencia divina, en bien de la criatura humana.

IV - CRISTO ELIGIO EL CAMINO DE LA HUMILLACION EXTREMA, PARA PODER OFRECER UN SACRIFICIO DE MERITO INFINITO.

1. Hemos visto, primero, la condescendencia infinita; después vimos algo acerca de la humildad infinita, y del despojamiento infinito. Aquí la revelación nos conduce a meditar acerca de la humillación extrema, que El eligió para poder ofrecer un sacrificio de mérito infinito.

Dice el v. 8 "estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo". **Este es el quinto paso en el descenso del Hijo.** La encarnación no fue una simulación sino una realidad. El contraste aquí es entre aquello que El era en sí mismo, Dios eterno, y aquello que parecía ser a los ojos humanos. En los versos 6 y 7, cuando se repite la expresión "la forma", se usa la palabra *morfe* que, como vimos, se emplea tanto para la forma de Dios como para la forma de siervo, pero aquí en el v. 8, cuando se dice estando en la "condición" de hombre, el vocable "condición" viene del original *schema* que expresa algo bien distinto a los vv. 6 y 7 para "forma": este último hace referencia a algo esencial y permanente, que está en la naturaleza del ser, pero aquí el vocablo "condición" hace referencia a un aspecto externo, y de carácter transitorio. "Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo".

La conclusión es clara. Aun en su estado de humillación, no podía prescindir de su deidad, pero es como hombre que se humilló a sí mismo. El hecho de despojarse, de anonadarse, pertenece a su naturaleza humana y no a su naturaleza divina. La naturaleza divina no puede sufrir humillación porque es inmutable. El despojamiento y la humillación no están relacionados con su naturaleza divina sino con su condición humana, en la cual condición padeció la cruz.

Notemos otra vez que los caminos de Dios no son como nuestros caminos. Un guerrero terrenal que quisiera vencer lucharía por situarse lo más alto posible; pero Jesucristo sigue una dirección opuesta. Se vacía, se despoja, y hasta lo último; desciende hasta lo más bajo, hasta lo absolutamente más bajo. "Se humilló" significa literalmente "se abajó". Esto fue necesario para nuestra salvación y todo esto fue voluntario, porque tiene origen en su grande e infinito amor. Fue necesario que tomara un cuerpo; fue necesario que fuera hallado en la condición humana, para que pudiera morir. Fue necesario que tomara un cuerpo para que pudiera sufrir en él el escarnio y la cruz.

2. El **sexto paso en la humillacion de Cristo** es el que expresa el apóstol enseguida. "Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, **haciéndose obediente hasta la muerte**". Este despojamiento, expresándose en la humillación de su humanidad, llegó hasta lo último cuando se hizo obediente hasta la muerte.

La muerte no era inherentemente necesaria a la naturaleza humana, dentro del plan original de Dios, pero la muerte llegó a ser necesaria como resultado del pecado. Por lo tanto, hallado como hombre, El "se humilló a sí mismo"; equivale a decir que acompañó a la humanidad en su pecado, sometiéndose aun a la muerte.

Notemos que sólo por obediencia pudo Cristo

morir, porque la muerte no tenía derecho sobre El. La característica de un esclavo era la obediencia hasta el extremo de renunciar a su voluntad pero El, el Señor, tuvo que poner todo el peso de su deidad para ser obediente hasta la muerte. Aun en medio de su muerte siguió siendo el Dios Todopoderoso, que destruiría, por su muerte, al que tenía el poder de la muerte.

3. Los seis pasos que hemos mencionado eran fundamentales, pero faltaba la culminación; el apóstol agrega "haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz". **Este es el séptimo y último paso en el descenso del Hijo de Dios.** La muerte de Cristo se describe aquí reverentemente. Pablo introduce la cruz dramáticamente(9); hace que nos detengamos, como si deseara que los destinatarios de su carta meditaran en la magnitud de esa gran muerte. El que murió es Dios hecho hombre. Es claro que Dios no puede morir, pero es también claro que aquel que, siendo Dios, poseía la naturaleza humana, **la utilizó para morir.** Muchos hombres cumplen su destino en su vida, pero El cumplió su destino en su muerte.

La culminación de todo se encuentra en este gran vocablo "cruz". La muerte de cruz es la muerte maldita. Como ha dicho el gran Atanasio "¿cómo podría ser hecho maldición, sino por aceptar la muerte maldecida?" Este es el escándalo de la cruz, la ofensa, el oprobio de la cruz, el escándalo para un judío: un Mesías que muere, según ellos pensaban, como maldito de Dios.

Cabría la pregunta en el siglo primero y ha cabido la pregunta en la mente de hombres piadosos a través de los siglos. ¿Cómo puede uno que termina como maldito de Dios, ser el salvador de pecadores que están debajo de maldición? ¿Cómo puede ser el Hijo de Dios y morir así? La respuesta la da la Sagrada Escritura. La respuesta a esta aparente imposibilidad es tremenda. Cristo muere como nuestro sustituto, muere llevando nuestra maldición, muere sufriendo nuestro castigo. La sustitución es el hecho

central de la cruz, y es un acto de Dios. Allí, en la cruz, y supremamente en la cruz, el soberano del mundo se transformó en el siervo de todos, pero a pesar de eso continuó siendo el Señor de todos. Allí, en la cruz, asistimos a la plena identificación de Cristo con nosotros, con nosotros como pecadores. A El le fue imputado el pecado de todos. La imputación transfiere la culpa pero no la contaminación. Acompañó a la humanidad en su pecado, pero no porque compartiera el pecado. Su naturaleza siguió siendo santa, incorruptiblemente santa, pero acompañó a la humanidad en su pecado, en el sentido de que cargó con la culpa del pecador, y con las consecuencias del pecado.

4. El que tenía, eternamente, la forma de Dios, tomó la forma de siervo. Vino a donde estábamos, tomó nuestra naturaleza, entró en el ambiente, en la cárcel del hombre y, por medio de su sangre, **compró al hombre y lo rescató para Dios.**

El creyente escudriña con reverencia y regocijo estas Escrituras que lo introducen en un gran misterio, ahora revelado. El creyente admira, en Belén, el nacimiento del Ser increado. El creyente contempla, en la cruz, la muerte del Ser inmortal. Este creyente se transforma en un adorador. Se da cuenta de que la Palabra lo coloca frente a un misterio más grande que toda inteligencia. La venida al mundo del Hijo de Dios no es la venida de un hombre cualquiera; el niño nacido en Belén, el ser que muere en el Calvario, es el más grande misterio que el mundo ha conocido(10). Su persona es todo un misterio, que comprendemos en parte, pero este misterio da sentido a todo lo demás en el Evangelio. Aquel Ser delante del cual los ángeles se cubren, murió pendiente de un madero, colgado en cruz, la señal de la maldición. Este es el acto más noble y más grande que la historia ha presenciado. Está lleno de mérito infinito. Y fue hecho por nosotros.

Este es el misterio del Evangelio. Esta es la obra, esta es la persona que salva hasta lo último. Aunque

en su naturaleza humana habitaba la gloria divina, la utilizó solamente para complir su destino, para cumplir su ministerio sobre la tierra. Se colocó en el lugar de la humillación infinita para ofrecer un sacrificio de mérito infinito.

Notemos que este pasaje apunta a nuestra actitud en relación con los demás. Hay cierto sentido en que no podemos seguir a Cristo. No podemos seguirle, ni imitarle, en su obra redentora; no podemos sufrir, ni morir, vicariamente. Pero debemos tener "este sentir de El". Tener aquella disposición que caracteriza a Cristo.

5. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo". Esta conclusión es fundamental. Señala que, para un creyente, no menos que para Jesucristo, "la verdadera exaltación llega únicamente por la vía de la humillación". Cristo Jesús pasó toda su vida enseñando, pero la enseñanza suprema la dictó desde la cruz. Aquí llegamos a un punto definitivo para el que quiera vivir identificado con El.

¡Qué lección! ¡Qué lección para todos los hombres! Que lección para una humanidad que sólo sabe gloriarse en sus triunfos, y que desprecia a los débiles. Hay incrédulos que no han sido humillados por la vida, pero hay creyentes que no se sienten humillados por su naturaleza pecaminosa. Por lo tanto, no viven en un estado de espíritu humillado. Deciden cosas, opinan sobre todo, porque no han comprendido la terrible enemistad entre su carne y Dios. No han sido humillados por Dios. No expresan, en su manera de actuar, nada de un espíritu mortificado, nada de una naturaleza juzgada. Hablan de victoria y de estar identificados con Cristo, pero no mencionan la cruz.

La cruz reclama de cada cristiano que tenga "este sentir que hubo también en Cristo Jesús". Esta es una actitud ineludible, si queremos identificarnos con Cristo.

Esta aplicación concreta, a nuestra vida, del sentir de Cristo, es asombrosa. La cruz es la única que puede enseñarnos cuánto tuvo que humillarse la gran Cabeza de la iglesia. Que la cruz enseñe, a cada uno, cuánto tiene que humillarse "para que el cuerpo sea digno de la cabeza"(11).

II

LA UNION DEL CREYENTE CON CRISTO

I - ESTA EN LA ESENCIA DEL EVANGELIO REVELAR COMO DIOS NOS DA VIDA.

Dios nos ha dado vida por medio de' nuestra maravillosa relación con Cristo. El Evangelio atiende a la necesidad más profunda del hombre. La necesidad esencial, básica, del hombre, es su relación con Dios. El Evangelio saca al hombre de la condición en que se encuentra y lo coloca en relación con Dios.

Esta relación se expresa en las Escrituras mediante los conceptos de "comunión", "permanecer", "juntamente", "participación", "morar", "habitar", estar "en Cristo"(12). En la literatura sobre este tema pueden encontrarse expresiones como la "comunión con Dios", "la unión del creyente con Cristo", "la identificación del cristiano con Cristo" y otras semejantes. No es fácil explicar todo lo que implica esta gran enseñanza, por lo cual el único camino consiste en escudriñar para definir el significado que estos conceptos tienen en la Palabra inspirada.

A veces se escuchan explicaciones sobre esta unión, o con respecto a la identificación con Cristo, que empobrecen su significado fundamental; el significado más profundo, el único válido en temas espirituales, sólo puede surgir de un escudriñamiento de las Escrituras. Es en la Escritura donde pueden verse las **características** de esta relación entre el cristiano y su Salvador:

1. **La nueva relación que el creyente tiene con Cristo es tanto unión con Cristo como comunión con El.**

La unión con Cristo es el privilegio común de todos los que sienten sus pecados, los que verdaderamente se han arrepentido y vienen a Cristo(13). ¿Qué sucede con estos, los que sienten sus pecados, y verdaderamente arrepentidos vienen a Cristo? Con ellos sucede que son recibidos, son perdonados y aceptados **en Cristo:** este es el privilegio de todo cristiano verdadero.

Desde luego, no es un privilegio pecar, pero sí es un privilegio sentir el pecado, sentirlo como lo que es, como un agravio a Dios.

Seguramente los creyentes en Jesucristo somos conscientes de esta relación más en un culto de adoración que cuando estamos en casa; más en una reunión de adoración que cuando estamos viajando o trabajando; pero esta unión, esta relación con Cristo, sigue existiendo en todo momento. Sigue existiendo cuando trabajamos, lo mismo que cuando oramos; sigue existiendo cuando estamos enfermos; sigue existiendo, por la gracia de Dios, aun cuando nos colocamos en la situación terrible del que se ha apartado de Dios, y seguirá existiendo en el momento más solemne de la vida, cuando seamos bajados al sepulcro. Aun en estas circunstancias, incluso en momentos solemnes y terribles de la vida, esta relación con Cristo sigue existiendo.

La comprensión de este punto es fundamental, porque la posibilidad de que un creyente carnal viva plenamente la experiencia de un hombre espiritual depende en gran medida de que se dé cuenta de lo que significa su relación con Cristo. Se trata de una nueva creación que imparte la vida de Dios. El Espíritu Santo crea la unión espiritual entre el creyente y Cristo por un acto regenerador.

Existe desde el momento que confiamos una unión perfecta, vital, indestructible, con Cristo. Y esta

nueva creación es el resultado de la posición del creyente "en Cristo". Tal vez no hay ninguna frase tan profunda en significado, tan importante para el hombre, como estar "en Cristo". Dios nos ha dado vida juntamente con Cristo, nos resucitó con El y nos ha hecho sentar "en los lugares celestiales con Cristo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros, en Cristo Jesús. (Ef. 2:6-7).

No es posible dar una definición acabada de todo cuanto significa estar "en Cristo", pero la Escritura enseña que implica ser salvo por la fe, tener el perdón de los pecados, ser un santo, miembro del cuerpo de Cristo, ser un pámpano en la vid, una oveja en su rebaño, ser un sacerdote en un reino de sacerdotes. Estar "en Cristo" significa participar en todo cuanto Cristo ha hecho, en todo lo que El es y será. Implica tener atribuida la justicia de Cristo; implica la redención del poder satánico, la reconciliación con Dios; significa haber sido vivificado, resucitado, glorificado, y sentado en el trono con El(14). En la eternidad, Dios determinó que todos los que por fe están "en Cristo" fuesen un pueblo elegido, apartado del resto de la humanidad, y hecho santo para El (15).

Volveremos sobre este concepto porque es inagotable. Este libro es un intento de cubrir lo que significa estar "en Cristo", y lo que implica, en la experiencia, vivir identificado con El. Pero lo que debe siempre ser destacado es que estar "en Cristo" no es una posición estéril, un estado en un desierto; es una relación vital, que funciona(16). Funciona porque **es una relación plena con la vida de Dios.**

2. La comunión con Cristo requiere un ejercicio de corazón para experimentar, en la práctica, las consecuencias de la unión con El.

Partiendo de la base de su unión con Cristo, el nuevo creyente pregunta a Dios qué debe hacer con su vida; quiere obedecer a Dios y se encuentra frenta a una multitud de interrogantes; llega un mo-

mento en que todo creyente advierte que algo ha pasado con su ser; advierte que lo que antes era una relación nominal pasa a ser algo vital; algo se produce dentro de él y entonces comienza a preguntar a Dios, y a sí mismo, qué ha ocurrido, hasta que la palabra de Dios le va iluminando. Lo que ha ocurrido es que él ha entrado en relación con Cristo. (17).

El creyente que obedece a Dios comienza a recibir vitalidad espiritual; ya tiene vida espiritual, pero ahora comienza a recibir una afluencia de poder que antes no conocía(18). Es que la comunión implica cultivar el hábito de buscar la presencia de Dios, y esta comunión significa un ejercicio de corazón que conduce a experimentar, en la práctica, las consecuencias de la unión con Cristo. El cristiano que comienza a ejercitarse espiritualmente aprende a separar tiempo para orar y para escuchar a Dios; se da cuenta de que necesita buscar la presencia de Dios. Todo esto es un signo de que quiere cultivar su comunión con Dios.

3. La comunión con Cristo no otorga, a ningún creyente, mejor posición que la que otro tiene.

No hay, y no podrá haber nunca, mejor posición que la que el cristiano tiene "en Cristo". La posición del cristiano es inmejorable; él está en Cristo, está unido para siempre a El; esta posición no puede ser mejorada. Pero el que vive en comunión con Cristo reflejará los rasgos de su carácter.

Ninguno será jamás más humilde que el que tenga mayor comunión con Cristo; ninguno será jamás más consciente de su propia debilidad y de la terrible corrupción de su corazón que el que tiene comunión con Cristo.

Si no se advierten estos frutos y, en cambio, desarrollamos un carácter altivo; si nos ponemos por encima de la experiencia de los cristianos comunes, y si nos creemos libres de la corrupción que los demás tienen, eso es prueba segura de que hemos com-

prendido muy poco acerca de la comunión con El.

II - LA UNION DEL CRISTIANO CON CRISTO ES PRIMERO Y PRINCIPALMENTE UN ACTO DE DIOS.

Uno de los pasajes más completos del Nuevo Testamento para entender la doctrina de la unión del cristiano con Jesucristo el Señor es el capítulo 6 de la carta a los Romanos. En Ro. 6.1 el apóstol inspirado parece responder a un supuesto interlocutor sincero, pero que no hubiera entendido bien la gran doctrina sobre la gracia, que ha explicado en los capítulos anteriores. Dado que antes ha dicho (5.21) que "cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia", Pablo se apresura a corregir un error de razonamiento(19) que pretendiera atribuirle la enseñanza falsa de que la gracia convalida el pecado. Quiere oponerse a alguno que pretendiera insinuar que Pablo estuviera enseñando que, para conseguir mayor gracia, habría que abundar en el pecado, como si se dijera "busquemos la gracia por la vía del pecado".

Para comprender la pregunta "¿Permaneceremos en el pecado para que la gracia abunde?", se hace necesario definir primero los términos "permanecer" y "pecado". El vocablo "permanecer" se traduce en otros lugares del Nuevo Testamento como "morar", "habitar". Se utiliza para dar la idea de la morada permanente de una persona en su propia casa, o como visita en la casa de otro. Incluye la idea de una relación habitual, cordial, de dependencia. ¿Cuál es el significado del vocablo "pecado" en Ro. 6.1? ¿Significa el pecado como el hecho común, es decir, los pecados que comete el creyente o significa más bien el principio que está detrás del pecado, la raíz que le da origen?

La respuesta la proporciona el contexto. Notemos que el apóstol dice que el pecado "reinó" (5.21); esta forma de expresión la utiliza otra vez en Ro. 6.12:"no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal". Da la idea de que el pecado es como un

rey que gobierna, es decir que las transgresiones que cometemos son la consecuencia de algún factor que domina, que gobierna. El pecado "se hizo rey". (20)

Surgen pues dos evidencias. La primera es que Pablo se refiere aquí no a los actos de pecado, sino al principio del cual provienen; se refiere a la fuente del pecado más bien que a los actos que surgen de ella. El apóstol está haciendo referencia a la naturaleza pecaminosa del creyente, vale decir a la naturaleza totalmente depravada del hombre que, como eso, como principio, no ha sido erradicada del creyente cristiano; aún reside, con toda su energía, en él.

Y la segunda evidencia que surge es esta: los actos de pecado que el creyente practica no son casuales; son el resultado de un factor dominante que gobierna en él como rey.

Ahora estamos en condiciones de reformular las preguntas de Romanos 6.1 en estos términos: "¿Qué, pues, diremos? ¿Mantendremos con nuestra naturaleza pecaminosa una relación cordial, amistosa, de dependencia, para que la gracia abunde?"

La respuesta es categórica y proviene del instinto espiritual del apóstol: "En ninguna manera". Pablo parece reconocer que la pregunta es, en cierto modo natural, y se la pregunta a sí mismo, pero la contesta "con una indignada negativa"(21).

Enseguida proporciona (vv.2-3) dos argumentos sorprendentes: primero explica **qué** ha ocurrido: "hemos muerto al pecado"; después explica cómo esto ha ocurrido: "hemos sido bautizados en Cristo Jesús". Ro.6 "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?"

Este punto es fundamental. Todo lo que Pablo sigue diciendo, hasta el final del capítulo, es una derivación de este gran concepto, en sus consecuencias para toda vida cristiana.

El Bautismo en Cristo.

Lo que Pablo enseña en Ro. 6.3 es que el pecador que cree es introducido, es colocado en Cristo. La palabra que se traduce como "bautismo" es el vocablo griego "baptizo". Tiene origen en la práctica de los herreros, que tomaban el hierro candente y, después de moldearlo, lo introducían en agua o en aceite para templarlo. La cosa así hundida era "bautizada", era introducida en una nueva circunstancia, o en un nuevo ambiente, para cambiar su naturaleza, o para cambiar su relación con el medio ambiente. La cosa era colocada bajo una influencia, bajo un poder transformador(22).

Pablo toma esta idea y enseña que el cristiano, por un acto de Dios, ha sido bautizado, ha sido introducido "en la muerte de Cristo". De modo que así como un herrero hundía el hierro candente en el agua, así los creyentes en Jesucristo han sido introducidos, han sido sumergidos en Cristo. Esta es la gran doctrina de la **unión con Cristo**, en la cual debemos penetrar, debido a sus vastas repercusiones sobre toda la vida de todo creyente.

El bautismo de que se habla aquí es el bautismo "en Cristo", y tiene referencia a la muerte y a la resurrección de Cristo. La idea central es que fuimos unidos a El, en su muerte y en su levantamiento de la tumba.

"El verdadero bautismo es el del Espíritu Santo, por medio del cual el creyente es bautizado en Cristo Jesús y así pertenece al cuerpo del cual Cristo mismo es la cabeza. El bautismo por las aguas es figura de aquel otro y enseña, en figura, nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección" (Walter Bevan).

El bautismo en Cristo es un acto de Dios; no es el acto de la persona que nos introdujo en el agua el día que fuimos bautizados por agua. Es un acto de Dios. Por este acto Dios saca al hombre de su relación anterior y lo introduce en una unión vital y orgánica con Cristo(23). Por este bautismo Dios coloca al pecador que cree, eternamente, en Cristo. Este acto constituye el fundamento de todas las bendiciones que Dios ha dado, "juntamente con El"(Ro. 8.32), al pecador que cree.

Una de las primeras bendiciones que el nuevo creyente comprende es que está perdonado; es salvo, y para siempre. "No vendrá a condenación", porque está más allá del juicio. En esto consiste, esencialmente, la justificación por la fe(24). Dios atribuye el mérito infinito de la cruz al pecador que cree, y lo une con Cristo resucitado en gloria. Esta es la primera bendición, y es la que todo hombre necesita; es la primera en el tiempo, y la primera en importancia.

La única posibilidad de que uno que está muerto espiritualmente reciba vida consiste en que sea unido a Cristo. Esto es lo que Dios hace; toma al pecador que confía en el Señor Jesucristo como su Salvador personal, y lo coloca "en Cristo". **Este es el bautismo en Cristo, del cual el bautismo por agua es un símbolo.** El bautismo real es la unión con Cristo(25); el bautismo por agua instituido por el Señor expresa pero no realiza esta unión. El bautismo por agua es pues la proclamación pública de la relación interior con Cristo, que el creyente ha obtenido antes de dicho bautismo, mediante una obra del Espíritu de Dios (Wuest).

Este aspecto es definitivo; no es todo lo que las Escrituras tienen que decir sobre nuestra identificación con Cristo, pero es el punto de partida. Veámoslo con algún detalle.

Muertos al pecado.

¿Qué es estar muerto al pecado?

En Romanos 6.10 leemos que Cristo "en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas". Murió "con relación al pecado". El significado es claro. Cristo murió al pecado en el sentido de que sufrió sobre su cuerpo el castigo del pecado. Notemos que nuestra relación con el pecado es directa, como transgresores, como pecadores; pero la relación de Cristo con el pecado se verifica por sustitución y únicamente en el Calvario; consiste en que El ha cargado con el pecado de otros, en la cruz. Se llevó el pecado porque lo cargó sobre sí mismo: se identificó con nosotros, en el sentido de que se hizo responsable de nuestra deuda como pecadores y la pagó, la canceló para siempre; por lo tanto, el pecado ya no tiene nada que reclamar sobre El, que murió a consecuencia del pecado del mundo.

Vemos pues que la enseñanza del pasaje se hace más y más profunda, a medida que la Escritura despliega la amplitud del significado de la cruz; aquí ya podemos vislumbrar dos aspectos del hecho trascendente del Calvario:

a) Por un lado leemos en I Co. 15.3 que "Cristo murió **por** nuestros pecados",
b) Por otro lado, vemos en Ro. 6.10 que Cristo "murió **al** pecado".

El primer aspecto alcanza al hombre perdido, y le ofrece ser salvado del **castigo** del pecado. El segundo aspecto alcanza al hombre regenerado, y le asegura que puede ser salvado del **poder** del pecado(26).

El primer aspecto apunta a una muerte por el pecado que sólo Cristo pudo soportar. En este sentido su muerte es única, y no puede ser compartida. El segundo aspecto, en cambio, apunta a una muerte que sí podemos compartir. Este es el objetivo que el apóstol tiene "in mente" cuando enseña que "hemos muerto al pecado".

El pasaje de Romanos 6 implica pues que el Señor Jesucristo no sólo ha muerto para cancelar los peca-

dos, sino que además ha muerto para que el creyente se considere muerto al pecado.

Para tratar de explicar que el cristiano está muerto al pecado, algunas interpretaciones muy difundidas, pero que no tienen fundamento escritural, enseñan que significaría una cierta insensibilidad al pecado. Se dice "esto de estar muerto al pecado deja al cristiano tan insensible al pecado, como es insensible un muerto.."(Liddon)(27). Se agrega que "un muerto no puede pecar"; sin embargo, la Escritura muestra que este no es el sentido que el apóstol quiso dar.

Estas interpretaciones pierden sustento cuando se aprecia que la carne subsiste, en sus manifestaciones y tendencias, en el hombre convertido a Cristo. Cuando Pablo dice en Ro. 13.14 que no debemos "hacer provisión para la carne" no queda ninguna duda de que la carne, como tendencia, como principio, no ha sido erradicada. No puede pues afirmarse que los creyentes estén muertos al pecado, en el sentido de que sean insensibles a él. Todo lo contrario; así como la Biblia enseña que el estado de muerte espiritual en que se encuentra el hombre inconverso, es un estado de intensa actividad, así también puede afirmarse que en un cristiano su naturaleza adánica está más viva que nunca.

El bautismo en Cristo es una muerte al pecado. Esta muerte al pecado no significa extinción, sino separación. Dios ha hecho una separación entre el creyente y su naturaleza pecaminosa, es decir, una separación entre el poder de la naturaleza pecaminosa y el creyente. Se trata de nada menos que de la terminación del dominio del pecado sobre la vida del creyente; significa una separación entre el cristiano y la naturaleza del pecado, porque esta naturaleza ha sido crucificada y sepultada.

Esto ocurre debido a la unión con Cristo. La reflexión fundamental es que la Sagrada Escritura no convoca a los creyentes para **exhortarles a que mueran al pecado**, sino que **afirma que murieron al**

pecado, porque han participado de la muerte de Jesucristo.

Morimos con El, y hemos resucitado con Cristo, porque somos uno con El.

No podemos compartir con el Señor sus sufrimientos redentores, pero por el hecho de su unión con Cristo todo creyente comparte la muerte del Calvario; es decir que la unión del cristiano con su Salvador comprende este aspecto definitivo; la unión con Cristo es una unión en su muerte. La consecuencia fundamental es que la muerte de Cristo "al pecado" implica que, en la cruz, se ha llevado a cabo un juicio contra la naturaleza carnal de todo creyente. Notemos que este concepto es negativo. Lo negativo es la idea de muerte, que tenemos tendencia a rechazar.

El apóstol pasa a explicar en el v. 4 que, **por el hecho de su unión con Cristo**, todo creyente comparte la vida resucitada de Cristo. Este concepto es altamente positivo.

Romanos 6. 4-5:"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección".

La sepultura "coloca el sello sobre la muerte", que indica que la vida antigua ha finalizado, para dar lugar a una nueva(28). El creyente cristiano, en la cruz, ha muerto. La vieja vida ha terminado, pero ha empezado una nueva. Este versículo 4 enseña pues que la **unión** con Cristo, que es el fundamento de la vida crucificada es, al mismo tiempo, el fundamento de la vida resucitada.

De modo que en este concepto de la unión con Cristo se incluye no solamente el hecho de la separación de lo viejo sino también la fundamental asociación con un elemento nuevo, que es la vida resucitada de Cristo. Detengámonos en este gran pensamiento.

La vida nueva.

a) La unión con Cristo significa, además de lo que hemos visto, una resurrección, una vida nueva. La naturaleza de Dios es implantada. Por esta unión se quebranta el poder de la vieja naturaleza y el cristiano es asociado con alguien que da poder para vivir la vida cristiana. Este alguien es Cristo y este poder es aquella "supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la que operó en Cristo, resucitándole de los muertos"(Ef. 1.19-20).

b) En el v.5 leemos acerca de ser "plantados juntamente con El" en dos sentidos: en primer lugar, "en la semejanza de su muerte", aspecto que el apóstol ha tratado ya, pero que reitera, probablemente para asegurarnos que nuestra unión "de vida" en Cristo depende de nuestra unión en la semejanza de su muerte.
Siempre hemos de tener presente que lo que hace mortal a un hombre no son las enfermedades; lo que hace mortal a un hombre es su enemistad con Dios. Y esto es precisamente lo que la cruz ha derribado. La cruz ha terminado con esa enemistad. El estado de guerra con Dios ha terminado, a causa de la cruz, es decir, a causa de nuestra unión con El, en su muerte.
En segundo lugar el v.5 habla de ser "plantados juntamente con El...en la semejanza... de su resurrección". Este es otro gran concepto del texto original, porque implica **una unión viviente de dos individuos que crecen juntos;** la identificación equivale a "crecer juntamente con el Señor". La idea es que el pecador es injertado en Cristo; es transferido de un ambiente de muerte a otro en el que reina la vida.

Notemos que se menciona específicamente la resurrección en relación con la nueva vida. Se habla de una vida nueva porque el pecador está espiritualmente muerto, y su vida tiene que ser creada de nuevo. No somos entrenados, o educados, para ser cristianos; no participamos de un curso acelerado

para llegar a ser cristianos; es nada menos que la vida de Dios lo que necesitamos. Esta vida se recibe por la fe. El pecador que confía es creado de nuevo, y esto "desde arriba".

Pero, además, se habla de una nueva vida porque a la fuerza tremenda de la naturaleza pecaminosa se le opone ahora un poder interior en el hombre convertido; el creyente cuenta ahora con una nueva fuente de energía. Esta energía no es otra que la que imparte el Espíritu de Dios; el apóstol habla de "andar en vida nueva", así como Cristo resucitó de los muertos "por la gloria del Padre" o, como también puede expresarse, "por el glorioso poder del Padre". La conexión es clara. La nueva vida del creyente se encuentra en otro plano; en el plano de la poderosa vida resucitada de Cristo, que es transmitida a todo aquel que cree.

La identificación del creyente con Cristo parte de la base de que esta es la gran provisión que la gracia ha hecho para cristianos comunes como nosotros. La idea de la resurrección no es sólo la antítesis, lo opuesto de la muerte; es la introducción del cristiano en un nuevo ámbito, ahora, en esta vida; el ámbito del enorme poder capacitante del Espíritu de Dios.

III - PARA LIBERARNOS DEL DOMINIO DE NUESTRA NATURALEZA PECAMINOSA, DIOS SE HA PROPUESTO DESTRUIRLA

Pablo no ha terminado su argumentación, y agrega otro concepto fundamental: "sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado"(6.6).

Aquí aparecen tres cláusulas, que nos obligan a preguntarnos: ¿A qué se refiere el "viejo hombre"? ¿Qué significa "fue crucificado"? ¿Qué es el cuerpo del pecado? ¿Qué significa que sea "destruido"?

1. El "viejo hombre" se refiere al hombre que el cre-

yente era antes de su conversión, totalmente depravado, sin la vida de Dios. **Ese hombre fue crucificado.** Y fue crucificado juntamente con El, en el sentido de que "sufrió el castigo" que merecían sus pecados, en Cristo. La fundamental consecuencia es que "el que ha muerto, ha sido justificado del pecado"(v.7); pero además indica que nuestra vieja vida ha terminado. El pecado ya no tiene derecho sobre ella.

2. La expresión "el cuerpo del pecado" no es el cuerpo del pecador, sino su naturaleza pecaminosa. La frase viene a ser un sinónimo, como veremos en el capítulo siguiente, de "la carne".

3. El concepto de que este cuerpo de pecado "sea destruido" no es fácil de explicar. Lo mejor que puede hacerse es escudriñar sobre el sentido de este vocablo *Katargethe* en otros pasajes, principalmente en He. 2.14; allí leemos que el Señor participó de carne y sangre "para **destruir** por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo". El sentido allí no es que el enemigo sería aniquilado, sino que le sería **quitado poder.** No se le haría desaparecer, pero sería derrotado, vencido. Este es el significado que podemos aplicar al pasaje de Ro. 6.6.

De modo que ni Satanás ni nuestra naturaleza son "aniquilados", pero el propósito divino es que su dominio sea destruido, es decir que nuestra vieja naturaleza "sea despojada de su poder". Este es el sentido en que la voluntad de Dios quiere que el "yo" pecaminoso sea destruido.

Sería un grave error pensar que la naturaleza pecaminosa, en un creyente, está aniquilada. Todo lo contrario; está viva ¡y suele ser muy activa! Pero su poder ha sido derrocado en la cruz. Sin embargo, es cierto que muchos creyentes "no saben que nada sino la muerte, la absoluta entrega a la muerte bastará, si es que la vida de Dios ha de manifestarse en ellos con poder"(29). La nueva vida sólo puede manifestarse allí donde trate con una naturaleza juzgada.

De modo que este texto (v.6) enseña que:

a) "Nuestro viejo hombre fue crucificado con El. La consecuencia es que, en razón de nuestra identificación con Cristo, participamos de su muerte al pecado.
b) "Para que el cuerpo del pecado sea destruido": El pasaje no enseña que la naturaleza pecaminosa en un creyente esté aniquilada, o desarraigada. Tampoco enseña que el cuerpo del cristiano tenga que ser flagelado. Lo que enseña es que la vieja naturaleza ha sido **despojada de su poder**, en la cruz.
c) "A fin de que no sirvamos más al pecado". Todo esto con la finalidad de que ya no sigamos viviendo esclavizados por el pecado. Todo esto fue hecho "para que el material que el pecado tenía para obrar fuera puesto fuera de acción"(30).

IV - LA EXPERIENCIA DE LA IDENTIFICACION CON CRISTO TIENE POR ORIGEN LO QUE DIOS HA PROVISTO, PARA TODOS LOS HOMBRES, EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Ahora estamos en condiciones de apreciar mejor la enseñanza de Romanos 6:1-6 sobre la identificación del cristiano con su Salvador:

1. La unión del creyente con Cristo se expresa, en Ro. 6, como el bautismo "en Cristo"; este bautismo consiste en que el pecador que cree es introducido no en el agua sino "en Cristo". Es colocado, eternamente, en Cristo. **El bautismo en Cristo significa que Dios ha establecido una relación vital y eterna entre Cristo y el cristiano.** La idea central es que cuando el Señor murió, el pecador murió; y cuando El resucitó, el pecador también lo hizo. Es salvo para siempre. Tiene vida eterna. "No vendrá a condenación". Esta es la gran obra del .Evangelio. El Evangelio saca al hombre de la condición en que se encuentra y lo coloca en relación con Dios. Este es el primer paso en toda experiencia de identificación con Cristo. Ninguna experiencia

de comunión con Jesucristo tiene sentido si El no es recibido primero como Salvador.

2. No hay en el pasaje la menor insinuación de una regeneración bautismal. La enseñanza no es que el bautismo por agua pueda efectuar la unión del pecador con su Salvador; lo que Pablo enseña es que el **bautismo en Cristo es la unión** con Cristo.
El bautismo por agua simboliza lo que Dios ha hecho; ha incorporado al pecador creyente a la unión con Cristo. Cuando un creyente es bautizado reconoce eso, lo que Dios ha hecho. Que el bautismo por agua deba ser practicado por inmersión está claramente enseñado en otras Escrituras, y está implícito en Ro. 6, por el uso que hemos visto de la palabra **"baptizo"**. Pero es fundamental destacar que el pasaje que comentamos está refiriéndose a la realidad; si la realidad es comprendida, el acto del bautismo por agua parece claro, pero si la realidad no existe, el acto carece de sentido. El bautismo "en Cristo" es una obra de Dios, y es este bautismo el que efectuó la obra a que se refiere el pasaje, de unir al pecador con su Salvador. En cambio, el bautismo por agua **representa** esa obra, pero no la efectúa.

3. El bautismo en Cristo es una identificación con su muerte; es una muerte al pecado. Esta muerte al pecado no significa extinción, sino separación. Dios ha hecho una separación, un corte quirúrgico entre el creyente y su naturaleza pecaminosa. Se trata de un acto de Dios, por el cual El hace una separación entre el poder de la naturaleza pecaminosa y el creyente. Aquí encaramos un aspecto altamente práctico de esta gran doctrina; ninguna identificación con Cristo será real si se ignora que se trata de nada menos que de la terminación del dominio del pecado sobre la vida del creyente; significa una separación entre el cristiano y la naturaleza del pecado, porque esta naturaleza ha sido crucificada y sepultada.

Esto ocurre debido a la unión con Cristo; por esta unión se quebranta el poder de la vieja naturaleza, con su capacidad carnal(22).

4. ¿Cómo fue hecho esto? Por un acto de Dios. ¿Qué ha hecho Dios? Ha hecho esa operación quirúrgica ¿Cuándo la hizo? En la cruz, pero la ha hecho efectiva cuando creímos. ¿Por qué la tuvo que hacer? Dios ha tenido que hacer esto porque no existe otra salida para el hombre viejo, aparte de la cruz. Cuando Pablo dice que Dios condenó al pecado "en la carne" significa que El reprueba el pecado: pero además quiere decir que Dios **ha pronunciado un veredicto de muerte sobre la naturaleza caída.** La cruz es el juicio sobre esa naturaleza, porque está incurablemente enferma, y Dios no intenta curarla sino destruirla.
Y esta es la doctrina sobre la influencia profunda de la cruz en la vida cristiana. Este aspecto, aunque sea poco comprendido, está incluido en el acto de bautismo en Cristo del pecador que cree. La carne tiene que ir a la cruz.

5. No podemos compartir con Jesucristo el hecho de que El llevó nuestros pecados, pero podemos compartir sus beneficios. Para ello, la naturaleza carnal debe ser vista como un monarca destronado. En este pasaje, al hacerse referencia a la muerte del creyente, se utiliza el tiempo pretérito perfecto "hemos muerto"; "hemos sido bautizados...". Es que la Escritura no convoca a los cristianos para que mueran al pecado, sino que afirma que murieron al pecado, por haber participado de la muerte del Señor crucificado.
Pablo enseña que los creyentes han muerto en cuanto a su relación con el pecado. Dice que murieron, no por el pecado, sino para él. La conclusión es clara. El juicio de la cruz no ha cambiado nuestra naturaleza pecaminosa, que aún subsiste, pero ha cambiado nuestra relación con ella. Si vemos el pecado como un reino, el creyente ya no vive allí(32). Desde este punto de vista el bautismo en Cristo es un bautismo

de juicio. ¿Qué significa? Significa que toda nuestra historia fue juzgada y fue condenada en la cruz. Pero es más; toda nuestra naturaleza, todo lo que somos por naturaleza, aunque nos parezca bueno, ha sido crucificado. La reflexión que todo cristiano debe hacerse es que la cruz no es una obra para complementar "lo mejor" del hombre. La cruz es una obra para redimir al hombre que ha caído, en la totalidad de su ser, del dominio del pecado.

Como siempre, de una doctrina bíblica surge el fundamento para un aspecto básico de la vida. Los pecados en la vida de un creyente no son casuales; el pecado ocurre cuando el creyente se conecta otra vez con su naturaleza pecaminosa y depende de ella. Los pecados que cometemos indican el grado en que nos sometemos a nuestra naturaleza caída. Comprender este punto es fundamental para toda nuestra experiencia.

6. Pero el bautismo en Cristo es, al mismo tiempo, un bautismo de vida.

Este bautismo de vida es para hombres incapaces. Todo creyente experimenta, cuando comienza a vivir su vida cristiana y a servir a Dios, su total indefensión frente a sus enemigos externos y frente a la carne que lleva adentro. Se da cuenta de que el nivel espiritual al que se le llama a vivir está más allá de sus fuerzas. Este es un gran descubrimiento, que tarde o temprano tiene que ocurrir en cada vida cristiana.

Muchas vidas de cristianos sinceros se encuentran en la esterilidad y en la decepción por no entender claramente la enseñanza bíblica sobre este punto. La Escritura no niega esta indefensión; por el contrario, la enseña. Pero también enseña que precisamente para este cristiano sin recursos propios Dios ha provisto este maravilloso concepto de la identificación con Cristo, que es un bautismo vital, porque transmite la vida que necesitamos.

Sí, para que el creyente pueda entrar plenamente en la experiencia de la identificación con el

Señor, debe haber un reconocimiento franco, categórico, en la presencia de Dios, y a la luz de la palabra Santa de que, a menos que reciba una fuerza externa que le ayude, la vida espiritual plena y el servicio a Dios con alegría no son posibles. Este reconocimiento de su total incapacidad es lo que caracteriza a los hombres espirituales de la Biblia y de la iglesia, y constituye un paso esencial para aprender a recibir la fuerza que viene de afuera, de Dios.

El contacto con el Cristo viviente trae vida. Esta transmisión de vida es obrada por el Espíritu de Dios, que ha venido a morar en el corazón del cristiano. Este aspecto está explícitamente mencionado más adelante en la carta, cuando Pablo señala que esta "vida nueva" es producida por el "Espíritu de vida" (Ro.8.3). La recepción de vida caracteriza al comienzo de la experiencia cristiana, porque el Espíritu ha implantado en el corazón de todo creyente la naturaleza divina; sin embargo, esta suministración espiritual no se agota en la conversión, porque el apóstol habla de **andar** "en vida nueva"; y esto no se refiere sólo a una experiencia nueva, sino también a una nueva fuente de energía espiritual.

7. Esta unión con Cristo asocia, une, y da poder para vivir según la nueva naturaleza que ha sido implantada en el creyente. Está implícito que el creyente nunca actúa solo, porque detrás de él hay una energía que lo mueve: a) está la energía de su propia naturaleza carnal; y b) está la energía impartida por Dios. Desde el comienzo, pues, de estos grandes capítulos 6 al 8 de Romanos, que plantean el conflicto de la vida cristiana, la opción queda clara; si, por un acto de su voluntad, el creyente se conecta otra vez con su naturaleza pecaminosa, el resultado es inevitable: trae otra vez el pecado a su vida. Pero si, por un acto de voluntad, el creyente se conecta ahora con el Espíritu Santo, el Espíritu inclina su corazón hacia Dios y le da fuerzas para vivir su vida cristiana y para servir a Dios.

8. ¿Cómo hace esto el Espíritu? Lo hace manifestando a Cristo, a través de la palabra leída o ministrada. El poder vivificador de Cristo es lo que permite dejar el pecado.

9. Para saber que está muerto al pecado, todo lo que un creyente necesita es escuchar el desarrollo que hace Dios de la verdad de que fue identificado con Cristo en su muerte, y creerlo en su corazón. Cuando Dios dice "nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo", eso es un testimonio divino. Es la revelación de un hecho.

Y para saber que ahora vive "para Dios" tiene que hacer lo mismo; creer, cuando Dios dice que ha resucitado con Cristo. Cada creyente debe tomar la actitud de un resucitado, porque **es** un hombre **resucitado**. Los que han confiado en Jesucristo como Salvador y Señor están "vivos de entre los muertos"; esto equivale a decir que "han regresado de la muerte". Así se define en las Escrituras el conocimiento esencial del cristiano: "si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3.1). El que está en Cristo, tiene vida de resurrección.
Los que están en Cristo están, todos ellos, vivos de entre los muertos. Esto también es un testimonio divino. Es la revelación de un hecho. Esta es la doctrina de la unión con Cristo como aparece en Romanos 6.1-6. Otros pasajes, que consideraremos más adelante, arrojan luz sobre aspectos no menos importantes de este gran tema bíblico, que expresa la inmensidad de la obra de la cruz. La doctrina esta fundada en hechos que tienen por autor a Dios. Aunque esta doctrina es poco enseñada, no hay duda de la importancia que la Escritura le asigna porque, **sobre la base de estos hechos, se edifica toda la vida cristiana**. Toda bendición se origina en lo que Dios ha provisto, para todos los hombres, en la muerte de su Hijo.

III

UNA ACTITUD DE FE

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. *(Ro.6.11)*

Con Cristo estoy juntamente crucificado. *(Gá. 2.20)*

I - UN LLAMAMIENTO PARA ACEPTAR LAS CONSECUENCIAS DE LA CRUZ.

Después de haber establecido la gran doctrina de la unión con Cristo, Pablo entra en el terreno de la vida práctica de todo creyente. Esto es lo que hace en tres versículos (v. 11 a 13) de Romanos 6. Lo que allí se aprecia es que si quiere vivir en identificación con Cristo, todo creyente es llamado a adoptar actitudes fundamentales, que significan nada menos que aceptar las consecuencias de la cruz en su vida.

Para experimentar las consecuencias de la unión con Cristo se requiere adoptar tres actitudes:

1. **Una actitud de fe.** (v,11) "Así también vosotros consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro". La palabra básica es "consideraos", porque expresa una actitud de fe.
2. **Una actitud de rechazo.** (v,12) "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias". La expresión básica es "no reine", porque expresa una actitud de rechazo.
3. **Una actitud de entrega.** (v,13) "... sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos..." La palabra básica es "presentaos", porque expresa una actitud de entrega.

Estas son tres actitudes fundamentales que todo cristiano debe tomar, si quiere que aquella

unión se convierta en una vida de **identificación** con Cristo. Dada su importancia, las iremos desarrollando en tres capítulos separados.

II - SI QUEREMOS VIVIR EN IDENTIFICACION CON CRISTO, TENEMOS QUE APRENDER COMO VIVE UN HOMBRE CRUCIFICADO.

Siempre tenemos que preguntarnos: ¿qué quiere significar Pablo en Gá. 2.19-20 con respecto a la experiencia? Cuando Pablo declara que está "crucificado con Cristo" está haciendo referencia a aspectos concretos de su experiencia vital. La identificación del apóstol con la muerte de Cristo envuelve por lo menos tres aspectos: 1. Se trata de una muerte a la ley; 2. Se trata de una muerte al mundo; 3. Se trata de una muerte a la carne.

Veamos esto en ese orden:

1. **La muerte en la que Pablo se ve envuelto, en la cruz de Cristo, es una muerte a la ley.**

   a) No se puede menospreciar la influencia de la ley en el pensamiento de Pablo, y la importancia de que se considera en Gá. 2.19 "muerto para la ley". Saulo era un sincero, celoso cumplidor de los mandamientos. La ley de Dios representaba, para Saulo de Tarso, lo mismo que representa la religión para muchos hombres piadosos en el día de hoy. Cuando el sincero guardador de la ley que había en Saulo recibió la iluminación de Cristo, se dio cuenta de que el camino de los mandamientos, o de la práctica sincera de una religión, descansa en el logro humano, en tanto que el camino de la gracia se apoya solamente en la obra de Jesucristo en favor de los transgresores de la ley.

   b) Pablo encontró que lo que la ley hizo fue revelarle el pecado, hacerlo "sobremanera pecaminoso" (Ro. 7.13), es decir, acentuar su pecaminosidad. Se dio cuenta de que la ley no provee un remedio para el pecador, sino que

más bien proclama su condenación, por cuanto "por las obras de la ley nadie será justificado" (Gá. 2.16). La ley deja sin esperanza al transgresor, dado que ni él, Saulo, ni nadie, pudo ni puede cumplir cabalmente sus requerimientos.

La ley ejerce entonces un doble ministerio; por una parte, constituye al hombre en pecador y, por otro, lo condena por serlo. Es que, querramos o no, el hombre no puede evitar su relación con Dios. La Sagrada Escritura, al calificar a todos los hombres como "pecadores", expresa que nuestra relación con Dios es una **relación quebrantada.** Y es aquí donde habría de intervenir Cristo como sustituto del transgresor; cuando Isaías profetizaba que el Mesías sería "contado con los transgresores", estaba anunciando que El se identificaría con nosotros en nuestra relación con Dios como pecadores.

c) Cuando el apóstol declara en Gá.2.19 "yo por la ley soy muerto para la ley", está utilizando una expresión que dice mucho en poco. El argumento reside en que el Señor vino al mundo naciendo "bajo la ley", "hecho súbdito a la ley"; sirvió bajo la ley, la obedeció plenamente y, desde el punto de vista más estricto, fue hallado sin mancha. Sólo así El, que era sin pecado, estaba en libertad de llevar el pecado de otros. Pudo ocupar el lugar de aquellos que han violado la ley y, en la cruz, satisfizo sus requerimientos **muriendo bajo la ley.** A causa de su muerte, el Señor pasó a un ámbito en donde está ahora desligado de la ley, no por haberla quebrantado sino por haberla cumplido, y se encuentra en una condición donde ella no tiene control sobre El. Por tanto, que un creyente como Pablo haya muerto a la ley significa que toda relación con la ley de Moisés ha terminado, de manera que en adelante la ley no tiene demandas que hacerle, ni ejerce control sobre él.

La consecuencia para el creyente es fundamental, porque vivir en identificación con Cristo significa que **nuestra historia como pecadores terminó en la cruz.**

Debido a la cruz, el estado actual del creyente en Cristo no se establece según la ley; es "aparte de la ley" (Ro. 3.21). El cristiano ha quedado fuera del ámbito de la ley, en tanto ésta penaliza la transgresión. Es que la cruz libera al pecador creyente de la obediencia a preceptos legales como condición de su vida eterna, por cuanto la ley, habiendo recibido plena satisfacción en la muerte de Cristo, ya no puede penalizar la transgresión del pecador.

d) Para Saulo, el celoso fariseo, la ley era el punto más elevado de la Escritura, la suprema revelación de Dios. Pero sus intentos por cumplir con los mandamientos le enseñaron un punto fundamental. La **total incapacidad** del hombre bajo el pecado para satisfacer las demandas de la ley para hacerlo justo delante de Dios. Sin embargo, la ley fue y es eficaz en cuanto guía al transgresor hacia Cristo, el Salvador del culpable (Gá. 3.24). La ley es eficaz "para llevarnos a Cristo".

e) La cruz libera al hombre de la ley como norma de vida, porque ahora el creyente vive en la libertad de "la ley de Cristo" (Gá. 6.2). El creyente se mueve ahora en un ámbito de plena libertad, dentro de una esfera de responsabilidad. La libertad cristiana no significa abrir la puerta al libertinaje, porque la "ley de Cristo" implica que la misma fe que justifica, es la fe que santifica; se trata de una operación del Espíritu de Dios, que graba en el corazón del pecador que cree la espiritualidad esencial de la ley(33). La fe en el mensaje de la cruz está pues orientada, por un lado, a pacificar la conciencia pero, al mismo tiempo, está destinada a purificar el corazón. Toda conversión verdadera manifiesta estos dos aspectos, aunque sea en un grado pequeño. Evi-

dencia una conciencia pacificada y un corazón purificado.

f) Pablo agrega que ha muerto para la ley "para vivir para Dios"; es posible que estuviera implícito en su pensamiento que la sujeción a la ley en realidad le impedía una vida de plena devoción personal a Dios. El servicio sacerdotal del creyente del Nuevo Testamento es de un orden muy superior al del régimen antiguo; la sangre de la cruz asegura un camino nuevo y vivo (He. 10.20), que el judío piadoso jamás tuvo a su alcance. Es que la ley, lo mismo que la mente carnal, establece ceremonias y métodos que, comparados con el acceso del cristiano, constituyen barreras entre el alma y Dios. Aun los sacrificios del Antiguo Testamento, aunque fueron establecidos divinamente, no limpiaban la conciencia ni podían hacer maduros a los que por ellos se acercaban a Dios(He. 10.1-2).

Este aspecto legal de la identificación del apóstol con la muerte de su Señor no carece de significación para nosotros, en un mundo plagado de ceremonias religiosas, que dejan vacío el corazón.

El creyente del Nuevo Testamento no se acerca con temor a un santuario terrenal. Ha muerto a la ley; las barreras han sido derribadas; puede acercarse confiadamente porque hay un trono de gracia (He. 4.16).

La muerte a la ley tiene que ser apreciada en los alcances que la Escritura le asigna, porque permite comprender cómo la fe en la obra de la cruz libera al hombre para que, con una limpia conciencia, pueda "vivir para Dios". El creyente de hoy ya no necesita quedarse lejos; el camino hacia el verdadero santuario está abierto por el mismo Señor, el Sumo Sacerdote que ha penetrado los cielos "por nosotros"(He. 9.24).

Sí, porque ha sido hecho "cercano por la sangre de Cristo"(He. 2.13) el creyente puede

ahora desarrollar plenamente su vida de devoción personal.

Esta es una de las grandes riquezas de una vida identificada con Cristo. La vida crucificada de Pablo le abría el camino para una vida de devoción plena a Cristo.

2. **La muerte en la que Pablo se ve envuelto, en la cruz de Cristo, es además una muerte al mundo.**

Entre la cruz de Cristo y el mundo existe un antagonismo insalvable. Para el apóstol Pablo la relación entre el mundo y la cruz de Jesucristo parece haberse polarizado a través de su experiencia espiritual; en primer lugar, al apóstol le fue revelado, seguramente en el camino a Damasco, que aquel que había sido crucificado por los príncipes de este mundo, era el Cristo, el Señor de la Gloria (1 Co. 2.8). Esto es, Pablo debe haber visto al mundo de su tiempo como un mundo crucificador(34).

En segundo lugar, él alcanzó a ver que "en la cruz... el mundo me es crucificado a mí..." (Gá. 6.14); es decir que llegó un momento en que vio al **mundo crucificador como crucificado.** Lo que él veía como crucificado era al mundo como sistema (35) incluyendo al mundo de los griegos, entregado a la fantasía del paganismo cuando no a la inmoralidad; al mundo militar de los romanos, que imponía una "paz" basada en el sometimiento, y aun al mundo religioso de los judíos, entregado al formalismo, cuando no a la idolatría. Es decir que estaba viendo como crucificada también a la religión que tuvo su origen en una palabra de Dios, pero que más tarde fue desvirtuada.

En tercer lugar, hay aún otro aspecto en que el apóstol ve la influencia de la cruz, y es cuando advierte que el mundo lo ve a él, a Pablo, como un hombre crucificado. Este aspecto es altamente revelador, porque aquí apreciamos un gran secreto. La identificación con Cristo consistía en que Pablo

vivía como un hombre crucificado para el mundo. En esto consiste también su identificación con el Señor: "... el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo".

Otra vez estamos frente a una palabra escrutadora. Cuando la gente nos mira como creyentes en Jesucristo ¿cuántos hombres crucificados con Cristo puede ver? ¿De cuántos el mundo puede decir, cuando no estamos presentes "ese que va allí es un ministro de Cristo, y administrador de los misterios de Dios"? Que estas preguntas escrutadoras queden sobre toda alma cristiana, porque la identificación con Cristo requiere una actitud clara de amor hacia todos los hombres que están en el mundo, pero de separación no menos clara con respecto a todo lo que implique compartir el pecado del mundo.

3. **La muerte en la que Pablo se ve envuelto, en la cruz de Cristo, es también una muerte a la carne.**

En el capítulo anterior hemos considerado la muerte al pecado; ahora vamos a ampliar el comentario, haciendo referencia a un concepto semejante. La muerte a la carne (36).

Gran parte de los creyentes en Jesucristo no comprenden sus luchas y sus problemas porque no entienden lo que la carne es y lo que la carne produce. Veamos esto con algún detalle:

a) En el creyente coexisten dos naturalezas: la naturaleza carnal y la espiritual.

La primera caracterización de la **naturaleza carnal** aparece en el primer libro de la Biblia, en Gn. 6.3: "Y dijo Jehová: no contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente **él es carne**". ¿Quién hace esta reflexión? No la hace Moisés sino Dios. Dios, que dialoga consigo mismo, declara que el hombre es carne.

¿Qué es la carne? Para que no nos quede duda

de lo que la carne es, Gn. 6.5 lo aclara: "Y vio Jehová que la maldad de los hombres era **mucha** en la tierra, y que **todo** designio de los pensamientos del corazón de ellos, era **de continuo solamente** el mal". Este es el primer fundamento de la doctrina de la depravación total del hombre. En ese pasaje aparecen 4 conceptos absolutos ("mucho", "todo", "de continuo" y "solamente") que se emplean para caracterizar la carne.

La carne no es el **cuerpo** humano. La carne es la **naturaleza** humana, **caída.** Es lo que el hombre ha venido a ser, después del pecado. ¿Qué es la carne? Es la naturaleza humana viciada, debilitada(37).

La naturaleza humana es una naturaleza contaminada y contaminante. No es el hombre como salió de la mano de Dios. Es el hombre como quedó, débil, vulnerable, después que el pecado entró en su vida.

Se han hecho muchos esfuerzos para quitar la palabra "pecado" del lenguaje corriente, de la literatura y aun de la teología. Se puede desde luego, quitar el pecado de nuestro vocabulario y de nuestras predicaciones, pero el asunto es que no resulta tan fácil quitarlo de la vida. La declaración que hace la Biblia en Gn. 6 es fundamental para entender al hombre de hoy y de siempre; el hombre es un ser vulnerable, porque no puede, por sí mismo, resistir la fascinación del pecado. Cualquiera sea la opinión que se tenga del hombre hoy, esto es lo que ha venido a ser. Todo ser humano participa de esta característica de la raza; lo fundamental es comprender que ninguna parte de su complejo ser ha quedado excluida de las consecuencias de la caída.

Por su parte, la **naturaleza espiritual** es la engendrada por el Espíritu de Dios en todo aquel que confía en Jesucristo como su Salvador.

El pecador que confía en Cristo es engendrado

de Dios (Jn.1.12), "nace de nuevo". Este hombre no es "entrenado", no es enseñado para ser cristiano; es creado de nuevo. Es objeto de una "renovación" espiritual. "Renovar" en la Biblia no significa "reparar", o "hacer un remiendo"; renovar significa hacer al hombre de nuevo, y desde arriba. Se trata de una obra de regeneración que realiza el Espíritu de Dios en todo aquel que cree en Cristo como Salvador.

Dios no da consejos al pecador; no le pide que cambie su vida, ni que cambie su religión. Dios lo hace de nuevo, le da un corazón nuevo. El pecador no necesita consejos que no puede cumplir. Lo que el pecador necesita no es una religión nueva, sino un corazón nuevo.

Estas dos naturalezas son, como veremos, incompatibles una con la otra pero, por razones que sólo Dios conoce, coexisten en todo creyente en Jesucristo. La introducción de la naturaleza espiritual no implica que la anterior sea aniquilada. Ambas naturalezas subsisten.

b) ¿Quién es el hombre carnal?

El hombre carnal no es un incrédulo. Al incrédulo se le llama el hombre "natural"; el creyente es espiritual, porque no está más en la carne sino en el espíritu; **pero puede comportarse como "carnal"**(38). Puede tener muchos dones y hasta puede ser un hombre activo en la obra de Dios.

¿Qué caracteriza a este creyente que actúa como "carnal"?

i) Este creyente "carnal" lucha por sí mismo. Se gobierna a sí mismo; evidencia esta actitud porque tiene respuesta para todo; se siente **dotado para todo.** Emite opinión sobre todo, incluso sobre los siervos de Dios.

ii) Este hombre carnal hace muchos planes y, cuando un plan le fracasa, hace otros planes. En lugar de volverse al Señor,

en quebrantamiento, vuelve a sus planes, a sus criterios y a sus opiniones.

iii) El cristiano carnal depende de sus fuerzas. A la menor provocación, devuelve agresividad. Querrá maniobrar para imponer sus ideas, querrá desplazar a otros, y hasta querrá manejar a otros; defiende sus propias ideas con tenacidad, con lo cual evidencia que no se ha rendido a Dios.

iv) La carne puede ser refinada, puede ser culta, y hasta puede ser religiosa, pero sigue siendo carne. La carne no se convierte cuando el hombre se convierte. La carne no progresa; nunca pasa a ser espiritual; nunca se transforma en espíritu.

v) La carne pretende gobernar la vida y, de hecho, gobierna muchas vidas. Pero sobre la carne pesa el veredicto definitivo: **no puede agradar a Dios.** Si algo caracteriza a la carne es su oposición a Dios.

Esta descripción que la Biblia hace se refiere a nosotros mismos. ¿Quién de nosotros no se siente fotografiado ante esta descripción?
La carne es incorregible; la Escritura enseña que lo único que Dios puede hacer con la carne es llevarla a la cruz. No hay otra salida. El creyente está "en la carne" (aquí indica en el cuerpo), pero es llamado a vivir no "según la carne" (según su naturaleza pecaminosa).

c) La lección de Amalec.

En el primer libro de Samuel, capítulo 15, leemos cómo Saúl va a pelear con Amalec. La lección del pasaje es fundamental, porque Amalec es una figura de la carne; es uno de los primeros enemigos que aparece cuando el pueblo de Dios entra en el desierto.

Saúl recibe la orden de destruir todo, pero

el pueblo y él mismo deciden destruir todo lo que estiman vil y despreciable, y reservar algunas cosas; reservan lo que a su juicio es "lo mejor ... para sacrificarlo a Jehová..." (1 S. 15.15). La respuesta de Samuel es categórica ("El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención más que la grasa de los carneros") y permite formular dos reflexiones:

a) La primera lección importante es que no sólo las cosas groseras y visibles son expresión de carnalidad; también son carnales ciertas actitudes más refinadas , que a nosotros nos parecen buenas; también "lo mejor" tiene que ser mortificado porque eso también es carne. La conclusión práctica es que si un creyente permite que su naturaleza vieja tenga el control en algún área de su vida, eso puede arruinarlo todo. Si queremos vivir en identificación con Cristo, tenemos que hacer el descubrimiento de nuestros propios corazones, para darnos cuenta, a la luz de la Escritura, que todo lo que surge de nuestra naturaleza es carnal. Este es el peor descubrimiento de todos; este descubrimiento por lo general viene después de la conversión. ¿Qué implica? Que toda nuestra naturaleza es malvada.

b) La otra reflexión es no menos importante; la carne es peligrosa porque induce al pecado, pero la carne nunca es tan peligrosa como cuando pretende servir a Dios.
La revelación que las Escrituras hacen de la carne es tremenda. Abarca a la totalidad del bre; la carne abarca toda su actividad, y se entromete incluso en el servicio a Dios. La carne siempre se opone al Espíritu de Dios. No se detiene ni aun ante la obra de Dios. La carne es muy sutil, y puede inspirar una actividad aparentemente elevada; a Saúl le parecía que procediendo según su propio criterio podía servir a Dios, pero Dios dice que todo servicio en la carne es rechazado.

Sí, la carne ha hecho; y sigue haciendo, mucho daño a la obra de Dios. El concepto de

identificación con Cristo requiere que reconozcamos que el creyente gobernado por la carne, aunque tenga dones, no sabe pensar espiritutalmente. No hay duda de que hay un ministerio que puede ser hecho en la carne, en la energía carnal. Hay una actividad no santificada, que proviene de una naturaleza no juzgada en la presencia de Dios(39). En ocasiones, podemos llevar adelante nuestras iniciativas, y desechamos las ajenas; pero que llevemos adelante nuestros planes no siempre quiere decir que Dios los apruebe, aunque la intención pueda parecer buena. Lo que es nacido de la carne, carne es (Jn. 3.6); la vida identificada con el Señor parte de la base de que el gran impedimento en la obra de Dios es la intrusión de la carne, que pretende hacer lo que no puede hacer.

d) El secreto consiste en comprender **cuándo** se plantea el conflicto entre las dos naturalezas.

En el mundo actual los estadistas abogan por la coexistencia pacífica de naciones con muy diferentes sistemas políticos y económicos. No hay duda de que este criterio debe ser apoyado en el ámbito de las relaciones internacionales. Pero en el ámbito del conflicto en que vive todo creyente la situación es totalmente opuesta; las dos naturalezas que subsisten en el creyente no coexisten pacficamente. La carne lucha contra el Espíritu(Gá. 5.17); "éstos se oponen entre sí". La cuestión reside en comprender cuándo surge este conflicto entre la carne y el Espíritu; el conflicto se plantea concretamente porque, cuando cedemos a una de estas naturalezas, la otra reacciona. (40)

Cuando un creyente cede al pecado, ¿qué pasa con su otra naturaleza? El Espíritu que tiene adentro, que viene de Dios, se entristece, reacciona.

Esto quiere decir que ese hombre pertenece al Señor; es su naturaleza espiritual que se entristece cuando ha caído. El conflicto se ha

planteado porque, cuando uno cede a una de sus dos naturaleza, la otra reacciona.

Ocurre a la inversa, cuando el cristiano rechaza el pecado. Si cede a su naturaleza espiritual, la carne reacciona, y le propone otras soluciones; le sugiere soluciones más rápidas, aparentemente más oportunas, que no obligan a dejar el pecado, y que no obligan a esperar en Dios.

La vida cristiana es concebida en la Escritura como una lucha porque si cedemos a una naturaleza, la otra reacciona. Si cedemos al Espíritu Santo, la carne reacciona, y si cedemos ante la carne, es el Espíritu el que reacciona.

e) El punto decisivo del conflicto consiste en reconocer que tenemos dos naturalezas, pero una de ellas tiene que ser mortificada.

El punto del conflicto, y el que lo define todo, reside en entender que todo creyente tiene estas dos naturalezas, pero puede ser siervo sólo de una. Estas dos naturalezas determinan dos maneras de hacer las cosas y dos maneras de buscarlas.

Hay una manera de encarar la vida y el servicio a Dios, que es carnal. Pero hay otra manera de encarar nuestra vida, que consiste en depender del Espíritu de Dios. Conocemos, por experiencia, nuestras dos naturalezas. Conocemos ambas, pero las obras de una de ellas tienen que ser mortificadas (41).

III - UN LLAMAMIENTO PARA ACEPTAR LOS BENEFICIOS DE LA RESURRECCION.

La esencia de la identificación con Cristo consiste en vivir por fe, pero nunca despertaremos a esta vida a menos que nos introduzcamos en el mensaje de la cruz. Este es el punto de partida que tiene como fundamento la gran obra de Dios en el Calvario. Una vez que la vida espiritual se inicia con ese fundamento, el creyente aprende que su vida posterior está también fundada en la resurrección de Cristo. Sí, toda vida de fe tiene su origen en la obra de Dios, y particularmente

en lo que Dios ha hecho por todos los hombres en la muerte y en la resurrección de su Hijo.

Lo que la Escritura señala en Ro. 6.11 es que la fe actúa, en un doble sentido:

a) Todo creyente es llamado a aceptar las consecuencias de la cruz. Esto es lo que Pablo enseña cuando dice "consideraos muertos al pecado.".

b) Pero el creyente es también llamado a aceptar los beneficios de la resurrección. Esto es lo que el apóstol enseña cuando agrega "consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios".

¿Qué significa considerarse muerto al pecado pero vivo para Dios?

Hay que distinguir que una cosa es conocer que el Señor Jesucristo ha muerto y ha resucitado y otra cosa es considerarse muerto y resucitado con El.

Todo comienza con el conocimiento de la verdad de Dios. El elemento de verdad es esencial porque Dios quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad. La predicación y la enseñanza están destinadas a impartir este conocimiento; a nadie se le debe pedir que crea o que acepte lo que no comprende.

En el capítulo anterior hemos visto qué sentido tiene la expresión "muertos al pecado". La idea de muerte no es la de extinción sino de separación. Significa que Dios ha hecho un corte quirúrgico, como el de un cirujano, entre el creyente y su naturaleza pecaminosa.

El vocablo "consideraos" es en el original el verbo *logizomai*, que significa contar, computar, poner algo a la cuenta de otro. Es un término que se utilizaba en contabilidad, como cuando alguien deposita hoy dinero en un banco, en la cuenta de otra persona. En ese caso el titular de la cuenta puede extender cheques y gastar, porque parte de la base de que puede disponer del dinero.

Este ejemplo del ámbito mercantil nos permite entender el sentido de la exhortación imperativa del apóstol en Ro. 6.11, porque implica reconocer ciertos hechos como definitivos, y actuar en consecuencia. La exhortación es a que el creyente reconozca que no debe vivir para el pecado porque, por medio de un acto de Dios, ha sido separado del dominio que la vieja naturaleza ejercía sobre él.

Es Dios el que acepta la muerte de Cristo como habiendo muerto por nosotros y es Dios el que acepta su vida de resurrección como siendo nuestra vida. Aquella muerte y esa vida son contadas como nuestra muerte y nuestra vida, debido a nuestra unión con El.

Ahora bien, una vez que se conocen los hechos fundamentales de la fe cristiana, una vez que el hombre comienza a entender estos hechos, forma parte del propósito divino que estas grandes doctrinas inflamen el corazón y muevan la voluntad del creyente.

Este es el invariable método apostólico que Pablo aplica aquí y en otras partes de sus escritos inspirados. Toda exhortación en el Nuevo Testamento tiene como fundamento una enseñanza doctrinal. Hemos visto en el capítulo anterior que para conocer que está muerto al pecado todo lo que el creyente necesita es escuchar el desarrollo de la verdad de que ha sido identificado con Cristo en su muerte, y creerla en el corazón. Cuando Dios dice que el viejo hombre fue crucificado con Cristo, eso es un testimonio divino de una obra divina. Se trata de la revelación de un **hecho.**

Lo mismo vemos que acontece cuando la Sagrada Escritura declara que el creyente ha resucitado con Cristo. Esto también es la revelación de un **hecho.** Hemos llegado a **conocer** estos hechos, y hemos puesto nuestra confianza en ellos.

¿Qué significa entonces "considerarse" muerto al pecado y vivo para Dios? Significa tomar esta obra de Dios en Jesucristo muerto y resucitado y reaccionar **conforme** a lo que Dios dice; es decir

que el creyente en Cristo no niega la fuerza del pecado, pero toma la actitud de uno que ha muerto para ese pecado.

Al mismo tiempo, significa aprender a enfocar todo el resto de su vida sobre la tierra como uno que ha regresado de la muerte, y ahora tiene vida resucitada. Esta es una exhortación que sorprende por su magnitud, pero así está revelada. Esto equivale a decir que cada cristiano debe tomar ciertas actitudes porque es un hombre resucitado. Debe actuar como un hombre resucitado porque lo es.

Ahora, notemos que se trata de dos aspectos de una sola experiencia porque sólo puede considerarse muerto al pecado aquel que al mismo tiempo se considera vivo para Dios. La experiencia del creyente que es llamado a vivir para Dios es la de aquel que se levanta del pecado y dirige sus pasos hacia Dios. Es la repetición cada día de la experiencia del hijo pródigo que se levanta del chiquero; la fuerza para levantarse de su miseria proviene del hecho de que se dirige a la casa del padre donde él sabe que hay abundancia de pan. Un creyente sólo deja el pecado cuando percibe el llamamiento de Dios para levantarlo del pecado; es el llamamiento de Dios que ama como un Padre.

El que está en Cristo tiene vida de resurrección. La vida eterna que tiene es la eterna vida de Dios que ha sido infundido en su alma. Esta vida de resurrección busca "las cosas de arriba" (Col. 3.1). Considerarse así muerto al pecado y vivo para Dios significa reconocerse como el destinatario de las exhortaciones que hace el Nuevo Testamento. La Escritura no dirige esas exhortaciones a todos los hombres sino a los que han resucitado con Cristo. A estos, y sólo a estos, se les puede exhortar a que busquen "las cosas de arriba".

Este "considerarse" es pues una manera de expresar que el creyente es exhortado a adoptar nuevas actitudes de fe. Concretamente, la exhortación de Pablo ("consideraos .."), ligada como está a hechos fundamentales como la muerte y la re-

surrección de Cristo, significa que el creyente es llamado a encarar el sentido de su vida en términos de la obra de Dios en Cristo.

Lo que debe ser subrayado es que la actitud de fe de Ro. 6.11, no tiene que ver con elementos abstractos, sino que está estrechamente relacionada con la cruz. Esta es la enseñanza inequívoca de Pablo en Romanos 6. Y esto es lo que vuelve a enseñar cuando escribe la carta a los Gálatas.

Tanto al comienzo como al final de Gá. 2.20 el apóstol hace referencia a la cruz de Cristo:"Con Cristo estoy juntamente crucificado"; "... se entregó a sí mismo por mí". El concepto de identificación con Cristo está claramente expresado, y no hay duda de que esta identificación se relaciona con la cruz.

La importancia de la fe en la vida no debe ser menospreciada, pero lamentablemente existen en nuestro mundo conceptos muy equivocados con respecto a ella. Sólo por el estudio de las Escrituras se pueden comprender las características de la fe y se puede entender cómo es posible entrar a vivirla.

¿Qué es vivir por fe?

1. La vida de fe comienza el día de nuestra conversión a Cristo, porque la fe que salva no consiste en un mero asentimiento al credo de una iglesia sino que constituye una relación vital, que une eternamente al pecador creyente con su Salvador y Señor.

Ningún hombre nace con fe. La fe no existe por herencia; la fe es engendrada en el alma por la Palabra de Dios (Ro. 10.17).

La vida cristiana comienza con un **acto de fe** y se mantiene mediante una **actitud de fe.** La fe es una mirada del alma que se dirige fuera de nosotros, hacia Cristo crucificado y resucitado. El primer acto de fe en Jesucristo como Salvador es una respuesta a la invitación que Dios nos hace para que recibamos la salvación en Cristo. Este paso de fe en Jesucristo como Salvador personal es el acto más trascendente de nuestra vida.

La fe establece entre el alma y Dios una relación, que es vital; estamos en El como las ramas estan en la vid. Estamos en El como los miembros del cuerpo espiritual están en la gran Cabeza de la iglesia. Sí, grande es este misterio, pero lo cierto es que estamos en El porque Dios nos ha dado vida **juntamente** con Cristo.

Notemos que la cruz encara la tragedia de todo hombre, porque el hombre, aunque no lo sepa, está muerto para Dios. No está muerto en el error sino en el pecado. Y no está muerto por un tiempo; está muerto para la eternidad. Está viviendo una vida como si no hubiera perdón, como si no hubiera evangelio; vive como si no hubiera gracia abundante, como si no hubiera amor, y amor eterno, en Dios. Ciertamente, el hombre no está muerto para las cosas menores; está muerto para Dios.

Aquí entra la fe en el mensaje del evangelio, porque este mensaje le dice al hombre que Dios ha tenido misericordia de él. Le dice que Dios otorga al pecador que cree, al que se refugia en su gracia, la misma vida que se levantó de la tumba con Cristo. Esto forma parte esencial de la unión con Cristo; Dios otorga, al pecador que cree, la misma vida que Cristo resucitado tiene. Antes estaba muerto para Dios; ahora está vivo para Dios.

Tener fe es recibir al Señor Jesucristo como El es revelado en el Evangelio; como el eterno Hijo de Dios, como el Hijo que fue enviado, que no fue escatimado por Dios, vestido, sin pecado, con la semejanza de nuestra naturaleza, amándonos, dándose a sí mismo como propiciación por nuestros pecados.

La fe ocupa el lugar central porque todo beneficio de la muerte de Cristo, como sacrificio por el pecado, lo apropiamos mediante el arrepentimiento y la fe. La fe se apropia de los méritos de Jesucristo crucificado, que son la base del perdón. Este es el papel **fundamental** de la fe; consiste en **apropiarse** de lo que Dios ofrece. Este primer acto de fe es un acto de **identificacion** con Jesu-

cristo; por la fe, el pecador se identifica con la obra de la cruz, y la hace suya.

2. Esta fe no consiste en una adhesión intelectual al credo de una iglesia sino que establece una relación con una persona divina; la vida de fe consiste en mantener una actitud de confianza, de sumisión, de entrega total al gran amor de Cristo.

Después de la conversión tenemos que seguir ejerciendo la fe. Esta es la clase de fe que necesitamos para crecer; no un enfoque superficial de los problemas de la vida cristiana, sino una fe que se nutre de la obra de la cruz. La fe de Pablo, así centrada en la cruz, demuestra que su confianza no radicaba en un sentido frívolo de su relación con Dios. La fe se regocija en el acceso a Dios pero siempre tiene presente lo que ha costado.

El mundo en que vivimos ha falsificado nociones fundamentales de la doctrina bíblica; es típico del enemigo falsificar la obra de Dios. Forma parte de esta obra satánica hacer pensar a muchos que las doctrinas tienen que ser dejadas a los teólogos, y que a la gente hay que darle la verdad resumida, en términos prácticos; de allí los catecismos, las historias sagradas y otros elementos que, en el fondo, son malos sustitutos de la Palabra, y sólo consiguen un resultado: alejar al hombre de la Palabra de Dios; alejarlo del único gran mensaje en que la fe encuentra fundamento.

La fe de la Biblia no es algo natural, sino algo obrado dentro de nosotros. La fe se enciende por el llamamiento de Dios; es engendrada en el alma por la Palabra de Dios. Los escritos del Nuevo Testamento y la predicación tienen por objeto generar la fe y hacerla crecer. No tiene por tanto mucho sentido preguntar a una persona si tiene fe antes de que haya escuchado y comprendido el Evangelio, porque es la Palabra de Dios que engendra la fe.

La fe puede ser pobre y hasta débil; pero

débil fe es fe. Es que lo importante en la fe no es su magnitud, sino su objeto. El objeto de la fe es Cristo; la fe no es importante por sí misma sino por Aquél a quien se dirige, por aquello en lo que descansa(42). La fe es la gran alternativa dejada al hombre, la única condición de su entrada a la gracia de Dios. Desde el momento en que cree, el hombre, apoyándose solamente en la obra de la cruz, renuncia a toda justicia propia, y es vestido con la justicia de Cristo. Es ahora un hombre de fe porque mediante la fe se apoya únicamente en Dios.

Aquí hay un llamado a la reflexión para los que predican y los que enseñan. Si queremos que nuestros oyentes incrédulos vengan a ser hombres de fe no tenemos alternativa; tenemos que introducirlos en el mensaje de la cruz. Y si queremos que los que ya creen crezcan en su vida de fe la alternativa es la misma; la vida cristiana se desarrolla a medida que el creyentes contempla la cruz.

La experiencia del apóstol Pablo muestra que la vida de fe se nutre de la cruz, porque es la vida de uno que permanece reconociendo el sacrificio de Cristo como la base única de su relación con Dios; al mismo tiempo, es la cruz la que inspira actitudes fundamentales en el creyente. Detrás de la cruz está el gran amor de Dios, y es el amor el que conduce a la entrega de la vida.

En el pensamiento de Pablo la actitud de entrega es esencial, y está ligada al amor en dos sentidos. Cuando se refiere al Señor dice: "el Hijo de Dios ... me amó y se entregó a sí mismo por mí". No deja duda de que el amor condujo a Cristo a la entrega de su vida en la cruz. Y cuando el apóstol piensa en su propia actitud hacia el Señor lo hace también en términos de una entrega que se origina en el amor, porque declara que estima todas las cosas como pérdida "por amor de Cristo" (Fil. 3.7).

3. La vida de fe es una vida que reconoce que la identificación del creyente con Cristo sólo es posible sobre la base del principio de la negación de sí mismo.

Este aspecto de la vida de fe tiene que ser destacado; es que la muerte de Cristo proclama que el creyente sólo puede identificarse con Cristo si comparte con el Señor su actitud de negarse a sí mismo.

Esto es lo que hace el apóstol cuando declara: "ya no vivo yo". Es como si dijera: "yo ya no continúo mi vida"; "no vivo más para mí". Literalmente Pablo dice: "yo ya no me sustento de mi carne". Con esto pone en evidencia que, muriendo con Cristo, lo que murió es el propio yo de Pablo. ¿Cuál es la enseñanza aquí? La vida de fe se inspira en la cruz porque reconoce que el principio de vivir una vida centrada en nosotros mismos, que caracteriza a la naturaleza vieja, ha sido condenado en la cruz.

Así se subraya, en la experiencia vital del apóstol, la vigencia de un principio fundamental en cuanto a la identificación del cristiano con Cristo que nos cuesta entender, y que nos cuesta aceptar. El principio es este: para liberarnos del poder de la vida vieja Dios se ha propuesto destruirla.

Este concepto parece negativo, y en cierto modo lo es. Ya hemos visto que lo que realmente Dios quiere destruir es nuestra relación con un mundo malvado y con el pecado egoista, es decir, con cosas que, en realidad, degradan la vida. De modo que abandonar esas cosas nos parece algo negativo, debido a nuestra mente mundana y carnal. Pero esto será seguido de inmediato por una enseñanza altamente positiva.

¿Qué tiene pues que enseñar a hombres como nosotros el sentido más profundo de la cruz? Hemos de aprender qué significa decir como Pablo "con Cristo estoy juntamente crucificado".

La identificación con Cristo significa ser hecho partícipe de su muerte. Significa que Dios llama al creyente a que preste consentimiento, por su propia decisión, para aceptar las consecuencias, en la práctica, de haber muerto con Cristo. Todo el Nuevo Testamento, y toda la historia de la igle-

sia, advierten acerca del peligro de que el creyente caiga en el grave error de dejarse guiar por su mente natural. Esta es una alternativa real; la única salida, frente al peligro de que la carne tome el control, es una vida de fe, de dependencia del Espíritu de Dios. Se requiere una actitud de fe en la obra del Espíritu Santo porque la identificación con Cristo consiste en que el creyente siga confiando para mortificar el "ego".

4. La vida de fe consiste no solamente en la negación de uno mismo, porque la Escritura revela además que la vida de identificación con Jesucristo, la vida más elevada posible, es la vida de El en nosotros.

Lo altamente positivo en Gálatas 2.20 es que el apóstol continúa diciendo "... mas vive Cristo en mí". Esto no es otra cosa que la concresión, en la vida del apóstol, de la enseñanza sobre el ministerio del Espíritu Santo en el creyente, que el mismo Señor reveló a los suyos antes de la cruz. De aquella sublime enseñanza, plena de revelaciones y de gran consolación para el alma cristiana, tomaremos solamente un versículo: Juan 14. 20. Allí leemos: "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros".

El Señor revela allí dos aspectos esenciales del ministerio del Espíritu hacia el creyente(43).

a) "Vosotros en mí". Esta es la obra bautizadora del Espíritu Santo. Mediante este bautismo El coloca al creyente, eternamente, en Cristo.

b) "Yo en vosotros". Esta es la obra regeneradora del Espíritu Santo. Por medio de ella el Espíritu Santo imparte la naturaleza divina; Cristo viene a morar en el que cree.

El mismo Pablo en Gá. 4.19 subraya que no se conforma con ver a sus hermanos practicando un poco de religión, porque les dice que vuelve a sufrir dolores de parto "hasta que Cristo sea formado en vosotros". Sí, no nos queda ninguna duda; la Escritura converge para enseñar que todo

creyente puede alimentar este gran anhelo del apóstol para sus amados hermanos; la identificación consiste en ver a Cristo reproducido en cada creyente; consiste en ver a Cristo "creciendo" en ellos. Consiste en que Cristo "sea formado" en nosotros.

Esta ambición de Pablo para todo creyente, no es otra cosa que la realidad que él experimenta: "Cristo vive en mí". Quizá por haber leído con frecuencia este pasaje de Gá. 2.20 no siempre nos damos cuenta de que estamos aquí frente a un portento de la naturaleza, y a una maravilla de la gracia. La revelación de la Escritura está siempre mucho más allá que la más elevada imaginación humana. Ni aun al propio Filón, el piadoso rabino de Alejandría, se le pudo ocurrir jamás nada semejante a la revelación del Evangelio. Filón hablaba de la gracia de Dios pero con el sentido de regalos, de cosas que podía conceder. El nunca pudo, faltándole como le faltaba la inspiración divina, elevarse a la idea de Dios dándose a sí mismo; tampoco pudo concebir nada parecido a la noción de que el Dios eterno y santo entrara a un corazón humano. Esto es lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Esta gran revelación es hecha por el mismo Señor, y se ha manifestado en plenitud en vidas de creyentes a través de los siglos, comenzando con los apóstoles y con sus primeros discípulos. Nada puede compararse con la sublimidad y la gloria de la redención tal como la presenta la Palabra inspirada.

Es la Palabra inspirada que nos enseña que aquella experiencia apostólica es posible para todo aquel cristiano que se aventura a vivir su vida sobre la tierra en identificación con el Hijo de Dios.

"Mi vida no es más mía", dice Pablo (Denney). La vida que él vive es enteramente la vida de Cristo; es la vida de otro en él. Es la vida que brota de la cruz, y de la tumba vacía. Aun la actual vida del creyente, en su cuerpo mortal, puede ser vivida en una unión de fe con Jesucristo.

Notemos que Saulo, el fariseo autosuficiente, murió, pero Pablo vive. De modo que el ser esencial (el yo, la personalidad creada por Dios) permanece. Aquí estamos ante una de las paradojas que presenta la Escritura: "Vivo, pero no ya yo". El ser esencial permanece, pero con una gran diferencia; ya no es más la vida de Saulo, centrada en sí mismo. Es una vida centrada en Cristo.

5. La vida de fe se inspira en la obra más profunda de la cruz porque el mensaje de la cruz está destinado a despojar al pecado de su placer y a la carne de su gloria.

Aquí estamos llegando a los reclamos más serios que la cruz tiene que hacernos.

El hecho de considerarse muerto al pecado no es una experiencia trivial, superficial, sino una experiencia dolorosa, porque esta enseñanza es difícil de aceptar por la mente natural. Lo que es difícil de aceptar, es que ninguna parte de nuestro ser ha quedado libre de los efectos del pecado y que toda nuestra naturaleza es vil y depravada. Es de temer que muchos creyentes sinceros procedan "según" la carne, por el hecho de que no han percibido la trascendencia de esta enseñanza bíblica. Es posible que un creyente tenga que atravesar por grandes conflictos internos y externos antes de reconocer, como Pablo, que "en mí, es a saber, en mi carne, no mora el bien" (Ro. 7.18).

Pero el paso de considerarse muerto al pecado es además una experiencia dolorosa porque la carne se niega a morir. Sabemos que se niega a morir porque, con mucha frecuencia, quiere retomar el control de la vida. Para esto hay que contemplar la cruz, porque mirando a la cruz aprendemos que allí hemos llegado al final de nosotros mismos. Dios no tiene otro plan para la carne.

A veces se proponen enseñanzas sobre la vida en unión con Dios que no encaran el problema del pecado, y que **ni mencionan a la cruz** como la fuente de la liberación del hombre. Pero no hay otra alternativa para un creyente; si quiere vivir

en identificación con el Señor, tiene que saber que esa vida está estrechamente vinculada con la muerte al pecado.

El hecho de que esta experiencia cristiana se llame una crucifixión posiblemente proviene de que la crucifixión es una muerte lenta. En la muerte al pecado no se trata de un solo acto, sino de una actitud permanente. Por eso el apóstol dice "cada día muero". El mismo Señor nos enseña: "... tome su cruz **cada día** y sígame".

La carne muestra al creyente, si se deja guiar por ella, en toda su flaqueza moral. La carne nos llevará a exhibirnos a nosotros mismos; es la tendencia a exhibir la gloria del hombre. En este sentido el mensaje de la cruz de un mensaje de humillación, porque está destinado a despojar a la carne de su gloria. Es que hay tal cosa como la humildad de la fe; representa el principio según el cual todo derecho, toda jactancia humana queda excluida, para que toda la gloria sea adjudicada a Dios, y solamente a Dios.

Aquella flaqueza moral se expresa también en la tendencia que tenemos a resistir los ajustes que Dios quiere hacer en nuestra vida y, sobre todo, en nuestro carácter. La sumisión a los caminos de Dios a que el creyente es llamado se fundamenta en la actitud del Hijo de Dios y en su sumisión al Padre. Notemos la importancia suprema de esta actitud sobre los caminos de Dios para la vida; para el amado Hijo de Dios esto significó aceptar la cruz. Para el cristiano significa aceptar las consecuencias de su fe en el Señor crucificado.

Con frecuencia pensamos, y pensamos bien, que una vida desarrollada es una vida plena de frutos espirituales. No hay duda de que esto es verdad. Pero la vida de fe es también una vida de dependencia del Espíritu de Dios, principalmente para que el Espíritu Santo, que habita en el creyente, pueda manifestar a Cristo.

La pregunta que el apóstol parece hacerse entonces es: ¿Quién puede privar a la carne de su gloria? La respuesta es categórica; solamente Cris-

to viviendo en Pablo. El Espíritu de Dios hace esto manifestando a Cristo. El poder vivificador de Cristo es lo que nos permite dejar el pecado.

Para esto se requiere una actitud de fe en un aspecto si se quiere negativo, porque se trata de renunciar a utilizar métodos carnales, aunque otros los utilicen. Y se requiere una actitud de fe en un sentido positivo, porque el Espíritu que libera es el Espíritu "de vida"(Ro. 8.2).

La fe tiene la virtud de unir al pecador que cree con su Salvador. La fe es un vínculo eterno entre el alma del creyente y Jesucristo. El Cristo que es objeto de la fe es el Cristo del Evangelio, de las cartas y de todas las Escrituras. Es aquel cuya muerte es una muerte redentora; es aquel Señor y Salvador que vive y reina.

Este es un punto definitivo de la vida de fe: la identificación con Cristo es tal que reconoce el hecho fundamental de que allí donde Cristo habita, El tiene que reinar.

Esta es una de las lecciones más profundas que surgen del estudio de Gálatas 2.20. Es El, el Señor que habita en el creyente, el que tiene que reinar. Esto es equivalente a decir "y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí".

6. La vida de fe se apoya en el poder de la resurrección. Esta vida de resurrección no es sólo un concepto opuestò a la muerte, sino que incluye la noción fundamental de que el creyente ha sido introducido en un nuevo ámbito, en un nuevo mundo; es el ámbito del poder capacitante del Espíritu de Dios.

Cuando Pablo dice: "La vida que ahora vivo la vivo en la fe del Hijo de Dios", seguramente alude a su fe en el plan redentor, tal como los profetas lo anunciaron, y tal como Dios lo reveló al apóstol. Aun los tipos y figuras del Antiguo Testamento que él mismo utiliza en sus cartas, y toda la gran revelación del Antiguo Testamento, están presentes para configurar su fe.

La vida de fe es una vida que ha recibido una

certidumbre del amor de Dios, que es más profunda que el pecado. Toda la fuerza del pecado que reside en el creyente es vencida, es superada por la fuerza de Cristo que le ama y que reside en él.

Un principio fundamental de un hombre de fe es que, en lugar de intentar vivir su vida apelando a recursos carnales, se rinda al Señor que mora en él; la vida de identificación con Cristo es la vida de un creyente que abandona todo recurso natural, y que aprende a recibir su sabiduría y su energía de la vida divina que reside en él.

7. La experiencia de Pablo según Gálatas 2.20 enseña que la vida de identificación con Cristo es una unión en el amor que Dios tiene para su amado Hijo.

Pablo culmina este gran texto de Gá. 2.20 volviendo otra vez su mirada hacia la cruz: "...el Hijo de Dios ... me amó y se entregó a sí mismo por mí".

Aquí estamos ante otro aspecto esencial de la vida de fe; la esencia de la fe es la seguridad de haber sido **aceptado** "en el Amado"(Ef. 1.6). El hombre de fe es aquel que confiesa que su causa como pecador está perdida, pero que se afirma en el hecho fundamental, que el Evangelio proclama, de que Cristo ha tomado sobre sus hombros la causa del pecador. Por eso el apóstol habla del Evangelio como de una obra de amor. Este amor lo descubre en la cruz.

La vida de identificación con Cristo es una unión en el amor que Dios tiene para su amado Hijo. La unión con Cristo significa que, al pecador que confía, le es otorgada la misma aceptación que Cristo tiene delante de Dios.

"Nos hizo aceptos en el Amado". Aquí hemos llegado a la cumbre; no hay nada más allá. Y desde esa cumbre el creyente lo puede divisar todo. Esta es una de las mayores riquezas del cristiano.

¿Qué significa que un hombre es acepto en el Amado? Que pasa a ser amado con el amor que Dios el Padre tiene para con su Hijo. Siempre lo fue, porque Dios le ama con amor eterno, pero ahora siente este amor. Ahora lo experimenta. De manera que esta unión de todo hijo de Dios con Cristo es una unión en el amor que Dios tiene para su Hijo amado.

A Pablo le fue revelado que es nuestra muerte la que Cristo murió y el apóstol ha vislumbrado, en la cruz, la obra de un amor infinito. El no deja librado a nuestra imaginación lo que ese amor significa, porque enseña en 2 Co. 5.14, que la muerte de Cristo es una muerte por amor. "El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron".

¿Qué significa que "uno murió por todos"? Significa que el destino de todos, el más sublime interés por las almas de todos, estaba envuelto en la muerte de uno(44). Se trata de una muerte por amor porque en esa muerte El tomó la responsabilidad del hombre sobre sí mismo.

El paralelismo de 2 Co. 5.14 con Gá. 2.20 es notable en cuanto ambos pasajes enseñan que la muerte de Cristo "por" todos envuelve la muerte "de" todos. Este amor conmueve al apóstol. Lo expresa admirablemente en el citado verso (según traducción de Wuest): "El amor que Cristo tiene por mí me presiona por todos lados ... me da un motivo que me impulsa ... para que los que viven, ya no vivan para sí sino para aquel que por ellos, y en lugar de ellos, murió y resucitó".

La enseñanza apostólica impide que confundamos el amor de Cristo con un sentimentalismo superficial. Por el contrario, nos conduce a apreciarlo, supremamente, en la cruz; el único ser sin pecado, en obediencia a Dios, murió la muerte de todos, es decir la muerte en la cual el pecado nos había envuelto a todos. El se hizo, a sí mismo, responsable por todos, y así expresó su amor. Este es el amor que Pablo evoca en Gá. 2.20. Este amor de Jesucristo, como ninguna otra cosa, inspi-

ra la devoción, e impulsa a la vida consagrada. El apóstol ha visto que el amor del Calvario es uno que busca ganar el corazón del hombre para que aspire a ser lo que Cristo ha deseado que el hombre sea.

8. La vida de fe se inspira en la cruz, porque reconoce que la relación fundamental del creyente con Dios tiene que ser una relación de dependencia.

Este es otro punto fundamental del "vivir por fe". Algunos piensan que esto es sólo aplicable a los misioneros que viven sin un ingreso fijo asegurado. En ese caso se asocia la vida de fe con el hecho de no tener un salario asegurado. Este es un grave error, porque limita el alcance de la vida de fe al sustento material. Desde luego, los misioneros también en ese punto viven por fe, pero la vida de fe cubre todas las áreas de la vida cristiana, y es requerida a todos los creyentes en Jesucristo.

Esta fe fue realineando todas las áreas de la vida de Pablo en conformidad con la voluntad de su Señor. Es que, una vez que su alma comenzó a ser iluminada, se dio cuenta de que la fe es una relación con Jesucristo que subordina todas las demás relaciones de la vida. Nuestra relación con el mundo y con la manera de conducir nuestra vida, están incluidas. Pablo dejó de confiar en su propio criterio; aprendió a desconfiar de su propia sabiduría y renunció a tomar su vida en sus propias manos. Abandonó cada día toda confianza propia, confesando su propia indignidad. Esta es la actitud que se requiere de todo aquel que quiera identificarse con el Señor; estará aprendiendo a reconocer su indignidad propia y la necesidad de una sabiduría que no es suya. Vivir así identificado con Cristo consiste en renunciar a nuestra astucia carnal, para confiar en los caminos de Dios. Esta es una de las lecciones más profundas que Pablo subraya cuando dice en Gá. 2.20: "Lo que ahora vivo ... lo vivo en la fe del Hijo de Dios".

Aquí tenemos un punto para la reflexión; la identificación con Cristo requiere traer todo pensamiento sujeto a la obediencia a Cristo, porque tener fe es ir adquiriendo una nueva visión de la historia, del mundo y de la vida. La fe consiste en aprender a razonar según lo que Dios ha revelado.

¿Qué significa esto en la práctica? Significa que el creyente se enfrenta con una de dos posibilidades; o gobierna su vida por sí mismo, o aprende a depender de Dios. Esta es, desde luego, una exhortación sorprendente de la Escritura. Este es uno de los más importantes propósitos que la obra de la cruz tiene que lograr en nosotros; el propósito de que vivamos en dependencia de Dios, como criaturas subordinadas. El gran secreto de la vida de identificación del cristiano con su Señor es que aprenda a vivir en dependencia de la fidelidad de Dios. Todos corremos el peligro de vivir vidas reguladas por nuestros sentimientos y por nuestra propia opinión, en lugar de vivir por la fe. La fe desarrollada conduce al cristiano a entregar su vida a Dios, pero **sólo hay entrega si el hombre aprende a depender de Dios.**

La vida espiritual más elevada posible es una vida de fe. Esto nos obliga a pensar en la clase de fe que está implícita en la declaración del apóstol. Pablo parece referirse a una fe desarrollada; se trata de una fe de **identificación**, en el sentido de comprender que la muerte de Cristo **por** todos, envuelve la idea de la muerte **de** todos. "Si uno murió por todos, luego todos murieron"(2 Co.5.14).

De modo que, cuando Pablo exhorta en Ro. 6.11 a que los romanos se "consideren" muertos al pecado, está enseñando que la identificación con Cristo debe conducir al reconocimiento de que si pretendemos vivir esa vida confiando en nuestros recursos, que son nulos, pronto la oración, el estudio de la Escritura, la actividad evangelística y la adoración pasarán a ser una carga y no una fuente de regocijo. Pronto aprenderemos, en ese caso, que sin El nada podemos hacer (Juan 15.5). Pero cuando agrega que se consideren "vi-

vos para Dios", Pablo está poniendo énfasis en Cristo Jesús como "nuestro Señor"; la identificación con Cristo es la vida de él en nosotros; es la vida del Señor que habita adentro, y que está destinada a desplazar al egoísmo y a vitalizar todo el ser.

CAPITULO IV

UNA ACTITUD DE RECHAZO

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias" "...Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis
(Ro. 6.12; 8.13)

I - UNA ACTITUD FUNDADA EN EL REALISMO DE LA BIBLIA.

1. Hemos visto anteriormente que en Ro. 6.11-13 se presentan tres actitudes que el creyente es llamado a adoptar si desea vivir identificado con Cristo. La primera es la actitud de fe, que hemos considerado en el capítulo anterior. La segunda actitud es de rechazo, que analizaremos ahora. Aparece en el v. 11, y el concepto central es: "**No reine** el pecado..." La tercera actitud, que es de entrega, la veremos en el capítulo siguiente.

Alguno podría preguntarse por qué hay tanta insistencia en la Biblia con respecto al pecado, y por qué se exhorta con frecuencia a actitudes negativas. La actitud de rechazo al pecado es una actitud negativa, que tiene fundamento en el realismo del mensaje de la Biblia.

La Sagrada Escritura tiene, para el hombre, un mensaje positivo, pero no hay duda de que en algunos casos su mensaje contiene aspectos negativos, en el sentido de que recomienda no hacer ciertas cosas:

a) "No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas"(Ef. 5.11).
b) "... golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre"(1 Co. 9.27).
c) "Vestíos del Señor Jesucristo: y no proveáis para los deseos de la carne"(Ro. 13.14).

d) En general, hay que citar principios de la ley de Dios, como "no te harás imágenes...; no de inclinarás a ellas, ni las honrarás"; "no matarás", "no darás falso testimonio", "no codiciarás"; se trata de principios fundamentales que constituyen normas de conducta que tienen origen en la santidad de Dios y en el carácter sagrado de la vida humana.

2. Pocas cosas son tan nefastas como hacernos falsas ilusiones. La naturaleza humana es como es, y nada se avanza negando la realidad de la maldad, o atribuyendo a la sociedad males que están en los individuos.

Muchos hombres encaran su vida con un enfoque optimista; otros, en un polo opuesto, lo encaran todo con un enfoque pesimista. La fe cristiana no adopta ninguno de estos puntos de vista; ella da al hombre un enfoque realista de la vida y del mundo. La Biblia orienta al hombre para que encare sus problemas con realismo, y si tiene aspectos negativos para recomendar ello se debe a que su mensaje es realista. Su mensaje parte de la base de que el pecado es una realidad. Lo negativo tiene sentido porque nuestro mundo es un mundo caído, y porque nosotros somos hombres caídos. Si la Biblia no denunciara el mal, Dios dejaría de ser el Gobernador moral del mundo.

Pero esto no es todo, porque falta un elemento fundamental. Está en la esencia del mensaje del Evangelio que Dios no demande del hombre lo que el hombre no puede dar. La Biblia, en su mensaje realista, reconoce que el hombre caído es totalmente incapaz de cumplir la ley de Dios.

Sí, la Biblia tiene su mensaje realista, y sólo ella lo tiene. El Evangelio que proclama es un mensaje para hombres derrotados, para hombres perdidos, pero que pueden ser rescatados por el poder de un amor infinito.

II - PARA LUCHAR CONTRA EL PECADO EL CRISTIANO NO CUENTA CON UNA RESERVA DE FORTALEZA, PORQUE DIOS NO LO HA HECHO SUFICIENTE SINO DEPENDIENTE.

1. Hay actitudes equivocadas en la lucha contra el pecado:

a) La flagelación del cuerpo es un método que algunos han seguido, pero la Sagrada Escritura no lo aprueba de ninguna manera. Hacer morir las obras de la carne no significa flagelar el cuerpo.

b) Otro método que muchos hombres sinceros han seguido para luchar contra el pecado es el monasticismo, es decir, la reclusión en un monasterio con el propósito de alcanzar la santidad, lejos del mundo. Tampoco esta práctica tiene apoyo alguno en la Escritura. Por el contrario, el Señor ha enseñado en Jn. 17 que los suyos no son del mundo, pero deben vivir en el mundo. El testimonio del Evangelio debe ser dado en medio de las circunstancias del hombre común, y no apartándose de la vida cotidiana.

c) Hay también el camino equivocado de procurar seguir una religión sin alegría. El asceticismo, o el guardar ciertas formas externas y actitudes aparentemente piadosas no constituyen tampoco el camino recomendado por la Biblia. Los elementos sanos de distracción y el disfrute de la naturaleza no deben ser excluidos de la vida.

La Escritura enseña que el único camino para luchar contra las obras de la carne consiste en mortificarlas **por el Espíritu.** "Si vivís conforme a la carne, miriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis"(Ro. 8.13). Este capítulo tiene por finalidad explicar este punto.

2. La obra del Espíritu en el mundo, tal como la presenta la Escritura, es de un alcance y de una trascendencia que hace imposible toda síntesis. La venida del Espíritu Santo en Pentecostés es un acontecimiento de primera magnitud, que marca un punto divisorio en la historia de la iglesia de Cristo.

El Espíritu, la segunda persona de la Santa Trinidad, cumple diversas funciones, y aquí sólo desarrollamos algunas, en tanto que otras serán mencionadas para ser explicadas en capítulos posteriores:

a) La primera obra que el Espíritu de Dios realiza en un hombre es de iluminación y de convicción. Cuando se escucha el Evangelio el Espíritu obra para que el hombre comprenda cuál es su condición espiritual más profunda. Este aspecto debe ser tenido en cuenta por todo predicador del Evangelio. Podemos caer en el error de querer consolar a nuestros oyentes en la situación en que están, pero este no es el método de Dios. El método de Dios es que el hombre se enfrente con los hechos. Lo que más necesita cada hombre es conocer cuál es su condición ante Dios. El culpable es enfrentado con la luz. Se lo pone allí, bajo la luz de la Biblia, para que aprenda a verse como Dios lo ve. Pero al mismo tiempo es llamado a contemplar qué ha hecho Dios. Dios se ha puesto en el lugar del hombre; ha tomado el lugar del culpable. En Cristo, Dios ha descendido para ponerse, literalmente, en el lugar del hombre. En la cruz las demandas de la ley de Dios han quedado satisfechas, y esta es la fuente de consolación para el alma que despierta a la realidad del pecado.

"Sólo hay consuelo y bendiciones
cerca de Cristo, junto a la cruz".

b) Es tarea esencial del Espíritu Santo mostrar a Cristo en su gracia redentora. Cuando se proclama el Evangelio el Espíritu de Dios obra para quebrantar la oposición del hombre a la Palabra de Dios. Cuando esta Palabra es recibida, en sumisión y en fe, el Espíritu efectúa la unión vital con Cristo.
Notemos la trascendencia de esta enseñanza, que encara en su raíz nuestro drama como pecadores. Pertenecer a Cristo, estar en El, ser incorporado a El, constituye el hecho espiritual más trascendente en la vida de un ser humano.

El pecador que cree viene a ser la posesión de Cristo y desde ese momento tiene al Espíritu Santo como residente, como morador, dentro de su corazón.

El Espíritu no sólo reside en el creyente, sino que toma posesión de él, porque tiene un ministerio que desarrollar **en él**; este ministerio consiste en una variada influencia sobre la vida, que se concreta en producir su propio fruto y, principalmente, en **darle victoria sobre el pecado.**

Dios quebranta el poder del pecado colocando a la persona fuera del ámbito de la naturaleza malvada que aún reside dentro de él y colocándola en la esfera del Espíritu Santo. Dado que está dentro de este nuevo ámbito, el creyente no está bajo la obligación de la naturaleza pecaminosa para vivir bajo su dominio. Este es el sentido del gran concepto bíblico de que no es deudor a la carne, concepto que pone sobre el tapete todo el conflicto de la vida cristiana.

El cristiano, por el hecho de pertenecer a Cristo, participa de varios conflictos, pero el más serio, el que todo lo define, es el conflicto entre la carne y el Espíritu. Si este problema no es bien encarado, todos los demás conflictos de la vida resultarán incomprensibles e insolubles.

El texto en que Pablo dice: "Deudores somos, no a la carne"(8.12) deja implícito que **somos deudores al Espíritu de Dios.** No es fácil explicar este aspecto pero sí puede afirmarse que la persona salva no está bajo la garra de su naturaleza pecaminosa sino bajo el control del Espíritu Santo, pero está bajo un control efectivo en la medida en que se someta a El.

El concepto fundamental es que dejar de ser deudor a la carne implica un cambio profundo con respecto a la energía que mueve y orienta toda decisión, porque significa pasar de la suficiencia a la dependencia. Hay que advertir que la fortaleza del creyente espiritual no consiste en que ya no es más un ser débil(45) sino en que ahora puede apelar a un poder que opera

en su vida en la medida en que aprenda a depender del Espíritu de Dios. El cristiano no es dotado con una reserva de fortaleza con la cual pueda manejarse(46) porque, al crearlo de nuevo, Dios no lo ha hecho suficiente; lo ha hecho dependiente. Por no distinguir este punto muchas de nuestras vidas están como están.

c) El Espíritu Santo está en el creyente para hacerle consciente de su relación con Dios. Esta relación se establece en la regeneración. Se trata de una obra del Espíritu Santo por la cual la vida de Cristo se introduce en el pecador que confía en El. Así somos hechos "participantes de la naturaleza divina", es decir que nada menos que la naturaleza divina es impartida, por una obra del Espíritu Santo, en el espíritu del que cree, y desde el momento en que cree. Pero como no necesariamente comprendemos, al comienzo de la vida cristiana, la magnitud de la obra de Dios en nosotros, el Espíritu Santo está en nosotros para que apreciemos eso: lo que Dios ha hecho al darnos esta nueva clase de vida.

Se trata de una nueva creación, de un nuevo nacimiento. Este cambio no se efectúa por medio de ceremonias ni de fuerzas residentes en el hombre natural(47) sino que se realiza por el poder divino, que otorga, al impío que cree, una nueva personalidad espiritual.

Que un hombre tenga relación con Dios no significa que sea un hombre perfecto y exento de la posibilidad de pecar, pero sí significa, como hemos visto, que es llamado a pensar su vida en términos de la obra de Dios. Lo que Dios ha hecho es una tarea colosal, que consiste en trasladarlo de las tinieblas "al reino de su amado Hijo". Esto implica que si podemos concebir el pecado como un reino, el creyente en Cristo ya no vive allí.

Puede, lamentablemente, caer en el pecado, pero no podrá vivir indefinidamente en el pecado sin sentir en su interior un amargo reproche, que proviene del Espíritu Santo que habita

dentro de él para ayudarle a reconocer el mal, a confesarlo, y a levantarse del pecado. El avance espiritual de años puede perderse en pocos minutos, si a la carne se le permite gobernar otra vez en la vida. El cristiano no está más en el reino del pecado y no puede sentirse súbdito de ese reino. Esta es la verdad hacia la cual el Espíritu Santo, en medio de nuestras caídas, ha de orientarnos.

El hombre unido a Cristo no es uno que vive siempre en las nubes. Muchas veces cae. Tiene fracasos, pero la Palabra de Dios pone en su corazón una conciencia de lucha y le enseña a levantarse del fracaso. Todo verdadero cristiano siente este conflicto, cuando es acuciado por el pecado y cuando es desafiado a volver a su vida antigua. Pero por la obra del Espíritu Santo el creyente, cuando ha caído, se da cuenta que el pecado no es meramente una falta contra la ley sino una ofensa contra Dios, contra Dios que tanto le ha amado.

Vale la pena preguntarnos: ¿Cómo consideramos nuestras faltas? ¿Cuál es la primera cosa que viene a nuestra mente cuando caemos? Si es el temor al castigo, estamos todavía bajo la ley. Si es más bien un sentimiento penoso, de que hemos ofendido a un Ser que nos ama, "esa es la reacción de un hombre cristiano"(48). Si uno razona así tiene, con Cristo, una unión definitiva.

d) El Espíritu Santo está en el creyente para enriquecer su vida interior, revelando lo que es de Cristo, haciendo real al alma la herencia espiritual que tiene por gracia. Esta revelación la realiza a través de la Escritura.

El Espíritu está en nosotros para implantar la autoridad que debe gobernar la vida. Está además para ocupar el lugar que Cristo mismo ocupó con sus apóstoles y discípulos como maestro, como abogado y consolador. El Espíritu es el "otro" Consolador, Uno como Cristo, que revela al Padre, que nos conduce a Dios.

f) Así podríamos seguir, enumerando la amplia

tarea que el Espíritu Santo desempeña(49). Pero lo que hay que subrayar es que el pecador que confía recibe la bendición del perdón y advierte que un nuevo poder obra dentro de él, recreando su naturaleza espiritual. Al mismo tiempo la Escritura lo conduce a reconocer que ha entrado a una experiencia que le plantea conflictos que antes no tenía.

3. Notemos que Pablo no dice en Ro. 6.12 que en el creyente no hay pecado, sino que en el creyente el pecado no debe reinar. Como hemos visto, el pecado aparece en este contexto como personificado, pues se lo presenta en Ro. 5.21 y en 6.12 como un rey que gobierna.

Todos los hombres en el mundo gastan la sustancia de sus vidas en obrar las obras de la carne. El pecado es una ley en sus miembros. En realidad, el hombre del mundo no sabe ni puede hacer otra cosa más que obedecer a esta ley y a este amo, que reina sobre todos. Pero la exhortación de la Escritura es, otra vez, sorprendente, porque demanda que el creyente en Cristo constituya la excepción a una regla universal de sometimiento. "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal".

La referencia es al "cuerpo mortal" porque las pasiones están frecuentemente asociadas con el cuerpo humano, pero hay que destacar que el instinto no es necesariamente pecaminoso. Pablo no enseña que el cuerpo sea la fuente del pecado, pero sí señala que es el órgano por el cual el pecado se manifiesta. No alude el apóstol a todas las actividades del cuerpo, como el dormir, el comer o el caminar, sino a aquellas que proceden de nuestra naturaleza vieja, principalmente las que conducen a vivir vidas centradas en nosotros mismos y a la afirmación de nuestra personalidad caída(50).

4. Pablo formula su exhortación así: "No reine, **pues**, el pecado...". El vocablo "pues" refiere el pensamiento a lo que ha enseñado anteriormente

con respecto a la unión del creyente con Cristo. Porque está unido a Cristo, la Biblia exhorta al cristiano a dejar de obedecer lo que es una ley **natural**, natural en el sentido de que es una ley propia del hombre caído, por la razón de que algo **sobrenatural** ha ocurrido, y es que el creyente ha sido plantado junto con Cristo en su muerte y en su resurrección (Ro. 6.4-5).

El texto original es enfático: "No permitáis de ningún modo que el pecado reine". La voluntad del creyente, vivificada por el Espíritu, es llamado a tomar un papel decisivo. Ha muerto al pecado con Cristo y, por el "poder glorioso del Padre" ha sido trasladado a otro reino, al reino de su amado Hijo.

El pecado es obedecido cuando se gratifican apetitos desordenados de nuestro cuerpo mortal, pero la enseñanza es en realidad no sólo que el cuerpo humano es mortal sino que el hombre entero, en la totalidad de su naturaleza, está sujeto a la muerte. Y es sobre la totalidad de nuestra naturaleza caída, y no sólo sobre el cuerpo, que el pecado ha establecido su reino. Por tanto, es sobre el amplio campo de toda nuestra vida como seres humanos caídos que somos exhortados a resistir y a rechazar el dominio del pecado. La enseñanza es sorprendente y la exigencia es demoledora. La verdadera exhortación es para que el pecado no reine en nuestro ego (yo) mortal.

5. La Escritura habla de nuestro ser interior como sujeto a la concupiscencia. La concupiscencia significa una inclinación interior hacia el pecado; es la inclinación de la cual el pecado procede. Esto incluye no sólo los pecados que la sociedad considera groseros, tales como la maledicencia, el robo, la violencia, sino también aquellas perversiones sutiles que anidan en el espíritu humano, como la suficiencia, el deseo de sobresalir, el de querer imponer nuestra opinión. Todo esto tiene que ser sometido; tiene que ser rechazado todo deseo del "yo", porque el yo está siempre, en los hechos, en un estado de rebelión contra Dios. La carne "no se sujeta a la ley de Dios".

La exhortación es a que el creyente no se rinda para servir ante el amo que, como vimos, ha sido destronado. La exhortación es que no se rinda a la carne. La "carne" es la inclinación de motivos, deseos y afectos pecaminosos; es la propensión, el principio, la intención pecaminosa. "Vivir conforme a la carne" es estar gobernado por esa inclinación, esa propensión. Y todo hombre ha de aprender, tarde o temprano, que los caminos de la carne prometen la dicha, pero traen la ruina. No hay excepciones a esta norma fundamental, porque cuando el pecado produce sus últimas consecuencias, o cuando es descubierto, trae la miseria espiritual.

6. En todo esto es esencial que el cristiano cuente con el hecho que hemos visto en el capítulo anterior, es decir, que mantenga una actitud de fe en que el poder de la naturaleza pecaminosa sobre su vida ha sido quebrantado y que la naturaleza divina ha sido implantada en su ser interior. Si parte de cualquier otra base ha de vivir en su propia fuerza, y por tanto exhibirá una experiencia mediocre. Hay un poder, el de la naturaleza pecaminosa, que ha sido quebrantado. Y hay un poder, el de la nueva naturaleza, que ha sido impartido. Estos dos principios van juntos, y ambos moran dentro del hombre redimido.

Por tanto, es más que el cuerpo humano lo que está envuelto en la exhortación del apóstol, pero no hay duda de que, en un sentido bien práctico, es sobre los miembros de su cuerpo que el creyente tiene que ejercer un cuidado especial. Lo que oimos, lo que miramos, lo que hacemos, los lugares a donde vamos, lo que decimos y, fundamentalmente, lo que pensamos, evidencian lo que somos.

III - EL CREYENTE ES LLAMADO A ADOPTAR LA ACTITUD FUNDAMENTAL DE DEDICARSE A ALIMENTAR AL HOMBRE NUEVO QUE DIOS HA CREADO.

1. Para luchar contra el pecado el creyente es

exhortado a adoptar actitudes definitivas. No hay duda de que el creyente tiene que adoptar una actitud de rechazo que, en sí misma, consiste en decir "no" a determinadas cosas y a determinadas circunstancias; pero falta subrayar lo que quizá, desde el punto de vista espiritual, es lo más importante, porque consiste en adoptar la actitud positiva de dedicarse a alimentar al hombre nuevo que Dios ha creado. Veamos algunas de estas actitudes "negativas" o "positivas" que, conforme a la enseñanza bíblica, constituyen un equilibrio indisponsable para rechazar el dominio del mal y para vivir la vida en el plano al que Dios quiere elevarla:

a) Para vivir **responsablemente**, el creyente debe **vivir disciplinadamente.**
Una de las primeras lecciones es la de no proveer para la carne (Ro. 13.14). Esto supone rechazar toda comunión con las tinieblas, con la mentira y con la dualidad de carácter; significa rechazar nuestra participación en todo aquello que **disminuya** nuestra resistencia.
Además, el tiempo tiene que ser disciplinado. Lo que hacemos con el tiempo libre y, sobre todo con el día domingo -todo el día- demuestra si **realmente** Cristo es el Señor de la vida. Algunos toman por costumbre asistir sólo a algunas reuniones del día domingo. Con excusas diversas se privan de la comunión de los santos; dan un mal ejemplo a sus hijos y a sus hermanos en la fe. No han de perder su herencia en el reino eterno, pero no siempre ocupan el lugar que tienen asignado **ahora** en el reino de Dios.
Es un gran privilegio, que con frecuencia descuidamos, asistir a la casa de Dios para **escuchar** antes que para **hablar**. "Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo" (Sal. 27.4).

b) Es esencial tratar con la primera manifestación del pecado, antes de que produzca todos sus

amargos frutos. El creyente, en su naturaleza pecaminosa, no puede resistir el halago ni la seducción del pecado. Pero puede resistir el mal porque el Espíritu de Dios ha entrado a su vida para hacerse cargo de sus conflictos. Grandes caídas tienen como explicación haber demorado el tratamiento de los primeros síntomas del mal. La actitud de rechazo al pecado implica aceptar que hay que hacer ajustes y hay quizá que poner la vida en orden para obedecer a Dios **en todo**. Siempre estamos a tiempo para rechazar la impiedad. Todos tenemos que aprender a no vivir en la derrota, a no rendirnos al ambiente que nos rodea.

c) Un punto fundamental consiste en ejercitarse en la oración. La oración es un ejercicio de corazón que requiere hacer un tiempo fijo para presentarse delante de Dios. Trataremos la oración, por su importancia, en capítulos posteriores.

d) Otro aspecto no menos vital consiste en que el creyente se dé cuenta de que tiene un cuerpo, una vida entera, para cumplir su ministerio, en respuesta al llamamiento de Dios. Muchas de nuestras vidas transcurren en la intrascendencia, o en la mediocridad, porque no hacemos tiempo para conocer a qué aspecto de su obra nos ha llamado Dios. El creyente que quiera vivir en identificación con Jesucristo debe reconocer que tiene muchas cosas, un cuerpo, una vida, una familia y hasta que tiene dinero, **para vivir para Dios**.

e) Es fundamental que todo creyente ocupe su mente en aquello que Dios ha revelado. Esta es una actitud definitiva. Para luchar contra el pecado es esencial que cada uno ocupe su mente en el conocimiento de lo que Dios ha revelado.
"Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia..." (2 Pe.

1.3). El creyente que quiera vivir identificado con Cristo tiene a su disposición una enorme riqueza espiritual Debe preguntarse dónde hay alimento para su alma. Debe leer su Biblia y estudiarla con espíritu reverente. Tiene que dedicarse a conocer las profundidadas de Dios, en dependencia del Espíritu, porque "el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Co. 2.10).

Hay que ocupar la mente en la lectura de buenos libros, aquellos que permitan entender mejor el texto revelado por Dios. La actitud de rechazo es también necesaria aquí, porque puede ser que haga falta apagar el televisor para hacer tiempo para la Biblia, para la oración, para la asistencia regular a reuniones, para leer buenos libros.

2. Lo fundamental consiste en ocupar la mente en lo único realmente importante. Cada uno tiene que aprender a alimentar al hombre nuevo, ocupando su mente, escudriñando la gran revelación que Dios ha hecho en su Palabra escrita.

3. El pasaje de Stg. 4.4-5 es fundamental para ilustrar la lección que venimos estudiando: "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: el Espíritu que El ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?"

Santiago hace referencia al adulterio como una figura de infidelidad espiritual, pues conforme a la enseñanza del Antiguo Testamento el pueblo de Dios es representado como la Esposa del Señor (Is. 54.5, Os. 2.19-20, Jn. 3.6). La idolatría, que era el pecado de Israel como nación, era presentada como adulterio. Es probable pues que el apóstol llame adúlteros(51) a aquellos creyentes con el propósito de despertarlos a su condición, porque su amor por los placeres y cosas del mundo estaba alejando su corazón de Dios. El vocable para mundo es *kosmos*, que Santiago utiliza, lo mismo que

Pablo y Juan, para referirse al sistema de maldad controlado por Satanás. La familiaridad, el trato cordial con el mundo, denunciaban que no estaban viviendo en separación para Dios y estaban, por tanto, permitiendo que sus naturalezas pecaminosas controlaran todo. Aquí hay una lección para nosotros en el siglo XX. Lo que importa es que si uno quiere vivir en buenos términos con el mundo, o si adopta sus métodos, sus criterios y juicios de valor, entonces el tal tiene una mentalidad y un enfoque mundano. El que así elige, "se constituye enemigo de Dios" (4.4).

¿Qué enseña Santiago a estos hombres? Les dice que el Espíritu Santo no ve con indiferencia este proceder, porque es celoso de todo aquello que implique que la naturaleza caída pueda controlar al creyente. Y agrega que el Espíritu Santo anhela celosamente que los cristianos le permitan controlar sus pensamientos, sus palabras, sus hechos. El Espíritu desea ver al creyente dependiendo de El. Por esta razón, una posible traducción de Santiago 4.5 es: "El Espíritu que Dios ha hecho morar en nosotros celosamente anhela la plena devoción de nuestros corazones"(52). La versión hispanoamericana traduce: "El Espíritu que El ha hecho habitar en nosotros nos ama hasta sentir celos"(53).

Notemos que no cabe inferir que el hecho de que el Espíritu habite en el creyente garantice que su ministerio en nosotros pueda cumplirse cabalmente, porque todo el contexto de Santiago 4. 1-10 muestra que los lectores son exhortados a un sometimiento voluntario al Espíritu Santo.

Este sometimiento no es genuino si, por ejemplo, el creyente maniobra para hacer prevalecer sus opiniones, en lugar de escuchar lo que el Espíritu dice por boca de otros hermanos. Si así procede, puede llevar adelante sus planes, pero sus actitudes no son vistas con indiferencia por la Tercera Persona de la Deidad. Esta lección es solemne para todo aquel que anhele vivir en identificación con Cristo, porque subraya que podemos estar separados de los placeres y de la frivolidad del mundo, pero estar gobernándonos por criterios y principios que son básicamente mundanos.

Sí, el Espíritu anhela, y anhela celosamente, que el creyente le permita controlar e inspirar sus planes, en lugar de que el hombre presente los suyos propios buscando aprobación. El Espíritu anhela que luego, para llevar adelante aquellos planes, el cristiano deje de maniobrar y de imponer sus métodos, para someterse al solo sabio Dios.

4. **En toda actitud de rechazo, la acción del Espíritu Santo es esencial,** porque sólo pór el Espíritu el creyente es capacitado para mortificar las obras de la carne.

Pablo destaca en Ro.8.11-13 que tener la mente dominada por la carne es hostilidad contra Dios. Pero el que pertenece a Cristo no está bajo la obligación de obedecer a la carne sino que, por la residencia no resistida del Espíritu de Dios puede mortificar el pecado. Esta es una característica del cristiano que quiere vivir en identificación con Cristo. No se coloca bajo el control de su mente carnal, sino que se somete al control del Espíritu de Dios.

La enseñanza bíblica es pues que debe cultivarse una actitud de rechazo al pecado. La idea, más que hacer pensar en el hecho (cierto, sin duda) de que el pecado lleva a la muerte, es que el nuevo "yo" del creyente (el que ha sido recreado por Dios) **tiene que ser protegido contra la tiranía del pecado** que quiere reconquistar su dominio. No es pues una novedad que la Escritura enseñe que el pecado constituye una ley en los miembros del creyente, pero sí es una cosa nueva que enseñe en Ro. 6.12, que no se le debe permitir que reine. La idea es conducir al creyente, debido a lo que ahora él es para Dios, a desobedecer a la ley del pecado. La nueva vida no se puede vivir en la fuerza humana carnal. Nuestro viejo "yo" tiene que ser mortificado, para que la vida de Jesucristo se manifieste a través del hombre nuevo que Dios ha implantado. Dios ha hecho esto en el corazón de cristianos comunes como nosotros.

¡Qué grande que es todo esto, y qué pequeños somos nosotros! El pecado es un tirano implacable, y el ego, el yo, es un enemigo insaciable.

Si queremos conocer la plena vida de Dios, no hay duda de cuál es el mensaje de la Biblia. La Biblia no vacila en afirmar que para esto tenemos que sacrificar algo. Tenemos que sacrificar nuestra dependencia de la carne, es decir nuestra dependencia de nosotros mismos, reconocer que no somos deudores a la carne sino a Dios. Dios nos salva de la carne, pero no salva a la carne. La obra de la cruz glorifica a Dios. Dios ha descendido a nuestra fragilidad, pero no para tolerarla indefinidamente, sino para destruirla.

La Escritura subraya que no hay otra manera de mortificar el pecado que mediante la residencia no resistida del Espíritu Santo dentro del creyente.

Esta residencia del Espíritu en el cristiano es presentada como lo que es, como una nueva fuente de energía espiritual, que está disponible para el que quiere obedecer. La única manera de **no** actuar bajo el demonio del pecado consiste en vivir cada circunstancia y cada momento bajo el control del Espíritu de Dios.

Vemos pues qué lecciones surgen de la cruz de Cristo. ¡Qué escrutadora resulta esta palabra cuando la comparamos con nuestra experiencia, caracterizada por la suficiencia y la carnalidad! Pero este es el camino que la Escritura señala a todo aquel que quiera vivir en identificación con el Señor. Sí, no tiene sentido hablar de identificación con El si no se está dispuesto a aceptar las demandas de la cruz sobre nuestra vida.

Siempre, siempre es válido el principio de que la vida pasa por la muerte. Para que haya vida espiritual tiene que haber muerte a todo lo que procede de la carne. "Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Ro. 8.13).

Pocas cosas muestran tanto nuestra carnalidad como la tenacidad con que defendemos y queremos

imponer nuestras propias ideas, y la ligereza con que rechazamos las ajenas. Aunque de labios confesamos una entrega total a Dios, si actuamos así, si maniobramos para afirmar nuestro propio juicio y para imponer nuestros criterios, estamos evidenciando, en la práctica, aquella misma naturaleza no mortificada que muestra el que no conoce a Dios. El creyente carnal evidencia en su proceder, en su carácter, los mismos rasgos que caracterizan al hombre natural, su ceguera, su confianza en sí mismo, la afirmación de sí mismo(54).

Notemos que **no** se trata de **mortificar** el cuerpo sino de un **quebrantamiento** de espíritu, que surge contemplando, apreciando la significación tremenda del mensaje de la cruz. Sí, la carne se niega a morir; siempre quiere surgir, siempre querrá levantarse para oponerse a Dios; siempre reclamará el derecho de opinar y de juzgar.

El Espíritu nunca apela a la vieja naturaleza. El problema es que nosotros lo hacemos. La carne induce al creyente a la afirmación de sí mismo, de sus opiniones y de sus preconceptos, pero esto es lo opuesto a la mente de Cristo.

5. La actitud de rechazo a la mente carnal se inspira en la cruz, **porque es la cruz la que ha venido a deshacer una obra terrible del pecado.** El pecado ha deshecho la relación entre el hombre y Dios, en la cual relación el hombre debe ser una criatura subordinada. Este es un aspecto poco comprendido. El hombre fue creado para vivir enteramente libre, es decir, para ejercer una voluntad libre, dentro del ámbito de una voluntad soberana, en Dios. Cuando nos referimos a la situación en que estaba el primer hombre Adán, cuando salió de la mano del Creador, solemos decir, y decimos bien, que fue creado para tener comunión con Dios; pero omitimos uno de los más grandes designios que el Creador tenía para su criatura. Era el propósito divino que el hombre viviera en dependencia de Dios. Es la obra de la cruz la que ha destruido la enemistad con Dios, y la que habilita al cristiano para vivir confiado en la provisión

de Dios. El Espíritu siempre está revelando al corazón que el creyente espiritual es aquel que manifiesta en su vida las consecuencias de la cruz. El Espíritu no cesará de iluminar al cristiano, a través de la Palabra, y aun por medio de fracasos, reclamándole los ajustes que tiene que hacer, y dándole energía espiritual para obedecer.

¡Cuánto faltan, en nuestra experiencia, estos elementos fundamentales de nuestra identificación con el Señor!

Hay aquí una gran lección; si ignoramos el hecho de que Dios ha puesto dentro de nosotros su propia naturaleza, entonces dependeremos de nosotros mismos y de nuestras fuerzas para luchar contra el pecado y para servir a Dios. Esto es lo que explica tanta esterilidad; no dependemos del Espíritu Santo y entonces gobernamos la vida nosotros mismos. Este es el camino que nos pone a nosotros primero. Me pone a mí primero. Pone a cada uno de nosotros primero, y ese es el camino que conduce al fracaso seguro. Pero "si por el **Espíritu** mortificáis las obras de la carne, viviréis".

6. Vemos pues que hay dos experiencias que van juntas, y que corresponden a dos convicciones que el cristiano espiritual debe cultivar; la convicción de haber pecado en el pasado, y la profunda convicción de tener todavía una naturaleza corrupta, en el presente, pueden ir juntas y de hecho van juntas en el hombre espiritual, que es uno que lucha contra el pecado. Notemos que la lucha contra el pecado no implica lucha contra otros sino, en cierto sentido, una lucha contra uno mismo, contra la sabiduría natural que siempre aflora, ante cualquier situación. En su experiencia, todo creyente verá que a su alrededor hay hombres espirituales o carnales. Los hombres carnales van a seguir actuando como siempre lo han hecho, ignorando la terrible enemistad de la carne contra Dios. No podemos impedir que algunos cristianos actúen carnalmente, ni otros podrán impedir que nosotros actuemos carnalmente; pero los carnales no podrán impartir vida espiritual.

La vida más elevada depende del reconocimiento de que hemos sido liberados de la obligación de obedecer a la naturaleza pecaminosa, a fin de que seamos sometidos al poder de la vida resucitada de Jesucristo. Para esto el permanecer en Cristo es esencial; la vida de identificación con Cristo depende, esencialmente, de que por encima de todo el creyente cultive la comunión de su alma con Dios.

El Espíritu Santo está deseando producir esta experiencia en todo creyente. Se contrista cuando ve que la naturaleza pecaminosa puede, sutilmente, estar gobernando una vida, y anhela que el cristiano mantenga una actitud de confianza y de dependencia, para que El, el Espíritu, produzca esta vida en el hombre que confía. Que esta lección penetre profundamente en nuestros corazones.

La enseñanza es terminante. Se nos recuerda primero que de la carne no podemos esperar nada ("si vivís conforme a la carne, moriréis") y se nos enseña después que a la carne no le debemos nada. Por tanto, cuando le pagamos algún tributo estamos abriendo alguna puerta siniestra que no trae más que fracaso y corrupción. Toda apelación a nuestra sabiduría personal, por más bien intencionada que nos parezca, y toda apelación a reservas espirituales que no tenemos, constituyen una puerta de entrada al dominio de la carne en nuestra experiencia diaria. Para esto no hay sustituto. No hay sustituto para vivir responsablemente, en dependencia del Espíritu Santo. Todo otro método está destinado al fracaso. El único método es "por el Espíritu".

CAPITULO V

UNA ACTITUD DE ENTREGA

Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.. Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. (Ro. 6.13, 12.1-2)

I - SI QUEREMOS VIVIR EN IDENTIFICACION CON CRISTO, TENEMOS QUE IR DESCUBRIENDO LAS RIQUEZAS QUE, PARA TODO CREYENTE, TIENE RESERVADAS EL DIOS MISERICORDIOSO.

En los dos capítulos anteriores hemos visto dos actitudes. En el tercero vimos una actitud de fe, y en el cuarto una actitud de rechazo. Ahora, al analizar Ro. 6.13, veremos que el creyente es llamado a adoptar una actitud de entrega. La palabra fundamental es "presentaos", que aparece en este texto, así como en el pasaje de Ro. 12.1-2, que analizaremos en detalle.

Un concepto fundamental es que este último pasaje exhorta al creyente a adoptar una actitud de entrega de la vida a Dios para llegar a conocer su voluntad. Estos dos conceptos, el de una dedicación de todo el ser a Dios, y el del conocimiento de la voluntad divina, están estrechamente vinculados, y lo están a través de un proceso espiritual que todo creyente está llamado a vivir si quiere

realmente conocer "la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta".

1. El mundo tiene sobre la voluntad de Dios una idea sombría. El incrédulo piensa en la voluntad de Dios y se estremece, pero el creyente encuentra que en la Sagrada Escritura la voluntad de Dios está asociada con la misericordia. No tenemos que clamar por misericordia, porque Dios ya la ha tenido de nosotros. El apóstol se ha referido a ella en los 11 capítulos anteriores de la carta. Y ha culminado su argumento en Ro.11.32 diciendo que Dios "sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos".

2. Hay ideas equivocadas sobre la voluntad de Dios:

a) Esta voluntad suele ser invocada en los hospitales y en las crisis extremas. No está mal apelar a Dios en esas situaciones; lo que está mal es apelar a Dios como último recurso. El creyente no debe considerar a Dios como último recurso, sino como el primero y el único.

b) La voluntad divina no debe ser confundida con el destino; no es todo lo que pasa en la vida, ni hay en la Biblia un sentido fatalista de la vida. Muchas cosas ocurren en el mundo que no son la voluntad de Dios. ¿Por qué? Porque muchas cosas ocurren en nuestra vida que no son la voluntad de Dios. El las permite pero no las aprueba.

c) Un peligro bastante frecuente es confundir la voluntad de Dios con la nuestra, o asociarla sólo con lo que nos agrada. Ciertamente nos han sido otorgadas muchas cosas agradables, que están dentro de la voluntad de Dios, pero el peligro es asociarla solamente con lo que nos agrada.

d) Otro error consiste en pensar que si no conocemos su voluntad es porque Dios no ha decidido llamarnos a un servicio especial. Este es un falso concepto muy generalizado. Muchas

vidas de creyentes transcurren en la intrascendencia porque no hay un esfuerzo, un anhelo ardiente, por conocer esta voluntad.

e) Hay otro peligro que es todavía mayor. Es el de pedir el conocimiento de la voluntad de Dios solamente para cosas aisladas. Constituye un grave error que un creyente pretenda consultar al Señor sólo sobre un área determinada, mientras sigue reteniendo el resto de su vida bajo su control. Desde luego, sería una temeridad pensar así, pero así procedemos cuando queremos conocer la voluntad de Dios sólo en casos aislados.

Pablo es categórico para mostrarnos que no hay nada sombrío en la voluntad de Dios. Los hechos de la cruz son luminosos y no sombríos. La misericordia de Dios ha actuado cuando estábamos en tinieblas. Esta misericordia ha penetrado en nuestras tinieblas morales. Ro. 12.1-2 revela que el punto de partida para conocer la voluntad de Dios, es apreciar su misericordia.

El proceso que describe en estos versículos culmina con el conocimiento de la voluntad de Dios, pero enseña que, si queremos conocerla, hemos de aprender a esperarlo todo de Dios misericordioso. Fuera de esta base Pablo no tiene ninguna exhortación que hacer.

II - LA IDENTIFICACION CON CRISTO TIENE QUE CONDUCIR A LA SANTIFICACION DEL ESPIRITU DEL CREYENTE EN UNA CONFORMIDAD PROGRESIVA CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

1. Una vez que queremos conocer la voluntad de Dios preguntamos cómo haremos para conocerla. Este pasaje de Ro. 12.1-2 contiene una gran riqueza acerca de este conocimiento, y por ello necesitamos estudiarlo detenidamente para desentrañar su significado. Dice Pablo: "Asi que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios..."

El fundamento de todo consiste en apreciar las misericordias de Dios. A quienes aprecian estas misericordias, es decir, a sus hermanos en Jesucristo, Pablo les exhorta a que "presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios...". Notemos que el punto de partida es el lugar donde fracasamos. Pedimos cosas, pero el punto de partida para un progresivo despertar sobre la voluntad de Dios es la entrega de la vida.

Todo comienza con la entrega de nuestro cuerpo. Esta entrega de la vida no es para que seamos salvos, sino para que entremos más plenamente en los propósitos de Dios. La dedicación de la vida la pide Pablo sólo al que ya ha entrado en los propósitos de Dios, habiendo recibido sus misericordias mediante la salvación en Cristo.

La presentación de nuestros cuerpos a Dios tiene dos finalidades; una, última, final; otra, inmediata. La finalidad última es que "comprobemos" cuál sea la voluntad de Dios. Pero antes de que alcancemos este conocimiento Pablo habla de "no conformarse a este siglo" (no adaptarse al mundo), y habla de ser transformado por la renovación del entendimiento. Esta es la finalidad inmediata de la entrega de la vida.

Esquemáticamente la enseñanza de Ro. 12.1-2 es esta:

1°) El conocimiento de la voluntad de Dios es posible solamente para el que aprecia las misericordias de Dios, que el apóstol ha descrito en los capítulos anteriores, y que constituyen la herencia de todo aquel que ha confiado en Cristo como su Salvador.

2°) Pablo exhorta a estos creyentes a que presenten sus cuerpos en sacrificio, con la finalidad de que entren en un proceso que tiene dos fases:

a) La no conformidad con el mundo.
b) La transformación de la mente.

El punto a) se refiere a un conflicto **visible,**

en tanto que el punto b) trata más bien de un conflicto **secreto.**

3°) Esta participación en este proceso no puede hacerse a menos que el creyente viva en identificación con el Señor. Este proceso es el que conduce al conocimiento de la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

2. Habiendo presentado el esquema de este pasaje, pasamos a exponerlo.

"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, agradable a Dios...".

La importancia de este pasaje reside en su riqueza doctrinal como fundamento de la acción práctica. Lo primero que debemos subrayar es que el método apostólico es invariable. La doctrina precede a la exhortación. Y nuestro método no puede ser otro que la exégesis, es decir el estudio del texto bíblico, en detalle.

Notemos que se utiliza el lenguaje de los sacrificios. "Os ruego ... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios,.." El pasaje no enseña que tengamos que entregar nuestros cuerpos para que éstos sean sacrificados, sino para que sean santificados. ¿Qué significa, concretamente? Se trata de una cuestión de sacrificio, no porque haya dolor ni porque en esta entrega haya mérito redentor. Entonces ¿por qué se habla de sacrificio? Se habla así porque se trata de hacer la voluntad de otro, en este caso la voluntad de Dios(55). Esto es lo que más nos cuesta; por eso es un sacrificio.

Notemos que se trata de una entrega completa a Dios. No tenemos que entregarle solamente lo que nos desagrada, o lo que está fuera de nuestro control, lo que no podemos dominar. La entrega abarca todo lo que sabemos, e incluye también el futuro desconocido.

3. Con frecuencia pensamos que la entrega de la vida es para el servicio. Este aspecto está incluido, pero el pasaje enseña que la dedicación es para ser separados del mundo y para ser enseñados. Estos dos aspectos constituyen un proceso transformador, que tiene que reemplazar a los criterios falsos que prevalecen en el mundo y que tiene que desplazar a nuestra mente carnal.

La dedicación a que se refiere el apóstol en Ro. 12 no está referida pues a cuestiones aisladas, o a áreas limitadas, sino que se refiere al dominio de la vida. No nos enfrenta con preguntas específicas, sino con la gran pregunta de quién va a ser el dueño de los años de vida que Dios nos va a dejar aún sobre la tierra.(56)

El apóstol exhorta a que presentemos nuestros cuerpos **en sacrificio.** El primer sacrificio que se requiere del creyente es el de su ser entero(57) y se realiza mediante la presentación, que es un vocablo que describe el acto del sacerdote del Antiguo Testamento, que significa "ofrecer, poner a disposición de otro". Es el término que se utiliza para presentar las ofrendas en el libro de Levítico.

Todo comienza con una presentación definitiva. La idea es la de la entrega de la vida a Dios, la dedicación de todo el ser a Dios, dispuestos para lo que El quiera. Es la disposición para **ser** lo que el Señor haya decidido que seamos, y para **hacer** lo que haya decidido que hagamos. Nuestra voluntad se mueve por una convicción interior, de modo que la entrega de la voluntad a Dios no significa la pérdida de nuestra capacidad de decisión, sino su enriquecimiento. El intelecto del creyente se ilumina cuando va comprendiendo la voluntad del Señor. Su voluntad se libera cuando recibe impulsos para actuar en conformidad con la verdad revelada en la palabra. Su corazón se regocija en la obediencia a Dios.

Que el sacrificio sea **vivo** indica que la ofrenda es permanente, es decir, que se trata de una de-

dicación constante(58). El sacrificio es además **santo**, es decir, puesto aparte para Dios(59). Una idea fundamental aparece aquí, porque se trata de una consagración de corazón(60) a Dios, de manera que el espíritu del creyente sea santificado, en una conformidad progresiva con la voluntad de Dios.

Sin embargo, no debemos confundir santificación progresiva con consagración incompleta.

Los avances que hacemos son siempre, debido a nuestra imperfección, graduales, pero la exhortación es a una entrega total, incondicional. El requisito de que nuestra vida debe ser vivida en conformidad con la voluntad de Dios no es optativo, es imperativo(61).

4. Esta ofrenda del cuerpo del creyente es hecha a Dios, infinitamente puro y santo. Por tanto, el concepto aquí es que el cuerpo físico del cristiano, puesto a la disposición de Dios, presentado a El, es santo tanto en el sentido de estar separado para Dios, como por el hecho de que habrá de ser utilizado para propósitos ordenados por El.

Además, el apóstol habla de un sacrificio "agradable a Dios, que es vuestro culto racional". El concepto aquí es que esta ofrenda del cuerpo del creyente satisface a Dios, le complace en grado sumo.

Seguramente había en la mente del apóstol inspirado un contraste entre los sacrificios del Antiguo Testamento con este que él ahora exhorta a hacer. Aquellas eran ofrendas que los hebreos hacían **aparte de sí mismos**, en tanto que la ofrenda del cristiano consagrado es más plena; **exije la ofrenda de sus miembros físicos**, puesto que una persona no puede actuar en forma independiente de su cuerpo. Esta ofrenda es un "culto racional" en un sentido interior y espiritual, no meramente externo y material. O surge del corazón

del creyente adorador, o carece totalmente de valor. Aquello era la sombra; esto es la sustancia. Las sombras han pasado. La sustancia es la entrega total a Dios.

Vemos pues lo mucho que este pasaje tiene para decir con respecto al estado del alma de todo aquel que quiere conocer la voluntad de Dios. El creyente aprende aquí que vivir en identificación con Cristo implica una identificación con el propósito de Dios para la vida. Incluye la entrega al servicio del Señor pero, por encima de todo, significa la dedicación de la vida entera, en una actitud de devoción personal a Dios. La entrega del cuerpo, así concebida, es el primer sacrificio que se requiere de nosotros y constituye un acto supremo de adoración. El llamamiento de la Escritura es a una dedicación de la vida toda a Dios como una ofrenda de gratitud, en respuesta a sus misericordias, y haciendo de la vida un sacerdocio contínuo, una adoración espiritual(62).

III - NINGUN CONOCIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS ES POSIBLE SI EL CREYENTE HACE CONCESIONES A LOS CRITERIOS DEL MUNDO, PORQUE ESTAS CONCESIONES CONDUCEN A LA FLAQUEZA Y NO A LA FORTALEZA.

1. El vocablo "conforméis" no quiere decir resignación sino **adaptación**, "tomar la forma" del mundo. El creyente está en el mundo, tiene que vivir su vida en un mundo de hombres que, como él, son pecadores; pero no puede compartir el pecado del mundo.

Algunos pretenden seguir métodos y modelos del mundo, con el pretexto de alcanzarlo con el mensaje cristiano, pero hay que advertir que las concesiones que hacemos a la mentalidad del mundo son prueba de flaqueza y no de fortaleza.

La exhortación es categórica, en el sentido de no adaptarnos al mundo, con sus criterios fal-

sos. En el mundo prevalece un enfoque de las cosas que excluye a Dios de la vida, sobre todo porque insiste en ignorar la revelación que Dios ha dado en su Palabra y porque no cuenta con los recursos de la gracia de Dios. Este punto es fundamental. Nuestro mundo es un mundo ciego, porque se apoya en una mentalidad satánica y no en la revelación de Dios, y es un mundo pobre, porque depende de sí mismo y no de la gracia de Dios. Es a este enfoque anticristiano y antiescritural de la vida a lo que el creyente debe oponerse. Ningún progreso sobre el conocimiento de la voluntad de Dios es posible si el creyente no define claramente su ruptura con el mundo. Ser creyente siempre ha significado vivir para Cristo en un mundo sin Cristo.

2. El vocablo "siglo" o mundo no se refiere al mundo constituído por los seres humanos. A este mundo debemos amarlo, porque es el mundo que es el objeto del amor de Dios, según Jn. 3.16: "De tal manera amó Dios al mundo ..." El mundo al cual se refiere aquí la Escritura en Ro. 12.2 es *aion*, el mundo alejado, enajenado de Dios. Bengel lo define como "el espíritu sutil que informa al cosmos, o el mundo de los hombres que están viviendo alienados y aparte de Dios".

Este mundo puede también ser definido como "toda aquella masa flotante de pensamiento, opiniones, máximas, especulaciones, esperanzas, impulsos, intenciones, aspiraciones, corrientes en el mundo en todo momento, que puede ser imposible definir con precisión, pero que constituye un poder real, efectivo, que es la atmósfera moral o inmoral que en todo momento inhalamos, y que inevitablemente exhalamos"(63).

Contra esta clase de mundo el cristiano tiene que luchar. Si usted no lucha contra el mundo, sepa que el mundo lucha contra usted.

IV - NO TODOS SE DAN CUENTA DE QUE, PARA CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS, EL CRE-

YENTE ESTA ENVUELTO EN UN CONFLICTO ENTRE SU PROPIA MENTE CARNAL Y LA MENTE DE CRISTO.

Dice Pablo: "... transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...". Aquí la palabra inspirada introduce un pensamiento que sorprende y que vale la pena analizar en detalle. El propósito de nuestra dedicación a Dios puede quedar a medio camino si no alcanzamos a comprender qué significa la renovación de la mente. Estamos tan acostumbrados a asociar el pecado con algunos miembros de nuestro cuerpo que dejamos afuera al corazón y la mente. Pensamos que el corazón es lo mejor que tenemos y que la cabeza es lo que mejor funciona. Uno podría preguntarse: si ya tenemos alguna inteligencia, si podemos resolver muchos problemas; si sabemos tantas cosas ¿por qué tiene que ser cambiada la mente ?

A nosotros nos parece que la cabeza está intacta, pero la Escritura revela que lo que hay de más elevado en el hombre, que son sus facultades intelectuales, ha caído en la vanidad y en las tinieblas(64).

Miraremos brevemente qué es "el corazón", pero luego nos extenderemos para ver qué es la mente.

El corazón.

Algunos piensan que, porque tenemos que hablar al corazón de la gente, hay que olvidarse de la cabeza. Otros, en el extremo opuesto, quieren desterrar todo elemento emotivo de la predicación y de la enseñanza. Ambos enfoques son extremos, y olvidan el equilibrio de las Escrituras.

Algunos tienen miedo de usar la palabra inteligencia. Piensan que lo espiritual se opone al pensamiento, o que lo espiritual prescinde del pensamiento. Lo que se opone al Espíritu de Dios es la mente carnal y no el pensamiento como tal. Las Escrituras enseñan que tenemos que usar el pensa-

miento. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con **toda tu mente** "(Mt. 22.37). "Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al **conocimiento de la verdad**". La mente hay que usarla. La cabeza está para eso; no es un adorno. La Escritura enseña que tenemos que usar el pensamiento, pero no el pensamiento carnal sino el que va siendo renovado por Dios. Es el pensamiento que va siendo iluminado por Dios.

La Palabra habla constantemente de que tenemos que ser enseñados. Se trata de una instrucción que da Dios, el Espíritu Santo. Y notemos que esta instrucción no se limita a una parte de nuestro ser. Consiste en una capacitación de Dios a la mente y al corazón. El cristiano entiende con el corazón. La constante referencia que la Biblia hace al corazón mues'ra no que se trata de argumentos sensibleros, emotivos sino que, cuando la Biblia habla del corazón, concibe la vida del hombre como organizada y controlada desde adentro. Es el corazón concebido como el centro de nuestro ser complejo, que abarca el intelecto, lo moral y lo espiritual. Es el corazón como el órgano central de la vida. Por lo tanto, cuando la Biblia habla del corazón, se refiere no solamente al asiento de los sentimientos, que es la idea común, sino también a la inteligencia y a la voluntad. Tenemos que dirigirnos al corazón porque queremos hablar a todo el hombre, a toda la mujer. Queremos que sienta, queremos que piense, queremos que tome decisiones. Por eso hablamos al corazón.

V - SI EL CREYENTE QUIERE ADQUIRIR LA MENTE DE CRISTO TIENE QUE ENTRAR PROFUNDAMENTE EN LA EXPERIENCIA DEL ARREPENTIMIENTO.

Una de las riquezas más grandes de la vida cristiana consiste en comprender qué cosas están envueltas en el arrepentimiento. ¿Por qué es importante tratarlo aquí? Porque estamos hablando de un cambio de mentalidad. Y arrepentirse es

eso; es un cambio de mentalidad. No es una transacción con Dios para volver a pecar.

Hay varios elementos que intervienen en esta experiencia:

1. El primer elemento del arrepentimiento es la convicción de pecado.

Ningún predicador puede convencer a nadie de su pecaminosidad, ni puede convertir a nadie. La convicción de pecado es una obra de Dios, el Espíritu Santo. Esta convicción es el punto de apoyo en que Dios se basa para hablar al hombre(65). Esta convicción no viene por pecar, sino por escuchar la Palabra de Dios, aplicada por el Espíritu Santo. Cuando se escucha el Evangelio la conciencia de pecado se intensifica. El pecador llega a ver su pecado como realmente es, como algo hecho contra Dios. El pecado es un agravio a Dios; es una ofensa, es un delito contra el amor de Dios. Por esta razón la confesión del pecado es tan importante; el vocablo "confesar" significa "decir lo mismo". Por lo tanto, confesar el pecado implica identificarnos con la opinión que Dios tiene sobre nuestro pecado.

Notemos que la más profunda conciencia de pecado no es cosa de incrédulos sino más bien de creyentes. Siempre hace falta algún grado de convicción sobre nuestro mal para venir a Cristo, pero la más profunda conciencia de pecado puede venir después de la conversión. Todo creyente tiene que cultivar una conciencia sensible hacia su propio pecado, porque ninguno se arrepiente verdaderamente hasta que llega a darse cuenta de cuál es la naturaleza de su pecado(66).

2. El amor al pecado tiene que morir.

Este segundo elemento no es tan fácil de percibir ni de vivir, pero este punto es esencial. Hay una tristeza que Pablo menciona en 2 Co. 7.10 como "la tristeza del mundo". Esta tristeza no con-

duce a nada. ¿Por qué? Porque el solo sentido de culpabilidad no ayuda a nadie, no libera. El pecador en ese caso **sigue quejándose de la falta de paz, porque está triste en un mundo sin Dios.**

Pero hay otra tristeza, la única valiosa. Pablo la menciona en 2 Co. 7.8-10. La idea allí es que la primera carta había producido tristeza en sus destinatarios. El apóstol no se lamenta de esto, porque destaca que "fuisteis contristados **para arrepentimiento;** porque habéis sido **contristados según Dios...**" La enseñanza es, otra vez, sorprendente. Cuando Dios comienza a obrar en un corazón, sea de un incrédulo o de un creyente, surge una tristeza que obra arrepentimiento. El arrepentimiento verdadero es una tristeza del alma, detrás de la cual está Dios.

¿Conocemos algo de esta tristeza que conduce al arrepentimiento? ¿Conocemos algo de esta turbación detrás de la cual está Dios?

Notemos la importancia de esta enseñanza. El arrepentimiento no es solamente un pasaporte; no es un cheque en blanco. El Espíritu de Dios transmite algo al alma del creyente que se ejercita; Dios, que es fiel, no dejará esta obra inconclusa. Esta obra no cesa hasta que el creyente llega a odiar su propio pecado.

En el arrepentimiento Dios se apodera de la conciencia del pecador. Esto significa que **en el arrepentimiento, Dios transmite al hombre su propia reacción contra el pecado.** Sí, en todo arrepentimiento genuino el amor al pecado tiene que morir. Y esto sólo puede ser la obra de Dios el Espíritu Santo.

3. El renunciamiento al pecado.

El arrepentimiento no produce todos sus frutos hasta que, **por una decisión de su voluntad,** el creyente rechaza el pecado. Vemos hasta dónde nos ha llevado querer conocer la voluntad de Dios, según la enseñanza de Ro. 12.1-2.

Tenemos que advertir que, en nosotros, este renunciamiento al pecado es siempre imperfecto. **Pero este renunciamiento, aunque sea imperfecto, importa como actitud**(67). ¿Qué es una actitud? Es un acto repetido, una disposición repetida. Y esta, aunque sea imperfecta, es otra actitud fundamental del hombre que quiere vivir identificado con Cristo.

Ahora estamos en condiciones de definir el arrepentimiento. ¿Qué es arrepentirse? Es recapacitar sobre cómo hemos llevado nuestra vida. Es un cambio de mentalidad, que revoluciona la vida del creyente **en relación con su pecado.**

Algunos cuentan experiencias de cómo el Señor obra con ellos. No ponemos en duda que puedan ser genuinas, pero ocurre que, en ocasiones, esas experiencias son autoglorificantes, y casi nunca se relacionan con una revelación que les humille. Hemos de ser muy cautos al contar nuestra propia historia, porque el arrepentimiento es una gran riqueza de la vida cristiana, y tiene por finalidad llevarnos a una crisis en relación con nuestros males, y no con nuestros éxitos.

Es un cambio que revoluciona la vida del creyente **en relación con el propósito de Dios para su vida.** Ya estamos llegando a un punto esencial para comprender a Pablo cuando dice: "Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento". Arrepentirse no es sólo el repudio del acto. Se trata de que tenemos que enjuiciar la raíz del pecado que mora dentro nuestro. Hay un hombre en la Biblia que dice: "En mí, esto es, en mi carne, no mora el bien". Hay otro que dice a Dios: "Ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza". ¡Qué grande! ¡Quién pudiera llegar a sentir así el arrepentimiento! ¿Qué es, entonces, el arrepentimiento? Es el repudio de mí mismo, y no sólo de mi pecado.

Se trata del repudio de uno mismo; se trata de llegar al fin de uno mismo. Cuando uno confiesa su pecado lo que está confesando es su insolvencia mo-

ral, su bancarrota moral. Y esto implica llegar a escudriñar, en la presencia de Dios, aquello que le llevó al pecado. Este es el quebrantamiento de corazón, que todo creyente necesita. Ciertamente estamos en un terreno muy serio, que debe llevar a cada uno a la oración y a la meditación. O hacemos del perdón una cuestión de quebrantamiento o perdemos los mejores frutos del arrepentimiento. Con menos que esto avanzaremos muy poco.

Cuando damos estos pasos, cuando estas ideas de Dios se arraigan, cuando el Señor, por su Palabra y por la iluminación de su Espíritu Santo, graba estas ideas en el corazón, entonces se forma la convicción interior; entonces la transformación tiene lugar.

Este es un hombre renovado; este es un hombre que va siendo renovado. A este hombre Dios le irá mostrando cuál es su voluntad, cuáles son sus planes. ¿Por qué a este y no a otro? **Porque este cristiano, que va siendo renovado en su mente, este está preparado para entender a Dios.**

VI - LA ESCRITURA DEMANDA DEL CREYENTE LA RENOVACION DE SU MENTE. ESTA RENOVACION ES UN PROCESO ESPIRITUAL, PORQUE REQUIERE EL DARNOS NOSOTROS MISMOS ENTERAMENTE A DIOS, PARA SER ENSEÑADOS.

1. ¿Qué es la mente? Por mente se entiende en general la facultad de pensar, la capacidad mental que llamamos el entendimiento. Representa la facultad intelectual, la capacidad reflexiva del hombre, aquello que inicia su pensamiento y que formula sus planes.

En las Escrituras la mente no es solamente esto sino que, además, es la capacidad de reconocer el bien y, **sobre todo, es la capacidad de reconocer la verdad espiritual.**

2. Pablo exhorta en Ro. 12.2 a ser transformados por medio de la renovación del entendimiento.

En Ef. 4.23 expresa un pensamiento semejante sobre esta renovación, porque dice: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente". Esta renovación aparece en medio de dos exhortaciones. La de **desvestirse** del viejo hombre(4.22) y la de **vestirse** del nuevo(4.24). En el medio de ellas figura el v.23: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente".

Lo primero que hay que destacar es el significado de "renovar" en el Nuevo Testamento.

Renovar no consiste en remendar, o en reparar. Tampoco consiste en mejorar lo bueno que pudiera haber en el hombre. "Renovar" significa "ser hecho de nuevo" y desde lo alto, desde Dios(68).

Esta revelación de la Escritura es complementaria de la de Ro. 12. La Biblia habla de un corazón limpio y de una vida limpia, pero aquí habla también de una mente renovada. La renovación es "en el espíritu de nuestra mente". Pablo no se está refiriendo aquí al espíritu humano en general, como una parte constitutiva de nuestro ser, sino al **espíritu de la mente.** A la mente se le atribuye un espíritu. Significa el principio interior que realmente gobierna y controla, y que maneja a la mente misma. De modo que, además del poder y de la habilidad intelectual, **hay un espíritu de la mente.** Se trata de lo más íntimo, de lo más profundo de nuestro ser interior. No habla pues sólo de la capacidad de la mente, **sino del poder que la controla.**

Ya hemos visto que el creyente que quiera conocer la voluntad de Dios necesita esta mente renovada para no adaptarse a los criterios del mundo.

El lenguaje de la Escritura es vigoroso. Hay un abismo de diferencia entre tomar la forma del mundo (ser "conformados" al mundo) y el ser "transformados". El vocablo utilizado para "conformarse" expresa fuertemente la idea de similitud de carácter. Y el vocablo "transformaos" expresa, con igual fuerza, la idea totalmente opuesta. Es como si el apóstol dijera: "No seáis externamente conformados, adaptados, sino internamente transformados".

En Efesios 4 vemos además que el creyente necesita esta renovación del espíritu de su mente por otra razón más; la necesita para desvestirse, para despojarse del viejo hombre. Y la necesita para vestirse del nuevo hombre. Aquí vemos otra aplicación concreta de esta gran enseñanza. En el v.22 exhorta: "en cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre" **y esto implica una actitud distinta hacia el pecado.**

En el v.24 dice: "Vestíos del nuevo hombre", **y esto implica una actitud hacia Dios.** Estas dos actitudes determinan todo el curso de la vida espiritual, pero el creyente no podrá tomar ninguna de estas dos actitudes si no va siendo renovado en el espíritu de su mente. Se trata de que en la conversión recibimos una nueva actitud mental, una nueva disposición con respecto al pecado y, sobre todo, con respecto a Dios.

El conocimiento pleno de la voluntad de Dios es posible para todo creyente, pero requiere que participe activamente en este proceso, que tiene por finalidad darle nuevos enfoques, nuevos criterios.

4. Como complemento del mandato a que rehuse tomar la forma del mundo, está el mandato a ser transformado. Se trata de un proceso demoledor. Esta transformación culmina en la renovación de la mente, pero es un proceso demoledor, porque enseña que una mente auto-satisfecha **no es la mente de Dios.**

Además, el original significa "continúe siendo renovado". No es algo que ocurre de una vez para siempre; es un proceso continuo. Que nadie presuma que ha llegado a la etapa final, porque este es un proceso constante, debido a que también es continuo el intento de nuestra mente caída para retomar el control.

Esta tarea no es algo que el cristiano pueda hacer por sí mismo, porque la renovación de la mente es presentada en la Escritura como un trabajo de

Dios. Esta renovación es un acto del Espíritu de Dios, que obra en el creyente. **Es la obra del Espíritu de Dios, pero el cristiano puede impedirla, o entorpecerla.**

Ahora bien; que sea una tarea del Espíritu Santo indica que esta renovación es más que una actividad intelectual.

Además, que sea una obra divina no implica que el creyente pueda mirar pasivamente este proceso, porque toda la Escritura enseña que todas las facultades del alma tienen que ser ejercitadas para buscar a Dios. La pasividad con que vemos cómo nuestro avance espiritual se posterga indefinidamente es una pasividad culpable.

Pocas cosas son más solemnes en la vida de un creyente que la posibilidad de estar impidiendo la obra del Espíritu Santo en él mismo, o en los demás. Pero estemos alertas, porque la tendencia natural es a impedirla. Todos corremos este grave peligro, que puede frustrar planes de Dios, debido a la intrusión de la carne en nuestros esquemas mentales. Nos sentimos suficientes. La carne no quiere ayuda. La carne se basta a sí misma.

El espíritu del mundo nos transfiere constantemente criterios y patrones de conducta, que son radicalmente falsos. El espíritu del mundo es el principio animador, controlador del mundo, aquello que lo hace ser lo que es.

El espíritu de la mente es su vida interior. Es el principio interior que está detrás de todo lo que hacemos. Esto es lo que tiene que ser renovado.

5. Siempre tenemos que tener presente la enseñanza troncal de Ro. 12; todo comienza con la entrega de la vida **para participar de un proceso.**

Se trata de una entrega con el propósito de atender, de escuchar cuando Dios habla, por su Palabra o por sus siervos. El creyente suficiente sólo

se oye a sí mismo. El cristiano carnal hace muchos planes, pero no percibe las señales espirituales que Dios le envía. No discierne la enseñanza más profunda de las Escrituras. Es que esta enseñanza profunda no penetra sin ejercicio de corazón. No se alcanza si el creyente rehusa entrar a este proceso transformador.

Esta visión de las realidades espirituales, esta mente espiritual, no viene si uno se deja llevar por su propio criterio carnal, y no hace un esfuerzo por conocer, en cada asunto, cuál es la mente de Cristo. En cada aspecto de la vida, Cristo tiene opinión, y esta es la opinión que, con frecuencia, no conocemos.

Dios no ha prometido escuchar al que le invoca livianamente, sino al que lo busca de corazón. "Me invocaréis y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29.13). Sí, la renovación de la mente es más que una tarea intelectual, porque **demanda un ejercicio del alma en la búsqueda de la mente de Dios.** Con menos que esto avanzaremos muy poco.

En la base de la enseñanza del apóstol hay la noción bíblica fundamental de la tragedia que ha significado, para todos nosotros, la caída en el pecado. **La Biblia subraya la esencia de la caída.** Cuando el hombre pecó, pasó a estar **bajo el dominio satánico.** Nada es más importante que conocer la doctrina de la caída del hombre; esto es la llave para entender toda la Biblia. Nada es más importante que conocer en qué consiste la depravación total del hombre.

Esta palabra "renovar" nos ilumina. La mente del hombre necesita ser renovada. Porque los hombres no se dan cuenta de esto, viven como viven. El ser humano toma el pecado con suma liviandad, pero lo cierto es que, cuando el hombre peca, se mete en un mundo tenebroso.

El problema con todos nosotros es ese, que he-

mos nacido con una naturaleza manchada. La esencia de nuestro problema no es sólo si lo que hacemos está mal o no. Hay algo mucho más grave. **El problema más grave es lo que hemos venido a ser por naturaleza. Nuestro enfoque total es equivocado. Es el espíritu de nuestra mente lo que está mal.**

La máquina de fabricar ideas las fabrica, pero la historia humana muestra que algo anda mal. El mundo está como está porque el hombre no sabe cómo pensar rectamente (69), y el primer llamado del Evangelio es a que piense dónde está y cómo está delante de Dios.

No es la mente como instrumento lo que anda mal. Si le pedimos que haga números, que calcule fórmulas complejas, lo hace bien. La mente como órgano, como máquina de pensamiento, razona, calcula, piensa, y produce resultados notables, **pero lo que ha andado mal, lo que sigue andando mal, es el poder que la gobierna desde atrás.**

VII - ESTA TRANSFORMACION SOLO SE CONSIGUE MEDIANTE EL MINISTERIO NO IMPEDIDO DEL ESPIRITU SANTO, Y REQUIERE EL SOMETIMIENTO DEL CREYENTE A SU INFLUENCIA CONTROLADORA.

1. Lo que al principio fue gobernado por el espíritu, ahora está gobernado por la carne. Esto es lo que hay que cambiar.

El hombre tiene todavía capacidad para recibirse de médico, de ingeniero, pero llega un momento en que todo comienza a andar mal. Puede llegar a la luna, pero falla en lo que es vital. Cuando llegamos a las cosas que **realmente importan,** a la naturaleza espiritual del hombre, a su **relación con Dios,** a la noción de eternidad, al sentido de nuestra existencia, en estos puntos vitales, el pensamiento del hombre fracasa completamente, porque el espíritu de su mente se ha extraviado. Esta parte de la revelación bíblica sobre el hombre es categórica y penetrante, porque esto ocurre en el punto más elevado de ser, en el centro de su personalidad, en el espíritu de su mente.

Por eso, porque el hombre está caído, la única solución es crearlo de nuevo, regenerarlo, y Dios es el único que puede levantarlo. ¿Qué es lo que hace la regeneración? En la regeneración recibimos un nuevo espíritu, una nueva disposición que gobierna, un nuevo principio de vida, que comienza a obrar.

El creyente que quiera vivir identificado con Cristo tiene aquí una lección fundamental: él necesita esta renovación del espíritu de su mente para vestirse del nuevo hombre.

En el hombre que nace de nuevo no se verifica ningún cambio físico; su cerebro sigue siendo el mismo, pero lo que recibe es este nuevo espíritu, que controla. Todo su enfoque es hecho completamente nuevo. La renovación no tiene lugar en la mente, sino en el espíritu de la mente. Esta permanece como antes, pero su espíritu, su parte más elevada, va siendo renovada.

Todavía nos queda ver algo más. La Escritura no ha terminado. **La transformación de Ro. 12 es un proceso, y es un proceso costoso.** ¿Por qué? Porque este poder renovador del Espíritu Santo actúa en la medida en que el creyente, ante cada decisión, ante cada problema, ante cada accidente, **reconoce su insuficiencia.** Nos cuesta mucho reconocer que no somos suficientes. Este proceso es penoso pero, aunque resulte penoso, tarde o temprano aprenderemos que, en medio de nuestra insuficiencia, se nos llama a una actividad sobrenatural, porque en la regeneración hemos recibido un nuevo espíritu, el Espíritu de Dios, que controla y que da nueva vitalidad a nuestro ser. Se trata de un proceso revolucionario, en el centro de nuestra conciencia; esta renovación es fundamental en el pensamiento bíblico, porque incluye la idea de progreso, que se opone al estancamiento que caracteriza a muchas vidas de cristianos sinceros.

Pero notemos que la realidad de esta renovación sólo ha de manifestarse si alcanzamos un conocimiento más pleno de la voluntad de Dios y lo expresamos

en una conformidad progresiva. Nada menos que esto es lo que Pablo espera de los destinatarios de su carta a los Efesios. En Ef. 4.17 expresa: "Esto, pues digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente..." Es como si les dijera: "Yo os protesto en el Señor, que ya no sois lo que érais". Pablo exhorta a la acción del hombre, como expresa en los vv.22 y 24, pero se apoya en lo que Dios ha hecho, dentro de nosotros. Habla de desvestirse y vestirse (un hecho de todos los días) porque el creyente se enfrenta a cada paso con opciones, con conflictos, y estos conflictos sólo puede enfrentarlos si, en medio de ellos, el espíritu de su mente va siendo renovado por Dios. Pero **nadie podrá despojarse del viejo hombre si no es un hombre renovado; nadie podrá hacer esto sin la fuerza de Dios.** Sólo a un hombre que va siendo así renovado se le puede exhortar a cambios tan sustanciales. Es nada menos que despojarse del viejo hombre.., viciado.., **para vestirse del nuevo hombre** "creado según Dios **en la justicia y santidad de la verdad".**

Así concebida, la mente no es sólo la máquina pensante, el asiento de la inteligencia, sino que incluye toda la naturaleza moral del hombre. La mente es la más profunda interioridad del hombre. Y en un creyente, la mente renovada tiene que ser un instrumento del Espíritu, y no su antagonista.

Un punto fundamental es que la mente, si fuera solamente un instrumento del pensamiento, sería neutral pero, sin embargo, tal neutralidad no existe, porque la **cualidad moral** de la mente se **determina** según el poder al cual se subordina. La mente no es neutral porque se sujeta, se subordina, a un poder. Su cualidad moral depende del poder al que se subordina.

La Escritura adjudica la perversión de la mente más bien a los no convertidos, pero señala que aun la mente del creyente puede estar controlada por la carne. Aquí está el poder al cual se subordina. La mente del cristiano puede estar sometida a la carne

y entonces deja de ser neutral, porque está subordinada a la carne. Este es un llamado de atención para todo creyente, porque la mente puede estar controlada sutilmente por la naturaleza caída. Esto hace que el proceso sea penoso, y que demande la actividad intensa del alma.

Pablo utiliza el vocablo "transformaos", que aparece en Mt. 17.2 para describir la transfiguración del Señor. En aquel caso lo que brilló no fue una luz de afuera, sino la brillantez de su propia gloria esencial, aquella que moraba adentro. ¿Cuál es la enseñanza, aplicable a nuestro texto? La transformación a la cual somos exhortados no es un cambio exterior, ni la puede producir el creyente. Es algo que sólo puede producir el Espíritu Santo que mora adentro. **Aquí enfrentamos una de las funciones esenciales del Espíritu de Dios en el creyente, porque la entrada del Espíritu Santo en nuestra vida es el medio para la renovación de nuestra mente.** Si esta renovación no se produce, volvemos al pecado. Si la mente no se renueva, volvemos atrás. Si esta renovación no se produce estamos estorbando a Dios. Pero anímese todo cristiano, por débil que se sienta. El Señor, que hace nuevas todas las cosas, comienza a producir en el creyente anhelos y motivos que antes no existían, anhelos y motivos que surjen del corazón de Dios.

Esta transformación mediante la renovación del entendimiento es colocada en Ro. 12 **en oposición a la mentalidad del mundo,** y constituye el aspecto positivo de un proceso que tiene por finalidad cambiar el enfoque total de nuestra vida. Notemos que el énfasis de la entrega no está en el servicio, sino en la renovación del espíritu de la mente. No deberíamos desanimar a ninguno que desee trabajar en la obra del Señor, pero hemos de subrayar la necesidad de la renovación. Un creyente que va siendo renovado será un hombre activo, porque el conocimiento de Dios no le dejará ocioso (2 P. 1.8). Pero si renovación no tiene lugar, el servicio será prestado en la carne. Si el proceso mental que controla todo no es transformado, el creyente será salvo pero,

consciente o inconscientemente, seguirá viviendo controlado por criterios mundanos y por su mente carnal.

Toda nuestra manera de actuar revela quien domina la vida. Nuestras actitudes, más que nuestras palabras; nuestro proceder íntimo, más que nuestras acciones externas, revelan si estamos bajo el control del Espíritu Santo o si en todo dejamos el sello de nuestra personalidad caída.

Sí, esta transformación sólo se consigue mediante el ministerio no impedido del Espíritu Santo que mora en el corazón y requiere la sumisión del creyente a su influencia controladora. El Espíritu Santo hace esto si le permitimos controlar el proceso mental que gobierna nuestra vida. Tenemos pues que preguntarnos:

¿Quién toma nuestras decisiones?
¿Quién controla nuestra mente?
¿Quién está a cargo de la vida?

Notemos que la Escritura tiene, como siempre, un mensaje tierno pero viril, porque coloca sobre nosotros toda la responsabilidad. El creyente necesita ser renovado en el espíritu de su mente, y no puede hacer esto por sí mismo. Esto es el resultado de la actividad divina, pero esta actividad tiene que ir acompañada de la dependencia humana.

Vemos pues que esta renovación es un asunto serio, que conmueve toda la vida. No se verifica en el vacío. Tiene por fundamento la obra del Espíritu Santo. Nace del corazón de Dios, y conduce a entregarle la vida. Este creyente así renovado se levanta del pecado y comienza a orientar su vida hacia Dios. Estas son actitudes fundamentales. Este hombre así renovado todavía cometerá muchos errores, pero comienza a preguntar a Dios qué tiene que hacer con su vida; quiere saber cuál es la voluntad de Dios; este hombre comienza a actuar positivamente, porque quiere obedecer a Dios. No es una visita en la casa de Dios. Todo lo que pasa en el reino de Dios le importa, y comienza a averiguar cuál es el lugar que el Señor le ha asignado en ese reino.

VIII - TODO CREYENTE PUEDE ALCANZAR UN PROGRESIVO DESPERTAR SOBRE LA VOLUNTAD DE DIOS Y, PARA ALCANZARLO, TIENE QUE DISCIPLINAR SU VIDA.

Ya estamos llegando al punto culminante de la enseñanza de Pablo en Ro. 12.1-2. Todos los pasos anteriores son pasos previos, que tienen una finalidad y que constituyen una disciplina. Las verdades sintéticas que a veces se ofrecen para conocer la voluntad de Dios **sin disciplina** son de poco valor, porque sin disciplina no se aprende nada serio(70). La entrega de la vida, el no adaptarse al mundo, la transformación, por medio de la renovación del entendimiento, todo es "para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta".

Desde luego, esto no descarta que, en tiempos de grave crisis Dios, en su gracia, pueda revelar su voluntad aun al hombre que está más alejado de El. Pero si queremos entrar plenamente en sus propósitos, como norma para la vida, aprendemos en este gran pasaje que, para conocer los caminos del Señor, no hay un camino corto, que nos permita eludir la consagración de todo nuestro ser a Dios, ni que nos permita eludir la disciplina transformadora.

Que "comprobemos" cuál sea la voluntad de Dios no se refiere a un "test" para saber si la voluntad de Dios es buena o no. No es examinar. Es aprobar(71). Pero aprobar por descubrir, por aprender por experiencia, lo que esa voluntad sea. Cuando el creyente entrega todo a Dios, el Señor irá renovando sus procesos mentales. Le dará una mente espiritual, y por este camino comprenderá cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta. Se trata de un conocimiento no teórico sino experimental. Este conocimiento se nos da, a pesar de que la carne tiene miedo de confiar en la voluntad de Dios. La carne prefiere tener las riendas en nuestras manos, pero tarde o temprano llegaremos al punto de reconocer que, después de todo, la voluntad de Dios para nosotros era más elevada y más bendita que la nuestra, que es mezquina y de vuelo corto. Si hemos llegado

a este punto hemos dado un gran paso, porque se requiere una mente renovada para creer que el propósito de Dios es lo mejor para nosotros. Aquí se esconde pues un gran pensamiento; **Dios tiene un diseño para cada vida.** Si queremos que este diseño vaya mostrando sus perfiles presentemos nuestra vida, sin condiciones, como una página en blanco, para que El la vaya llenando. Se trata, pues, de una actitud de entrega a su voluntad santa, cualquiera que ella sea, porque el método para conocer la voluntad de Dios es **tener la disposicion de obedecerla antes de que sea revelada.**

Este conocimiento experimental de la voluntad de Dios no es el resultado del mero transcurso del tiempo, sino del ejercicio espiritual. Sin embargo, es posible que tenga que transcurrir algún tiempo de espera, antes de que Dios conteste. El Señor se toma tiempo, **no** porque **El** lo necesite sino porque **nosotros** lo necesitamos. Antes de revelarnos sus planes, quizá tiene que mostrarnos aspectos de nuestra vida que requieren limpieza, o algún otro ajuste. Dios no cede en esto, porque es fiel a sí mismo, y no es complaciente con nuestro mal.

Hace falta tiempo, además, porque Dios no nos empuja; nos atrae. Quizá ya ha mostrado su voluntad, pero nosotros estamos distraídos. La indiferencia es mortal. La negligencia es culpable. Dios revela su voluntad al que se preocupa por conocerla. El conocimiento de la voluntad divina es experimental cuando hay obediencia de corazón a la verdad. Muchos quieren conocer la verdad, pero la Biblia subraya la actitud de los que tienen "amor por la verdad".

Para que la mente entienda la verdad de Dios el corazón tiene que estar entregado a la verdad.

La disciplina se requiere en nosotros para obedecer a los que ya conocemos, porque una mente que quiere percibir nuevas señales divinas es aquella que vive en sumisión, en sometimiento a la voluntad ya conocida de Dios. No se trata de una decisión de

un momento, sino de una actitud que mantiene el espíritu de consagración a Dios.

Las preguntas que hay que hacerse son, pues, ¿Podremos conocer la voluntad de Dios, si reservamos áreas de nuestra vida bajo nuestro control? ¿Podré conocer su voluntad si me dejo guiar por criterios mundanos? ¿Podré entender a Dios infinito si no dependo del Espíritu Santo para la renovación de mi entendimiento?

El conocimiento de la voluntad de Dios no se alcanza si se pretende conocerla en puntos aislados. No se percibe esa voluntad con oraciones superficiales, ni con un estudio superficial de las Escrituras. Dios está dispuesto a revelar su voluntad no al cristiano indolente, pero sí al que anhele profundamente conocer cuál es, en la tierra, su responsabilidad y su privilegio como hijo de Dios.

Nuestra escasa disposición a ser renovados en nuestro enfoque carnal de las cosas, pone límites a Dios. Solamente una voluntad rendida a Dios puede elegir la voluntad divina. Y todo esto es un proceso, que para algunos tiene que comenzar hoy.

La identificación con Cristo implica la entrega de uno mismo para ser gobernado, para ser enseñado, para ser humillado, hasta que Dios comience a revelar sus planes.

No hay, y no puede haber, luz para el camino, si el creyente no renuncia a su sabiduría natural.

Con nuestra astucia sólo conseguimos perturbar sus planes. Con nuestra impaciencia, interferimos la acción de Dios. No hay, y no puede haber, paz para la conciencia, ni descanso para el corazón, si nuestras circunstancias no están ordenadas por Dios. (72).

Cualquiera sea la altura de la vida cristiana en que nos encontremos hoy, por afortunada o por desesperada que nos parezca, la actitud de entrega a

Dios es esencial.

Recuerde que lo fundamental no es cuánto planificamos nuestra vida, ni cuánto trabajamos para Dios. La gran cuestión es cuánto permitimos, en dependencia genuina, que Dios muestre sus planes; cuánto permitimos, en humillación, que Dios trabaje dentro de nosotros.

La actitud de entrega es fundamental. Vivamos en esa actitud, hasta que Dios vaya mostrando sus planes. Dejemos de confiar en nuestros planes. Después de tantos fracasos, ahora, dejemos obrar a Dios.

CAPITULO VI

LA VIDA DE COMUNION CON DIOS

Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. (Jn. 13.8)

I - TODOS LOS CREYENTES HAN MUERTO AL PECADO EN LA MUERTE DE CRISTO, PERO NO TODOS TOMAN POSESION DE LAS RIQUEZAS QUE DIOS HA PROVISTO EN AQUELLA MUERTE

Todo creyente ha tomado posesión de las consecuencias eternas de la cruz. El perdón de sus pecados es definitivo y su deuda con Dios está cancelada eternamente; está libre para siempre del juicio; su condición de hijo de Dios es inalterable. Todo esto lo tiene ya, y lo tiene para siempre, porque la unión con Cristo es indestructible.

Pero no todos los creyentes toman posesión de las riquezas que Dios ha provisto. Nuestra tarea es venir a buscar en esta mina de oro que es el capítulo 13 del Evangelio según Juan, para encontrar grandes riquezas. Si nuestra vida está estancada, si es una vida estéril, carente de alegría, es porque no estamos entrando por experiencia en las riquezas de la nueva relación que ahora tenemos con Dios.

El pasaje de Jn. 13.1-10 es fundamental en toda explicación de la vida de identificación con Cristo. En esta enseñanza, impartida a la sombra de la cruz, el Señor habla de dos aspectos de la limpieza espiritual. En el verso 10, que es la clave de esta enseñanza, dice: "El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio". Aquí la Escritura utiliza, en la lengua original, dos verbos distintos, lo que permite leer así: "El que está **bañado** no necesita sino **lavarse** lo pies..." El primer verbo en el griego es *luo*, que indica un baño total; el segundo es *nipto*, que señala el lavado de una parte del cuerpo.

Probablemente se toma como referencia la costumbre de aquel entonces de bañarse en los baños públicos, dado que no existían las comodidades que hay ahora en las casas. Cuando un hombre salía de un baño público se calzaba las sandalias y volvía por los caminos de polvo. Cuando entraba en su casa era un acto de servicio que alguien de la familia, o un esclavo, le trajera una palangana con agua para lavarse los pies; con ello quedaba totalmente limpio, porque su cuerpo había recibido ya un baño.

Es probable que el Señor haya tomado esta figura para dar una enseñanza de sentido espiritual, que cubre dos aspectos:

a) El baño del cual El habla es el lavado que tiene que tener el pecador cuando por primera vez viene al Señor. La vida cristiana comienza con esta limpieza del corazón del pecador, y la Escritura llama a esto la regeneración, el nacer de nuevo. Es el perdón; es la completa absolución del pecador.
¿Por qué se habla de un baño completo? Porque el hombre está manchado. La Biblia mira al hombre como un ser enteramente manchado. Toda su naturaleza está contaminada; toda la naturaleza del pecador es una naturaleza contaminada y contaminante. ¿Y qué necesita? Un baño completo. No basta un poco de religión, aunque sea la religión cristiana. No es suficiente.
Toda la naturaleza interior del hombre, su inteligencia, sus afectos y su voluntad tiene que ser lavada. La inteligencia del hombre ha caído, y ha quedado oscurecida; los afectos tienen que ser purificados, la voluntad tiene que ser vigorizada. Por esta razón, el baño tiene que ser completo.

b) A esta primera limpieza espiritual le sigue una segunda: "El que está bañado no necesita sino lavarse los pies". Aquí se hace referencia al hecho de que el creyente cae en el pecado; y aquí estamos frente a una de las grandes riquezas de la vida cristiana. Se trata de la santificación del que ya es salvo.

Hay una gran lección escondida en las palabras del Señor a Pedro en Jn. 13.8. El se refiere a este segundo lavado como un asunto fundamental en la vida del apóstol, porque le dice "si no te lavare, **no tendrás parte conmigo**", es decir que **sin ese lavado espiritual Pedro no podría tener comunión con Cristo.**

El Señor está pensando en la comunión de Pedro y no en la salvación de Pedro. Por no entender este paso fundamental de restauración a la plena comunión con Cristo, muchos cristianos viven en la derrota permanente, o en la resignación. La enseñanza aquí es fundamental; el Señor se refiere a este lavado, que todo cristiano necesita, como una cosa distinta al primer "baño" de la regeneración.

La salvación provee la **unión con Cristo**, pero el segundo lavado a que se alude en Jn. 13.10 se refiere a la **comunión con El**. Veamos esto con algún detalle:

1. **La unión que el cristiano tiene con su Salvador es indestructible, pero la comunión con El puede ser interrumpida.**

La unión del creyente con el Señor está asegurada por la palabra de Cristo que dice que a sus ovejas "nadie las puede arrebatar de las manos de mi Padre; mi Padre, que me las dio, mayor que todos es". Esta unión con Cristo no se puede perder, no puede nunca ser quebrantada; **pero la comunión del cristiano con Cristo puede ser interrumpida por el pecado tolerado.** El apóstol Pedro iba a experimentar muy pronto esta realidad, al negar al Señor.

Notemos que tanto el que está sólo en unión posicional con Cristo como aquel otro cristiano que vive en comunión con El, ambos tienen una misma vida; tienen una misma esperanza, una simiente celestial, implantada por Dios en su corazón. Tienen un mismo Señor, un mismo Espíritu; ambos tienen un mismo hogar eterno, el patrimonio, la herencia preciosa de todo creyente verdadero(73). Pero la unión con Cristo no es lo mismo que la comunión con El.

El pensamiento de permanecer en Cristo, o de morar en Cristo, no sugiere la idea de permanecer en la condición de salvo; indica, en cambio, un estado de comunión con Cristo, para aquel que ha entrado ya en unión con El. Significa vivir en unión con Cristo en la vida práctica.

2. **La comunión con Cristo no es un privilegio para unos pocos, aunque no todos la viven.**

El hecho de la unión del creyente con Cristo no siempre es comprendido claramente. Mucha enseñanza del cristianismo actual tiende a dar la impresión de que esta unión es un privilegio de los místicos, o es la última etapa en la experiencia de los grandes santos. Gran parte de las enseñanzas del cristianismo actual tiende a declarar que esto no tiene nada que ver con los cristianos comunes, pero la enseñanza de la Escrituras, del mismo Señor, y de sus apóstoles, es que uno no es cristiano a menos que esté unido a Cristo.

Hay creyentes que nunca pasan más allá de la unión con Cristo; en parte por ignorancia de la Palabra de Dios, en parte por indolencia, porque escuchan con oídos distraídos la verdad divina; en parte por temor al mundo, como parece haber ocurrido con Pedro; en parte por tolerar algún pecado no mortificado (¿quién es el gigante que no padece o no ha padecido de este flagelo terrible, algún pecado que toleramos y que no hemos aprendido todavía a mortificar?). Por alguna de estas razones, buena parte de los creyentes se conforma con poca fe; se conforma con poca esperanza y con poca paz; y seguramente que, si esa es nuestra condición, nos conformamos con una pequeña medida de santidad. Pero para todos está escrito: "Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo Nuestro Señor"(1 Co. 1.9).

Muchos parecen contentarse con los rudimentos de algunas doctrinas y parecen resignados a recorrer gran parte de su camino al cielo dudando quejándose. Si esta es la experiencia de alguno, para él vale este

mensaje. La comunión con Cristo es el privilegio que Dios quiere dar a todo creyente; es el privilegio de aquellos creyentes que están continuamente esforzándose en la gracia; de aquellos cristianos que no se conforman con poca fe y que están continuamente esforzándose en la conformidad con la mente de Cristo. La comunión con Cristo es para los que aprenden a no mirar a lo que queda atrás, a no pensar en lo que ya han alcanzado pero que, como Pablo, pueden decir que prosiguen al blanco, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3.13-14).

En parte, este hecho de no disfrutar plenamente de comunión es el resultado de no haber adoptado actitudes fundamentales. Detengámonos aquí. **Todo cristiano está llamado a adoptar actitudes fundamentales.** Veamos un ejemplo. Quizá nunca disfrutamos de la comunión con el Señor, o la disfrutamos escasamente, porque no hemos adoptado la actitud fundamental de pensar más en un Cristo que habita en el corazón que en un Cristo que está afuera. Todos tenemos una cierta tendencia a pensar en un Cristo que está afuera, más que en un Señor que habita adentro. La gente del mundo piensa que Cristo está en la religión, en los altares, en los grandes santuarios, en las ceremonias. La Biblia desautoriza todo esto. Dios no habita en templos hechos de mano. Esta es una maravilla de la gracia; el Cristo que esta en la presencia de Dios, habita por la fe en nuestros corazones.

En parte esto es el resultado de tener en poco las grandes doctrinas de la fe. Si uno quiere alimentar su fe tiene que aprender las grandes doctrinas de la Palabra de Dios: la fe, la esperanza, la gracia, la cruz, el arrepentimiento, el perdón, el sacerdocio de Cristo, la iglesia, la obra del Espíritu Santo, la oración. Estas son grandes doctrinas de nuestra fe, que dan sustento a nuestras almas.

En parte este hecho de no vivir en plenitud la comunión con el Señor puede ser el resultado de no haber adoptado la actitud de ponerse a la disposición de Dios. Dios no utiliza hombres capaces. No hay

entre nosotros hombres capaces por sí mismos. Sin embargo, lo que se nos manda hacer es una tarea que excede en mucho a la capacidad humana. Pero Dios está buscando hombres y mujeres que se pongan a la disposición de El. ¿Usted le ha dicho al Señor que está a la disposición de El? ¿Se lo he dicho yo? ¿O sigo distraído?

Pero en gran medida esto de no disfrutar plenamente de comunión se debe a que no hemos aprendido cómo se restaura la comunión del creyente una vez que ha pecado.

Aquí hay algo que debe animar a todo creyente, por más que el pecado y el mundo le hayan derrotado; el pasaje de Jn. 13 revela que **la primera preocupación de Cristo antes de ir a la cruz es la restauración del creyente que ha caído.** Esta es una de nuestras mayores riquezas.

II - UNA DE LAS MAYORES RIQUEZAS DE LA VIDA CONSISTE EN APRENDER A IDENTIFICARSE CON EL TRABAJO QUE CRISTO REALIZA HOY EN FAVOR DEL CREYENTE

La mayor parte de nuestras vidas son pobres porque no hemos aprendido la tarea que el Señor resucitado realiza hoy en favor del creyente. Esta tarea aparece en varios pasajes del Nuevo Testamento; tomaremos 1 Juan 1.6-2.2:

"Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos

para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo".

Vale la pena mirar con algún detalle este pasaje, porque es tal vez el mejor comentario de la enseñanza del Señor en Jn. 13.

1. Una de las primeras enseñanzas de esta carta Joanina es que la confesión es cosa de creyentes; es el que ya conoce a Cristo como Salvador el que es exhortado a confesar su mal. Hay algo sorprendente en la declaración del v.8 que enseña, indirectamente, que si decimos que somos pecadores, la verdad está en nosotros. Es que si admitimos nuestros pecados estamos enfrentando la realidad, en lugar de pretender una inocencia que no tenemos(74). Aquí vemos una verdad de aplicación universal; la confesión del pecado es un principio eterno, ordenado por Dios, para que un hombre pueda acercarse a El.
   Esta exhortación a **confesar el pecado es absolutamente necesaria en vista de la tentación que sentimos, tanto incrédulos como creyentes, de negar nuestros pecados.**

2. La enseñanza del pasaje puede tener una aplicación general, ya que muestra cuál es el camino que debe seguir todo pecador para recibir el perdón; el pecado tiene que ser confesado a Dios, a quien hemos ofendido, pero el propósito del escritor es tratar más bien con el perdón que nececita el cristiano, cada día; hay que destacar, además, que el pasaje establece la base de la comunión entre hermanos en la fe. "Si andamos en luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros"; no puede haber armonía entre hermanos en la fe a menos que cada creyente ande en la luz. **Si subsiste cualquier discordia entre dos hermanos en la fe es porque uno de ellos, o los dos, no andan en la luz.**

3. La confesión del pecado significa "decir la misma

cosa" que Dios dice acerca del pecado; equivale a "estar de acuerdo con Dios" con relación al pecado. Esta confesión incluye el sentimiento de culpabilidad, el arrepentimiento y, principalmente, una determinación de abandonar el pecado.

En 1 Jn. 1.7 la enseñanza es que la sangre de Cristo limpia el pecado, en el sentido de que **está continuamente limpiando;** es decir, se trata de una limpieza constante del cristiano con relación al pecado, mediante la sangre de Cristo. Y la expresión de 1 Jn. 1.9: "Si confesamos nuestros pecados" implica también una acción contínua.

Hay que subrayar la importancia de esta enseñanza; la actitud hacia el pecado por parte de aquel creyente que se ejercita en la confesión no será de ligereza con el mal. Por el contrario, habrá una actitud constante de confesión a Dios, que debe surgir de un corazón contrito, y que debe producir un deseo de que, por la obra del Espíritu Santo, quede al descubierto todo pecado, para rechazarlo por el poder del propio Espíritu.

4. Pero hay más. Notemos que el autor no dice que la sangre de Jesucristo limpia cuando **no** andamos en luz sino, al contrario, dice que limpia cuando **andamos** en luz. **Claramente se enseña que necesitamos ser limpiados cuando andamos en comunión con el Señor, y no solamente cuando estamos fuera de comunión con El.** "Si andamos en luz ... la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia..."

No hay duda de que hay una purificación que se **vincula directamente con el pecado de aquel cristiano que vive alejado de la voluntad del Señor.**

Pero este pasaje pone el énfasis en que hay **otra limpieza,** que tiene que ver con el **crecimiento** de aquel cristiano que vive en comunión con Dios.

¿Qué significa esta enseñanza sorprendente? Que cuando andamos en luz se iluminan pliegues muy escondidos de nuestra personalidad, que también necesitan ser sometidos a la luz de Dios, para ser limpiados. El andar en la luz aporta más luz; una luz muy intensa hace falta para descubrir pecados más sutiles, que escapaban antes a nuestra vista, pero que surgen como tales cuando se vive

en la cercanía de Dios. Los grandes santos han sido aquellos que han confesado su impiedad, y no han ocultado el sentido de indignidad que les ha invadido cuando han frecuentado el trono de la gracia.

Además, andar en la luz es cuestión de estar dispuesto a hacer ajustes en la vida, según el Señor lo vaya reclamando. Se nos exhorta a que andemos en luz "como El está en luz"; **la medida del ajuste es infinita, porque es la medida de la santidad de Dios.** Sí, hay pecados que sólo se descubren en la presencia de Dios, porque en la cercanía de Dios se adquiere una sensibilidad hacia el mal que no se puede tener por otro camino. **Esta es una de las más importantes revelaciones de este pasaje.**

5. En el capítulo 2 el escritor se dirije afectuosamente a sus lectores para subrayar que esta enseñanza no constituye una licencia para continuar en el pecado; en este aspecto parece advertir contra un argumento semejante al que Pablo refuta en Ro. 6.1. El propósito es claramente subrayar que **el pecado sin confesar es una anormalidad, incompatible con la plena comunión con Dios.** La intención era claramente que sus lectores reconocieran el pecado, lo confesaron, y que además buscaran sinceramente vivir sin pecado; por esto dice: "Estas cosas os escribo para que no pequéis". Una vez que ha salvado este principio fundamental, pasa a explicar que **hay un remedio para aquellos creyentes que han caído** y que confiesan el pecado. Este remedio reside en su "abogado", Jesucristo el justo. La expresión "abogado" en el griego es Paracleto, "uno llamado al lado", para atender la causa del cristiano que ha pecado.

"Si alguno hubiere peçado, abogado tenemos para **con** el Padre". Este vocablo **con** implica que el abogado está "cara a cara" con el Padre; Jesucristo, nuestro abogado, está siempre en comunión con el Padre, de manera que **si el cristiano pierde esa comunión a causa de un pecado no confesado, Cristo aboga su causa, sobre la base de su sangre preciosa.**

Ciertamente; había muchas cosas que Pedro no podía entender entonces. "Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después" (Jn. 13.7). **Esta parte del oficio sacerdotal de Cristo estaba fuera del alcance del gran apóstol, pero esta y no otra sería la base de su posterior restauración, como es la base de la nuestra.**

Que se utilice la expresión "abogado" implica que el pecador no tiene un caso fácil. Su situación es la de infractor ante el Padre, y **necesita ayuda.** Esta ayuda tiene como única base la sangre de la cruz, porque Cristo permanece en la Corte Celestial como un Cordero que ha sido inmolado (Ap. 5.6).

6. En 1 Jn.1.8 se habla de "tener pecado" y en 1.10 se habla de "hacer pecado":
   a) "**Tener pecado**" es **tener** una naturaleza pecaminosa. Esto es lo que hay que confesar; que el pecado está allí. Esta es la vida "en la carne".
   b) Pero "**hacer pecado**" **es algo bien distinto;** es **ceder** a la naturaleza pecaminosa. Esta es la vida "según la carne".

Ahora bien: ¿Cómo es posible reconciliar este hecho de que uno tiene pecado y, al mismo tiempo, no lo está haciendo?(75). La respuesta se encuentra en 1 Jn. 3.6: "Todo aquel que permanece en él, no peca". Esto equivale a decir que el "permanecer" en Cristo, por parte del creyente, es lo que constituye el elemento decisivo para no caer en el pecado.

La importancia de una vida de comunión plena con el Señor Jesucristo es subrayada aquí; cuando este "permanecer" del creyente, cuando esta comunión con su Señor, llega a ser estrecha y constante, el alma vive en unión con su Salvador, y es El, el **Señor, el que tiene sometido el poder de la vida vieja, de manera que ya no recupera su dominio sobre el alma.**

La enseñanza de 1 Jn. no tiene como finalidad otorgar licencia para pecar, sino que es dada "para que no pequéis" y esta enseñanza tiene una

importancia fundamental sobre toda vida cristiana. La Palabra inspirada siempre señala que el creyente debe vivir a la altura de sus privilegios; aquí enseña que el que quiera vivir identificado con el Señor comprendará que la gran tarea sacerdotal de Jesucristo es no solamente **restaurar** al que ha caído sino, además, **preservarlo** de caída(76). Esta es otra de las mayores riquezas de una vida identificada con Cristo.

Estas reflexiones sobre el mantenimiento de la comunión con Dios son de una importancia suprema; esta vida de comunión es posible para todo hijo de Dios, aun para el más débil entre ellos. Y estas reflexiones nos tienen que hacer conscientes de un hecho solemne; el pecado sólo es posible cuando hemos perdido el sentido de la presencia de Dios. Cristo salva del pecado al que ya es salvo, no quitándole su naturaleza pecaminosa pero sí guardándole, para que no ceda al mal. La conclusión es fundamental; el mejor antídoto contra el pecado es abrazar por la fe la presencia de Dios.

7. El pecado en la vida del cristiano es una cuestión no tanto entre uno que quebranta la ley y el Juez, sino entre un hijo y su padre. Cuando un hijo de Dios peca entristece el corazón del Padre. Ambas ideas, la de un padre, y la de un hijo que confiesa el pecado directamente a Dios, aparecen claramente en el pasaje. "Hijitos míos.."(2.1); "abogado tenemos para con el Padre"(2.2).

   Cuando el pecado se interpone en esta relación entre el Padre Santo y su hijo que ha caído, nada menos que la confesión de un corazón quebrantado es la que restablece la relación. Esto trae pues el solemne pensamiento, que sólo podemos expresar con gran temor, de que, cuando el cristiano peca, **hiere el corazón del Salvador**, y lo fuerza a presentarse delante del Padre por aquel que ha caído. Esto ocurre conmigo cada vez que retengo un pecado sin confesar.

8. ¿Por qué se invoca aquí a "Jesucristo, el justo"? ¿Por qué no se dice "el misericordioso"? Porque

lo que se quiere subrayar es que Dios perdona de una manera que satisface su justicia. El perdón no abroga la ley moral, sino que la establece.

Notemos que todo tiene origen en la cruz, y que nada hay que nos aproxime a Dios, excepto la obra de la cruz. "El es la propiciación por nuestros pecados"; y agrega: "y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo". El escritor no vacila en afirmar que no hay camino de acercamiento a Dios, excepto mediante el perdón del pecado, en virtud del sacrificio de Cristo. Tanto la redención del pecador como el perdón del creyente proceden del mismo lugar y de la misma fuente.

El hombre moderno considera al pecado como una enfermedad, o una debilidad, que ocurre por razones hereditarias, o que se origina en el medio ambiente. Hay una psicología que dice que "cada uno tiene que aceptarse como es"; desde luego, es muy bueno tener un sentido realista de la vida y de lo que somos, pero **es muy grave que el hombre sea enseñado a estimar el mal como su destino, y no como su culpa.** La Biblia es categórica. La Biblia declara el hecho del pecado y denuncia.

Por sobre todas las cosas, la Palabra revela que el pecado no es una cosa leve sino que tiene que ver con la corrupción interior del hombre. Por la gracia de Dios, la Biblia no concluye allí su mensaje, porque al hombre agobiado y destruído por el mal, le anuncia que el pecado es una corrupción que puede ser quitada por Dios, aunque sólo por Dios.

9. La carta presenta al Señor abogando nuestra causa. "Si alguno hubiera pecado, abogado tenemos..." y esta es una fuente de consolación para toda alma cristiana; la consolación reside en que el alma, vencida una y otra vez por el pecado, encuentre refugio en Jesucristo. La consolación reside en lo que la Escritura revela. **El no está abogando para decir que somos inocentes, sino para asegurar el perdón para un culpable.** Aquí

hay, pues, la idea preciosa de que Cristo se ha tomado el trabajo de cuidar a los suyos. Notemos que no los cuida alegando la inocencia del que ha caído, sino que El defiende a un culpable que ha quebrantado una ley.

10. Pero hay más; la sangre de Cristo no sólo perdona al culpable, sino que además lo limpia de la contaminación del pecado. La identificación del creyente con Cristo es una identificación con el trabajo que Cristo realiza hoy, a favor del creyente, en la presencia de Dios. El pensamiento joanino abarca tanto el perdón como la limpieza, **porque el ser limpio del mal da la idea de la destrucción del pecado que nos contamina a la vista de Dios.**
En la medida en que confesamos el mal, somos perdonados, y el pecado ya no permanece más en contra nuestra. **Perdonar el pecado** significa remitir el pecado, ponerlo lejos, es decir, alejarlo del pecador. **Ser limpio del pecado** significa que se restablece la relación con Dios; el perdón implica la restauración a una comunión plena con Dios, del hombre que ha caído. Esto es lo que capacita al cristiano para servir a Dios y para cumplir él mismo su tarea como sacerdote, porque ¿cómo podría servir a Dios con una conciencia contaminada?

11. Una vida cristiana normal no es una vida sin problemas. Todo lo contrario; por el hecho de ser lo que es, un cristiano enfrenta problemas que los demás hombres no enfrentan, **principalmente porque el creyente tiene que luchar contra el pecado.**
En medio de las dificultades y de los problemas que caracterizan a toda vida espiritual, **la identificación del creyente con Cristo consiste en establecer, como objetivo supremo de la vida, la búsqueda de la comunión con Dios.** Sí, el objetivo de la vida cristiana no es tanto el éxito, según nosotros lo medimos; no es tampoco aprender a resolver todos nuestros problemas sino, por el contrario, ajustar, día tras día, nuestra relación con Dios. Se trata de no permitir que nada

en la vida, ni aun el pecado, ni los problemas, perturben este objetivo supremo.

Si esta relación se va ajustando día tras día, todas las demás relaciones de la vida, las que mantenemos con nuestros amigos y familiares, con el mundo, y con nuestros hermanos en la fe, **también se irán ajustando,** de manera que estén de acuerdo con el mantenimiento de la comunión del alma con Dios. Y esto no lo consigue aquel que tiene un sentido superficial de su relación con Dios; esto sólo lo consigue la confesión de un corazón quebrantado.

12. Sin un lavamiento diario, constante, ningún cristiano puede tener comunión con Cristo.

La aplicación de 1 Jn. no deja ninguna duda; ningún creyente debe privarse de la gran riqueza de la comunión con su Salvador y Señor. Ningún hijo de Dios debe resignarse a vivir en la derrota, porque hay un Abogado que intercede por él; el Señor puede sostenerle sin caída y, cuando ha caído en el pecado, hay restauración para él. Hay la posibilidad cierta de una comunión plena con el Señor; hay la posibilidad cierta de volver a colocarse en la luz, y de andar en la luz. Este andar es, en sí mismo, la victoria sobre el pecado. El secreto reside en que el creyente mantenga esta actitud de confesión y de dependencia para efectuar los ajustes en la vida, a medida que Dios indique.

El secreto consiste en que el creyente aprenda a valorar el oficio sacerdotal que Jesucristo realiza hoy, en la presencia del Padre, por hombres débiles como nosotros.

III - VIVIR EN IDENTIFICACION CON CRISTO REQUIERE APRENDER COMO OBRA EL ESPIRITU SANTO EN LA RESTAURACION DEL CREYENTE QUE HA CAIDO.

La actividad del Espíritu de Dios en el corazón del cristiano es vastísima, y no intentaremos resumirla. Sólo haremos referencia a dos aspectos de esa obra:

1. **El Espíritu Santo está en nosotros para que sintamos la responsabilidad por el pecado.**

El Espíritu está en nosotros para que sintamos la responsabilidad por el pecado que llevamos adentro (77). La prueba más importante de que uno tiene al Espíritu Santo no es que posea determinados dones, como algunos piensan erróneamente. **La prueba más importante de que un cristiano tiene el Espíritu Santo es que ahora no viva irresponsablemente con respecto al pecado.** El problema de la presencia del pecado en la vida no puede ser ignorado. La Escritura lo advierte a cada momento.

Es que con sus propios pecados el creyente puede hacer una de dos cosas; puede tolerarlos, o puede confesarlos. De esta alternativa es imposible escapar; **o los tolera, o los confiesa.** ¿Qué pasa si los tolera? Si uno tolera el pecado, ora en vano; la comunión se interrumpe; la alegría se pierde y la paz se turba.

El Espíritu de Dios no permanece indiferente cuando hemos caído en el pecado. El pecado que practicamos entristece al Espíritu Santo, lo "contrista"(Reina Valera V/1909). ¿Y qué pasa? **El Espíritu se entristece y el cristiano se entristece.** Si yo como creyente tolero el pecado, el Espíritu de Dios dentro mío se entristece.

Cuando toleramos el mal, nuestra paz se turba; es posible que uno haga oídos sordos y siga su vida habitual; sigue con su actividad y nadie advierte lo que pasa, pero el tal tiene su paz turbada. Incluso es posible que quiera seguir con una tarea espiritual, pero todo es en vano, porque si el asunto que origina la falta de paz subsiste, también el fruto se desvanece y el servicio a Dios, en lugar de ser hecho con alegría, pasa a ser una carga. Dios es fiel a sí mismo, y no dejará de hablar a su hijo que ha caído. Si el cristiano se resigna al pecado no pierde su condición de cristiano; es salvo, pero vivirá una vida triste. No es la voz del Espíritu Santo lo que lo entristece, sino la resistencia a esa voz, lo que

trae tristeza al corazón. La consecuencia es altamente práctica; la falta de paz en un creyente, aunque pueda no estar asociada con algún pecado conocido, siempre constituye una advertencia de que algo tiene que ser confesado a Dios.

Por otro lado, está la otra actitud; en lugar de tolerar el pecado, el cristiano puede confesarlo. ¿Que pasa si el creyente confiesa el pecado? La comunión se restablece y se vuelve a colocar en el lugar de la bendición. El creyente ve su comunión restaurada y se va dando cuenta de que Dios está obrando dentro de él. Este es uno de los rasgos más importantes de una vida identificada con Jesucristo; se nos otorga una aguda sensibilidad con respecto al mal, porque el Espíritu Santo está en nosotros para que sintamos la responsabilidad por el pecado.

2. **Si el creyente tolera el pecado, el Espíritu Santo está obligado a cambiar su ministerio (78).**

Si aceptamos el pecado, el Espíritu Santo se entristece. Pero ocurre algo más; si tolero el mal, el **Espíritu tiene que cambiar su ministerio conmigo.** ¿Por qué? Porque ya no puede ahora ejercer un ministerio **a través** mío, en bien de otros, y **tiene que cambiarlo por un ministerio en favor mío, para llevarme al quebrantamiento y a la confesión.**

La enseñanza de la Escritura es clara; si el creyente es complaciente con el pecado, el Señor ya no puede usarlo; ahora está interesado en limpiarlo, antes de que pueda volver a utilizarlo. De modo que los términos son claros; la restauración se otorga por medio de la confesión de un corazón quebrantado.

La reflexión es categórica; no dejemos que el pecado se acumule sobre la conciencia. Ante todo pecado, ante toda caída, acudamos a Cristo enseguida. Pero en toda esta experiencia de restauración no tomemos el perdón con frivolidad. No nos perdonemos demasiado rápido; dejemos que el Espíritu Santo gra-

be en el alma la lección positiva que sólo Dios puede extraer de nuestras caídas.

La enseñanza del Señor en Jn. 13 debe conducirnos a la alabanza y a la reflexión. Junto con la gratitud por el perdón tenemos que preguntarnos, en nuestra lucha contra el pecado, ¿estamos viviendo en derrota permanente, o estamos aprendiendo a confiar en la restauración que Cristo ofrece?

¿Cuál es el ministerio que el Espíritu de Dios tiene que desarrollar conmigo hoy? ¿Está obrando **a través mío**, en cuyo caso puede utilizarme? **¿O primero tiene que obrar en favor mío**, para llevarme al quebrantamiento y a la confesión?

Que estas preguntas escrutadoras nos ayuden a entender, en la vida práctica, lo que está envuelto en una vida identificada con Cristo.

La palabra del Señor a Pedro es siempre actual y ciertamente puede aplicarse a cada cristiano, hoy; si no te lavare de tus pecados y de tu tendencia a imponer tu voluntad no puedes tener comunión conmigo. Si no te lavare de tu energía carnal, de tu sabiduría personal, de tus planes, de tus esquemas mentales, **no puedes tener parte conmigo.**

La enseñanza del Señor en los vv. 11-17 subraya el propósito del ejemplo de humillación que El ha llevado a cabo. Su declaración es enfática: ¿Sabéis lo que os he hecho? "...Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros". "Como yo os he hecho, vosotros también hagáis" ... "Si sabéis estas cosas bienaventurados seréis si las hiciereis". Este énfasis del Señor recae pues sobre nuestra responsabilidad en desarrollar el ministerio poco practicado **de servirnos unos a otros**, en una actitud recíproca que los apóstoles mismos encomiaron en las primeras iglesias.

CAPITULO VII

LA IDENTIFICACION CON CRISTO EN EL FRUTO

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

(Jn. 15. 1-6)

Entramos ahora a lo que seguramente es una de las explicaciones más profundas sobre la identificación del creyente con Cristo. Se trata de la enseñanza que el mismo Señor ha dado sobre ella **a la sombra de la cruz.**

El concepto central que tenemos que escudriñar es el de "permanecer en Cristo". Lo haremos siguiendo el texto revelado. Del hecho de permanecer dependen tres aspectos fundamentales de toda vida identificada con el Señor Jesucristo: a) El fruto; b) La oración; c) El gozo.

El primero de estos aspectos lo trataremos en este capítulo, y el segundo en el capítulo siguiente. No trataremos el tercer aspecto.

I - DIOS HA DETERMINADO QUE NUESTRA UNION CON CRISTO SEA UNA UNION DE CRECIMIENTO.

1. La alegoría de la vid presenta delante nuestro

la importancia fundamental del fruto en la vida cristiana; explica cuál es la fuente de esa vida, y cómo la experiencia cristiana mantiene su vitalidad. "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador".

El Señor ha tenido en mente los pasajes del Antiguo Testamento que consideran a Israel como una viña. Pero en varios pasajes del Antiguo Testamento, cuando se hace referencia a este asunto, el símbolo parece considerar a aquella nación como infiel o como el objeto del castigo divino, por no haber llevado el fruto que Dios esperaba.

2. El pasaje de Jn. 15 tiene relación con la enseñanza del apóstol Pablo, cuando describe a la iglesia como el cuerpo de Cristo y, principalmente, cuando presenta a los creyentes como estando "en Cristo". Ambos puntos de vista, el de Jn. 15 y el de Pablo, son maneras distintas de subrayar que, entre Cristo y los suyos, existe una relación vital(79).

3. El Señor comienza destacando que El es la vid, la verdadera. El no dice que la iglesia es la vid, sino que El mismo lo es.

Enseguida dice que la viña tiene un Labrador, que es el Padre. Con esto el Señor destaca que, en toda obra de impartir vida, y de hacerla crecer, el Padre y el Hijo obran juntos y no como entes separados. La función del Labrador es decisiva; el crecimiento de nuestra vida espiritual no es obra de la casualidad, ni se origina en la iniciativa humana. **Todo procede de la actividad de Dios.** Es Dios el que ha determinado que nuestra unión con Cristo sea una unión de crecimiento. Este es un pensamiento sublime. Todo creyente está incluído aquí. Aun el que se sienta menos dotado está incluido en la idea de una vida que crece y que da fruto.

No es la voluntad de Dios que nadie tenga una vida estéril. Notemos la progresión: se habla de llevar "fruto"(v.2), "más fruto"(v.2), "mucho fruto" (v.5).

4. El fruto no es la actividad pública. Es cierto que ganar almas es un fruto, pero la Escritura llama fruto también a otras cosas. Llama fruto al arrepentimiento, a la fe, al quebrantamiento, a la santidad de vida. Toda la historia de la iglesia cristiana muestra que este es el fruto que honra a Dios. Y toda la Escritura muestra que Dios premia a los que buscan la santidad antes que el éxito. Que todo aquel que quiera identificarse con Cristo grabe este concepto en su corazón: **la santidad es más importante que el éxito. El carácter es más importante que el trabajo.** Lo que tenemos que **ser** es más importante que lo que tenemos que **hacer.**

II - PARA QUE LA UNION CON CRISTO SEA UNA UNION DE CRECIMIENTO NUESTRA VIDA INTERIOR NO PUEDE CONSISTIR EN TOLERAR EL PECADO, SINO EN ABANDONARLO.

El Señor dice que el Padre va a limpiar las vides. Se refiere a la poda. La poda es el cuidado que requieren las vides, que consiste en cortar unas ramas y dejar otras.

Que quede claro que esta poda no es la preparación para el cielo sino para el fruto, y que esta poda se realiza aun en "todo aquel que lleva fruto". La poda es un trabajo que puede parecer extraño, pero es un trabajo de Dios. ¿Por qué? Porque por medio de la poda, Dios quiere que aprendamos algunas lecciones:

1. La primera lección es que existe la posibilidad terrible de vivir una vida cristiana estéril, sin fruto para Dios.

En Jn. 15.2 el Señor enseña que la tarea del Labrador comienza con las ramas que no llevan fruto Aquí hay un pensamiento solemne. Hay maneras de vivir, para un creyente, que son las de una rama seca; se caracterizan por la esterilidad, y porque dejan al corazón vacío. Si la vida no muestra frutos, si el corazón está vacío, seguro que está alejada del propósito de Dios. La enseñanza de Cristo aquí

es indudable. El declara que en estos casos el Padre va a actuar. A la rama no fructífera la ha de quitar; y a aquella que lleve fruto la ha de podar.

2. La segunda lección es que el fruto se puede haber interrumpido porque está interrumpida la comunión con Dios.

a) Es posible que, en medio de nuestro servicio para Dios, el fruto se interrumpa y la tarea para el Señor pase a ser una cosa pesada. Desde luego, esto es serio. Que no se vea fruto es una cosa para preocuparse, pero lo que está detrás puede ser lo más preocupante; lo más grave es que el fruto se puede haber interrumpido porque está quebrantada la comunión con Dios.
En medio de nuestro trabajo para El, Dios puede permitir que el fruto se interrumpa y quizá no entendemos por qué. Es que por medio de la poda tenemos que aprender a desconfiar de nuestro propio corazón, y de nuestros métodos. Esta falta de fruto puede originarse en el pecado tolerado, o en que nos hayamos concentrado demasiado en el fruto. Satanás es muy astuto; si consigue que nos ocupemos de nosotros mismos y de nuestro fruto, arruinamos nuestro servicio. Si algo de esto es nuestra experiencia, ha llegado la hora de la poda.
Notemos que un creyente puede estar pensando que está actuando libremente, pero en realidad está siendo complaciente consigo mismo. No quizás con el pecado abierto, visible, que todo el mundo advierte. Pero lo que nadie va a advertir son aquellas cosas que están más adentro. Si actúo con mi energía propia; si estoy sometiéndome a los impulsos de mi propia naturaleza, esto es mucho más sutil, y es posible que nadie lo advierta. Aquí hay un punto para la reflexión. Si el fruto está interrumpido, si la tarea para el Señor deja de ser grata y pasa a ser una carga, pregúntese cómo está su comunión con Dios.

b) La tercera lección es que **lo que limita el fruto no es la falta de trabajo, sino falta de disciplina.**

Notemos que un creyente puede estar pensando que está actuando libremente, pero en realidad está siendo complaciente consigo mismo. En ese caso está necesitando disciplina, **porque la esencia de la poda consiste en arrancar lo que estorba, para concentrarse en lo más importante.**

Aun cuando no haya un caso de pecado conocido, es posible que el Señor tenga que someter a un siervo suyo a una cierta prueba, a una cierta disciplina. Esta palabra "disciplina" ha desaparecido del lenguaje de la gente. No se la lee en los diarios, ni se la va a escuchar en la televisión. Esto es un asunto serio; pero lo más grave es que está desapareciendo de los púlpitos.

Sin embargo, Dios no ha borrado este concepto de su Palabra. Una de las lecciones más importantes consiste en que aprendamos a disciplinar la vida.

El que quiera crecer tiene que establecer prioridades. Si tiene el día tan ocupado, si tiene un programa de tareas que no deja tiempo para Dios, tiene que sacar la tijera y empezar a cortar. De modo que aquí hay una enseñanza del más alto valor práctico. Tenemos que ejercitar el corazón para que sea selectivo, para que no busque muchas cosas. **Una vida aparentemente muy ocupada puede ser una vida vacía. Una vida con muchas ambiciones puede ser una vida sin objetivos.** Pídale a Dios que ponga en su alma objetivos claros; pocos, pero claros.

Si uno está llevando poco fruto, el Señor lo va a limpiar, para que aprenda a concentrarse en móviles y en motivos para la vida; lo que necesitamos son móviles y motivos que nazcan del corazón de Dios.

El tiempo tiene que ser disciplinado. Todo el tiempo, desde que uno despierta espiritualmente, tiene que ser redimido. No porque sea oro, como dice mucha gente; el tiempo tiene que ser redimido para buscar a Dios. Algunos creyentes tienen todavía que aprender lo concerniente al día **del Señor. Son creyentes, que están bautizados,** pero son visitas en su iglesia. Asisten a algunas reuniones, pero no disfrutan de mucha bendi-

ción. Parecen no haber aprendido la enseñanza de Gn. 2.3: "Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó". Dios hizo dos cosas con el día séptimo: lo bendijo y lo santificó. La conclusión es clara: si uno quiere que el día domingo sea un día bendito tiene que aprender a santificarlo, a separarlo para Dios. Separarlo para Dios quiere decir separarlo para el alma.

El tiempo tiene que ser redimido, tiene que ser gastado en lo únicamente importante. Si uno quiere redimir el tiempo, que apague el televisor y comience a redimirlo. El tiempo dedicado a la oración es un tiempo redimido. El tiempo empleado en el servicio del Señor, el dedicado al estudio de la Escritura, el que se aparta para leer buenos libros, es un tiempo redimido.

c) **El Señor utiliza la idea de la poda porque, para llevar fruto, algo tiene que ser sacrificado.** Muchas cosas en nuestra vida son superfluas. Podemos dejarlas sin gran sacrificio. Pero en otras cosas hay un precio que tiene que ser pagado; es el precio de dejar cosas útiles, si están absorbiendo el tiempo que requiere la vida devocional.

Para llevar fruto hay que permanecer. Y para permanecer hay que sacrificar cosas legítimas. La poda es necesaria para que aprendamos a eliminar lo que estorba.

La vida devocional es algo que tenemos muy descuidado. Por esta razón una de las mayores necesidades de la iglesia es que surja una generación de hombres que, por encima de todo, busquen a Dios.

Lo que parece necesitarse es hombres que disciplinen su vida para separar tiempo valioso para Dios.

III - EL SEÑOR REVELA QUE TENDREMOS DISCIPLINA, PERO TAMBIEN REVELA QUE TODA LA VIDA LA VIVIREMOS BAJO LA DISCIPLINA DE UN PADRE.

1. Que el Señor hable de "poda" significa que hay y habrá disciplina. Este es un pensamiento so-

lemne. Pero que hable del Labrador significa que la disciplina viene del Padre que hay en Dios. Este es un pensamiento consolador.

Que haya un labrador significa que toda la vida ha de ser vivida bajo la disciplina de un padre.

Tenemos que buscar la presencia de Dios también para examinar nuestra vida. Si en la actividad para Dios nos dejamos llevar por nuestro pobre juicio, nos lleva a la complacencia. Nos aplaudimos a nosotros mismos. Si nos dejamos llevar por nuestro pobre juicio en el trabajo que hacemos para Dios, la carne nos lleva a la negligencia y a la gratificación propia. Esto sería fatal. Por ello hemos de examinar, delante de Dios, qué motivos hay detrás de nuestros actos; qué objetivos perseguimos; qué medios estamos utilizando. Notemos que este autoexamen en la presencia de Dios no es para gente ociosa sino para hombres ocupados. Aquí hay una palabra de reflexión para los hombres espirituales. Son los hombres espirituales los que tienen que poner su vida bajo la mirada escrutadora de Dios. Toda la actividad, toda la vida tiene que ser sometida, no a la mirada superficial de hombres superficiales, sino al juicio escrutador del dueño de la viña.

2. Toda la vida tiene que ser examinada, porque todo el yo tiene que ser humillado.

Todos nuestros supuestos dones y talentos naturales, aun siendo nosotros hijos de Dios, están todavía contaminados por el pecado y ¡están todavía bajo el poder de la carne! La poda es necesaria porque el fruto nunca es el resultado de permitir que la energía natural actúe. Tenemos que poner primero los dones a la disposición de Jesucristo, para que El, si así lo decide, los purifique mediante la disciplina. La carne nunca es tan peligrosa como cuando pretende servir a Dios, y el gran peligro es confundir el talento natural con un don espiritual. Los dones del Espíritu sólo funcionan bajo el control del Espíritu, y no podemos usarlos según la energía natural.

Que Dios discipline a sus hijos es un concepto

no siempre bien entendido. Con frecuencia damos a la disciplina una connotación negativa, pero veamos lo que revela la Escritura. El concepto de disciplina pasa a ser un concepto sublime cuando en este capítulo aprendemos que el que disciplina es el Padre, el Labrador, Dios misericordioso. En Ap. 3.19 el Señor dice: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo". El sentido de las palabras del Señor es notable. "Reprender" en boca de Cristo significa que El tiene la intención de corregir. Este aspecto es fundamental. El Señor no aplica la disciplina para librarse de nosotros sino para corregirnos.

Y "castigar" ¿qué quiere decir? Describe la disciplina que se aplica a un niño para hacerlo crecer. Esto es grande. Hay pues, en el Señor, la intención de corregir y la de hacernos crecer.

En Mt. 4.21 leemos: "Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, **que remendaban sus redes**; y los llamó". El vocablo que queremos subrayar es "remendaban". Esta palabra remendar es traducida en otra parte como "restaurar"(80). ¿Cuál es la enseñanza? Las redes estaban siendo remendadas para ser usadas otra vez.

3. Ya estamos acercándonos al significado de la disciplina, cuando el que la aplica es Dios. La disciplina de Dios considera al creyente que ha caído como dañado, herido, enfermo, inadecuadamente dotado. **La disciplina que viene de Dios tiene una intención positiva, porque Dios nos disciplina para restaurarnos y para utilizarnos otra vez.**

Todo siervo de Dios en medio de una gran prueba debe aprender que si está siendo sometido a una prueba el Señor no lo disciplina para librarse de él sino para restaurarle, para utilizarle otra vez. ¡Con qué cuidado tenemos que juzgar a los queridos hermanos que sufren! Que **nadie** pretenda constituirse en juez de un siervo de Dios. La disciplina del Señor no siempre está asociada con el pecado, sino con el hecho de que el dueño de la viña ha decidido utilizar mejor a su siervo.

La morada de Cristo es real en todo creyente, pero no todos viven vidas controladas por El. Para que la vida sea controlada por El, el creyente tiene que someterse a la **disciplina de la Palabra.**

Apenas si hemos comenzado a ver este gran pasaje, pero ya vislumbramos para cada uno una enseñanza definitiva; nuestra vida puede estar necesitando la poda de Dios.

Todos estamos necesitando disciplina.

Todos deberíamos leer de rodillas la gran enseñanza del Señor en Jn. 15, sobre la vid y la poda. Que haya un labrador incluye una lección solemne.

El creyente va a entender que Dios quiere utilizarlo, pero que no puede utilizar al que se desentiende de la poda, como trabajo de Dios. Todo creyente va a ser santificado, va a ser puesto bajo disciplina. Si queremos llevar fruto el Señor se va a ocupar de limpiarnos. Si quiere llevar fruto aprenda a eliminar lo que estorba.

Que el Padre sea el Labrador, trae también una lección consoladora, porque ese creyente va a ser puesto **bajo la disciplina del amor.**

Dios disciplina a todos los que son sus hijos. Pero no tema. Busque entender la enseñanza de Jn.15. **Dios no nos disciplina para degradarnos.** Dios nos disciplina para **usarnos otra vez.** "A todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto".

IV - ESTE PASAJE REVELA QUE LA FUENTE DE COMUNICACION CON LOS DEMAS ES LA PALABRA DE CRISTO, Y NO LA NUESTRA.

El Señor les ha dicho: "Ya vosotros estais limpios por la Palabra que os he hablado"(v.3). Es como si les hubiera dicho: "Sois participantes de la redención adquirida por mi humillación para vosotros". Esta expresión fue dicha seguramente para animar a los discípulos.

Habiendo hablado antes de una unión purificadora que está constantemente en acción en las vidas de sus siervos, en su misericordia se detiene para asegurarles que ellos **ya están limpios**. Esta es la limpieza de la justificación. "Limpios" significa purificados, purificados mediante el perdón de los pecados(81). Por el hecho de que habla de ser "limpios" es evidente que está pasando al terreno de la vida espiritual de sus discípulos.

Tal es el poder de la Palabra de Cristo, en su primer efecto sobre el alma. El primer efecto no consiste en **consolar**, sino en **iluminar para limpiar**. Después que ha sido recibida, esta verdad es consoladora. La Palabra de Cristo es más que un discurso. Es un acto de Dios, porque Dios actúa por ella. Cristo obra por la acción de su palabra. Ella tiene un potencial de energía, una fuerza vital. Su acción no deja indiferente a los hombres. Posee el poder de fecundación, y por eso no vuelve a Dios vacía.

Notemos que toda la gloria de la salvación se asigna a la Palabra de Cristo. La palabra que El había hablado, es decir, la completa, la plena revelaciuón que El había hecho, les trajo vida espiritual y, por tanto, la limpieza de sus almas.

Todo predicador debe recordar que, aunque él está llamado a predicar, **la fuente de comunicación con la gente es la Palabra de Cristo y no la nuestra.** Pero además, esa Palabra es la fuente de vida. No hay duda de que es la misma Palabra la que obra en el alma del hombre. La Palabra de Cristo lleva en sí su propia iluminación, y conduce la energía que levanta al creyente que ha caído y le restaura a la comunión con Dios.

Enseguida dice: "Permaneced en mí y yo en vosotros". El Señor está estimulando a los suyos, pero coloca sobre sus hombros dos responsabilidades. Una es la de "permanecer en El", y la otra es la de que El pueda permanecer en nosotros.

Es como si dijera: "Permaneced en mí, y **ved** que

yo permanezca en vosotros". Se trata de morar, de habitar; se trata de dos "moradas" (la de nosotros en El, y la de El en nosotros), que son inseparables.

Notemos que nunca la Escritura exhorta al creyente a "estar en Cristo", pero sí lo exhorta a "permanecer" en El. Veamos ambos conceptos: "estar" en Cristo y "permanecer" en El.

"ESTAR" EN CRISTO.

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es"(2 Co. 5.17).

"Estar" en Cristo es la más grande realidad que puede caracterizar a un ser humano. Toda la vida cristiana depende de que tengamos una clara percepción de lo que somos "en Cristo". Un punto fundamental es que el **énfasis hemos de ponerlo no en lo que hacemos, sino en lo que hemos venido a ser para Dios, después de que Cristo ha llevado nuestros pecados y se ha levantado.** En El la humanidad por primera vez se levanta, se libra del castigo y es restaurada al favor divino.

Notemos que "estamos en Cristo" como resultado de una obra de Dios, porque colocar a uno "en Cristo" es algo que Dios hace por medio del Espíritu Santo. En la conversión de cada persona a Cristo intervienen diversos instrumentos que el Señor utiliza, y algunos de ellos son ciertamente instrumentos humanos, siervos y siervas de Cristo. Pero la conversión del pecador es una obra de Dios. Para colocar a un hombre en Cristo hace falta nada menos que una obra de Dios. Leemos en Ef. 2.10 que "somos hechura suya, creados en Cristo Jesús". La vida cristiana se inicia mediante un acto creador de Dios.

Estar "en Cristo" es un concepto muy amplio, que comienza por lo fundamental; un hombre "está" en Cristo cuando, por medio de la fe, viene a tener con El una relación personal. El hombre nada pued

hacer por sí mismo, y nada tiene en sí mismo. Todo lo tiene que recibir gratuitatmente de Cristo. Y esto ejerce su influencia en la conciencia del pecador que cree. El hombre que está "en Cristo" se da cuenta de que carece de toda justicia propia, y que la que tiene le ha sido atribuida por Dios. En sí mismo no tiene, ni tendrá, mérito alguno, pero por estar ahora **en Cristo** participa en todo lo que Cristo ha hecho y en todo lo que Cristo es(82). Todo lo tiene que recibir de Dios, desde Dios.

La función principal de la fe consiste, precisamente, en recibir.

Notemos que la Escritura habla de esto como una experiencia individual. "Si alguno está en Cristo nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". Esto equivale a decir que el creyente en Cristo es "otro hombre", y vive en otro mundo.

Más concretamente, el hecho de "estar en Cristo" implica que el pecador que ha confiado ha sido introducido en el nuevo ámbito de la vida resucitada de Cristo. Antes estaba en Adán, rodeado de un ambiente de muerte, pero ahora está "en Cristo", transferido por un milagro de la gracia de Dios. Esto ha sido posible mediante un acto de fe.

PERMANECER EN CRISTO.

"Estar en Cristo" implica un estado definitivo, que no puede ser alterado. Por eso la Escritura nunca exhorta al creyente a **estar** en Cristo.

El acto inicial de fe en Jesucristo se llama "venir" a El para estar en El. En cambio, la actitud contínua, la actividad de la fe se llama "morar", "habitar", "permanecer" en El(83). "Permanecer" en Cristo implica llevar a la práctica, en la vida diaria, las consecuencias de la unión con Cristo(84).

Dado que la función principal de la fe consiste en recibir, **el "permanecer" en Cristo significa siem-**

pre recibir, gracia sobre gracia, día tras día, en una plenitud siempre creciente(85).

La Idea de Permanecer en Cristo es la de Mantener la Comunión entre Dios, que es Santo, y uno que es Pecador pero Creyente.

La base de esta comunión es que no se permite nada que perturbe la relación entre el alma y Dios. Todo pecado, toda falta, tiene que ser inmediatamente confesada. Toda debilidad, toda impureza de pensamiento, toda intención equívoca debe ser confesada. ¿Por qué? Por la importantísima razón de que la comunión con Dios no debe ser interrumpida. Muchos cristianos perdemos grandes bendiciones en vida porque vivimos ocupados, y preocupados, por lo que no es trascendente, **pero si queremos preocuparnos por algo, preocupémonos por nuestra relación con Dios.**

La idea de permanecer en Cristo incluye el concepto de tiempo, de continuidad, pero envuelve más que perseverar en el tiempo, porque incluye la idea de no dejar transcurrir el tiempo, **sino de utilizarlo para que el alma se comunique con Dios.** El permanecer en Cristo envuelve, como idea central, la noción, la decisión de gastar el tiempo en lo más importante. Lo más importante es buscar a Dios.

Todo parte de la base de que uno está en Cristo y que, pase lo que pasare, esto trae consecuencias. El creyente sabe que él es objeto de un gran amor, que nadie podrá apagar. En medio de grandes angustias se sostiene por la visión de nuestro gran Sumo Sacerdote, que es uno que vive para interceder, que permanece en la presencia de Dios, en el poder de una vida imperecedera, siempre continuada, inmutable.

Es a este Señor al que tiene que buscar. Ya conoce algo de El, pero continúa buscándolo porque lo conoce.

V - EL LLEVAR FRUTO NO ES TAREA PARA HOMBRES FRIVOLOS, SINO PARA AQUELLOS QUE APRENDEN A FIJAR, COMO OBJETO SUPREMO, LA COMUNION CON DIOS.

1. Forma parte de nuestra disciplina entender que la vida espiritual no es una vida libre de conflictos. Es una gran sabiduría aprender a concebir la vida entera como una lucha para mantener la comunión con Dios. El permanecer en Cristo es una fuerte manera de expresar la verdad de que el creyente se rinde completamente a Cristo.

Se trata de una entrega voluntaria, de un confiarse uno mismo al cuidado del Señor solo sabio, cuando uno no tiene la capacidad para guiarse a sí mismo.

Esta rendición de la voluntad del creyente es un elemento esencial, porque la comunión con Dios no existe aparte de la búsqueda de su propósito para la vida. Y siempre hemos de recordar que no es la aceptación de su voluntad, sino la resistencia a esa voluntad, lo que nos quita la paz. No es el yugo en sí, sino la aceptación de ese yugo lo que da descanso.

Una vez que esta relación es un hecho, y que el alma llega a percibir, por la Palabra y por la obra del Espíritu, que esto es un hecho de Dios, el creyente será guiado a nuevos descubrimientos, que son al mismo tiempo nuevos desafíos, nuevos privilegios. La percepción espiritual tiene que hacerse más aguda; su espíritu tiene que hacerse más sensible, porque ahora será llevado a comprender que la identificación con Cristo es una identificación con su voluntad, en una actitud permanente de entrega y de sumisión de todo el ser a Dios. El permanecer envuelve la idea de una relación del creyente con el Señor Jesucristo y con su propósito para la vida.

Lo que hemos de ser y de hacer en el resto de nuestra vida es preocupación de Cristo. Y es preocupación del Señor para todo siervo suyo.

Vemos pues que en Jn. 15 prevalece la noción de una **capacidad creciente, en todo creyente, para crecer** llevando fruto, recibiendo respuesta a sus oraciones, y participando del regocijo de la vida cristiana. **Pero la idea central, la que todo lo domina, es la ocupación espiritual del creyente, en su devoción personal a Cristo.** Hay tal cosa como una ocupación espiritual. Es la ocupación del alma con su Salvador y Señor. Esta es la ocupación más elevada de la vida.

"Permanecer" es el estado del creyente por el cual él experimenta la presencia de Dios, que es el fundamento del poder. En la mente de Cristo lo esencial para llevar fruto es que permanezcamos en El y que El permanezca en nosotros. Notemos que esta responsabilidad no es de El, sino nuestra. ¿Cuál es la enseñanza? Que hemos de vivir vidas tales que El pueda permanecer en nosotros.

VI - EL SECRETO PARA LLEVAR FRUTO CONSISTE EN APRENDER QUE NUESTRA RELACION CON CRISTO ES UNA RELACION DE DEPENDENCIA.

1. El creyente que se identifique con el Señor es llamado a aprender que **una forma muy profunda de la fe es el sentido de dependencia.** No nos engañemos; un hombre de fe no es un hombre seguro de sí mismo. La fe no nos hace hombres suficientes sino hombres dependientes. El creyente se da cuenta de que, aparte de Cristo, no puede **hacer** nada, ni puede **ser** nada. "Separados de mí, nada podéis hacer".

Una de las ideas más claras del pámpano que permanece unido al tronco es la de la incapacidad del creyente. El que reconoce su incapacidad aprenderá que depende del Señor para todo. Esta es una de las lecciones más profundas de la vida cristiana, aunque es una de las más descuidadas.

Este sentido de dependencia es humillante, pero es fundamental. Humilla a la carne, pero es el que permite que la vitalidad de Cristo sea transmitida

al creyente, como la savia pasa del tronco a la rama. Este sentido de dependencia es humillante, pero es fundamental, **porque este es el método de Dios.**

¿Cuál es el hombre que Dios va a utilizar? ¿El que tiene más talentos naturales, el que más trabaja? ¿El más práctico?

La enseñanza de Jn. 15 dice cuál es el hombre que Dios va a usar. Dios no se propone llamar a una persona perfecta para usarla. Dios se propone llamar a una persona imperfecta, pero receptiva.

Se propone llamar a una persona muy imperfecta, para llenarla con sus recursos. Por lo tanto, cultivemos un espíritu receptivo a la disciplina, cuando viene de Dios. Cultivemos la actitud de dependencia porque es fundamental para mantener la relación con Dios, una relación por la cual la vida pasa del tronco a la rama.

Esta relación en la Biblia se llama la comunión. La comunión con Dios no es una ceremonia: es la actitud del alma que confiesa el pecado, que renuncia al pecado, que renuncia a una vida egoísta, y se entrega a Dios.

Aquí hay una gran lección para los que están muy ocupados en el servicio del Señor; uno de los grandes peligros es el activismo. El consejo es a veces: "Ahora debe comenzar a trabajar". Pero la actividad es inútil si falta la comunión con Dios. El cristiano carnal no descansa; necesita actividad: está ignorando que Dios obra, no tanto usando hombres, sino formando hombres.

Se hace un mal incalculable a la más profunda espiritualidad de la iglesia cuando se enseña que, una vez que somos hijos de Dios, el usar nuestros dones naturales es un derecho legítimo.

La actividad es inútil si falta la comunión con Dios; la actividad es peligrosa si falta la comunión con Dios. Para desarrollar los dones se necesita una

gracia muy especial, y esta gracia se recibe mediante la comunión y la entrega.

Cuando organizamos campañas evangelísticas, y cuando queremos crecer, nosotros buscamos mejores métodos; pero Dios está buscando mejores hombres, aquellos que permanezcan en El porque están aprendiendo a depender de El.

2. Permanecer significa cultivar una actitud con el Señor saturada de quebrantamiento, de humillación, en una relación con El en la cual la vitalidad divina nos es impartida y produce fruto. Esta es la fuente del fruto. La única.

Dios ha determinado que el fruto dependa de nuestra relación con El. Y por esta razón es un grave error descansar en la habilidad de las personas. Cuando hablamos de fruto, la habilidad personal tiene que ser excluida. No vale la pena considerarla, porque Dios no usa hombres hábiles.

Ahora, es posible aceptar esto en general y sin embargo hacer muchas cosas en nuestra propia capacidad personal. Sabemos que no podemos hacer nada sin Cristo, pero cuántas cosas hacemos sin consultarle. ¡Cuántas opiniones emitimos sin tener en cuenta la opinión de El! Al final de Jn. 15.5 el Señor pronuncia la sentencia definitiva: "Separados de mí, nada...".

Cuando el Señor dice: "Sin mi, nada podéis hacer", está estableciendo una ley, porque la rama no puede producir fruto por sí misma. La rama lleva el fruto, pero no lo produce. En todo caso lo produce en unión con el tronco, y ésta es precisamente la condición del creyente. En sí mismo no tiene capacidad para producir nada espiritual.

Notemos que esta enseñanza, que es tan humillante para el creyente carnal, es altamente consoladora para el creyente espiritual.

Los predicadores y los enseñadores hablan, y

no tienen capacidad para convertir a nadie, ni para infundir vida, pero toda la predicación y la enseñanza tienen que basarse en el gran pensamiento de que **detrás de los que hablan para Dios está Dios.** Esa es la gran realidad. Por eso hay que animarse a echar la semilla, porque detrás de los que hablan para Dios está Dios. Si tuviéramos que contar con nuestros propios recursos, la única conclusión sería que nada podemos lograr. Pero toda la vida cristiana tiene que sostenerse por la gran visión de lo que Dios ha decidido hacer por medio de hombres que se sientan vacíos.

3. Vivimos en un mundo de hombres prácticos. Vivimos en un mundo de hombres que se exaltan a sí mismos, y que se glorían de lo que hacen. Pero el creyente que quiera vivir en identificación con Cristo ha de aprender que el "permanecer" es un concepto más grande, y más trascendente, que el de "hacer cosas". El obrar humano es como nada en este asunto, porque permanecer en Cristo implica, esencialmente, estar en contacto con El para recibir.

El gran secreto que necesitamos aprender es estar continuamente viviendo la vida de fe, yendo al Señor a cada hora, para recibir de El lo que cada hora requiere(86). Notemos la importancia de este punto. El creyente que se identifica con el Señor es llamado a un ejercicio profundo de la fe; parte de base de que su incapacidad es total. Pero no se queda allí, porque reconoce que Cristo es todo como fuente de vitalidad espiritual.

Esto tiene una gravitación decisiva sobre la actividad en la obra de Dios. El activismo, es decir la exaltación de la actividad, no tiene sentido, porque el camino para el fruto no consiste en poner primero el trabajo, sino en poner primero la comunión.

No hay que confundir actividad con espiritualidad. Pero dejemos en claro que una vida de devoción personal a Cristo no es una vida estéril. Si las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad abundan en nosotros, no nos dejarán ociosos y sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 P. 1.8)

Esta es la enseñanza práctica que, como siempre, tiene como fundamento una doctrina. Cuando ha caído, el creyente espiritual demuestra que es espiritual porque no vuelve al pecado; se levanta del pecado y se dirige hacia Dios. Se levanta porque reconoce lo que Dios ha hecho. Reconoce que es una rama en la vid. La lección de la rama ligada a la vid es una lección de vitalidad. Hagamos tiempo para crecer; hay que hacer tiempo para permanecer en la vid; pero recordemos que esto implica dejar a un lado lo que proviene de nuestra naturaleza, para recibir todo de Dios. Los grandes santos, los grandes predicadores, no son hombres que dan mucho. **Los grandes santos, los grandes predicadores, son hombres que reciben mucho.** ¿Está claro? **Son grandes receptores y, porque reciben, pueden dar.** Usted está llamado a ser un hombre, o una mujer, que tiene que dar muchos. El secreto para poder dar, consiste en que aprenda a recibir.

El fruto, en el servicio, nunca es el resultado de permitir que la energía natural actúe.

4. ¿Cuál es el creyente que lleva fruto? Es el que se levanta del pecado porque tiene un abogado que intercede por él; es el que reconoce su incapacidad, pero permanece unido a Cristo; cultiva una actitud de dependencia, para recibir vida. Depender significa aprender a vivir como un niño. Un niño depende de lo que se le da por amor. Aprendamos a vivir por cuenta de Dios. Aprendamos a dejarnos amar por Dios.

Muchos creyentes se quejan de su esterilidad. La atribuyen a los métodos; buscan fruto en la actividad, pero **fracasan porque no han aprendido a traer esto a su verdadera fuente.**

Nuestra flaqueza, nuestra esterilidad, no se arregla con trabajo. Sólo puede ser remediada por la comunión con Cristo.

Nuestra incapacidad es una cosa real. No es cuestión de seguir invocando indefinidamente nuestra

insuficiencia. Dejemos esta actitud negativa; admitámosla, una vez para siempre. Dios nunca ha planeado llevar adelante su obra con hombres suficientes. Si estoy llevando poco fruto, la solución no consiste en invocar mi flaqueza. Tengo que examinar cómo anda mi conexión con la vida. La verdadera causa del fracaso no está en los métodos. La verdadera causa del fracaso reside en la pobreza de la comunión con Dios. El camino para el fruto no consiste en poner primero el trabajo sino en poner primero la comunión con Dios. Pase lo que pasare, la comunión con Dios está primero.

CAPITULO VIII

LA IDENTIFICACION CON CRISTO EN LA ORACION

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.
(Jn. 15.7)

En Jn. 15.7 la enseñanza del Señor pasa del fruto que hemos visto en el capítulo anterior, a la oración. Estas palabras de Cristo nos inducen a desentrañar el significado de la oración según el texto bíblico.

La lengua humana no puede expresar acabadamente la inmensidad de gracia que está envuelta en esta gran enseñanza del Hijo de Dios, dictada a la sombra de la cruz. Procuremos acercarnos, con reverencia, a esta maravilla de la Palabra revelada.

I - ORAR PERMANECIENDO EN CRISTO SIGNIFICA ORAR GUIADO POR UNA PROFUNDA CONVICCION DE QUE DIOS HA DECIDIDO ESCUCHAR NUESTRA ORACION PORQUE PRIMERO HA DECIDIDO ACEPTARNOS TAL COMO SOMOS, EN CRISTO.

1. El alcance de la enseñanza bíblica sobre la oración es inmenso. En toda la Biblia aprendemos que detrás de la oración yace la noción fundamental del Dios vivo. La esencia del concepto de oración que la Biblia transmite, es que Dios acepta oír al hombre. Pero en Jn. 15 la enseñanza cubre otro campo nuevo, porque revela que si permanecen en El, y si sus palabras permanecen en ellos, el Señor se compromete con la oración de sus discípulos. Nos recibe primero, nos da la relación más estrecha posible con El, y nos anima después a buscar su presencia, porque ahora tenemos acceso. Nos anima a invocarle en nuestras angustias, porque está dispuesto a escucharnos.

2. El cristiano está ligado para siempre a su

Salvador y Señor, y ahora su oración debe ser hecha sobre la base de su posición "en Cristo".

Es a través de Cristo y sólo a través de El que el alma tiene acceso a Dios. Este acceso indica que el creyente tiene ahora libertad para acercarse al Padre en la seguridad de que ya no está airado, porque hemos encontrado el favor en la presencia de Dios.

Dios nos llamó y nos aceptó como éramos, como enemigos, pero no nos ha dejado en la condición de enemistad con El, porque nos ha adoptado en su familia. Dios nos ve ya sentados en su presencia, y a todos con la misma calidad de hijos suyos, para siempre. El concepto de "permanecer" en Cristo implica, por parte del creyente, un reconocimiento de esta obra reconciliadora de la gracia de Dios. Pero que hayamos sido aceptados en Cristo **como pecadores** no quiere decir que podamos continuar en el pecado, sino todo lo contrario.

El sentido de aceptación **en Cristo** no transforma al creyente en un hombre indolente o negligente con sus deberes. Este hombre aprenderá que la oración es la actividad más importante del reino de Dios; y que es la actividad que tiene que preceder a toda otra actividad. Aprenderá que Dios ha decidido manejar todo su reino por medio de la oración, y que por esta razón la oración demanda el ejercicio intenso del alma. Esta es la actividad menos visible, pero es la más importante en el reino de Dios.

3. Erróneamente se dice, a veces, que podemos pedir lo que queremos porque la oración es un cheque en blanco, con lo que se da la idea de que Dios siempre va a contestar que sí. Sin embargo, el Señor enseña que hay condiciones que gobiernan la oración. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis...". **Estas condiciones están establecidas para enriquecer nuestras almas.**

Una condición fundamental es que la vida del

que ora tiene que estar regulada por la Sagrada Escritura. La Escritura ha sido dada para que sea apropiada personalmente, para que sea alimento de la fe, para que sea guardada en el corazón.

Si queremos aprender a orar tenemos que aprender a apropiarnos de esta palabra, porque si ella permanece en nosotros podremos orar oraciones que Dios va a contestar. Se trata de aquella palabra que puede permanecer en el corazón; es aquella palabra de Dios que nos llega, que está allí escondida, para que ejerza su obra, para que el Señor nos la recuerde el día de la necesidad.

Notemos que no se trata entonces de venir a la Biblia para leer rápidamente; no se trata de un ejercicio frívolo, superficial. Demanda que el hombre o la mujer se sumerjan en la palabra de Dios; demanda que la estudiemos, que la miremos, que la respetemos, que la amemos, que la guardemos como el tesoro más grande que hay sobre la tierra.

Esta palabra debe permanecer porque está destinada no solamente a informarnos de hechos futuros sino también a formar nuestras convicciones. Una prueba fundamental para saber si la Palabra de Dios ha llegado a un corazón consiste en preguntarnos cuáles son las convicciones de esa persona. Si la Sagrada Escritura está morando en el corazón este va a ser un hombre de convicciones. ¿Qué ocurre cuando esto es así? Cuando la palabra mora, Dios mueve al hombre desde adentro.

Este punto es definitivo para orientar la oración, porque un hombre que está convencido de que una cosa es la verdad de Dios tiene una fuerza que nadie puede detener.

Se trata de orar permitiendo que la Palabra de Dios obre en el corazón. En la medida en que el pensamiento sea regulado por esa Palabra, y en la medida en que los deseos sean formados por ella, el hombre se está identificando con Cristo. Podrá orar por encima de su egoísmo y podrá traer todo pensamiento "sujeto a la obediencia a Cristo".

Una de las reacciones que tarde o temprano ha de experimentar todo convertido a Cristo es que se irá dando cuenta, a medida que escuche la Palabra de Dios, que las exhortaciones y demandas de esa Palabra están dirigidas a él.

¿Qué pedirá Dios a este nuevo creyente? Le pedirá que corte con su vida antigua, de servicio al pecado; le pedirá que deje ciertos hábitos que pueden arruinar su vida. Hay hábitos que dejar, hay ídolos que rechazar. Pero notemos además que Dios no sólo le da poder para romper con la vieja vida, sino que le enseña que ese poder proviene de su unión con Jesucristo, como el pámpano está unido a la vid.

El hombre perdonado se da cuenta, tarde o temprano, que ahora hay dentro de él una nueva naturaleza, y que esta nueva naturaleza ha sido injertada por Dios. Esto es lo importante; hay una nueva disposición dentro de él. La Biblia le explica que esta nueva disposición viene de Dios; es la vida de Dios que ha sido implantada. Así como ciertos gajos de una planta se introducen, cuando se hacen injertos, en otras plantas, así la vida de Dios se ha introducido en la propia vida del hombre perdonado. Esta es una de las lecciones fundamentales de Jn. 15.

Ahora tenemos acceso a Dios. Es la sangre de Cristo la que asegura el acceso. La misma sangre de la cruz que nos ha introducido a la presencia de Dios, en la salvación, es la que nos mantiene allí. El mismo Salvador es el que garantiza, para los suyos, el acceso al Padre en la oración. La obra del Calvario nos ha reconciliado con Dios, y es Dios el Padre el que está ahora dispuesto a recibirnos; es Dios el Padre el que está dispuesto a escucharnos.

Esta es una convicción fundamental para guiar al cristiano a la oración. El Dios santo que primero ha decidido aceptarnos, como somos, en Cristo, ha decidido escuchar nuestra oración.

II - ORAR PERMANECIENDO EN CRISTO ES MAS QUE PEDIR, PORQUE CONSISTE EN AJUSTAR, CADA DIA, NUESTRA RELACION CON EL.

1. Siempre tenemos que preguntarnos: "¿Qué es orar? ¿Por qué cosas vamos a orar? La enseñanza de Jn. 15 no nos deja duda. Cuando un creyente se entrega a la oración lo más importante que tiene que buscar no son las cosas, sino el permanecer en Cristo.

Cuando así concebimos la oración nos damos cuenta de que orar no consiste solamente en pedir cosas; más bien se trata de preocuparnos por el estado de nuestra alma. Por eso orar es más que pedir. Es ordenar nuestra relación con Dios. Este elemento es fundamental, porque es una actividad que caracteriza a un hombre fiel.

Se pueden dar varias definiciones de lo que es un hombre fiel. Una de ellas es que un hombre fiel a Dios no es un hombre perfecto, uno que nunca cae, pero es uno que está preocupado por el estado de su alma. Si ha recibido a Cristo no está preocupado por la suerte eterna de su alma, porque esto está garantizado por la cruz, pero está preocupado por su relación con Dios, cada día. Quizá este creyente tendrá que reconocer faltas ante otros hombres; tendrá que pedir perdón a otras personas. Estará preocupado por poner orden en su vida. Estará dispuesto a hacer ajustes, pero sobre todo estará inclinado a la confesión del pecado, porque lo más importante que tiene que hacer es ajustar su relación con Dios.

2. Orar permaneciendo en Cristo incluye el concepto de que el que ora está dispuesto a hacer ajustes en su vida, a medida que el Espíritu Santo lo indique. Se trata de hacer los ajustes que permitan mantener libre el camino entre el alma y Dios.

Para orar en identificación con Cristo el creyente tiene que ir ajustando su relación con Dios por otra importante razón; por la razón de que sería muy

peligroso recibir respuestas a la oración fuera de la comunión con Dios. Sin espíritu humillado, sin corazones quebrantados, tendríamos la tremenda tentación de pensar que recibimos porque merecemos. Si así pensáramos, el don que recibimos, en lugar de hacernos bien, nos haría mucho mal.

III - LA DEPENDENCIA DE CRISTO ES ESENCIAL, PORQUE EL PUNTO MAS ELEVADO DE LA ORACION ES QUE NUESTROS DESEOS E INCLINACIONES, AL ORAR, SEAN LOS DEL PROPIO SEÑOR QUE VIVE EN NOSOTROS.

1. El vocablo "queréis" del v. 7 implica un deseo que procede de una inclinación interior. No hay duda de que si el creyente vive en dependencia de Cristo sus deseos y sus inclinaciones serán los del propio Señor que vive en él. En este caso no orará para su propia gratificación personal, sino para honrarle a El.

¿Cuál será el resultado de tal oración? "Os será hecho". Notemos que se trata de un desafío; probablemente el Señor lo hace para que podamos ver que El tiene la capacidad para responder y que es fiel para encender los deseos del corazón que depende de él. La lección de la vid es una lección de dependencia.

El sentido de dependencia es esencial, porque la oración es el recurso más poderoso, de los hombres más débiles. Dios está dispuesto a conceder sus dones y sus bendiciones a todo aquel que clame, pero no dará esto al creyente indolente, al no voluntarioso en la oración. No nos dará determinadas cosas hasta que tengamos un sentido sincero de necesidad, hasta que las anhelemos profundamente; pero si las anhelamos así, entonces es la Palabra de Dios Todopoderoso la que está comprometida aquí, porque El ha dicho: "pedid... y os será hecho".

Siempre debe haber un profundo sentido de necesidad, un fuerte anhelo yacente en la base de toda súplica verdadera. Es el anhelo de ser conformados

a la voluntad de Cristo. Es un profundo anhelo para que su imagen sea impresa en nosotros, para que la oración sea dictada por el Señor que vive en nosotros.

La conclusión es clara. Orar en identificación con Cristo requiere una actitud de dependencia para que procuremos, por encima de todo, **entrar en los propósitos de Dios.** Alcanzamos el punto más elevado en nuestra oración cuando oramos no para satisfacer nuestra vanidad, o nuestro capricho, sino como un medio para cumplir el propósito de Cristo. Este propósito está ligado a nuestra permanencia en El, como las ramas permanecen unidas al tronco.

No se trata de un esfuerzo para convencer a Dios de algo, o para persuadirle, sino que el esfuerzo tiene que ir en otro sentido; en el sentido de buscar **cuál** es el propósito de Dios, y preguntarle cómo uno está incluído allí. La Palabra de Dios revela que todo creyente está llamado a una experiencia trascendente, porque Cristo le ha incluído en sus propósitos. El reino de Dios está lleno de gente así, gente que se siente incorporada en los planes de Dios. Para algunos esto significa sentir el llamamiento a una vida de oración; para otros, a la predicación o a la enseñanza. Para otros, es un llamamiento al testimonio personal, o a una área específica de servicio y de testimonio. Pero **sólo una actitud de dependencia en oración puede evitar que se frustre el plan de Dios para cada vida.** Sólo una actitud de dependencia puede asegurar que el creyente se apropie de los beneficios de su unión con el Señor.

La Biblia no deja lugar para la suficiencia del cristiano, porque le enseña que ha sido incorporado como rama fructífera al tronco, y que toda la gracia que recibe fluye de Cristo. Siempre se ha de notar en un creyente identificado con el Señor ese espíritu humilde que tanto adorna el carácter cristiano, y que tanto se añora en muchos de nosotros. Así se expresa la dependencia.

2. La oración tiene que llegar a ser una forma

específica de dependencia para que aprendamos, en la experiencia, a no poner límite a lo que Dios quiera obrar en nuestra alma. El creyente tiene que aprender a concebir la oración como un acto consciente, como una disciplina, por la cual encomienda a Dios su necesidad, y aun la petición misma.

Esto es algo de lo que significa orar permaneciendo en Cristo. Esta actitud de dependencia no debe ser algo aislado, para someter al Señor sólo lo relativo al servicio. En esto están envueltas todas las facultades de nuestro ser interior, porque la vida de oración va reclamando al hombre entero. La expresión "pedid lo que queréis" figura en el original en el modo imperativo, y por tanto debe ser tomado en el sentido de "**yo os mando pedir**"(87). Pero orar en identificación con Cristo es un mandato que se da a aquellos que no permiten que nada interrumpa este sentido de dependencia de El.

IV - EL CONCEPTO DE IDENTIFICACION CON CRISTO ENVUELVE LA IDEA DE UNA ACTITUD DE ACERCAMIENTO A DIOS, A TRAVES DE SU PALABRA.

1. En Jn. 15.7 el Señor no sólo se refiere a nuestro permanecer en El, pues agrega: "Si... mis palabras permanecen en vosotros, pedid...". Esta es otra de las condiciones de la vida enriquecida que el cristiano es llamado a vivir.

La declaración de que el creyente mora en Cristo es una de las más profundas de la Biblia, porque proclama que entre ambos hay ahora una unidad interior estrecha. Pero esto no debe conducir a pensar que el hombre sea absorbido en Dios, como pretenden algunas enseñanzas de origen oriental, sino que el **habitar de Cristo en los suyos está ligado a la morada de sus palabras en ellos.**

Este pasaje revela por qué vemos tan poco poder en la oración; hay en nosotros poca conformidad con la Palabra; hay poca dedicación a su estudio. La Palabra de Cristo no permanece en nosotros y, por tanto, oramos en vano.

2. ¿Por qué será necesario, para orar, que sus palabras permanezcan en nosotros?

a) Es necesario que las palabras de Cristo moren en nosotros, **porque un abismo separa a la opinión humana de la revelación divina.**
La oración es demasiado importante como para dejarla librada a nuestro capricho, o a nuestros deseos inestables y poco firmes. Las palabras de Cristo tienen que morar en el alma porque Dios ha decidido gobernar al hombre por medio de la face espiritual de su naturaleza. Para gobernar al hombre Dios utiliza su Palabra porque ella apunta a la inteligencia, a los afectos y a la voluntad.
La Sagrada Escritura ilumina la inteligencia y la conciencia. Por eso la Biblia tiene que ser estudiada analizando el texto, para conocer, en detalle, qué ha dicho Dios. El análisis del texto no es para los estudiosos solamente; es responsabilidad y privilegio de todo creyente. Este estudio **exegético,** es decir, este estudio **detallado del texto, es necesario para que la Palabra more en el corazón.**
La Palabra tiene que permanecer, y por esta razón hay que advertir contra una lectura superficial, que pudiera dejar impresiones intrascendentes; hay que emplear tiempo con la Biblia porque la verdad de Dios no viene en píldoras. La verdad se asimila con meditación, cuañdo no con lágrimas.

b) La oración tiene que estar orientada por la Biblia, porque cuando las palabras del Señor permanecen en nosotros, ellas producen sed de Dios. A los que ya están cerca de Dios, la Biblia los exhorta a acercarse más. La oración existe porque la Palabra despierta en el alma un deseo de conocer a Dios. En el Antiguo Testamento el salmista expresa un anhelo sublime. "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas asi clama por ti, oh Dios, el alma mia. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo". Como el ciervo que sabe lo refrescantes que son esas aguas,

el salmista clama, porque en lo profundo de su ser tiene sed de Dios.

Es que el alma de todo hombre, sea creyente o incrédulo, tiene un hambre vital, una sed vital. Por encima de las distracciones y de las cosas triviales, en todo hombre hay esta sed vital, esta hambre vital. ¿Qué relación tiene esto con la oración? **La oración comienza cuando buscamos satisfacer esta hambre vital en Dios.** Este es el anhelo que surge en todo creyente. Su alma tiene sed de Dios. La oración comienza cuando la Palabra despierta en nosotros este deseo de conocer más a Dios.

c) El Señor demanda que sus palabras permanezcan en nosotros, porque este es el método divino para dar vigor a nuestras almas.

El hombre es el método de Dios. Dios hace al hombre de nuevo. El método divino es el hombre, el creyente en las manos de Dios, arraigado en la Palabra y saturado en ella. El método consiste en que, antes de utilizarnos, Dios tiene que formarnos, mediante la disciplina de la Palabra.

Hay una manera de saber si la Palabra de Cristo mora en nosotros. Consiste en ver si nos hace más débiles y más viles, a nuestros propios ojos. Ella nos da una sabiduría que nos hace ver como somos, no como nos parece que somos. Ella no da una sabiduría que nos hace estimar como inferiores a los demás, por una razón fundamental: porque lo somos. Ella nos da una sabiduría que nos hace sentir vacíos. Si uno quiere orar en identificación con Cristo tiene que decirle a Dios que se siente vacío, porque esta es la condición para ser llenado con los recursos de Dios.

Para todo esto el estudio bíblico es fundamental, pero hemos de recordar que en la Palabra de Cristo **recibimos su mente**, y esto es más que estudiar(88).

Todo creyente debe tener claro cuál es el objetivo del estudio de la Biblia. Muchos cometemos el error de pensar que sólo tenemos que estudiar la Biblia para prepararnos para predicar o enseñar. Desde luego, si tenemos que hacerlo, nues-

tro mensaje debe tener como fuente la Sagrada Escritura. Pero la predicación no debe ser el primer objetivo del estudio bíblico; la presentación a otros del mensaje es un objetivo **secundario** del estudio de la Palabra. Uno de los principales objetivos del estudio sistemático de la Biblia no consiste en **hablar** sino en **escuchar.** Se trata de escuchar a Dios. El principal objetivo del estudio sistemático de las Escrituras no consiste en hablar a la gente sino en escuchar a Dios.

Hay otro objetivo más. El verdadero propósito del estudio de la Biblia **es conducir al que estudia a la presencia de Dios.**

El lugar de nuestra casa en que escudriñamos la Escritura, y donde nos arrodillamos para orar, es como un observatorio(89). Es un gran observatorio, para el que busca mirar cómo es Dios. Busquemos un lugar, y hagamos una hora, para orar escudriñando la Palabra de Dios **porque lo que más necesitamos al orar es buscar alguna nueva visión de Dios para el alma.**

¡Cuánto necesitamos este enfoque de la oración vinculada al estudio de la Biblia!

d) La Palabra **tiene que morar en el alma porque da criterios para orar.** Hay tal cosa como un ministerio de oración, y todo puede fracasar si fallamos en discernir el lugar de la Palabra de Dios en nuestro ministerio de oración. El hombre espiritual, cuya vida es regulada por la Escritura, y cuya vida interior está controlada por el Espíritu Santo, es el que puede discernir **nuevos significados espirituales** de la Palabra, **que son esenciales para orar.**

La oración incluye el elemento de petición, y la Sagrada Escritura nos exhorta a pedir, pero al orar la Palabra de Cristo tiene que permanecer en nosotros porque el principal objetivo de la oración no es pedir cosas sino lograr algún despliegue de Dios en el alma.

La conclusión para el creyente es clara. Si quiere orar identificado con Cristo sus oraciones tienen que surgir de la Biblia. El creyente tiene

que aprender a orar según los criterios de Dios, porque nada es más devocional, nada inflama más al corazón, que el mensaje que encierran las grandes doctrinas bíblicas. Nada es más inspirador que el mensaje que surge del texto revelado por Dios.

3. No hemos terminado con este pasaje de maravillas. En Jn. 15 el Señor revela un secreto fundamental de la vida espiritual. El secreto es que **la presencia de Dios, la comunión con Dios, depende de la comunión con la Palabra.**

El creyente que busca al Señor en las Escrituras es el que aprende el secreto de la comunión con El, porque la Palabra de Cristo, cuando permanece en nosotros, es el equivalente de El mismo, permaneciendo en nosotros(90).

La vida, la vida plena, la bendita vida de Dios, reside en su Palabra. Es Dios quien edifica nuestra vida espiritual. El no deja esta tarea a otro. Dios edifica esta vida interior; esta vida de Dios en nosotros se expresa por medio del vivir de su Palabra en nosotros. El poder de Dios penetra en la vida del creyente que así permanece en Cristo.

Cuando este contacto con el texto revelado por Dios es débil, poco valorado, o poco cultivado, el poder de la vida será débil. La conclusión es clara. No hay caminos cortos, no hay recetas mecánicas, no hay métodos simples. Si el estudio de la Escritura es escaso, la vida será débil. Si el estudio de la Escritura es flojo, estamos poniendo límite al progreso del alma. El único método seguro que conduce al alma a la presencia de Dios, es la consagración de corazón a la Palabra.

4. Otra vez estamos en una cumbre muy elevada. Desde esta perspectiva en que nos coloca la revelación bíblica vemos que **la comunión con Cristo, el permanecer en Cristo, es una comunión con la Palabra de Dios.**

La relación con el Señor está determinada por la manera en que el creyente esté relacionado con las palabras de Cristo. Se trata de un conocimiento creciente de la Palabra, por el cual el creyente viene a estar vinculado vitalmente con su Señor; así, en su oración, viene a estar comprometido con su propósito, y viene a ser conformado a su voluntad(91).

Notemos que esta comunión es más que un sentido de fraternidad; es una comunión vital, y para que sea vital, tiene que ser una comunión a través de la Palabra. **Porque es tal cosa, porque es una comunión con la Palabra, el permanecer consiste en la renovación diaria de un milagro.** El maná de los israelitas en el desierto es una figura de esto. El maná consistió en la renovación de un milagro, cada día. Este punto es definitivo. Si queremos que nuestra vida de oración constituya una identificación con Cristo, la Palabra tiene que producir una renovación de la vida interior, cada día.

¿Qué experiencia tendrá este creyente que así se dedica al estudio sistemático de la Escritura? El hallará que un encuentro con la Palabra es un encuentro con Jesucristo. Ya en el Antiguo Testamento había un "valor", una "obra" de la Palabra. La comunicación de Dios al hombre, en el Antiguo Testamento, era por la Palabra. Dios vive en sus palabras habladas. La Palabra sigue siendo hoy el medio supremo de revelación divina. La Palabra de Dios tiene poder. Entra en la historia, entra en nuestra historia, para cambiarla. Tiene fuerza vital. Tiene poder de fecundación, y por esta razón no vuelve vacía a Dios. Pero para que produzca su efecto es necesario concebir el estudio de la Biblia como un trabajo del alma.

Aunque Dios habita en medio de un eterno misterio, no hay incertidumbre en cuanto a cómo El obra. El ha revelado que su Palabra puede penetrar en el alma humana. Si el alma no ha escuchado la voz de Dios, la oración no fluirá con vigor. Aún las apelaciones emotivas, al final de los mensajes de predicación, carecen de sentido si el alma no ha

escuchado la voz de Dios. El creyente tiene que dedicarse al estudio sistemático de la Escritura, tiene que estar saturado de la Palabra para que pueda estar seguro de que sus oraciones **provienen de Dios.**

5. Nos falta ver todavía un punto fundamental. El vocablo original que se traduce en Jn. 15.7 como permanecer ("meno") es utilizado por el Señor para describir en Jn. 14.10, la más estrecha relación posible entre el Padre y el Hijo: "Las Palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora ("meno") en mí, El hace las obras". La enseñanza es fundamental, porque revela que **la comunión ininterrumpida del Hijo con el Padre es la causa de que la Palabra de Cristo sea la Palabra de Dios, y que la obra de Cristo sea la obra de Dios**(92).

Este pensamiento arroja sobre nuestro pasaje de Jn. 15 una claridad que deslumbra. El origen, la fuente de todo poder en nuestra vida es la comunión con Dios. Cuánto un creyente vive en relación con Dios, eso es lo que importa para su oración. Y esta comunión está asociada estrechamente con la morada de su Palabra en nosotros.

Vemos la importancia suprema de esa comunión por la Palabra, porque es la receptividad que tengamos hacia ella la que lo determina todo. El que quiera aprender a orar tiene que aprender a escuchar a Dios. La eficacia de la oración de un creyente depende de que su contacto con las Palabras de Cristo, sea un contacto vital. El contacto sistemático con la Palabra conduce a la presencia de Dios y esta es la necesidad fundamental de todo aquel que quiera orar permaneciendo en Cristo. Ninguna preparación para orar es tan valiosa como el sentido de la presencia de Dios.

El concepto de la identificación con el Señor en la oración envuelve pues, este trabajo de la Palabra de Dios en nosotros. La permanencia de Cristo en nosotros se determina por el habitar de su Palabra

en nosotros. Por tanto, cuando el Señor enseña que hemos de orar permaneciendo en El, no está limitando a la oración, la está enriqueciendo, porque **cuando oramos permaneciendo en Cristo nuestra oración asciende al Padre como si fuera la de El**(93).

El mensaje de Jn. 15 enseña que la oración no es tarea para hombres frívolos. No se enseña allí que podamos permanecer en Cristo por el mero transcurso del tiempo, sino que lo que conduce a la presencia de Dios es el contacto sistemático con la Palabra.

CAPITULO IX

LA IDENTIFICACION CON EL ESPIRITU SANTO EN LA ORACION

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. (Ro.8.26-27)

I - LA ORACION ES EL RECURSO DE LOS CREYENTES. DIOS LA ESPERA DE HOMBRES NECESITADOS COMO NOSOTROS.

1. Aquí Pablo no habla de "nuestras debilidades", en plural, sino de nuestra debilidad, en singular. Nuestro estado general como creyentes es un estado de debilidad, y aquí se hace referencia a un estado de necesidad del cristiano con relación a la oración.

Esta debilidad del creyente, cuando ora, se manifiesta en diversas maneras, que no necesariamente constituyen pecados. Está, por un lado, la dificultad para concentrarse en la oración, porque la mente divaga y se extravía. La mente se distrae en la multitud de cosas que queremos presentar en la oración. Está la falta de vigor espiritual, la poca firmeza del alma y la facilidad con que nuestra paz se turba. Advertimos además que nuestro corazón suele estar ansioso por las pruebas y por los sufrimientos qùe traen.

Hay pues diversas maneras en que esta debilidad se manifiesta. La debilidad es la fragilidad, es la insuficiencia del creyente, que tiene origen en diversos factores, principalmente en su ignorancia, en su falta de comprensión de la voluntad de Dios. Pero la mayor debilidad no es todo eso. **Nuestra mayor**

debilidad es nuestra incapacidad para entender a Dios. No siempre comprendemos los métodos y los caminos de Dios. No siempre percibimos la mano de Dios actuando en medio de su pueblo.

2. Notemos que la creencia general es que cada uno sabe muy bien cuál es su necesidad y que, además, sabe cómo orar. Sin embargo, aquí encontramos otra revelación sorprendente de la Escritura. Pablo era más humilde que nosotros, porque reconoce "no sabemos pedir como conviene".

Naturalmente, llama la atención que un hombre del calibre espiritual del apóstol reconozca esta dificultad. De hecho, varias de las oraciones que él pronunció, principalmente la de Ef. 3.14-19, se encuentran entre las más sublimes de toda la Biblia. Lo que Pablo está reconociendo aquí es que no sabemos orar "según las exigencias de nuestras situaciones"(94); no sabemos orar "según la necesidad de cada momento de crisis"(95).

Ya podemos extraer una reflexión práctica, y altamente consoladora, porque es animador saber que también el gran apóstol, lo mismo que nosotros, tuvo necesidad de que alguien le enseñara a orar. La misma Persona que le enseñó a él, nos puede enseñar a nosotros. Debemos regocijarnos y no desanimarnos cuando vemos cómo los grandes hombres de Dios han sentido las mismas debilidades que los creyentes comunes sentimos cada día.

Lo que en realidad hacemos cuando oramos es hacer una lista de oración. Es bueno tenerla; es bueno tener personas y cosas en una lista, para presentarla cada día en oración, pero hay en esto un peligro. El peligro consiste en que cuando terminamos la lista, terminamos de orar.

Este pasaje nos permite acercarnos a la comprensión del significado pleno de la oración. Nuestras peticiones, aunque aparentemente son las más adecuadas a nuestra necesidad, **no siempre constituyen la medida de la sabiduría de Dios.** Lo que estamos pidiendo con frecuencia es poco, porque no alcanza-

mos a lo mucho que la gracia de Dios quiere concedernos. Ninguno conoce cuál es, en realidad, su necesidad actual, tal como Dios la ve. Tal vez lo que estamos pidiendo es bueno, **pero es poco**. No alcanza a la medida de la gracia.

La pregunta es entonces, ante esta debilidad, ante esta situación: ¿Cómo vamos a prepararnos para orar? ¿Cuál es la mejor preparación para orar? ¿Es hacer una lista más amplia?

La mejor preparación para orar es un espíritu que reconoce su necesidad(96). Eso es todo lo que Dios pide. Detrás de toda nuestra apariencia externa siempre hay un alma necesitada. Detrás de todo hombre siempre, siempre, hay un alma necesitada. Lo que estimula la oración es que Dios la espera de hombres débiles como nosotros.

¿Qué tenemos que hacer entonces con esta debilidad, con estas tremendas deficiencias? No nos avergoncemos de admitirlas; no nos avergoncemos de confesarlas abiertamente. Nuestra debilidad, nuestra perplejidad, surge de nuestra incapacidad para entender a Dios.

¿Qué es orar, entonces? Orar significa reconocer día tras día, ante Dios, nuestra insuficiencia en todo. Esta es la mejor escuela; la mejor preparación para orar es un espíritu que reconoce su necesidad.

II - MILES DE CREYENTES LLEVAN SU VIDA DE ORACION COMO UNA CARGA, PORQUE IGNORAN QUE, CUANDO ORA, EL CREYENTE NO ESTA SOLO.

1. Cuando oramos estamos tan ocupados en decirle cosas al Señor que no hacemos tiempo para lo más importante. Lo más importante es reconocer a Dios. Lo más importante no es concentrarnos en las cosas que pedimos, sino en darnos cuenta de quién es la persona a la cual nos dirigimos. Es como cuando hablamos por teléfono. Cuando nos llaman por teléfono lo primero que queremos saber es quién está del otro lado. Cuando oramos, lo esencial es

reconocer quién está del otro lado. Del otro lado está Dios; del otro lado **está** Dios, que escucha. La gran realidad invisible es Dios.

Muchos creyentes llevan su vida de oración como una carga, o encaran la oración como un deber, porque ignoran lo que este pasaje revela. Revela que esta carga de la oración es demasiado pesada para uno solo. Hemos visto que el Espíritu nos ayuda "en nuestra debilidad". Nuestra debilidad nos cierra el camino, no nos deja orar, pero el Espíritu Santo nos ayuda **precisamente allí.**

2. En el original esta palabra "ayuda" es un vocablo peculiar. Significa que otra persona, del otro lado, lleva con nosotros una carga. Da la idea de un ayudante que soporta el peso junto con nosotros(97).

La enseñanza no consiste en que el Espíritu Santo tome la cuestión enteramente a su cargo y nos libere automáticamente del asunto; de ninguna manera. La idea es que la **carga se lleva entre dos,** y esto constituye otro gran estímulo a la oración. Cuando uno se entrega a la oración, no está solo. El creyente cuando ora, no está solo, ni está limitado a sus pobres recursos.

III - EL ESPIRITU SANTO HA ENTRADO EN LA VIDA HUMANA PARA OCUPAR EL LUGAR QUE EL MISMO SEÑOR OCUPO CON LOS APOSTOLES.

1. Que el Espíritu de Dios entraría en la vida humana, y que entraría para cumplir la tarea gloriosa de ocupar el lugar que el mismo Cristo ocupó con los apóstoles fue una de las grandes revelaciones hechas por el mismo Señor. Esta revelación fue hecha "la noche que fue entregado" y aparece en Jn. 14 a 16 y en 1 Co. 11. 23-25.

El significado de esta parte de la obra actual del Espíritu es tremendo. El ministerio del Espíritu Santo es un ministerio al mundo, a la iglesia y al

creyente, pero esta revelación es tan amplia y tan rica que no intentaremos resumirla. Lo que nos interesa aquí es que, según Ro. 8.26, el Espíritu Santo condesciende a unirse con el creyente en sus circunstancias de debilidad. Nosotros somos hombres de carne y sangre, hombres débiles, de corta vista espiritual, sometidos a influencias de adentro y de afuera, que nos hacen temerosos, tímidos, que nos desaniman. ¿Qué hacemos entonces? Entramos en oración y, en muchas ocasiones, sobre todo en tiempo de crisis, no sabemos hacer otra cosa que gemir(98). La Escritura revela que en más de una ocasión el Espíritu Santo es el que obra en nosotros ese gemir, **porque se une a nosotros en este gemir.** Aquí radica la conexión con nuestro tema, porque aquí se trata de una identificación del Espíritu de Dios con el creyente.

Este es un terreno difícil. Notemos que este no es el único ministerio que la segunda Persona de la Deidad desarrolla con el creyente, pero se trata de una parte fundamental de su tarea. Por lo tanto, procuraremos seguir el único camino seguro, que es el estudio detallado del texto bíblico. La Escritura lo expresa así: "El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles".

2. Todo el capítulo 8 de la carta a los Romanos ilustra de manera concreta la verdad, la realidad, de la venida del Espíritu Santo. Indica la forma en que ha venido, como Cristo hizo en su Encarnación, desde su estado bendito, desde la gloria eterna, y entró en la vida humana. Ha entrado en las vidas de los que reciben a Cristo como Salvador; y entre otras muchas cosas, **ha entrado a nuestra vida para enseñarnos a orar.**

Aquí estamos ante el cumplimiento de la gran promesa del Señor en Jn. 14 a 16, antes de ir a la cruz. En Jn. 14.18 el Señor hace esa gran promesa: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". Ningún padre humano puede decir a sus hijos, al momento de morir, que no los va a dejar huérfanos,

pero Cristo sí lo aseguró a los suyos. "No os dejaré huérfanos". El mismo Señor acababa de decir en Jn. 14.16: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre". Notemos que sería enviado "**otro Consolador**". Detengámonos aquí. Los griegos en su rica lengua tenían dos vocablos para "otro". Uno de ellos se refería a uno de distinta calidad, y el segundo significaba otro, pero de la misma naturaleza(99). Esta última es la palabra que usa el Señor aquí. La enseñanza es fundamental para la vida devocional del creyente. ¿Por qué? Porque no podemos ni debemos envidiar ya a los sumos apóstoles. El que ha sido enviado por Jesucristo no es alguien inferior a El sino un ser de **su misma naturaleza**; una persona divina, Dios el Espíritu Santo.

La actividad que el Espíritu de Dios ha venido a desarrollar en el creyente no es una actividad indefinida; todo lo contrario. La Biblia dice que esta actividad es la de enseñar, de consolar, de guiar, de fortalecer y de ayudar. Seguramente hay otras funciones, pero estas son las más importantes. El Espíritu consuela, fortalece, ayuda, como un abogado (1Jn. 2.1). El abogado antiguo tenía funciones muy semejantes a las del abogado actual. Su tarea era enseñar al acusado las palabras que tenía que decir frente al tribunal; pero, además, el abogado acompañaba a su cliente al tribunal. Y aquí está la idea preciosa. **La idea fundamental es que el Espíritu Santo consuela, fortalece, ayuda, por su propia presencia.** Por la gracia de Dios, en momentos muy diversos, el creyente puede percibir esta presencia consoladora de Dios el Espíritu Santo. El Espíritu ha venido a nuestra vida para cumplir una tarea. Está en cada creyente para ocupar el lugar que el mismo Señor ocupó con los suyos. Este es el "otro Consolador". Esta es la revelación del Señor en Jn. 14. En Ro. 8.26 la Escritura revela que una de las tareas que el Espíritu Santo realiza, en cumplimiento de aquella promesa, **consiste en su presencia como maestro y como fortalecedor, cuando el creyente se entrega a la oración.** Este sentido de la presencia de Dios tiene que cambiar todo nuestro enfoque con relación a la oración.

IV - PARA ORAR EN CRISTO, SE REQUIERE SUMISION AL ESPIRITU.

Ahora entramos en el punto de nuestro pasaje que contiene una revelación única, por cuanto esta es la porción del Nuevo Testamento que mejor muestra la conexión que existe entre la oración y el Espíritu Santo: "... el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos".

Para orar en identificación con Cristo se requiere estar sometido al control del Espíritu Santo, para que el pueda traer a nuestro ministerio de oración, las bendiciones que Dios está planeando.

Aquí encaramos una de las más serias responsabilidades del creyente. Si quiere aprender a orar, es su responsabilidad permitir que el Espíritu Santo vaya implantando en el corazón motivos de oración que orienten su vida entera hacia Dios.

Lo más importante al orar, no es que la voluntad de Dios coincida con nuestros planes, sino que el creyente vaya adquiriendo aquella visión que sólo un corazón ejercitado puede alcanzar. Es posible que en este ejercicio sus oraciones vayan sufriendo una transformación, porque se comienza pidiendo "cosas", hasta que, por la acción del Espíritu de Dios, la naturaleza misma de nuestras peticiones cambia de carácter, a medida que el Espíritu va orientando las peticiones.

Notemos lo esencial de esta obra del Espíritu en nuestros corazones. Nadie sino el Espíritu Santo puede **capacitar a seres egoístas, como somos por naturaleza, para que subordinen sus intereses a la gloria de Dios.** Nadie sino el Espíritu puede hacer que **el objetivo de un pecador sea avanzar en santidad:**

El Espíritu Santo hace esto **poniendo en el corazón** una alta evaluación de la **conformidad a Cristo,**

implantando un profundo anhelo de que su imagen sea impresa en nosotros, y dando al creyente un firme propósito para **buscar estas cosas**(100). Es aquí donde podemos fracasar, porque muchos quieren la ayuda de Cristo pero no quieren con igual intensidad que El gobierne sus vidas. Ninguna mente humana puede igualar en ambiciones a lo que Dios tiene como propósito, para cada uno de los suyos, pero esto requiere de todo creyente que someta su vida al control del Espíritu. Este sometimiento es incluso necesario **porque Dios suele tomarse tiempo antes de contestar.** Puede ser necesario un tiempo de espera y tal vez de prueba, pero el creyente que así se somete al control del Espíritu Santo será sostenido por El, en ese tiempo. **Los que creen, esperan.**

Que el Espíritu Santo intercede significa que el Espíritu que está en nosotros conoce nuestros deseos mejor que nosotros, **pero significa, además, que El mismo ruega en nuestra oración.**

La enseñanza es fundamental para todo creyente que quiera vivir identificado con Cristo, porque esa identificación implica que tendrá que depender del Espíritu, no solamente para servir a Dios sino **también para que sus oraciones sean escuchadas.**

Mucho se ha discutido sobre estos gemidos "indecibles"; por ello, tratemos de penetrar en la enseñanza fundamental del pasaje mediante el estudio del texto.

Notemos que hay varios elementos. En primer lugar, la intercesión del Espíritu Santo(101) se realiza mediante estos gemidos "indecibles", es decir gemidos que no se pueden expresar en palabras. En segundo lugar, se hace mención del "que escudriña los corazones". En tercer lugar se habla de la voluntad de Dios y, por último, se enseña que esa intercesión se realiza "por los santos".

La enseñanza de todo el pasaje puede expresarse así:

1. El Espíritu de Dios capacita al creyente para que comprenda cuál es su necesidad concreta y lo capacita para que dirija su corazón hacia Dios. Este punto es fundamental. Todo deseo hacia la oración es inspirado por el Espíritu de Dios. Vivamos en esta expectativa; cuando sintamos el deseo de orar por algo o por alguien, no demoremos la obediencia, porque ese deseo puede provenir de Dios.

2. Cuando el creyente está oprimido o abrumado, y se dedica a orar, el Espíritu Santo puede agitarlo en lo profundo de su ser y producir gemidos indecibles. Cuando el alma está oprimida, o cuando está deprimida, el Espíritu Santo puede revelar a la mente por qué cosas orar, y es en este sentido que cumple su intercesión **en** el creyente, **dentro del creyente.** La energía y la emoción vienen del Espíritu de Dios, **pero es nuestro corazón el que tiene que gemir.** Así se inicia esta intercesión.

3. Dios escudriña el corazón. Esta es una prerrogativa de Dios, un derecho que ningún otro tiene. El hecho que Dios escudriña significa que el creyente debe hacerlo todo a la luz de la eternidad, porque nada queda oculto a la mirada escrutadora del dueño del mundo y del Señor de la historia. Que Dios escudriñe el corazón **impone sobre cada creyente una responsabiliad que tenemos muy descuidada, que es la de examinarnos en la presencia de Dios.** Esto equivale a preguntarnos si nuestra devoción es genuina, sobre lo completo o incompleto de nuestra dedicación a Dios; implica preguntarnos qué móviles tenemos para la vida, y qué objetivos perseguimos. Impone que nos preguntemos sinceramente si estamos utilizando métodos carnales para obtener fines espirituales.

   La enseñanza en Ro. 8.27 es que cuando Dios escudriña el corazón encuentra gemidos que no se pueden expresar en palabras(102). No podemos engañar a Dios. Aquello que está realmente en la base de nuestra petición, eso es lo que

El ha de encontrar cuando escudriña nuestro corazón. Si examina hoy, ¿encontrará algún gemido del alma que haya sido implantado por el Espíritu? Si la respuesta es positiva podemos descansar confiados. Si es negativa debemos preocuparnos y humillarnos para rogarle que implante en el corazón aquellos motivos y propósitos que sean dignos de su gran nombre y de nuestra elevada vocación.

4. ¿Qué pasa cuando Dios percibe estos gemidos indecibles? Aunque estas ideas son inarticuladas, es decir, no se pueden expresar en palabras, hay en esos gemidos un significado, un lenguaje que Dios Omnisciente entiende. Hay un intento que no puede escapar al ojo escrutador de Dios: Dios conoce lo que esos gemidos significan. Aunque no se expresan en palabras esos gemidos están llenos de significado para Dios. Así de grande es la revelación de la Biblia.

5. Cuando la luz de Dios viene así escudriñando todo, encuentra ese gemido inarticulado que quizá el creyente que ora ha expresado en un momento de crisis, mediante un suspiro, o con lágrimas, orando y llorando. Quizá uno se ha puesto a orar con un familiar o con un amigo, y los dos han llorado; no saben lo que el Señor va a hacer. Quizá algún amado hijo de Dios está orando por un asunto desde hace años, y llora y no sabe hacer otra cosa que llorar y que gemir. **Dios escudriña y encuentra que esos gemidos están de acuerdo con su voluntad.** Son hechos según la voluntad de Dios porque, aunque estos gemidos son indecibles, **han sido dictados por el Espíritu Santo.** Dios descubre en nuestros gemidos los pensamientos del Espíritu. El Espíritu Santo inspira esos gemidos, que expresan sus deseos.

6. Por estos gemidos la intercesión del Espíritu Santo viene a expresarse en nuestra conciencia. **Los gemidos son producidos por el Espíritu de Dios, pero necesariamente caen dentro de la ex-**

periencia del cristiano. Una reflexión fundamental, y muy práctica, es que esta intercesión tiene lugar **en el corazón del creyente que ora, y cuando ora.** Lo que queremos es advertir contra el error de decir: "Bien; no oramos todo lo que necesitamos orar, pero el Espíritu intercede por nosotros". La Escritura no autoriza tal conclusión porque la enseñanza es totalmente opuesta. El Espíritu Santo nos enseña y nos fortalece **para que oremos, para estimularnos a orar con fervor, y no para que seamos negligentes en la oración.** "Esta intercesión del Espíritu Santo no tiene lugar en el santuario celestial, como es el caso de la intercesión de Cristo glorificado. Esta intercesión **tiene como escenario el propio corazón del creyente"**(103). El Espíritu Santo nos ayuda pero no nos reemplaza en la oración. Por tanto, rechacemos todo pensamiento que nos diga que si no oramos esa no es nuestra responsabilidad. Rechacemos todo pensamiento que nos diga que el único que tiene que orar es el anciano, el pastor o el predicador. Todo lo contrario; la riqueza de esta revelación de la Palabra tiene que conducirnos a una sensibilidad mayor acerca de la oración. La oración así concebida va reclamando al hombre entero.

7. Esto no implica que necesariamente todo gemir y toda petición tenga asegurada respuesta por parte de Dios. Lo que este pasaje enseña es que el Espíritu produce estos gemidos en el corazón de aquel creyente que se somete a su dirección. El Espíritu que intercede "por" los santos, intercede "en" los santos(104). Produce estos gemidos desde adentro, donde El habita, en aquel creyente que no resiste al Espíritu, y que aprende a rendir cada circunstancia a Dios; sólo en ese caso el Espíritu podrá inspirar esos gemidos.
Este aspecto es, desde luego, fundamental, y en esto tenemos que ver todavía una relación directa con la obra que la Palabra de Cristo realiza en el corazón del creyente. Cuando estudiamos Jn. 15.7 vimos que la vida de comunión es posible porque las Palabras de Cristo, cuando

permanecen en nosotros, son el equivalente de El mismo permaneciendo en nosotros. Allí el Señor asegura al creyente que permanece en El y en quien sus Palabras permanecen, que recibirá respuesta a sus oraciones.

La enseñanza de Ro. 8.26 constituye una revelación adicional, que está ligada con la de Jn. 15. El Espíritu Santo utiliza las Palabras de Cristo para poner la voluntad divina en el corazón del creyente; esa voluntad es materia para la oración del creyente y la petición vuelve al cielo, cuando Dios la encuentra, como gemido, al escudriñar el corazón.

Así la intercesión, que se ha iniciado en el alma del que ora, se completa cuando asciende al Trono de Dios. Los motivos de oración que el Espíritu Santo ha inspirado penetran en el corazón del creyente y constituyen la base de su oración y de su gemir por el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios en su vida. **Aquello que el Espíritu primero ha inspirado, con fundamento en las Palabras de Cristo, vuelve luego al cielo, cuando Dios escudriña el corazón del creyente que así ora y gime.**

8. **Damos un gran paso adelante cuando aprendemos que el Espíritu Santo no sólo nos enseña a orar, sino que toma parte en nuestra oración. Produce los deseos,** mueve el corazón, **pero no nos libera de nuestra responsabilidad de orar.**

Los gemidos en que se concreta la intercesión del Espíritu **son un lenguaje que la divinidad entiende.** "El que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu". Esta "intención del Espíritu" es equivalente a "la mente del Espíritu". Por esta razón los gemidos están de acuerdo con la voluntad de Dios; son "según Dios", porque, aunque son indecibles, inexplicables, han sido dictados por el Espíritu Santo, y constituyen la intercesión del Espíritu. **Lo fundamental es que esta intercesión prevalece porque tiene la aprobación de Dios.**

9. Hay aun un pensamiento más, que se debe desta-

car. **El Espíritu Santo realiza esta tarea de manera tan estrecha con nosotros, tan en medio de la maldad de nuestra condición, que esta intercesión es una agonía**(105).

Esos gemidos son inexpresables, y esto destaca la fuerza, el vigor y la gracia de la obra del Espíritu Santo en nosotros.

La revelación bíblica nos ha llevado, otra vez, a una cumbre muy elevada. La imaginación humana no podrá jamás alcanzar a la altura a que conduce la exégesis, es decir, el estudio detallado del texto bíblico. La revelación de este pasaje es abrumadora y es, al mismo tiempo, consoladora. Dios ha de escuchar, ha de contestar los gemidos que el propio Espíritu produce, y esto estará de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón receptivo, el corazón ejercitado en las Escrituras, recibirá respuesta porque el Espíritu Santo pondrá la voluntad de Dios en su corazón, mediante la Palabra de Cristo.

V - LA GLORIA DE LA VIDA DE ORACION.

Esta gloria consiste en que el creyente se ejercite hasta que se dé cuenta de que Dios esta involucrado en su oración, para que alcance una progresiva conciencia sobre la voluntad de Dios para su vida.

La Sagrada Escritura siempre destaca la dignidad de la obra de las Personas de la Santa Trinidad. El Espíritu que mora en nosotros, que conoce nuestros deseos y nuestra necesidad mejor que nosotros, **El mismo ruega en nuestras oraciones.**

Este sentido majestuoso de la oración no siempre está presente en nuestras oraciones, pero esto es lo que la Escritura revela. La oración exige de todo creyente un ejercicio del alma, hasta que se dé cuenta de que Dios está envuelto en su oración.

Todo creyente tiene que consagrarse al ministerio de la oración, y para eso tiene que disciplinar su vida. Todo creyente está llamado a concebir la ora-

ción como un acto consciente, como una disciplina, por la cual encomienda a Dios su deseo, su necesidad, la petición misma. Esta disciplina implica dependencia.

Hemos sido comprados a un costo infinito, pero podemos fracasar, en cuanto a nuestro testimonio, si no disciplinamos nuestra vida de oración(106).

Una de las grandes revelaciones del pasaje de Ro. 8.26-27 es que, aunque estamos rodeados de debilidad, el Espíritu Santo ha venido para participar de nuestra oración . No es nuestra capacidad para entender y para pedir lo que limita la respuesta, sino que es la sabiduría del Espíritu Santo lo que mide la gracia de Dios en la oración de un creyente (107). No pongamos límite a lo que Dios quiera obrar en nuestra alma, porque quiere obrar "mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Ef. 3.20).

"El que escudriña los corazones... conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos".

Ante la altura sublime de esta revelación qué menos se debe que establecer algunos criterios definidos:

1. Separe tiempo valioso para la oración. Sosténgase en el gran pensamiento de este pasaje. El Espíritu Santo, que inspiró las oraciones de los grandes hombres del pasado, va a inspirar las suyas.

2. Encare su oración pensando en su alma. ¡Dígale a Dios que se siente vacío! Pero no espere a ser un cristiano perfecto para empezar a orar, porque nunca lo será. Dios ha planeado escuchar a hombres imperfectos. Empiece a orar donde está, y cómo está.

3. Si está orando seriamente prepárese para ser un hombre activo. Notemos que no se nos dice que no tenemos nada que hacer. La oración es el camino más corto al cielo, pero no es el cami-

no más fácil al cielo. Prepárese para hacer ajustes. No resista la voluntad de Dios. Pregunte a Dios cuáles son sus dones, y aprenda a ejercitarlos en dependencia del Espíritu.

4. Prepárese para entrar en los secretos de Dios. Por medio de la oración, el Espíritu Santo nos introduce en el secreto de sus consejos; nos admite para que colaboremos con sus propósitos. Prepárese para ser un hombre de visión, pero en todo esto no busque una comunión sin conflictos, porque aprender a orar es aprender a confiar en que Dios es el Dios de las circunstancias. Recuerde que muchas cosas valiosas las aprendemos en medio de las crisis, y que es nuestro corazón el que tiene que clamar y gemir.

5. La oración es un camino para que conozcamos a Dios; es un camino para buscar a Dios. Lo más importante en la oración no son las cosas. Lo más importante es que alcancemos algún despliegue del carácter de Dios a nuestra alma. Esta es otra de las grandes alturas de una vida de identificación con Cristo, y requiere del creyente una dependencia constante en oración. Menos que un sometimiento completo a lo que el Espíritu revele significará defraudar a nuestra alma, y significará sustraer nuestra vida del propósito de Dios.

6. Prepárese para el quebrantamiento de corazón, pero aliéntese en medio de su flaqueza, porque Dios ha establecido la oración como un medio para revelarse al alma.

CAPITULO X

LA IDENTIFICACION CON CRISTO EN SU VITUPERIO

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija del Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible. (He. 11.24-27)

Entramos ahora en un asunto que revela hasta dónde una vida de identificación con Cristo significa un corte total y doloroso con un mundo que no conoce a Dios. En medio del gran capítulo sobre la fe de grandes hombres y mujeres del pasado, se nos enseña que Moisés experimentó el "vituperio de Cristo".

I - ¿QUE ES EL VITUPERIO DE CRISTO?

Llama la atención que se habla de Moisés eligiendo el "vituperio de Cristo" cuando todavía faltaban siglos para que El viniera al mundo. Procuraremos explicar esta expresión bíblica, y qué significa para el creyente de hoy.

1. Moisés eligió "el vituperio de Cristo" porque se asoció con los sentimientos de Cristo con respecto a Israel, como Pueblo de Dios.

El reproche que sufrió Moisés se llama así, porque Moisés eligió estar relacionado con el pueblo que era depositario de las promesas, y con el Cristo que iba a venir de ese pueblo. Era el oprobio que recibiría Moisés por el hecho de identificarse con un pueblo esclavo y oprimido.

Moisés compartió su suerte porque creyó que, en ellos, tendrían cumplimiento las promesas sobre la venida del Mesías, el Cristo. Es decir que Moisés sufrió el oprobio porque confió en el propósito redentor de Dios.

Los hebreos cristianos, destinatarios de la carta, fueron llamados a participar de aflicciones. Para estimularlos, el autor los exhorta sobre la base de la experiencia del gran Moisés. V.24: "Moisés .. rehusó llamarse hijo de la hija del Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado." Rehusó "los tesoros de los egipcios", una posición como príncipe, en un imperio que aun hoy es el asombro del mundo por la grandeza que llegó a tener. Renunció a los honores y privilegios de una vida principesca, incluyendo lo que había sido acumulado durante siglos por una civilización avanzada, pero que no conducía a los hombres hacia Dios(108).

2. **Otra explicación sobre el concepto "el vituperio de Cristo" es que el autor a los hebreos está pensando en Cristo identificado con el pueblo de Dios en el pasado.**

Desde este punto de vista, cuando Moisés sufrió, sufrió con Cristo. En cierto sentido, los sufrimientos de Israel **eran aflicciones de Cristo.** Leemos en Is. 63.9 que "en toda angustia de ellos El fue angustiado". Vemos en 1 Co. 10.4 que la roca espiritual seguía a los israelitas, "y la roca era Cristo".

Un pensamiento semejante tiene el Nuevo Testamento en las palabras del Señor resucitado a Saulo, el perseguidor, porque le dice: "¿Por qué **me** persigues...?" No hay duda de que Saulo no intentaba perseguir en sí mismo al Señor, pero la opinión divina, en este caso con respecto a la iglesia, es que **nadie puede tocar al cuerpo sin herir a la Cabeza.**

3. **El vituperio es el baldón que el mundo coloca sobre los hombres que quieren vivir su fe.**

El autor a los hebreos vuelve a referirse a este asunto en He. 13.13: "Salgamos pues a él, fuera del campamento, llevando su vituperio". Es probable que el escritor haya tenido presente la experiencia de los israelitas que aparece en Ex. 33.7. Según la Septuaginta(109) Dios fue rechazado del campamento de Israel y por esta razón decidió manifestar su presencia afuera. "Moisés tomó el tabernáculo, y lo levantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó el Tabernáculo de Reunión". Allí fue establecido un **nuevo lugar de comunion**, porque "cualquiera que buscaba a Jehová, salía al tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento".

Aquí hay encerrada una gran lección, que He. 13.13 destaca; el lugar que Cristo ocupa ahora es "fuera del campamento"; es decir, en la persona de su Hijo, Dios ha sido rechazado nuevamente por el mundo, aun por el mundo religioso(110). Su presencia, según el autor a los hebreos, puede ser disfrutada fuera del campo de las ordenanzas del judaismo, que tenían la sombra pero no la sustancia "de los bienes venideros".

Notemos la importancia de esta enseñanza para aquellos hebreos cristianos; tenían que dejar todo lo que el judaismo, con su tradición y sus ceremonias significaba, para gozar de la comunión con el Señor rechazado, fuera del campo. "Abandonar aquello, con todas sus asociaciones sagradas, heredadas desde la remota antigüedad, **era una cosa dura, pero necesaria**"(111).

Jesucristo fue llevado fuera de Jerusalén para ser crucificado, y esto es considerado como una muestra del rechazamiento que los líderes de la nación hicieron de su Mesías. Este rechazamiento era en sí mismo un estigma. Pero el hecho de ser rechazado para ser crucificado (según el entendimiento de ellos, **como maldito por Dios**) es otro elemento del vituperio. Al rechazarlo, los líderes expresaron su posición, en el sentido de que la crucifixión, y el consiguiente rechazo era precisamente, según ellos, lo que él merecía(112).

La cruz fue para el Señor la última etapa de su humillación; significó el ser rechazado por la nación, ser hecho el oprobio del pueblo, condenado a morir la muerte de un blasfemo, fuera del campamento.

La carta enseña a los hebreos que el Mesías, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta de Jerusalén. No ofreció el sacrificio de su cuerpo en la ciudad santa, sino fuera de ella. Además, no ofreció su sacrificio en una ceremonia dentro del judaísmo(113).

La conclusión es definitiva. Dios ha reemplazado al judaísmo con sus ceremonias y con sus días santos.

Su Hijo ha muerto fuera del campamento. Dios se ha cansado de lo anterior y, en cambio, ha recibido plena satisfacción en la muerte de su Hijo, como víctima sustitutoria del pecador.

Aquí hay un elemento fundamental para entender la experiencia de Moisés, y para considerar qué pueden esperar los que lo imiten; el vituperio de Cristo es hoy, para el cristiano, el baldón que el mundo coloca sobre aquellos que quieran fundar sus vidas en la esperanza cristiana. Por tanto, el vituperio de Cristo es el destino que corresponde según el mundo, al ungido de Dios, al Mesías, y es el destino que inevitablemente espera a todos los que se identifiquen con El.

4. **El vituperio envuelve la idea de un rechazo.**

El mundo hoy, lo mismo que ayer, rechaza al que se identifica con Cristo; rechaza al que pretende vivir su vida según la revelación de Dios. En el fondo, lo que el mundo rechaza es el mensaje evangélico. El impacto evangelístico de una vida piadosa, eso es lo que el mundo rechaza. Desde luego, si vivimos una vida mediocre, podemos eludir este vituperio. Pero una vida mediocre no ilumina a nadie, no satisface al creyente, no agrada a Dios.

Hay aquí un efecto importantísimo de nuestro testimonio; **en cuanto comencemos a testificar tenemos que esperar el vituperio de Cristo.** Cuando el mundo ve cómo vive, cómo actúa un hombre identificado con Jesucristo, se da cuenta de que el cristianismo formal es falso, y en esto reside gran parte del problema. Muchos, en el mundo, se sienten satisfechos cuando ven a un cristiano que tiene mal testimonio, porque de esa manera **se apaga la invocación evangelística de la vida de un creyente.** Pero hemos de ser claros en este punto. Muchos, por la gracia de Dios, apreciarán esta invocación y buscarán al Señor.

Una vida identificada con Cristo constituye un reproche silencioso, elocuente, que Dios hace a los que están lejos de El. Es posible que este reproche alcance principalmente a los que tienen un cristianismo nominal, a los que aquietan su conciencia con ceremonias que dejan el corazón vacío, que no obligan a renunciar al pecado, y que por tanto no traen paz.

Notemos la grandeza del privilegio de los hebreos cristianos, y de todo creyente en el día de hoy. Dios ha recibido satisfacción plena en el sacrificio de su Hijo amado. El privilegio consiste en que se nos exhorta a encontrar perdón y paz en la misma santa Persona en cuya ofrenda Dios ha encontrado satisfacción.

La exhortación no reside en que cambiemos una religión por otra, ni en que cambiemos una ceremonia del ritual hebreo por una de otro ritual, sino que consiste en que "salgamos **a El...**".

La conclusión es clara. Hay un precio que pagar. **La identificación del creyente con Cristo incluye la participación en su rechazamiento, porque el vituperio de Cristo no es algo para ser admirado sino algo para ser compartido.**

II - LA IDENTIFICACION DEL CREYENTE CON LA IGLESIA ES FUNDAMENTAL PORQUE NINGUNA IDENTIFICACION CON CRISTO ES VERDADE-

RA SI NO INCLUYE LA PARTICIPACION EN EL VITUPERIO QUE TODO SU PUEBLO COMPARTE CON EL.

1. Si deseamos vivir en identificación con el Señor debemos subrayar este aspecto fundamental en la vida de este gran patriarca. El elegir el "oprobio de Cristo" significó **una asociación de Moisés con los sentimientos de Cristo con respecto a Israel, como pueblo de Dios.**

En el caso de Moisés, su posición elevada en la casa del Faraón, le permitía ver a sus hermanos sometidos a la servidumbre. No vaciló; se dio cuenta de cuál era su lugar. Su lugar estaba con Israel, **como pueblo de Dios.** El hecho de que se mencione que vio como gran riqueza el "vituperio de Cristo" indica que Moisés no eligió estar con sus hermanos sólo en razón de sus vínculos de sangre, **sino que los eligió porque eran el pueblo de Dios.**

El pudo vislumbrar que aquel pueblo estaba destinado por Dios a ser un "reino de sacerdotes". Pero al momento en que él hizo su elección se trataba de una nación de esclavos.

El creyente, desde el momento en que cree, pasa a ser miembro de la iglesia universal, pero la identificación con Cristo no es plena si no incluye la incorporación a una congregación local. La identificación con Cristo implica muy poco si no incluye la plena identificación con la iglesia, el pueblo de Dios.

La iglesia local debe ser apreciada como el ámbito de la vida y de la acción de cada creyente en Jesucristo. A cada asamblea cristiana el Señor la sustenta y regala; el cuerpo recibe dones; recibe dones espirituales. La más amplia bendición es prometida, y es otorgada a cada uno por el Señor de la iglesia.

Los que sólo consideran representativas a las iglesias numerosas no saben lo que hacen. Y los que no se conforman con reunirse con pocos hermanos,

pierden mucho. Es un gran privilegio pertenecer a la iglesia. **Sí, es grande pertenecer a la iglesia, pero no es tan importante pertenecer a una iglesia grande.** Algunos han pasado años pastoreando congregaciones pequeñas, hasta que Dios premió su fidelidad. Es que lo importante no es el tamaño de la iglesia; lo importante en la iglesia es la santidad, porque ella es la morada de Dios.

El llevar hoy el "vituperio de Cristo" implica para el creyente asociarse con los sentimientos de Cristo con respecto a la iglesia. Esto vale para cada iglesia local. El Señor no se avergüenza de unirse con dos o tres, y cada congregación local, aunque sea pequeña, **es plenamente iglesia,** porque está **unida a la gran Cabeza de la iglesia.** El pertenecer a una iglesia evangélica no es un asunto menor, porque significa asociarse con aquellos con quienes Cristo tiene comunión. La identificación con la iglesia es una identificación con su testimonio al nombre de Cristo, con un mensaje evangelizador al mundo entero.

2. El hecho de ser miembro de una congregación constituye una responsabilidad y un privilegio. La identificación de un hombre con Cristo no es plena si no incluye la comunión, también plena, con otros que son de Cristo, es decir, con otros que también quieren vivir identificados con El.

A muchos, la identificación con el Señor les costó el ser excomulgados de la sinagoga(114); a otros, el aislamiento y la incomprensión, aun por parte de amigos y familiares. De ninguna de estas experiencias estamos libres, como cristianos. Pero ser cristiano significa también pertenecer al pueblo más privilegiado de la tierra; no hay nada comparable a ser un cristiano, un miembro del cuerpo que tiene a Cristo por cabeza.

Esta percepción sobre la iglesia es definitiva. Lo más importante es percibir cuál es la **naturaleza de la iglesia.** Es fundamental verla como una nave en medio del mundo, pero separada del mundo. Es

fundamental verla como un edificio que se está levantando, para morada de Dios.

Sí, un elemento básico de la identificación del creyente con Cristo es su separación con respecto al mundo; esto implica incomprensión y hasta desprecio; esta separación es parte inevitable de una vida piadosa, y del hecho de compartir el vituperio de Cristo. Pero la misma cruz que nos separa del mundo nos asocia estrechamente con el Señor de la gloria.

Los cristianos hebreos ayer, lo mismo que nosotros hoy, somos exhortados a salir del ceremonialismo estéril y, así como el Señor llevó la cruz, debemos llevar el mismo reproche. Si el sistema religioso al que hemos pertenecido llega a pervertir la verdad de Dios, "por los errores del sacramentalismo o del modernismo, entonces salgamos a él, fuera del real, llevando su vituperio"(115). Nuestra fidelidad está con nuestro Señor y no con un grupo o con alguna organización; nuestra fidelidad está con la Santa Biblia, los 66 libros inspirados; nuestra fidelidad está con la amada iglesia de Cristo, que debe regirse única, exclusivamente, por la revelación de la Sagrada Escritura. Las confesiones religiosas que colocan la tradición y la opinión humana por encima de la Escritura; las que han caído en el ritualismo, sin la vida del Espíritu; o aquellas que de hecho niegan en su enseñanza la deidad del Señor y la autoridad de la Palabra, no constituyen la iglesia de Cristo; no lo representan a El, aunque sean numerosas y aunque se denominen cristianas.

Al mundo le agradan las ceremonias, los ritos y prácticas piadosas, pero Dios enseña que todo eso carece de valor ante El. Estas cosas atraen a nuestra naturaleza pero no atraen a Dios(116). El incienso del ceremonialismo, la grandiosidad de los edificios, las vestimentas de los que ofician, la liturgia misteriosa e imponente, puedan afectar al ojo y aun conmover al espíritu religioso del hombre natural, pero Dios debe ser adorado "en espíritu". Dios rechaza todo culto no inspirado en la guía del Espíritu Santo

o que se aparta de la "sencillez que es en Cristo". Dios debe ser adorado "en verdad". Debe ser rechazado todo aquello que implique el mérito humano; las dos ordenanzas que el Señor ha dejado (el bautismo y la cena) ambas apuntan hacia la misma obra, porque subrayan que toda bendición procede de la cruz, y no del mérito del hombre. El acceso a Dios no está asegurado por ceremonias sino "por la sangre de Cristo"(Ef. 2.13). Tiene que ser rechazado todo aquello que no declare enfáticamente la autoridad de la Palabra de Dios en la vida de la iglesia; debe ser rechazado todo aquello que oscurezca la honra y la gloria que el Hijo de Dios merece, con exclusividad absoluta, como el único Salvador, como único intercesor a la diestra de Dios.

3. Ser cristiano puede significar para muchos, en el día de hoy, una asociación con creyentes de condición humilde o con personas que no se encuentran en los primeros lugares de la escala social, según la consideración mundana. **Apreciar a los hombres por su "status"** en la sociedad **implica valorarlos por lo que es superficial en su naturaleza. Pero el creyente que desee identificarse con el Señor Jesucristo habrá de apreciar a los hombres no por su rango social, ni por consideraciones materiales, sino por lo más importante en el hombre, que es su relación con Dios.** Si tienen esta relación con Dios, hemos de apreciarles por eso, porque pertenecen a Cristo. Si no la tienen, tenemos que llevarles el único mensaje qué puede traerles al conocimiento de Dios. **Esta es la manera concreta de manifestar nuestro amor y nuestro interés en sus almas.**

Este principio es fundamental. Algunos se acercan a la iglesia local, participan de los cultos y hasta reciben el bautismo, pero permanecen en una actitud de cierta indiferencia. Piensan que pueden elegir cuándo asistir o no a los cultos, o piensan que pueden elegir a qué predicador han de escuchar. Pero la identificación con Cristo debe concretarse en una asociación sin reservas con una iglesia local.

Que la experiencia de Moisés sirva de estímulo

y de llamado de atención a todos. Si queremos vivir en identificación con Cristo, dejemos las actitudes vacilantes con respecto a la iglesia, porque nuestra actitud no puede ser otra que la de una identificación plena con el pueblo de Dios, con sus luchas, con su destino y con su gloria.

III - UNA DE LAS LECCIONES MAS PROFUNDAS DE UNA VIDA IDENTIFICADA CON CRISTO CONSISTE EN LA ADQUISICION DE DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL.

En el v.27 leemos que Moisés "por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible". Los comentaristas tienen opiniones diferentes acerca de si este dejar a Egipto se refiere al éxodo o a la huída de Moisés a Madián. No trataremos este asunto(117) aunque aclaramos que nuestra opinión es que se refiere a esto último, es decir, a su viaje a Madián. Pero lo que vale la pena señalar es lo que parecen ser las reflexiones principales de la experiencia de Moisés:

1. **Ninguna preparación es completa sin la prueba de la fe, porque sin esta prueba el carácter no sería formado.**
La Escritura señala la actitud general de Moisés en todo el período que siguió al hecho de matar al egipcio como una actitud de oposición al Faraón, y en todo esto se subraya que actuó movido "por la fe". Pero con la salida a Madián comienza un período de prueba para Moisés, que durará 40 años. Esta experiencia debe hacernos reflexionar, porque sin la prueba de nuestra fe seríamos conocedores teóricos. Quizá el patriarca pensó, al matar al egipcio, que esto lo confirmaría como el gran caudillo de Israel, pero su fracaso muestra que **no se puede apresurar el propósito de Dios.** Nuestra impaciencia no hace más que perturbar el plan de Dios.

Lo que siguió a su abandona de Egipto no carece de importancia para el patriarca, porque los 40 años en Madián, como humilde pastor de ovejas,

constituyen un período de prueba, una preparación ordenada por Dios. Está destinado en los planes de Dios, a ser el gran conductor del Exodo, pero primero tiene que cumplir una tarea humilde por muchos años.

La fe está destinada a crecer, pero este crecimiento no está exento de pruebas. Ciertamente, estas pruebas no nos resultan agradables, pero forman parte de la disciplina de Dios.

El discernimiento espiritual es esencial para comprender lo más importante. Lo más importante es el propósito de Dios.

El que quiera vivir en identificación con Cristo tendrá que aprender que Dios no cede en esto. Dios no rebaja su nivel, si nosotros lo rebajamos. Ninguna circunstancia y ninguna prueba es completa si no aprendemos que hay un propósito. Es el propósito **de que aprendamos a vernos débiles, antes de que podamos ser utilizados por Dios.** Esta es una lección fundamental que surge de la vida de Moisés.

2. **Hay una manera de encarar la vida y el servicio a Dios que revela si tenemos o no tenemos discernimiento espiritual.**

No es fácil definir en qué consiste el discernimiento espiritual, pero la experiencia de Moisés nos ayuda a entenderlo. Moisés tuvo una manera de encararlo todo, una vez que fue preparado, que reveló una visión que sólo puede provenir de Dios.

El discernimiento espiritual no consiste en un arrebato emocional, ni en adivinar el futuro. No reside en espiritualizar las cosas materiales, ni mucho menos es espiritualizar la Biblia, haciéndolo decir lo que no dice. Tampoco consiste en aplicar imaginación a la Biblia, porque ella se explica a sí misma; la imaginación que no tiene en cuenta la exégesis, es decir, el estudio del texto, está de más, y puede hacer mucho daño.

El discernimiento espiritual es una capacitación **no natural**, que depende de que el creyente busque conocer, en cada asunto, cuál es la mente de Cristo.

En cada asunto que nos preocupa, Cristo tiene opinión. Esto es lo que con frecuencia nos falta conocer. Conocemos la opinión de nuestros amigos, y la nuestra propia, pero **¿conocemos la opinión de Cristo?**

No hay liderazgo espiritual si no hay un esfuerzo por adquirir la mente de Cristo(118).

Hay una manera de saber si tenemos discernimiento espiritual. **Este discernimiento no otorga a nadie un lugar de preeminencia sino que, por el contrario, conduce al renunciamiento y a la humillación.** Que un hombre tenga cierto desarrollo o cierta experiencia no le da derecho a hacer prevalecer su criterio, ni mucho menos a maniobrar para imponerlo.

Tener discernimiento espiritual tampoco implica tener la suma de todos los dones. Todo lo contrario. Hay quienes niegan dones en otros, pero ellos se sienten capaces para todo. El hombre de discernimiento espiritual es consciente de sus flaquezas y de su bajeza. Si frecuenta el trono de la gracia evidenciará un espíritu humillado y no un carácter altanero.

Si un hombre se coloca por encima de los demás en la iglesia eso es prueba evidente de que no tiene discernimiento espiritual. **Esta visión nos tiene que hacer ver como somos.** ¿Cómo somos? Débiles, viles. Moisés necesitó verse débil antes de que pudiera ser el líder que Dios quería que fuera.

Nuestra naturaleza carnal se deja guiar por su propio criterio natural y ve las circunstancias aparentemente providenciales como ocasiones para dejarnos llevar por nuestras inclinaciones. En cambio, el hombre de discernimiento espiritual **verá estas oportunidades como ocasiones de renunciamiento**(119). El creyente sin mayor discernimiento está pronto para opinar y para decidir.

El creyente de discernimiento espiritual no tiene respuestas para todo, y aprecia la sabiduría que Dios ha dado a otros. Por eso la experiencia de Moisés con sus 40 años de silencio para recibir instrucción de Dios, con su rechazamiento de honores, **debería hacernos temblar.**

3. **El secreto de la visión espiritual consiste en sostenerse como viendo al grande, invisible Dios.** Este gigante de la fe demostró con su actitud que él era un israelita, que estaba dispuesto a compartir la suerte de su pueblo, pero para proceder así fue fortalecido por la gran visión de un Monarca Invisible, más grande que el Faraón.

El discernimiento espiritual consiste en una penetración de las cosas para conocer su verdadero significado. Pero básicamente consiste en ensanchar nuestra percepción interior, para contemplar al gran Dios que se revela en la Biblia. Este punto es fundamental. Esta visión de Dios no se otorga al que rehusa penetrar en las grandes doctrinas de la Escritura, **porque la gran riqueza doctrinal de la Biblia es la fuente del conocimiento de Dios.**

Así la Escritura revela cómo se hace un líder espiritual. Hoy en día hay graves desconceptos acerca de qué debe entenderse en materia de liderazgo espiritual. En el mundo parece natural que se ponderen ciertas características **que exaltan la personalidad de los líderes,** pero en la iglesia se requieren caracteríscas muy distintas. **Todo hijo de Dios necesita aquella visión interior que le humille y que exalte, en la iglesia, al único Ser que debe recibir honor.** Nosotros tenemos tendencia a ponderar en los líderes supuestas dotes de mando, la simpatía personal, una cierta capacidad de organización; algunos de estos aspectos pueden ser, en sí mismos, positivos, pero no son esenciales; la Escritura no hace referencia a estas supuestas virtudes. La fe no mira al hombre. La esencia de la fe consiste en quitar la mirada de nosotros mismos, y de nuestras dificultades, para dirigirla hacia Dios. Hacia Dios y hacia sus recursos. Hacia Dios y hacia su misericordia. La fe no es un acto sino una actitud permanente del corazón que se mantiene mirando a Dios. **La actitud de Moisés subraya que el razgo fundamental, que caracteriza a un hombre de Dios, es el discernimiento espiritual.**

Notemos que la visión espiritual nunca consistirá

en que se nos revele un cuadro muy hermoso, **con nosotros en el centro.** De ninguna manera. **En el centro está Dios.** Pero que nadie se desanime. A Moisés Dios no le mostró un cuadro donde Moisés iba a ser grande. Todo lo contrario. Iba a verse como muy débil, **pero en el medio de la escena de su vida iba a estar Dios.** Esto es lo que vale la pena asegurar. Esto es lo que más tarde él diría: "Señor, si tu presencia no ha de ir conmigo no nos saques de aquí" (Ex. 33.15).

Esta es la visión espiritual que necesitamos. Es aquella que conduzca a exaltar al único Señor de todo, y que nos haga ver, a nuestros propios ojos, como somos, pequeños y viles. Todo progreso espiritual si es genuino, nos hace a nosotros pequeños pero ensancha nuestra visión espiritual para contemplar al único gran Dios de la Biblia.

4. El discernimiento de aquellos grandes del pasado **surgió de revelaciones directas del Señor. Para nosotros la revelación reside en la Palabra, porque es función de la Palabra traernos a este conocimiento, a este ensanchamiento de la visión interior.**

En la iglesia no hacen falta "animadores", ni gerentes, ni ejecutivos, sino hombres de estatura espiritual.

Esta estatura espiritual no se alcanza sin la prueba de la fe; pero tampoco se alcanza sin trabajo, sin escudriñar seriamente la Escritura. La identificación con Cristo no puede disociarse de un contacto permanente, de una penetración en las cosas profundas de Dios; **la única manera de conocer estas cosas profundas es a través de la Escritura aplicada por el Espíritu Santo.**

La visión espiritual de Moisés le hizo ver aquella nación de esclavos como un pueblo que sería libertado por Dios para ser constituido "un reino de sacerdotes"(Ex. 19.6).

Su percepción espiritual le permitió vislumbrar esto antes de que aconteciera.

Ahora, nosotros no hemos visto ninguna zarza

encendida, pero nosotros tenemos la revelación de la Sagrada Escritura, y **ella es la revelación que necesitamos.** "Apenas si vemos una sombra de la realidad infinita de Dios"(120), pero esta realidad está revelada en la Sagrada Escritura. La conclusión es directa. La visión de Dios nos permite ver que el problema que nos angustia es poco para Dios. Esta es la base, antes y ahora, para soportar el vituperio y aun para elegirlo, como ocurrió con Moisés.

El Faraón era temible y poderoso, pero Moisés se sostuvo como viendo al Invisible, al único **grande Dios.**

Hay una fe que crece, porque transforma nuestra visión espiritual. Esta transformación es esencial para comprender a Dios, y para entrar en sus propósitos.

¿Quiere conocer a Dios? **Penetre en la Biblia.** Tome **una doctrina** de la Biblia, y **estúdiela.** Todo estudioso encontrará que **todo es grande en la Biblia.**

Por cualquier punto que comencemos, todo lo que podamos tocar es grande. Por cualquier doctrina que comencemos todo es grande porque nos conduce hacia la cruz, hacia la humillación, hacia el perdón, hacia Dios.

Deténgase en cada detalle y en cada doctrina; pídale a Dios que le ilumine y va a encontrar en todas ellas grandes riquezas. Entrando por cualquier doctrina siempre se llega a Dios. Y esto es lo que da visión espiritual.

De modo que la reflexión es tremenda. En cierto sentido uno puede repetir la experiencia de Moisés, y de los grandes del pasado, si se sumerge en la Biblia. Si gasta tiempo en escudriñar seriamente las Escrituras.

Sólo mediante el conocimiento del Dios invisible se puede discernir como mayor riqueza el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios. Moisés miraba al galardón. El galardón es el conocimiento de Dios.

Es función de la Palabra traernos a este conocimiento. El Espíritu Santo realiza esta obra de revelar a nuestra alma, a Cristo, **pero el Espí-**

ritu no obra en el vacío. Esta obra tiene como fundamento la revelación de la Escritura, y esa visión que da la Escritura tiene que ser iluminada por el Espíritu Santo.

El gran Dios de la Biblia no es solamente el Altísimo; es también el muy cercano. Su perfección no le aisla, **pero se comunica por la Palabra,** porque ella es el medio supremo de la revelación de Dios.

Este discernimiento depende de que nos dejemos guiar por criterios espirituales, y no por nuestro juicio personal.

Dios no concede esto al creyente indolente, sino al que deja sus preconceptos para permitir que el Espíritu Santo ilumine la Palabra de Dios, para él. **No hay y no puede haber otra base.**

Por tanto, el estudio del texto bíblico no es para los estudiosos solamente. El estudio del texto es para todo cristiano. Este estudio es necesario para que comprendamos cuál es la mente del Señor. El estudio de la Escritura ilumina la inteligencia y la conciencia, pero recuerde que si no buscamos conocer la mente de Cristo, no hemos aprendido a estudiar la Biblia.

El reconocimiento de que debemos adquirir discernimiento espiritual es una de nuestras principales responsabilidades, y es una de nuestras mayores urgencias.

La identificación con el Señor equivale a "pensar" la vida **en conformidad a Cristo.** Equivale a **reconocer el derecho del Señor a gobernar y a conducir nuestra vida mediante criterios espirituales. Para que estos criterios sean espirituales, tienen que ser escriturales.**

Si queremos vivir en identificación con Cristo tenemos que reconocer la necesidad de adquirir una mente espiritual, porque el Señor quiere dirigir la vida mediante criterios espirituales, que se oponen a nuestra mente carnal. Nada más, pero nada menos.

Sólo una Biblia completa hace a un cristiano completo. Por tanto, si queremos ser líderes en la obra de Dios, si queremos vivir identificados con Cristo, no tenemos alternativa. Tenemos

que conocer todo el consejo de Dios. Si queremos que nuestro discernimiento sea espiritual, tiene que ser escritural.

CAPITULO XI

LA IDENTIFICACION DE PABLO CON CRISTO

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. (Fil. 3.7-11)

I - LA VIDA ESPIRITUAL SE DESARROLLA EN LA MEDIDA EN QUE SE PROGRESA EN EL CONOCIMIENTO DE CRISTO.

1. Pablo enfrenta en este capítulo a los judaizantes, que eran cristianos judíos que insistían en que, para poder recibir los beneficios del evangelio, era necesario primero, según ellos, que los hombres se hicieran prosélitos del judaísmo mediante el rito de la circuncisión y la fidelidad a la ley mosaica.

Al tratar este asunto, el apóstol revela el carácter de su vida, porque subraya que su fe y su posición como siervo de Dios se fundamentan únicamente en su identificación con Jesucristo.

El apóstol rechaza aquella pretensión, sobre la base de que aceptarla hubiera sido **equivalente a poner la confianza en la carne.** Entonces menciona las varias razones que le permiten decir: "si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo

más". Hay que notar que los elementos de su vida pasada, que enumera en Fil. 3.4-6, no eran de ninguna manera despreciables. Haber sido circuncidado, que era la señal del pacto, no era malo en ningún sentido; ser del linaje de Israel era una gran bendición, porque a este pueblo le había sido confiada la Palabra de Dios; pertenecer al pueblo destinatario de las promesas no era poca cosa. Otras circunstancias que cita, como el celo religioso, eran altamente estimadas. Pero dice Pablo que todas estas cosas, que un día él había estimado como altamente valiosas, las ha estimado "como pérdida por amor de Cristo". La enseñanza del apóstol es clara. Destaca que cosas que pueden ser, en sí mismas, bendiciones de Dios, pueden llegar a ser totalmente lo opuesto si nos conducen a poner en ellas nuestra confianza, es decir, si nos llevan a considerarlas como fundamento de una salvación que pudiera ganarse por obras.

El argumento es contundente. Las cosas que otro hombre hubiera podido considerar como base de su buena reputación, el apóstol las desecha ahora como fundamento de su vida, como base de su relación con Dios. Si hay cosas que podamos hacer, en sí mismas buenas, que puedan conducir a la gratificación personal, o a pensar que ellas constituyen méritos delante de Dios para la salvación de nuestras almas, o para servir a Dios, entonces esas cosas en lugar de constituir una ganancia, pasan a ser una enorme pérdida.

"Las cosas que para mí eran ganancias, las he estimado como pérdida, por amor de Cristo". No dice que aquellas cosas habían venido a ser de un valor neutro para él, sino que ahora las consideraba una pérdida.

Agrega en el v.8: "Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdidas...". En el original la expresión "y ciertamente" es difícil de traducir. Expresa una gran emoción en Pablo, indica la fuerza de una convicción interior. Con el peso de esta convicción avanza en su pensamiento para afirmar que no sólo su privilegio como judío era ahora una pérdi-

da, sino que todas las cosas lo eran. Todas las cosas que antes tanto había valorado, todas las otras que el mundo le podía ofrecer, las estimaba como pérdida, si se interponían entre él y Cristo.

2. En la experiencia de Pablo hubo un momento cuando él pudo verse tal como era. Su experiencia comenzó seguramente en el camino a Damasco. Hacía falta una gran luz para que el orgulloso fariseo se considerara a sí mismo como pecador condenado. **La conversión de Saulo y las revelaciones que luego recibió, habían cambiado radicalmente sus criterios de evaluación.** Las cosas a que alude anteriormente en los v. 5 y 6, que eran su herencia como hebreo irreprensible frente a la ley, pasaron a ser como nada, y menos que nada, por amor a Cristo.

Al momento de escribir su carta, después de una larga experiencia espiritual, Pablo estimaba todas las cosas como basura; las estimaba así **porque las comparaba con lo que había encontrado. Las comparaba con la "excelencia del conocimiento de Cristo", es decir, con el privilegio incalculable de conocer a Cristo.**

La pérdida de que habla ("lo he perdido todo") era una estimación voluntaria y no debido a circunstancias inevitables. El considerar como pérdida aquella herencia religiosa como fariseo escrupuloso no surgió como resultado del infortunio, sino de una elección deliberada.

Notemos que la pérdida que Pablo experimentó, por grande que hubiera sido, no era para él lo más importante; no se lamentaba de lo que había dejado atrás, porque todo aquello lo dejaba para ganar a Cristo.

3. Detengámonos aquí, para tratar de entender qué significa **"ganar a Cristo":**

a) Este concepto **incluye la conversión**, pero seguramente se trata de una experiencia que **no se agota en la conversión.** Cuando viene al Señor,

el pecador que cree recibe a Cristo, y recibe la salvación que es en El. Aunque su fe sea débil, el hombre no recibe una parte de Cristo, sino que recibe al Hijo de Dios, en toda su plenitud.

Es cierto que el creyente no se da cuenta, al comienzo de su vida cristiana, de todo lo que implica ser salvo. Pero se establece, desde el momento en que confía, una relación plena, indestructible, con Cristo.

El pecador viene **como está**, y tiene que venir como está. Viene como el pecado lo ha dejado, pobre, desvalido, ciego, miserable y desnudo. Pero Dios lo recibe como hijo, lo viste, como al pródigo, y se inicia en el cielo un regocijo que no tendrá fin.

b) "Ganar a Cristo" implica tener el perdón de los pecados, ser santificado en Cristo, ser hecho un miembro vivo en el cuerpo de Cristo, ser una oveja en su rebaño, ser un sacerdote en un reino de sacerdotes.

c) La expresión "ganar" en la lengua original significa literalmente "apropiarse de un botín"; tan alta era la idea que Pablo quería expresar. El pensamiento es claro: **se requiere considerar como pérdida, como realmente es, todo aquello en que la carne quiera confiar para ganar a una persona sublime.**

Tanto el incrédulo como el hombre que cree tienen en esto motivo para la reflexión, porque aquí enfrentamos un problema sutil, frente al cual nuestro engañoso corazón puede confundirse. Una cosa es pretender "cumplir con Dios" y otra cosa es ganar a Cristo. El corazón engañoso nos puede llevar a profesar una fe que no conmueve la vida, o que invoca a Dios **para que provea las cosas que se desean, pero no porque considere a Dios como lo que es, como el supremo bien del alma.** Una cosa es tener la falsa religión de Balaam y otra ganar a Cristo. Balaam deseaba morir la muerte de los justos; pero no expresó en ningún momento que deseara vivir la vida de los justos (Nm. 23.10). No sirve de nada tener una piedad formal, que proclama que

amamos a Dios de todo corazón, pero que luego revela que se ama a las cosas y no a Dios. **No podemos considerar a Dios, y a las cosas de Dios, como un medio para lograr otros fines.**

Hay aquí una enseñanza doctrinal y práctica a la vez. Un creyente no puede poner otras cosas como el objetivo de su vida y, al mismo tiempo, ganar a Cristo. Se pueden tener ambiciones legítimas, pero no se puede vivir exclusivamente para ellas, si se quiere ganar a Cristo. Se puede tener dinero, pero no se puede hacer del dinero la base de la seguridad, o el objetivo de la vida, si se quiere ganar a Cristo. Hasta se pueden tener dones espirituales, pero no se los puede considerar como base de la gratificación personal, si queremos ganar a Cristo. **Podemos caer en el grave error de apreciar los dones que suponemos tener, más que apreciar al Señor que los ha concedido.**

d) "Ganar a Cristo" significa, además, aprender a recibir en esta vida sobre la tierra todo cuanto Dios ha decidido dar, juntamente con El, sabiendo que al dar a esta Persona Sublime, Dios no se ha reservado nada. Nos ha dado "con El, todas las cosas"(Ro. 8.32).

Lo que Dios ha dado es más grande que si El hubiera dado a la creación entera. Al dar a Cristo, Dios nos ha dado al mundo entero, pero Dios es más grande que sus obras. El Hijo es más grande que el universo.

Sí, no es posible dar una sola definición de todo cuanto el hombre recibe el día en que viene a Cristo, pero esto no es un ganar de cosas sino el ganar a una persona.

Que no sepamos apreciar todo cuanto esto incluye no quiere decir que no lo hayamos recibido, en Cristo.

e) Ganarle a El implica estar cubierto eternamente por la sangre de Cristo, significa haber sido vivificado, resucitado, glorificado y sentado en el trono, juntamente con El.

f) Esta expresión significa, además, entrar en los propósitos eternos de Dios, y por tanto significa que el hombre por primera vez entiende el sen-

tido de su vida, y va comprendiendo por qué cosas vale la pena vivir y morir. Va entendiendo que en la eternidad Dios determinó que todos los que pertenecen a Cristo fuesen un pueblo apartado del resto de la humanidad, es decir, separado para El.

"Ganarlo" a El significa **tener participación** en todo cuanto Cristo ha hecho, en todo lo que es y en todo lo que El será.

g) "Ganar a Cristo" significa además ir adquiriendo un conocimiento experimental de El.

Pablo vuelve en el v.10 a la idea que ya ha expresado anteriormente en el v.8, del conocimiento de Cristo. Es notable cómo el apóstol se expresa. "Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús...".

La Escritura nos introduce aquí a un secreto profundo de una vida identificada con Cristo, porque el conocimiento intelectual está incluído, pero aquí el énfasis está puesto sobre un conocimiento experimental.

Conocer a Cristo es más que recibir enseñanza acerca de El. Se trata de conocerle a El en la experiencia.

Conforme a las Escrituras este conocimiento, lejos de ser abstracto e intelectual, consiste en la unión más estrecha y profunda entre dos seres. Aquí estamos ante un punto definitivo para todo creyente. La conversión es el gran paso en la vida espiritual, sin el cual el hombre continúa en las tinieblas, pero la conversión es apenas un primer paso, porque el punto culminante de la experiencia espiritual consiste en un conocimiento progresivo de Dios, en Cristo.

Seguramente Pablo, como ex-fariseo, recordaba que en Israel conocer a Dios no era un asunto del intelecto sino más bien una relación que abarcaba al hombre en toda su experiencia. Pablo ha tenido presente la idea fundamental del Antiguo Testamento acerca del conocimiento de Dios. Para el judío piadoso "conocer a Dios" era más que estar enterado de la existencia del Creador, porque en el pensamiento hebreo se trataba siem-

pre de un conocimiento a base de experiencia. En el Antiguo Testamento "conocer a Dios" no está vinculado a un saber intelectual separado de la experiencia vital, sino que implica haber conocido a Dios en el sentido de haber aprendido a reverenciarle, haber escuchado su Palabra, entendiendo su revelación y experimentando su poder y su gracia.

Toda la Escritura enseña que el conocimiento de Dios, la penetración en sus consejos y en sus propósitos, sólo son posibles por una revelación sobrenatural. El Espíritu Santo ha inspirado a los escritores humanos de los 66 libros de la Biblia; este Espíritu, que es de Dios(1 Co. 2.12) procede de El y ha sido enviado como instructor de los hombres. Este Espíritu **escudriña**, es decir, explora, sondea, conoce de modo exacto y preciso la mente de Dios. Es tarea del Espíritu Santo aplicar la Palabra de Dios al corazón, revelar la verdad encerrada en la Escritura, "abrir nuestros ojos para discernirla en su verdadera naturaleza y para experimentar su poder" (121).

Pero, además, el conocer a Dios, según el Antiguo Testamento, es una forma de respuesta al conocimiento que el mismo Señor tiene sobre su pueblo. En Ex. 3.7-8 leemos que dijo Jehová: "He conocido sus angustias y he descendido para librarlos"; esto equivale a decir: "He tomado a pecho la pesada suerte de los oprimidos". La revelación de la Escritura es definitiva. El gran Dios de Israel siente en su corazón las angustias de su pueblo, y desciende para liberarlo.

Esta manera de **conocer, por parte de Dios,** es un conocimiento lleno de misericordia, y **reclama una respuesta.** Por eso, cuando en Jer. 31.34 dice: "Todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande", lo que quiere decir es que "ellos me conocerán y obedecerán, me amarán y me honrarán".

Es en este sentido que Pablo habla de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, "...mi Señor..." Para él, el conocer a Cristo no consistía sólo en saber que El existe, sino que sig-

nificaba un compromiso con Cristo el Señor; significaba dejar su actitud de rebeldía y cambiarla por la sumisión y la obediencia.

Las Escrituras emplean, pues, la palabra **conocer** en un sentido profundísimo. Cuando se habla de la conexión entre dos personas, esta palabra denota el concepto perfecto que cada uno tiene del ser interior del otro, un contacto espiritual y estrecho(122). Pablo no nos deja ninguna duda. El conocimiento de Jesucristo **está ligado directamente con el sometimiento de nuestra alma al Señor**, porque este conocimiento siempre significa una relación estrecha con El, un conocimiento creciente de su voluntad. La experiencia de Pablo revela que la vida espiritual que comienza en la conversión debe culminar en un conocimiento de Cristo profundo y progresivo.

II - PABLO DECLARA QUE NO DESEA SER CONSIDERADO COMO TENIENDO UNA JUSTICIA PERSONAL SINO COMO POSEYENDO UNA JUSTICIA QUE SOLO PUEDE PROVENIR DE SU UNION CON CRISTO.

1. En el v.9 el apóstol proporciona otra explicación del concepto "ganar a Cristo"; ganarle a El es ante todo ser hallado "en El". Encontramos otra vez la expresión típica de Pablo ("en El, en Cristo") que revela que también aquí está pensando en su **unión con Cristo.**

En la mente del apóstol hay por lo menos dos ideas que parecen explicar el significado de "ser hallado en Cristo"; una en el v.9 y la otra en el v.10. La primera corresponde al punto de vista judicial, forense, cuando dice: "Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe". Aquí Pablo hace referencia a la justificación por la fe. La segunda explicación del concepto "ser hallado en él", en Cristo, es la del V.10, que presenta el punto de vista práctico y doctrinal, cuando habla de conocerle, "y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos,

en conformidad a su muerte". Este segundo aspecto lo veremos en el punto siguiente.

2. Cuando Pablo dice: "Y ser hallado en él, **no teniendo mi propia justicia..."** no está enseñando que él pudiera tener una justicia personal ni mucho menos que pudiera dispensarla a otros.

El no quiere que alguien pueda llegar a pensar que su vida tan admirada pudiera originarse en algún mérito propio; este aspecto no debe ser desdeñado, sobre todo teniendo en cuenta lo que el "mundo cristiano" hace hoy con hombres como él. A estos grandes de la iglesia muchos los consideran hoy como mediadores ante Dios, **en una función que la Escritura no les asigna y que ellos nunca pretendieron, porque pertenece con exclusividad a Jesucristo.** "Hay un sólo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre"(1Ti. 2.5).

La idea que Pablo expresa es que no tiene una justicia personal, ni desea ser visto así. Lo que desea es que los hombres vean en su vida el efecto de otra justicia, aquella que le ha sido otorgada por la fe en Cristo, es decir, aquella justicia "que viene de Dios a base de la fe"(123).

De modo que "ser hallado en Cristo" está directamente vinculado con la justicia, pero no de la justicia que pueda ser ganada mediante la observancia de preceptos de la ley, sino aquella que surge de Dios, que tiene origen en El, y que otorga al hom- que cree una nueva relación con Dios.

3. Aquí Pablo hace referencia a la doctrina bíblica de la justificación por la fe, que es la presentación que hace la Escritura del aspecto jurídico de la unión del creyente con Cristo. No intentamos aquí hacer una amplia exposición de esta doctrina bíblica fundamental pero señalemos que los pecadores convertidos a Cristo son justos delante de Dios por ninguna otra razón más que porque Cristo, su cabeza, fue justo delante de Dios, y los pecaadores son ahora uno con El. En la base de la justificación por

la fe hay un gran hecho de Dios. Es el hecho de que Cristo vivió y murió victoriosamente(124), teniendo capacidad para ofrecer su vida humana, sin mancha, a Dios. Al morir en la cruz Jesucristo se identificó a sí mismo con el pecado del mundo, reconoció que el juicio de Dios sobre el pecado era justo y legítimo. Como cabeza de la humanidad cuya responsabilidad asumió, como representante de los pecadores, soportó el peso de nuestra transgresión. Su resurrección coronó su obra redentora y reveló para siempre la eficacia y el pleno poder expiatorio de su muerte(125).

Cristo resucitó para nuestra justificación. Esto significa que no se levantó El solo de la tumba, sino que resucitó como Cabeza de todos los que confían en El.

Cuando Dios declara justos a los pecadores que confían en su Hijo, no lo hace porque considere que ahora son justos ante la ley, sino porque los cuenta como unidos a Cristo. Por esta razón, para Pablo la unión con Cristo no es una fantasía del pensamiento sino un acto de Dios, el hecho básico del cristianismo.

Dios no justifica al impío que permanece en su impiedad, sino que El declara justo al impío que cree, porque lo ve unido a Cristo.

Esta unión es representativa, porque Dios, al pecador que cree, lo hace participar de la misma experiencia que Cristo ha participado como segundo Adán. Estamos en El, como antes estábamos en Adán. Esta es la enseñanza de Ro. 5.12-21. Cristo es nuestra cabeza, es nuestro representante. Adán era nuestro representante, y se rebeló. Y lo que pasó con Adán, pasó con nosotros. Adán era el primer hombre. Cristo es el segundo hombre. Debido a nuestra unión con El, lo que ocurrió con El, nos ha ocurrido a nosotros.

En virtud de esta unión estamos totalmente identificados con El; lo que El hizo, nosotros hicimos. La justicia de El es nuestra justicia; la vida de El

es nuestra vida; como dice Pablo en Col. 3.3, "vuestra vida está escondida con Cristo en Dios".

De manera que, en lugar de que se ponga el énfasis en lo que nosotros hacemos, se debe poner delante, en primer lugar, el hecho de ser justificados en Cristo, después de que El ha cargado nuestros pecados, y después de que se ha levantado de entre los muertos; en El, en Cristo, el hombre por primera vez se libra del castigo y es restaurado al favor divino. El fue justificado, no simplemente como una persona particular, sino como nuestro representante y cabeza; al participar nosotros en la nueva vida de El, participamos de todo lo que El es y todo lo que El ha hecho, pero primero de todo participamos de su justificación.

4. Ahora estamos en condiciones de entender mejor cómo Pablo quiere ser visto por los hombres. No quiere ser visto como era por sí mismo, aparte de Cristo. Cuando El dice que quiere "ser hallado en Cristo", está pensando en la justicia, pero no de una justicia que pueda ser ganada mediante la observancia de preceptos de la ley, sino aquella que surge de Dios, que tiene origen en El, y que otorga, al hombre que cree, una nueva relación con Dios. Esta constituye otra explicación del concepto "ganar a Cristo"; ganarle es ante todo ser "hallado en El". Pablo quiere ser hallado en El, poseyendo una justicia que sólo puede provenir de Dios.

5. Notemos que el apóstol combina en esta expresión dos aspecto de la justicia divina. Por un lado, piensa en la "justicia" que es inherente a Dios, el Juez de todos los hombres. Como tal, como Juez, Dios podía haber condenado a todos, porque todos pecaron. Pero, por otro lado, piensa en Dios tratando misericordiosamente con los pecadores. En lugar de condenarlos, Dios ha manifestado su gracia en Jesucristo crucificado, y sobre esta base trata ahora a los hombres misericordiosamente. Porque hay un Evangelio el pecador no es enfrentado con su pecado; el pecador es enfrentado con Dios misericordioso.

La justicia es pues aquí la justicia del Evangelio, la de la cruz. No se la menciona aquí para aterrarnos sino para afirmarnos, porque la justicia de la cruz es el modo sublime que Dios tiene para aceptar a los pecadores, por amor de su Hijo. Esto siempre viene primero, "profundamente primero"(126).

La justicia en la que Pablo quiere verse incluído sólo se alcanza mediante "la fe de Cristo"; no se trata de que la fe del Hijo de Dios nos sea transmitida. Se la menciona así, como la fe de **Cristo,** porque es aquella fe que Cristo enciende, de la cual El es el autor y consumador; es aquella fe que Cristo nutre y mantiene(127). La justicia que es por fe se opone a la justicia que es por las obras.

Vemos entonces que el concepto "ganar a Cristo" tiene vigencia aún después de la conversión. Lo que Pablo subraya es que tanto su salvación como su vida tan bendecida como siervo de Dios no tienen fundamento en algún mérito o capacidad personal del apóstol sino en su vida de identificación con Cristo.

III - LA IDENTIFICACION DEL CREYENTE CON CRISTO TRASPASA LA TUMBA.

1. Pablo expresa con caracteres nítidos la profundidad de su unión con Cristo.

El proceso que el apóstol menciona tiene dos etapas. La primera es la experiencia del poder de Cristo para transformar la vida. La segunda es la comunión en sus sufrimientos.

El habla de conocer a Cristo "y el poder de su resurreccion". Notemós que el concepto de "ser hallado **en Cristo"** está vinculado a la resurrección en dos formas. Por una parte, está vinculado a la tumba vacía porque este hecho es el fundamento de nuestra aceptación contínua delante de Dios. Pero, además, está ligado a la resurrección en otro sentido, porque la resurrección es la fuente de poder en la vida del creyente.

En la mente del apóstol inspirado aquellos que son de Cristo son uno con el Señor crucificado y son uno con el Señor resucitado. Si uno está en Cristo es porque ha sido "acepto" en el amado (Ef. 1.6). Pero además esta identificación significa haber sido levantado juntamente con él, y significa participar de aquella "supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos"(Ef. 1.19). Es este poder de la resurrección lo que Pablo quiere conocer experimentalmente.

La reflexión es tremenda. La identificación del cristiano con Cristo, en sus efectos, traspasa la tumba. La unión con Cristo es una unión transformadora, porque Dios conecta al pecador que confía con la misma fuente de energía espiritual que levantó a Cristo de la tumba.

2. Notemos que Pablo menciona aquí a la resurrección de Cristo, antes de hacer mención a la participación en sus padecimientos. Esto es así por dos razones. Porque lo primero que vino a conocer fue al Señor resucitado, y fue ese conocimiento el que le dio visión acerca del significado de la muerte de Cristo. La segunda razón es que este es el verdadero orden, desde el punto de vista de la experiencia. La fe en un Cristo resucitado produce el poder para morir al pecado. La reflexión es clara. El que quiera vivir identificado con Cristo debe aprender que, para participar del poder de su resurrección, tiene que participar antes de su muerte al pecado (Ro. 6.10). No es posible conocer a Cristo en sus sufrimientos hasta que uno ha gustado primero del poder de su resurrección.

Pablo está pensando en un proceso espiritual, que tiene lugar en el alma de aquel que es unido a Cristo, y que incluye la participación en sus padecimientos. No está pensando en sufrimientos vicarios de su parte, lo cual sería totalmente extraño a las Escrituras.

Es el poder de la resurrección, un poder sobrenatural en su esencia, y sobrenatural por su poten-

cia, el que puede hacer lo imposible, la victoria sobre el pecado. La experiencia de Pablo, en su identificación con el Señor, es definitiva, y se proyecta sobre toda vida que quiera aprender este aspecto de la identificación. Aquellos que son de Cristo pueden conocerle más y más; pero este conocimiento esta ligado al poder de la vida resucitada. No hay verdadero conocimiento de Cristo si no hay lucha contra la tentación y si no hay, al menos en algún grado, victoria sobre el pecado. Aquellos que son de Cristo pueden recibir fortaleza interior, mediante un poder que les es comunicado de afuera.

5. Pablo deseaba conocer a Cristo también en "...la participación en sus padecimientos, llegando a ser semejante a el en su muerte". No es fácil seguir al apóstol en esta parte de su experiencia de identificación con su Señor, pero al menos la Escritura nos orienta en algunos aspectos:

a) Pablo conoció primeramente a Cristo en el camino a Damasco, en su conversión. Contempló allí al Señor resucitado. El mismo Señor dice en ese tiempo a su siervo Ananías, con relación a Pablo: "...Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi hombre"(Hch. 9.16). Se le permitió a Pablo conocer a Cristo en los dos sentidos a que él se refiere en Fil. 3, en el poder de la resurrección y en la participación en sus padecimientos. Toda la experiencia del gran apóstol estuvo signada por este elemento de padecimiento por causa de Cristo.

b) Sin embargo, hemos de notar que toda su experiencia fue al mismo tiempo una de gran regocijo interior, y la carta a los Filipenses es un testimonio de esto(1.18; 2.17-18; 4.1, 4). El gran apóstol se consideró siempre "preso en el Señor" (Ef. 4.1) y no del imperio romano. Aun en la misma cárcel contemplamos a este preso ilustre, dirigiéndose a sus hermanos en Efeso para que oraran, no por su liberación de los grillos, sino para que "al abrir mi boca me sea dada palabra pára dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio"(Ef. 6.11). Con esta misma actitud

triunfante esperaba el martirio y escribe a Timoteo acerca de terminar su carrera terrenal con alegría. Pero se requería un poder sobrenatural, una gracia abundante para cumplir su tarea. Por esta razón quería vivir en el poder de la resurrección.

b) En la gran visión del apóstol posiblemente estuviera presente un concepto que nuestras mentes livianas apenas si vislumbran, y es que la unión de identificación con Cristo posiblemente incluya una participación en aquellas experiencias del Salvador, en su camino de perfeccionamiento(He. 2.10), porque Pablo desea conocer "la participación en sus sufrimientos...". Dejando siempre a salvo que la naturaleza del Hijo de Dios es santa, incorruptiblemente santa, no hemos de menospreciar, sino por el contrario valorar debidamente, aquellas experiencias en que nos asemejamos a El cuando nos es concedido, por su intercesión misericordiosa, el privilegio de luchar contra el pecado que nos rodea.

c) En el pasaje que estamos considerando, en la escritura original, este llegar a ser "semejante a Cristo en su muerte" es notable, porque se utiliza una expresión similar a la de Fil. 2.6 cuando, refiriéndose a Cristo, se dice que El "no estimó" el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo. Estas mismas actitudes se expresan en Pablo(128) quien estimó como pérdida lo que antes era ganancia y se desprendió de todo para ganar a Cristo.

Esta "semejanza en la muerte" de Cristo, esta "conformidad", significa "dar expresión externa a la naturaleza intrínseca interior"(129); aparece ilustrada vívidamente en el despojamiento de Cristo, no sólo en su acto de Encarnación (en

si mismo, un acto de despojamiento infinito) sino en su vida terrenal toda, una muerte en sí mismo, **para la bendición de otros.** En cierto sentido puede hablarse de compartir el sentir de Cristo en bien de su pueblo, pero debe quedar claro que no se trata, en ninguna manera, de compartir el sufrimiento redentor de Cristo. Sólo El ha llevado el pecado del pecador, y El no comparte con nadie su gloria como Salvador y como Sumo Sacerdote.

Se trata, literalmente, de ser constantemente "conformado" a la muerte de Cristo, lo cual significaba que Pablo deseaba llegar al punto de conocer en tal medida al Señor, conocer el poder de su resurrección y participar de sus sufrimientos, de manera que, tanto por la propia vida interior de su corazón como por la expresión exterior de esa vida viniera a ser semejante al mismo Señor.

6. Pablo no está pensando aquí en la idea de un martirio (como está pensando cuando declara en 2 Ti. 4.6: "Yo ya estoy pronto para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano"). Tampoco hace referencia aquí a cualquier sufrimiento sobre la tierra, pero **seguramente incluye sí la idea de una disciplina para luchar contra todo lo que se opusiera a su llamamiento,** tanto si viniera de su propia carne como si proviniera de la hostilidad de sus enemigos.

Lo que Pablo anhelaba no era el martirio ni el sufrimiento físico, sino aquella experiencia de negarse a sí mismo y de renunciar a su voluntad que estaba envuelta en la dedicación de su vida a Dios. Lo que deseaba, como conocimiento experimental, era aquella santidad personal que es posible cuando permitimos que el Señor que vive en nosotros purifique el corazón y oriente la vida. La conformidad con los sufrimientos de Cristo implicaba para Pablo no sólo el soportar la persecución por su nombre, sino además aquellas aflicciones que provinieron de representar a Cristo en un mundo sin Cristo. Lo destaca bien la lengua original, porque se trata de

ir **"siendo conformado a la semejanza de su muerte"**; es decir, se trata de un proceso gradual, por padecimientos contínuos, por amor de El.

7. Pablo culmina este gran pasaje expresando: "Si de alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos" (v.11). No hay aquí una expresión de duda, sino de gran humildad. Como ha dicho Crisóstomo: "El que piensa haberlo alcanzado todo, no ha alcanzado nada". Posiblemente tiene en mente la resurrección espiritual del creyente, de que habla en Ef. 2.4-8. Está pensando quizá en la culminación, en humildad, de la experiencia cristiana, de manera que toda la vida sea **penetrada** por la fragancia de la vida de Cristo en él(130).

Esta actitud de Pablo es una humildad que persevera, porque continúa diciendo (v.12): "No que lo haya alcanzado ... sino que prosigo". Es como si dijera: "No quiero que me comprendan mal: siempre hay por delante mucha tierra para poseer". Si el gran apóstol de los gentiles pensaba así ¡qué diremos nosotros! El creyente siempre tiene motivos de humillación, cuando compara lo que es, con lo que podría ser. Pero todo siervo inútil debe sentirse animado, porque "queda mucha tierra por poseer".

Alcanzar esta clase de desarrollo espiritual era para él la única cosa que valía la pena. "Una cosa hago". Cristo era la meta para Pablo, y la semejanza a El en su vida y en su tarea era el premio que buscaba.

Siempre que pensamos en una asociación con Cristo, estamos pisando terreno santo. La vida de identificación con Cristo exige de cada cristiano la más radical participación "en la semejanza de su muerte" (V.M.); ciertamente, no una similitud en cuanto a su muerte física, sino la búsqueda de una semejanza con aquello que sólo Cristo, como Siervo de Dios, ha cumplido supremamente; la sumisión al designio de Dios.

IV - NINGUNA IDENTIFICACION CON EL SEÑOR ES POSIBLE SI NO PERMITIMOS QUE EL AMOR DE DIOS REALICE SU OBRA EN NOSOTROS.

1. Pablo ha comenzado este pasaje diciendo que ha estimado las cosas que eran ganancia como pérdida **por amor de Cristo** (v.7) y luego agrega, en el v.8, que ha considerado todas las cosas como pérdida "por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, **por amor del cual** lo he perdido todo". Dos veces pues invoca el amor a Cristo como la raíz de todo.

Notemos que no se hace referencia aquí al amor que Cristo tiene por él sino al que el apóstol siente por su Señor.

Hemos dejado este aspecto para tratarlo como un punto separado por su importancia central para entender la experiencia de Pablo; además, porque se requiere que consideremos varios pasajes del Nuevo Testamento que arrojan cada uno una luz particular.

2. En Jn. 15.9 el Señor dice: "Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; **permaneced en mi amor".** Este gran capítulo 15 del cuarto evangelio, del que tanto tenemos para aprender, **revela que la comunión con Cristo es una comunión de amor.**

Detengámonos aquí, porque todo creyente es exhortado a permanecer en este amor. Permanecer en su amor significa para un cristiano continuar en el amor que ha recibido; es decir, continuar en la condición de uno que está siendo amado por Dios. Esto se refiere a un abandono confiado al Señor que le ama, cuando uno reconoce que no tiene la capacidad para cuidarse a sí mismo.

3. En 1 Jn. 2.5 leemos que: "el que guarda sus mandamientos, en éste verdaderamente el amor **se ha perfeccionado".**

Podemos considerar el amor en Dios desde dos puntos de vista:

a) Por una parte, cuando hablamos del amor de Dios estamos hablando de lo más elevado, estamos haciendo referencia al razgo que más nos conmueve del carácter de Dios. El amor es un impulso eterno en Dios. Surge de su naturaleza; y este impulso lo conduce a darse, a impartirse a sí mismo. El amor en Dios es aquello que lo impele a manifestarse a sí mismo, en bien de sus criaturas a quienes ama. La Sagrada Escritura se explaya cuando se refiere al amor en su manifestación suprema. El amor más elevado, el más profundo de todos, es el que Dios mostró al dar a su Hijo para que fuera Salvador del mundo. Lo expresa Pablo en Ro. 5.8: "Dios establece su amor **continuamente**, en que la muerte de Cristo permanece como la más fuerte manifestación de ese amor"(131).

Notemos que no se trata de que únicamente Jesucristo demostrara **su** amor. Pablo dice que **Dios** muestra su amor para con nosotros en que, cuando permanecíamos como pecadores, Cristo. murió por nosotros. La cruz revela la unidad del carácter de Dios, porque al ofrendar a su Hijo, Dios está haciendo un sacrificio de amor. El Padre no era un espectador en el Calvario. Lo fundamental es que el amor en Dios, conforme a la gran revelación de la Escritura, **es aquel rasgo de su carácter que cubre nuestras faltas.** Hay otras maneras, todas ellas muy expresivas, de describir el amor de Dios, pero esta es la que más nos llega, dada nuestra condición de hombres caídos, de criaturas necesitadas.

Algunos quieren ver en la obra de Cristo sólo el amor, y pretenden ignorar el hecho de que El murió llevando el pecado del mundo. Pensar en el amor sin relación con el pecado, es caer en un falso Evangelio, porque el amor de Dios, en la muerte de Cristo, está asociado con la cu-

ración del pecado. Y predicar el perdón de los pecados, sin que la muerte de Cristo tenga una importancia fundamental en ese amor, es hacer vana la cruz.

¿Qué es el amor de Cristo? El amor de Cristo es aquello que lo condujo a tomar sobre sí la responsabilidad del pecado, por amor al pecador. El gran amor de Cristo no se revela en que estuvo sobre la tierra, sino en que estuvo sobre la **tierra como una ofrenda por el pecado.**

Toda la Escritura da testimonio de un amor de Dios que carga con el pecado del mundo para quitarlo, para alejarlo del ser amado. El amor de Dios es un amor de Padre; crea hijos, y cría hijos. Ningún poeta ni pensador ha llegado tan alto. Ningún premio Nobel de literatura podrá jamás superar este gran concepto; que la fe en Jesucristo hace, de un pecador, un hijo de Dios, y esto con plenos derechos. Esto es lo que nos asegura, desde hace siglos, la Biblia, la inerrante e inspirada Palabra de Dios; el amor de Dios quiere hijos, y no esclavos.

Dios muestra su amor dando a su Hijo. Este amor no es un sentimentalismo superficial porque envuelve la idea de un sacrificio por parte de Dios. El Padre no sólo ha enviado a su Hijo, sino que **lo ha dado** al mundo(132). Dios infinitamente puro, sabio, misericordioso; Dios que habita en luz inaccesible, lo ha dado, lo ha entregado a la muerte.

Ningún argumento sobre el amor de Dios es más fuerte que el hecho de que **dio al Hijo.**

b) Por otra parte, 1 Jn. 2.5 presenta otro aspecto, cuando dice que "el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor **se ha perfeccionado".** La gran revelación de ese pasaje es que el amor divino se despliega obrando dentro del creyente que obedece a Dios.

Digámoslo de otra manera. La enseñanza de 1 Jn. 2.5 es que si guardamos sus mandamientos eso puede ser un signo de que el amor de Dios ha hecho un trabajo pleno en nosotros(133). El creyente que obedece es presentado por esta Escritura como el destinatario de un trabajo que tiene a Dios por autor. Es un trabajo que tiende a crear en nosotros la obediencia de corazón, para cumplir sus mandamientos. Es el trabajo del amor de Dios, es decir, que en este trabajo Dios se deleita.

4. Lo que hemos visto hasta aquí sobre el amor de Dios es una revelación que nos abruma por su grandeza, pero todavía tenemos que mirar otro aspecto. Es el hecho de que este efecto sobre nuestros corazones es el cumplimiento de la enseñanza que el Señor impartió en Jn. 14.18-23. Allí el Señor anuncia a los suyos que los va a dejar pero que, en otro sentido, va a volver a ellos. Entonces introduce la enseñanza sobre el Espíritu Santo, y sobre la venida del Espíritu, y les dice que, como resultado de esto, **El mismo vendría de nuevo a ellos para habitar, para morar en ellos.** "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy in mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros" (Jn. 14.20).

Seguidamente el Señor enfatiza que se manifestará de ese modo, no al mundo, sino sólo al hombre que ya le pertenece, porque dice en Jn. 14.21: "El que tiene mis mandamientos, **y los guarda**, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, **y me manifestaré a él**". Y agrega en el v. 23: "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a el y haremos morada con el".

Notemos que el Señor no está hablando sólo de **tener** los mandamientos, sino también de **guardarlos**, es decir, observarlos en la vida diaria, que es más que conocerlos mentalmente. Aquí hay que subrayar un pensamiento simple y grande a la vez. **La prueba del verdadero amor es la obediencia.** Es como si el Señor dijera que todas las protestas de amor no le interesan, si falta la obediencia de corazón.

Cristo está diciendo que el amor a El no es cuestion de palabras. Se tiene que mostrar en hechos, en vida, en carácter. Se trata de una respuesta de amor al gran amor de Jesucristo. Si el carácter no va siendo formado, estamos fracasando en nuestra experiencia espiritual.

Este es el punto que tenemos que subrayar, para explicar la experiencia de Pablo, porque en Fil. 3 él dice que ha estimado aquello como pérdida por amor de Cristo; y habla del "conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo". Es el amor **hacia Cristo**, que surge del corazón del apóstol el que es aludido aquí; pero este amor no fluye en nosotros espontáneamente. Es el reflejo del gran amor de Cristo **hacia nosotros.**

5. Notemos otro punto fundamental. Esta enseñanza aparece en el contexto de la venida del Espíritu Santo para hacer su morada en el creyente. El contexto muestra que la obediencia de corazón es una gran riqueza, pero nadie sino el Espíritu Santo puede hacer está tarea imposible. Esta tarea es digna de Dios.

El Espíritu Santo sólo podría venir una vez que Cristo se hubiera ido. Esto significa que el trabajo del Espíritu Santo en el creyente y en la iglesia es una consecuencia de la obra salvadora de Cristo, y no algo separado de ella. Es sólo porque el Señor ha quitado el pecado que el Espíritu puede ahora obrar dentro del creyente. **Esta es la gran provisión que se ha hecho para que podamos permanecer en su amor.**

El Espíritu Santo está en nosotros para cumplir varias gloriosas funciones, entre ellas la de movernos a la obediencia. Es la obediencia como principio, aquel principio que hace que el corazón humano responda, por amor, al amor de Dios.

6. Aun no hemos terminado, porque en respuesta al corazón que le ama, dice el Señor: "Me manifestaré a él ..." Y agrega que, ante esa actitud El se

manifestará a sí mismo, y que El y el Padre harán su morada en aquel que le ama. Este "manifestarse" de Cristo es hecho a aquel que realmente le ama, pero notemos que la prueba de este amor no es algo puramente emotivo, o declarativo. **Consiste en guardar sus mandamientos, en sumisión a su voluntad.**

7. Tenemos, entonces, que preguntarnos: ¿Cómo se manifiesta Cristo hoy?

Cristo se manifiesta cuando habla. El se revela al alma por las Escrituras. El Espíritu Santo revela a Cristo en las Escrituras. Cristo se manifiesta a nuestra alma; El mismo se revela **cuando implanta motivos espirituales;**

a) El alma recibe una impresión de la condescendencia de Cristo cuando contempla el misterio de la encarnación(134). El vino al mundo para poner su tienda entre nosotros. El cuerpo humano de Jesucristo vino a ser un santuario. ¿Hemos escudriñado las Escrituras para comprender el gran misterio de la Encarnación?

b) El alma queda impresionada de la enormidad del pecado cuando aprecia la pasión, cuando aprecia cuánto ha costado salvar al pecador. ¿Estamos meditando en la Palabra para comprender mejor lo que significa que El quiso "gustar la muerte por todos?"(He. 2.9).

c) El alma comprende el valor del perdón cuando aprecia sus efectos; cuando aprende que el perdón borra el pecado y restaura la relación con Dios. El alma avanza cuando surgen, dentro de ella, deseos hacia la santidad; cuando aprende del gran misterio de la vida que Dios da en Jesucristo. El alma se regocija cuando contempla aquella vida poderosa revelada en Cristo, y cuando entiende que El reclama el primer lugar en la vida.

Esta manifestación del Señor al alma de sus siervos es lo que seguramente explica la vida del apóstol. El deseo de "ganar a Cristo", el de conocerle en plenitud, los padecimientos por su

nombre, el sometimiento al designio de Dios, suponen que Pablo ha hecho, de todas las cosas de la vida, una evaluación espiritual, que tiene como fuente el amor de Cristo derramado en su corazón.

8. **Notemos la importancia de esta enseñanza para todo el que quiera vivir identificado con Cristo.** No hay duda de que todo creyente desea amar al Señor así, pero ninguno cumple esto plenamente. Muchas veces hemos tomado resoluciones de seguir en fidelidad al Señor, y al cabo de cierto tiempo tenemos que reconocer que, en el mejor de los casos, si hemos avanzado algo, lo hemos hecho muy imperfectamente. Sin embargo, aquí hay un pensamiento consolador, porque este permanecer en su amor es para hombres como nosotros, imperfectos en grado sumo, pero que se confían al cuidado del gran amor de Cristo. La consolación proviene de que **Cristo mira detrás, más allá de nuestros fracasos. El mira el corazón; aprecia los deseos dentro de nosotros, a pesar de nuestros fracasos.** Aun cuando constantemente fallemos, vuelve ese anhelo interior para decirle otra vez al Señor que queremos seguirle en mayor fidelidad que antes.

Cristo ha prometido manifestarse El mismo. La Escritura, y la propia historia de la iglesia, muestran que el Señor ha éstado presente como el Salvador lleno de gracia, como el esposo, el rey, el maestro, de la iglesia. "Cristo ha sustentado, a través de los siglos, a sus débiles siervos"(Crisóstomo). Los ha sustentado **mediante su propia presencia.** A través de tales manifestaciones, la fe, el amor, la consagración, todo esto crece en el corazón como resultado de la presencia del Señor. Pero notemos que es a través de la Palabra escrita que la Palabra encarnada se revela al corazón.

Así El se manifiesta al corazón del hombre piadoso, a aquel que le ama, y que muestra que le ama porque le obedece de corazón.

Si alguno quiere vivir en identificación con Cris-

to, **el día de la obediencia plena ha llegado.** Comience a obedecer en los más mínimos detalles; no demore su acatamiento a Dios, porque sin obediencia no habrá poder en medio del conflicto. Y recuerde que la obediencia es el resultado de una obra del amor de Dios en su corazón: "El que guarda sus mandamientos, en éste verdaderamente el amor se ha perfeccionado". Esta es la consumación del amor de Dios en nosotros.

El Señor escudriña el corazón. El conoce si hay en nosotros este deseo de obedecerle en todo. El aprecia la intención, ese anhelo profundo de ser conformado progresivamente a su voluntad. Esto era lo que movía al apóstol. Todo lo hacía "por amor de Cristo". **Esto es lo que el Señor desea ver en cada hijo suyo. El aprecia la obediencia en todo. Si es una obediencia de corazón, es decir, aquella que El puede ver, el Señor dice: "Este es el que me ama". A este El ha prometido manifestarse.**

REFERENCIAS

1 Wuest, Kenneth S. Wuest's Word Studies from the Greek New Testament Bypaths. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, EE.UU. 1979, p. 80.

2 Grau y Stibbs. Dios se hizo hombre. Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1973, p. 67.
Ver Hendriksen, Guillermo. Filipenses. T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, 1981, p. 144/146.

3 Wuest, ob. cit., Philippians, p. 64.

4 Hendriksen, ob. cit., p. 118.

5 Wuest, ob. cit., Bypaths, p. 83.

6 Hendriksen, ob. cit., p. 121.

7 Jn. 5.19 y 12.50.

8 Hendriksen, ob. cit., p. 126.

9 Lensky, R.C.H. Epístolas de San Pablo a Gálatas, Efesios y Filipenses. El Escudo, México, 1962, p. 672.

10 Lloyd-Jones, D. Martyn. The Unsearcheable Riches of Christ. The Banner of Truth Trust, 1979, p.42.

11 Jamieson, Fausset y Brown. Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Casa Bautista de publicaciones. El Paso y Buenos Aires, 1960, p. 482.

12 Son varios los pasajes que deben servir de fundamento para estudiar este tema: Ro. 6 al 8; Ro. 12; Jn. 15; Gá. 2; Ef. 2 y 3; 1 Co. 15; 2 Co. 5; Fil. 2.

13 Ryle, J.C. Practical Religion. James Clarice and Co. Ltd., Cambridge, 1959, p. 12.

14 Ver Hendriksen, W. Filipenses, p. 165; Chafer L.S. Teología Sistemática, Publicaciones Españolas, Georgia, EE.UU., 1974, II, p. 100. Trenchard, E. Una exposición de la Epístola a los Gálatas. Cursos de estudio bíblico, Barcelona, 1963, p.. 81.

15 Ockenga, J.H., citado por Trenchard, E., Escogidos en Cristo. Literatura bíblica, Madrid, 1965, p. 135.

16 Ryrie, Ch. C. Equilibrio en la vida cristiana. Editorial Moody, Chicago, EE.UU., p. 53.

17 Pop, F.J. Palabras bíblicas y sus significados. Escaton, Buenos Aires, 1972, p. 52.

18 Error conocido en la literatura como "antinomismo" . que consiste en menospreciar el valor de la ley de Dios como norma de vida para el creyente.

19 Wuest, K. Romans, p. 91.

20 Philips, James. La madurez cristiana. Ediciones Certeza, Buenos Aires, 1974, p. 30.

21 Denney, James. The Expositor's Greek Testament. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan. Romans, p. 6.

22 Chafer, ob. cit., II, p. 972.

23 Debe aclararse que no todos los comentaristas piensan que este sea el significado del pasaje.

24 Para enseñar cuál es la relación del hombre con Dios la Palabra utiliza diversas figuras, entre ellas la de una oveja perdida, la de un deudor insolvente, la de un siervo enemistado con su amo. Pero una de las más importantes es la de un hombre culpable frente a una corte de justicia. Esta es la figura que Pablo desarrolla en una carta a los romanos. La doctrina bíblica de la justificación por la fe es una expresión de la unión del creyente con Cristo, desde el punto de vista legal.

25 Stagg, F. Teología del Nuevo Testamento, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., p. 222.

26 Véase Chafer, ob. cit., I, p. 785.

27 Citado por J. Stott. Hombres Nuevos. Ediciones Certeza, Buenos Aires, 1974, p. 48.

28 F.F. Bruce se refiere al bautismo por agua del cristiano como a un entierro simbólico, que termina con un orden de vida para dar cabida a otro nuevo (Romans, Tyndale Press, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1963, p. 138).

29 Murray, Andrew. Permaneced en Cristo. Revista "La Reforma", Buenos Aires, 1930, p. 146.

30 Bruce, F.F., ob. cit., p. 138.

31 Stagg, ob. cit., p. 132.

32 Murray, John. Romans. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, 1977, p. 213.

33 La función real de la ley de Moisés fue temporaria y preparatoria; fue dada para dar al pecado su carácter acentuado de transgresión. Aun cuando fue dada como una regla de conducta para Israel en la tierra, esa misma ley vino a ser causa de maldición, de condenación y de muerte. Sin embargo, la enseñanza apostólica es que los grandes principios del amor y la justicia están incorporadas a la ley, **como reflejos del carácter de Dios.** La ley es santa, justa. Y es el mismo Señor el que no abroga la ley, sino que la interpreta y la cumple. En su enseñanza de Mt. 5. 17-19 y 22. 34-40 El trae a la luz la espiritualidad esencial de la ley, y subraya que su fundamento básico es el amor.

34 Trenchard, E., Gálatas, p. 209.

35 Ver Stott, John. Las cartas de Juan. Ediciones Certeza, Buenos Aires, 1974, p .107.

36 La muerte "al pecado" y "a la carne" tienen el mismo sentido concreto. La diferencia, si existe, no es significativa; **el pecado es el principio interior,** inclinando al mal, en tanto que **la carne es la naturaleza humana caída,** es decir, aparte de la gracia. El pecado encuentra terreno fértil en la carne.

37 En el Nuevo Testamento existen varios vocablos en la lengua original que se traducen como "carne", pero hay diversas acepciones. Entre ellas, cabe citar: a) la carne como la naturaleza humana, sin menosprecio ético (Jn. 1.13-14); b) la carne como sede del pecado (Jn. 3.6); c) la carne de nuestro Señor (Jn. 6.51-56) sin mancha de pecado. Existen otras acepciones, como la expresión "toda carne", que alude a la humanidad en su debilidad y transitoriedad, en contraste con la majestad o inmortalidad de Dios. Ver Hendriksen, Juan, p. 89 y Wuestcott, John. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, 1981, p. 238/239.

38 Así, Pablo se dirije al creyente en 1 Co. 3.1: "Yo, **hermanos,** no pude hablaros como a espirituales, **sino como a carnales...**". Utiliza para "carnales" un vocable que significa **estar** en la carne, pero en el v.3, cuando dice "aun sois carnales", cambia el vocablo por uno que significa **andar** según la carne. En el primer caso está la idea de debilidad, y él no condena a los que **están** en la carne (sarkinós); en cambio, en el segundo está la idea de complacencia, y en este caso los censura por ser carnales (**sarkikós**), es decir, por **andar** en la carne, por someterse a ella.

39 Mackintosh, C.H. Estudios sobre el libro de Levítico, Grant Publishing House, California, EE.UU., 1929, p. 43. Ver también Packer, J.I. Hacia el conocimiento de Dios. Logoi, Miami, EE.UU., 1979, p. 270.

40 Paxson, Ruth. Rios de agua viva.

41 Este aspecto se trata en el capítulo siguiente.

42 Ridderboss, Herman. El pensamiento del Apóstol Pablo, I. Ediciones Certeza, Editorial Escatón. Buenos Aires, 1979, p. 184.

43 Chafer, ob. cit. II, p. 985.

44 Denney, James. Comentario sobre 2 Co. 5.

45 Murray, Andrew. ob. cit., p. 145.

46 Murray, John. ob. cit., p. 294.

47 Mullins, E.Y. La religión cristiana en su expresión doctrinal. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1968, p. 389/390.

48 Lloyd-Jones. Ro. 8.12-13, p. 132.

49 Hamilton, Percy. Conferencia pronunciada en Buenos Aires, Agosto de 1965.

50 Cranfield, C.E.B. The Epistle to the Romans, T. and T. Clark Lim., Edinburgh, Gran Bretaña, 1980, p. 295.

51 Burdick, Donald W. The Expositor's Bible Commentary, Zondervan Pub. House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981, p. 193.

52 Wuest, Riches, p. 83.

53 Corresponde indicar que varios comentaristas (Burdick, Bonnet, y otros) señalan que allí no se hace referencia al Espíritu Santo sino al espíritu humano, en tanto que otros (entre ellos Wuest) opinan que la referencia es a la tercera Persona de la Santa Trinidad. Alford traduce: "El Espíritu desea celosamente tenernos por suyos".

54 Stagg, ob. cit., p. 125.

55 Ryrie, ob. cit., p. 82.

56 Ryrie, ob. cit., p. 83.

57 Tatford, Frederick A. Sacerdocio y adoración, en la Iglesia. Lec. S.A., Buenos Aires, Argentina, p. 141.

58 Murray, J. ob. cit., p. 111.

59 Wuest, Romans, p. 205.

60 Tatford, ob. cit., p. 141.

61 Ryrie, ob. cit., p. 187.

62 Ver Neander, citado por Tatford, ob. cit., p. 141.

63 Trench, en "Synonyms of the New Testament", citado por Wuest, en Romans, p.207.

64 Véase el comentario de Lensky, Efesios, p. 474/481.

65 Ver el análisis de Conner, B.D., Doctrina Cristiana, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., p. 225/227.

66 Es notable la explicación de Mullins, en ob. cit., p. 376/378.

67 Morris, Leon. The Cross in the New Testament, Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, 1965, p. 391.

68 Se trata del vocablo griego "anakainosis" que en el Nuevo Testamento figura sólo en Ro. 12.2 y en Tit. 3.5, y que no debe ser confundido con regeneración (palingenesia). El acto de la regeneración hace al hombre que cree participante de la naturaleza divina; en cambio, el concepto **renovación** se aplica a los que han sido regenerados por el Espíritu Santo, y son renovados en el sentido de que van siendo objeto de la operación del Espíritu Santo para una restauración gradual de la imagen divina. La renovación es la conformación gradual del hombre más y más a ese nuevo mundo espiritual al que ha sido introducido en la regeneración (Wuest, Vocabulary of The Greek New Testament, 93/95).

69 Lloyd-Jones desarrolla magistralmente este aspecto, en su comentario de Efesios.

70 Sanday, citado por Tatford, ob. cit., p. 141.

71 Murray, John. ob. cit., p. 114.

72 Pink, A.W. Gleanings From Paul, Moody Press, Chicago, EE.UU., 1967, p. 98.

73 Ryle, ob. cit., p. 13.

74 Marshall, Howard I. The Epistles of John. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, 1978, p. 113.

75 Murray, A., ob. cit., p. 137.

76 Tatford, ob. cit., p. 136.

77 Como ha dicho Mackintosh (C.H.): "el pecado **habita** en el creyente, pero **reina** en el incrédulo". Citado por Strong en Systematic Theology, p. 870.

78 Chafer, ob. cit., II, p. 1068.

79 Morris, L. John. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1977, p. 668.

80 En Gá. 6.1: "Restauradle con espíritu de mansedumbre" Parker. Léxico concordancia del Nuevo Testamento en griego y español, EE.UU., 1982, N° 2675.

81 Lensky, R.C.H.John. Angsburg Publishing House, Minneapolis, EE.UU., 1961, p.1031.

82 Chafer, ob. cit., II, p. 100.

83 Chafer, ob. cit., II, p. 1111/1115; Hendriksen, Filipenses, p. 58/59.

84 Murray, A. Permaneced en El, p. 156/160.

85 Godet dice que "permanecer en El expresa el acto mediante el cual el cristiano hace a un lado todo aquello que pudiera originarse en su propia sabiduría, fortaleza, mérito, para tomar todo de Cristo, ...mediante profundos anhelos de fe". (Citado por Rosscup. Abiding in Christ, Zondervan Pub. House. Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1973, p. 115). El libro de Rosscup es una de las obras más profundas que se han escrito sobre el concepto de "Permanecer en Cristo".

86 Murray, A. Permaneced en El, p. 160.

87 Wuest. Treasures, p. 26.

88 Pierson, A.T. Treasury of the World's Great Sermons. Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, 1977, p. 474.

89 Pierson, ob. cit., p. 473,

90 Murray, Con Cristo en la escuela de la oración. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, EE.UU., 1963, p. 139.

91 Chafer, ob. cit., II, p. 68 y 1088.

92 Schlatter, A. en Der Evangeliss Johannes, 1960, p. 295 (citado por Munder, en Dictionary of the New Testament Theology, editado por Colin Brown, Paternoster Press, Londres, 1976, III, p. 225).

93 Murray, A. Permanecer en Cristo, p. 107.

94 Murray, J. Romans, p. 311.

95 Denney, James. Romans, The Expositor's Greek New Testament, Eerdmans Pub. Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976, p. 651. Véase también la amplia exposición de Lloyd-Jones. The Banner of Truth Trust. Edinburgh, 1975, en Romans 8.26, p. 124/130.

96 Lloyd-Jones. God's way of Reconciliation, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1972, p. 274.

97 Wuest. Romans, p. 140.

98 Brockhaus, R. Romanos. Editorial Las Buenas Nuevas, California, EE.UU., 1970, p. 130.

99 Wuest. Golden Nuggets, p. 91.

100 Pink, A.W. The Holy Spirit. Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1974, p. 143.

101 Hay que evitar la confusión entre la intercesión del Espíritu, como aquí aparece, con aquella que el Señor Jesucristo realiza hoy en la presencia del Padre. La intercesión del Señor se realiza lejos del creyente, en el santuario celestial. Esta intercesión de nuestro gran Sumo Sacerdote se cumple en todo momento, pues El "vive siempre para interceder"(He. 7.25). En cambio, la intercesión del Espíritu Santo se realiza dentro del creyente, y cuando éste ora.

102 Murray, J. Romans, p. 313.

103 Godet, Citado por Murray, J., ob. cit. p. 311.

104 Que esta intercesión sea "por los santos" significa claramente que alcanza únicamente a los que pertenecen a Cristo. Pero ¿es que acaso los que no son aun de Cristo están excluídos de toda obra del Espíritu Santo en su favor? De ninguna manera, porque el Espíritu ha sido enviado para dar convicción de pecado al mundo. Este se cumple cuando se escucha el Evangelio, y esa convicción tiene por finalidad despertar el arrepentimiento en el corazón del pecador y conducirlo a Cristo. Pero sería un error pensar que el Espíritu de Dios pueda enseñar a orar a alguien que no ha recibido primero la salvación en Cristo

105 Denney, J., The Expositor's Greek New Testament. Romans, ob. cit., p. 651.

106 Pink, W.A. John. Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1977, p. 399.

107 Murray, J., ob. cit., p. 313.

108 El culto en general politeista del mundo egipcio, con sus faraones y sus animales deificados, es una prueba de la objetividad de la aseveración apostólica en Ro. 1.23-25: "Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles"... "Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador".

109 Ver Bruce, F.F. Hebrews. Eerdmans Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981, p. 403 y CHM Mackintosh, C.H., Exodo. Editorial Buenas Nuevas, Missouri, EE.UU., p. 296.

110 La pena de muerte, en el mundo antiguo, se aplicaba siempre fuera de la ciudad. Wiley, H.O. Hebreos. Casa Nazarena de Publicaciones, Missouri, EE.UU., p. 428.

111 Bruce, F.F., ob. cit., p. 403.

112 Gillis, C.O. Hebreos. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1951, p. 74.

113 Gooding, D. Un reino Inconmovible. Editorial Literatura Bíblica, Madrid, 1982, p. 193.

114 Moisés es "ejemplo de la elección de la fe". Hamilton, P.J.W., Hebreos. Talleres Gráficos Mar, Córdoba, Argentina, 1977, p. 120.

115 Trenchard, E. Hebreos. Editorial El Amanecer. Córdoba, Argentina, 1958, p. 219.

116 Gooding, D. ob. cit., p. 193.

117 Con relación a la expresión: "Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey" hay dos interpretaciones:

a) Está aquella que señala que el dejar Egipto es el gran acontecimiento conocido como "El Exodo", el dejar definitivamente la tierra egipcia para comenzar el largo peregrinaje por el desierto, antes de entrar a la Tierra Prometida. Sin embargo, esta tesis no parece sostenible, por lo siguiente: i) esa salida definitiva de Egipto se hizo con la aprobación del Faraón, y no contra su orden; ii) la institución de la Pascua se menciona en He. 11.27-28 con posterioridad al dejar a Egipto de nuestro texto, y por tanto no puede referirse a la salida conocida como "El Exodo"

b) La otra interpretación, que preferimos, es que el dejar a Egipto corresponde al hecho cuando Moisés se dirige a Madián (Ex. 2.15) después de que es descubierto, por haber matado al egipcio.

Véanse las exposiciones de León Morris (en The Expositor's Bible Commentary, Zondervan Publishing House, Michigan, EE.UU., 1981, p. 126/127) y de Dodds, M. (The Expositor's Greek New Testament, Hebrews, p. 361).

118 Hemos visto este punto en el capítulo 5.

119 En un notable pasaje Mackintosh dice que la naturaleza considerará ciertas indicaciones providenciales como autorizaciones **para dejarse llevar por sus propias inclinaciones**, mientras que la fe las considerará como tantas otras ocasiones de renunciamiento a sí mismo (CHM, Exodo, p. 25).

120 Lensky, Filipenses, 663.

121 Véase Pink, Gleanings from Paul, Moody Press, Chicago, EE.UU., 1972, p. 106 y 111. Ver también Kennedy, H.A.A., Philippians, The Expositor's Greek New Testament, p. 453

122 Godet, citado por Hovey, Alvah, en Juan. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1973, p. 409.

123 Traducción literal, Bonnet y Schroeder, Filipenses. Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, Argentina, 1952, p. 560.

124 Ver Philippians, ob. cit., p. 455.

125 Lensky, Romans, p. 656.

126 Moule, Handley C.G. Filipenses. Revista "La Reforma", Buenos Aires, Argentina, 1925, p. 86.

127 Kennedy, ob. cit., p. 454.

128 Ver Hendriksen, Filipenses, p. 181.

129 Wuest, Philippians, p. 94.

130 Wuest, ob. cit., p. 95.

131 Traducción de Vincent, citado por Wuest en Romans, p. 81.

132 "Dar" al Hijo al mundo significa haberlo entregado a la muerte. Von-Allnen, Juan-Jacques. Vocabulario bíblico, Ediciones Marova, Madrid, España 1973, p. 29.

133 Marshall, Howard I. The Epistles of John, Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979, p. 15.

134 Ver Lensky John, p. 1008.

¿Cuál es el significado de haber sido crucificado con Cristo?

¿Qué es el poder de la resurrección?

¿Qué es la muerte al pecado?

¿Qué es el bautismo en Cristo?

"Vinieron entonces paso a paso, lentamente, algunos descubrimientos. El primero fue que la comprensión de ese 'permanecer en Cristo', no podía hacerse apelando a la imaginación ni a la 'teología del diccionario común', sino escudriñando los pasajes de la Escritura que presentan la unión del creyente con su Salvador y Señor. Fue quedando claro que el permanecer en Cristo está asociado estrechamente con la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de la influencia de la cruz en la experiencia cristiana".

Sobre esta base el autor ha desarrollado un extenso y valioso estudio de este aspecto tan vital de la vida cristiana y propone acertadas respuestas a las preguntas arriba planteadas.

9
4.82

Ediciones Hebrón